

Selección RNR

# Ballerina

Scarlett Butler



Romance Actual

Ballerina

Scarlett Butler



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



[@megustaleerebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*A Víctor, porque antes de conocerte  
ya te había encontrado entre estas páginas*

*Lo que todas las personas tenemos en común no es el espíritu, sino el destino.*

Elizabeth de Austria

# ACTO I

—**A**leksei. —Se giró al escuchar su nombre entre tanta muchedumbre. El tránsito de gente en un aeropuerto era algo que siempre lo apabullaba. No importaba que llevase a la espalda años de viajes, de idas y venidas; nunca se acostumbraba a ese trasiego. Tras deshacerse de las gafas de sol, enfocó la vista y consiguió ver al hombre que lo había traído de vuelta a esa ciudad. Se trataba de Nikolai Petrov, un afamado coreógrafo ya retirado, aunque seguía aún muy en activo. Su viejo amigo no era de los que colgaban las zapatillas de baile y se retiraban a su granja a disfrutar de la apacible vida. No. Después de trabajar durante años desplegando su arte por todos los rincones del mundo —Roma, París, Alemania, Estados Unidos, Holanda...—, se había afincado en esa ciudad y de ahí no había vuelto a salir. Tanto era así que, para verse, Aleksei había tenido que viajar hasta allí en varias ocasiones.

—Nikolai, amigo. —Ambos bailarines se fundieron en un caluroso abrazo. Aleksei tenía claro que él había sido su mentor. Cuando, años atrás, había viajado desde su pueblecito en las montañas, siendo apenas un crío, para continuar sus estudios, fue uno de los profesores que más lo ayudó, y consiguió que no tirase la toalla ni lo dejase todo en varias ocasiones.

—Por fin estás en casa, hijo. —Sonrió a su viejo amigo y, tras el emotivo abrazo, que duró quizá más de lo previsto para dos hombres, a juzgar por la mirada de algunos viajeros, se encaminaron hacia la salida.

A pesar de ser finales de septiembre, el clima de la ciudad era bastante templado para las temperaturas extremas que solía alcanzar. El sol brillaba, aunque se necesitaba, de abrigo, algo más que un simple chaquetón como el que llevaba para resguardarse del frío viento. Aceleraron el paso para llegar al coche

deprisa y evitar que el viento helador les calara los huesos.

De camino a casa, Nikolai le estuvo contando que en la compañía estaban impacientes por su llegada. En el coche, lo puso al día de lo que se esperaba de él y le comunicó que, al día siguiente, empezaría el trabajo. Aleksei se sentía honrado de que hubieran contado con su presencia y su dilatada experiencia. Quizá fuera debido al cansancio del viaje, pero no pudo recordar la última vez que había viajado por placer. Hacía meses que no veía a sus padres, ya que, entre un proyecto y otro, ni siquiera podía escaparse de forma fugaz. Se pasó la mano por la nuca, frotándosela, y un gemido de agotamiento brotó de su garganta.

Llegaron al hogar de los Petrov, donde la mujer de Nikolai lo recibió con los brazos abiertos. Tatiana, una mujer de cincuenta y pocos años que conservaba la belleza de manera asombrosa, con sus ojos claros y el cabello rubio recogido en un moño, seguía siendo un ángel.

—Mi niño querido. —Se fundieron en un gran abrazo, emulando a tantos otros que se habían dado en el pasado.

Al entrar de nuevo en su casa, miles de recuerdos se agolparon en su mente y sensaciones cálidas cobijaron su corazón. No era un hombre demasiado sensible en el sentido de que los recuerdos lo paralizasen como en aquel momento, pero eran tantos los momentos y las situaciones vividas en esa casa que los ojos le brillaron, presos de la emoción contenida.

Tras instalarse en su antigua habitación, esa en la que había vivido durante años y que seguía siendo su cuarto cada vez que los visitaba, salieron al jardín a charlar, mientras Tatiana preparaba la mesa del comedor. Fue en ese instante cuando expresó sus temores a Nikolai.

—No sé qué se espera realmente de mí. —Un suspiro brotó de sus labios sin poder contenerlo—. Sé que las expectativas están muy altas porque saben quién soy y lo que he conseguido hasta ahora. Precisamente por eso, creo que no tengo nada claro. —Se pasó la mano por el pelo, ansioso.

—No te preocupes, mañana iremos a hablar con Sergey y resolveremos todas las dudas. —Brindaron con el vino caliente que Tatiana les había servido, mientras trasladaba sus preocupaciones a su viejo amigo, y comenzaron a recordar viejos tiempos.

Por la tarde, Aleksei salió a pasear por la ciudad que había sido su hogar durante muchos años. Al recorrer sus calles y sus plazas, sintió como si el tiempo se hubiera detenido, como si no hubiera olvidado ningún rincón, y estos se hubieran grabado a fuego en su mente. Pero, sin duda, sus pies lo llevaron, casi sin darse cuenta, a su lugar favorito: el parque de Catalina. Cuando se había mudado a vivir con ellos, Nikolai y Tatiana se encargaron de instruirlo en la historia del país, visitando museos y palacios cada semana, haciéndole aprender cada nombre, cada anécdota y cada acontecimiento histórico. De todos esos lugares mágicos, el palacio de Catalina fue siempre su preferido; era la residencia de verano de los zares de Rusia, con su interior de estilo rococó, donde un joven Aleksei soñaba que danzaba con la mismísima princesa Anastasia ante la corte imperial.

Accedió por el hall y, tras esperar en la larga cola, consiguió pagar su entrada y adentrarse en el interior. Se separó del tumulto de gente, turistas que se desesperaban en verlo todo a través de las cámaras fotográficas, y se perdían de ver la esencia del lugar con los ojos. Recorrió las salas con nostalgia, la que lo acechaba de cerca. Había más gente de la habitual próxima al salón de baile. Se acercó a echar un vistazo y vio que varias personas accedían a su interior, donde se acomodaban en diferentes sillas tapizadas para presenciar lo que parecía ser un espectáculo. Aleksei se coló entre la muchedumbre buscando un asiento libre. Una vez cumplido su objetivo, pasaron un par de minutos hasta que una melodía apacible sonó y varios bailarines de ballet aparecieron en el centro de la sala.

Las bailarinas se movían por el escenario girando en grandes piruetas y movimientos difíciles de ejecutar. Sonrió al ver tanta belleza, antes de levantarse, tan emocionado como el resto del público, para darle una gran ovación a ese ballet. El vello de punta; las mariposas en el estómago; la felicidad, explotando al hacer el *echappé* en el aire... Después de todo por lo que Aleksei había tenido que atravesar, el hecho de sentir cómo aún seguía ahí ese amor por el ballet era lo que le recordaba que todo había merecido la pena para sentirse libre, ser de nuevo aquel que un día fue.

\*\*\*

Sin apenas haberle dado tiempo a hacerse a la situación, el bailarín de reconocida fama internacional empezaba a trabajar con la compañía de ballet y no podía ocultar su nerviosismo. Al día siguiente, un acostumbrado Aleksei estaba temblando como un flan. Nikolai le tuvo que llamar la atención varias veces en el desayuno, pues estaba tan absorto pensando en el trabajo y en lo que este le depararía que no fue consciente de que echaba sal en el café hasta que lo escupió sin remedio con las risas de Tatiana de fondo.

—Alek, debes temprar tus nervios. Jamás te he visto tan histérico, ni siquiera cuando interpretaste al príncipe Désiré en el Royal Albert Hall de Londres. —Y tenía razón, pero ni él mismo conseguía acertar qué demonios le sucedía.

A las nueve en punto, llegaron al lugar donde la compañía ensayaba. Entraron en el edificio y, antes de reunirse para hablar del trabajo, su mentor le hizo un breve recorrido por el lugar para que lo conociera un poco más a fondo y se familiarizase con él. Al llegar a la sala de ensayo, se oía murmullo de gente a lo lejos, pues, seguramente, debían tener el primero de la mañana en breve. Recordó cómo era entonces: las breves charlas con los compañeros, los nervios por un pronto estreno, los saltos que no salían, las piruetas que finalmente ejecutaba con gran esfuerzo...

—Por aquí, Aleksei. —Se giró al oír su nombre y siguió a Nikolai, algo confuso por la marea de sentimientos que, desde por la mañana temprano, lo habían atacado sin piedad.

\*\*\*

—¿Quieres mirar por dónde vas? —le replicó en tono seco; ¿para qué iba a tener una palabra amable con ella?

—Lo siento, es que iba leyendo este libro que me has obligado a aprenderme de memoria —le respondió la joven, enfadada, enseñándole el maldito libro.

—¡Katerina, no seas grosera! Podrías aprender mucho leyendo ese libro, que

tanto odias.

No le apetecía nada discutir a primera hora de la mañana. Aceleró el paso, de camino al vestuario, sin siquiera despedirse. Llegó resoplando y abrió la bolsa de malos modos. Sus compañeras la miraron de soslayo, como sospechando que ya debía de haber tenido la primera del día con él. Le dieron su espacio y siguieron hablando sin preguntarle nada; por experiencia sabían que, en ese momento, lo menos que se podían llevar era una mala contestación por su parte. Acabó por abrocharse las zapatillas de lona y salió con ellas a la sala de ensayo, donde podría olvidarse de todo.

Georg, el pianista, estaba ensayando unos acordes cuando entró la compañía de baile al completo. Comenzaron a calentar y, a la media hora, empezaron con los ensayos de *El lago de los cisnes*, que representarían cinco semanas después. Y, aunque Katerina quería estar segura y confiada, no lo conseguía. No era que Sergey lo hiciera mal, era uno de los mejores coreógrafos que habían tenido, aparte de haberse convertido en un gran amigo; era por ella, algo le sucedía. A veces pensaba si era porque debía ponerle fin a su carrera como bailarina. Desde los tres años, cuando había visto un tutú en un escaparate estando de compras con su madre, había deseado llegar a ser la *prima ballerina* en un ballet. Lloró, pataleó, suplicó por que le comprasen aquel tutú, de un color blanco immaculado. A pesar de las reticencias de sus progenitores, no tuvieron más remedio que ceder, y aquello fue el comienzo de todo. Kat soñaba con volar; por eso, poco a poco, con el trabajo, la disciplina, los sacrificios, el esfuerzo, los aplausos, las decepciones..., tuvo la certeza de que ese era realmente su sueño. Ahora, diecinueve años después, empezaba a flaquear sin saber el motivo.

—Katerina, en posición. —Sergey la sacó de los pensamientos que no dejaban de aturdirle día y noche, y Georg comenzó con la melodía. Los bailarines calentaron con la música del piano hasta que todos sus músculos estuviesen preparados para ensayar el ballet que estrenarían pronto. Colocó los brazos en la posición correcta, al igual que sus compañeros, y empezaron. Aquella pieza de *El lago de los cisnes* no era nada complicada, al contrario de muchas otras que había ejecutado. No era así como debía hacerse: no hacía bien los giros, Franz no la elevaba con la suficiente eficacia... Un par de veces no la sujetó bien, y cayó

al suelo. Los murmullos de los compañeros no cesaban, así como las malévolas risas de Tania, ocultadas por una tos. Kat se levantaba, se sacudía la ropa y, muy concentrada, no miraba a ningún lado más que al frente. Y de repente lo hizo: su compañero, su *partenaire* en el escenario, con el que siempre se había compenetrado a la perfección, hizo lo que estaba pasando por su mente, exactamente lo mismo.

Katerina se deslizaba por la sala con agilidad mientras Franz no la soltaba y la guiaba en cada paso, dándole el espacio necesario en sus movimientos, sin dejar de estar a su alrededor, controlando cada desplazamiento. Y lo consiguió: volvió a sentir esa conexión con la danza que hacía unos cuantos meses había perdido. No sabía si se había debido a la presión de ser la primera bailarina en una gran obra, a la falta de compenetración con él, al miedo al fracaso, a las burlas de algunas compañeras envidiosas... Pero volvió a sentirse libre de todo eso. Volvió a ser el pájaro encerrado que planea, a sentirse pletórica; e incluso la piel de Franz, que se mezclaba con la suya en cada paso, la hacía volar y sentir la conexión armoniosa con él como nunca.

La sala irrumpió en aplausos cuando estiró los brazos con la pierna izquierda en posición de *arabesque*, mientras su *partenaire* la mantenía elevada hacia arriba en el aire. No existía el mundo en ese momento, solo ellos dos, sintiendo esos instantes mágicos en los que simplemente eran Sígfrido y Odette. Despacio, Franz fue bajándola con cuidado, y ella sintió cómo, aún con las respiraciones aceleradas de ambos, el brazo de su compañero le rodeó la cintura con la mano de ella posada sobre la suya. Entonces, Kat fue a girarse con la sonrisa en la cara cuando, al lado de Georg, que estaba ahora apoyado en el piano, atónito ante la danza que había presenciado, se encontró con un Franz alucinado aplaudiendo como el resto. Entonces, ¿con quién acababa de bailar el último acto de ese cuento de hadas?

—¡**B**ravo, Aleksei! —Con el pecho subiendo y bajando, observó al que había creído que era Franz. No podía ser que hubiese ejecutado esos delicados movimientos tan fluidos con el próximo coreógrafo del ballet, quien todavía la sostenía agarrada por la cintura, pegada a su pecho, y que, por extraño que pareciera, la hacía sentirse muy cómoda. Era una sensación extraña, tan agradable que no deseaba despegarse de él. Contuvo el aliento por un momento hasta que la razón iluminó su mente y se separó, fingiendo una sonrisa. Hizo una reverencia al público improvisado y se acercó a Franz, que la recibió con un caluroso abrazo. Katerina se cobijó en él, sentía gran vergüenza por la forma en la que acababa de bailar con un desconocido.

—Has estado grandiosa, Kat. —La joven, con las mejillas ruborizadas, sonrió ante su cariñoso comentario, alzó la cabeza y vio la sinceridad de sus ojos, esos que tantas y tantas veces la habían apoyado sin pedirlo. El coreógrafo y amigo de la bailarina seguía estupefacto. Consiguió reaccionar y le cedió la palabra a Aleksei.

—Gracias, Sergey. —Giró la cabeza y se encontró de nuevo con los ojos almendrados que hacía unos segundos no dejaban de observarla—. Primero que todo, quiero dar las gracias por esta oportunidad y por poder trabajar con vosotros. Personalmente es un trabajo que me llena de ilusión y del que estoy deseando poder hacer gala en todas esas representaciones que vamos a dar. Nuestro objetivo primordial debe ser el de hacer soñar a cada persona que asista a uno de ellos. No os voy a engañar, soy muy disciplinado y exijo tanto como doy; por ello...

—Genial, disciplina marcial —se le escapó a Kat, lo que provocó que muchas

cabezas se girasen hacia ella. ¿Cuándo aprendería a pensar antes de hablar? Filtrar no era lo suyo, siempre soltaba lo que pasaba por su mente. Por suerte, el nuevo coreógrafo no se lo tomó a mal e incluso dibujó una sonrisa en su cara antes de proseguir.

—Bien, como iba diciendo, va a ser un gran trabajo, bastante duro. Ahora, comencemos. —Se acercó a Sergey y les ordenó que volvieran a las posiciones del principio. Kat se situó tras sus compañeras, pues ahora era su turno. El nuevo coreógrafo las paró en varias ocasiones y les pidió que ejecutasen los movimientos de otra forma; las tomaba de las manos y les decía exactamente cómo debían hacerlo. Y cada vez que se acercaba a ella, se sentía inquieta.

—Sergey, hagamos un descanso. —Salió sin esperar a que le dieran el visto bueno. Necesitaba tomar aire y razonar qué demonios había sucedido allí dentro hacía unos minutos. Si había tardado años en encontrar la conexión con su *partenaire*, ¿cómo demonios había conseguido llegar a ella con alguien desconocido? «¡Dios santo, tranquilízate!», se repetía a sí misma, con el corazón a punto de saltar de su pecho.

—Katerina, ¿todo bien? —El coreógrafo estrella se aproximó a ella con prisa, como si temiese que algo le hubiera sucedido. Ella elevó la cabeza, y Aleksei la miró con los ojos brillantes. Se acercó tanto a ella que apenas era capaz de respirar sin dificultad, y que apoyara su mano en el hombro de Kat no ayudó, puesto que un estremecimiento atacó a la joven, como un latigazo, y le impidió moverse. Negó con la cabeza irguiéndose en el acto, con dignidad, frente a él, cara a cara, y se separó ligeramente, pues las piernas no le respondían.

—No vuelva a tutearme, señor...

—Ivanov. —Por supuesto, había leído su nombre cientos de veces, pero de pronto todo se había vuelto borroso.

—Señor Ivanov, le ruego que no lo haga. Vamos a pasar muchas horas trabajando juntos, y mi padre lo admira, lo cual no es de extrañar porque es usted un verdadero prodigio. Simplemente, me he emocionado por lo que ha ocurrido ahí dentro. Fuera de eso, simplemente, ignóreme. —Consiguió hacer que sus piernas actuaran y pasó por su lado evitando todo contacto—. No soy como esas mujeres que llevan días babeando por usted sin ni siquiera conocerlo. Fuera de

esa sala, le agradecería que no volviese a tocarme. —De nuevo las palabras salieron de su boca sin ser filtradas con anterioridad. ¿Por qué actuaba con tal agresividad si apenas lo conocía? ¿Por qué le producía intranquilidad ver cómo sus compañeras le sonreían y se rozaban con él durante todo el ensayo? Se dio media vuelta mientras Aleksei se quedaba anonadado, tratando de procesar qué demonios acababa de suceder. Y no era de extrañar, pues ni siquiera la *prima ballerina* lo sabía.

### *Dos semanas antes*

El sueño de toda la vida de Katerina, ser la primera bailarina en una compañía de ballet tan importante como esa, se estaba convirtiendo en realidad. Había luchado durante años, sacrificando amistades, siguiendo duras dietas, aguantando los pisotones de las otras bailarinas..., pero todo había merecido la pena. Hacía un año que había llegado a encumbrarse en aquella compañía y, aunque algunas de sus compañeras la odiaran a muerte, presas de la más terrible de las envidias, Katerina había llegado a la cima. Ahora daría un paso más al recibir a un nuevo coreógrafo que ayudaría a Sergey y del que, se suponía, iban a aprender mucho debido a su extensa carrera.

—Buenos días, Katerina. —La recepcionista del Teatro de la Ópera Kolobov Novaya la saludó como cada mañana que llegaba primera de todos. Alguna vez, incluso había tenido que esperar a que Irina llegase para abrirle la puerta.

—Buenos días, Irina. ¿Cómo están los chicos? —La mujer dejó de ordenar su mesa por un instante y miró a la dulce Katerina, que siempre se preocupaba por todos.

—Anyá y Natasha, muy concentradas en sus tareas diarias. El que me trae por la calle de la amargura es Vladimir. —Chasqueó la lengua, negando con la cabeza—. Ya no sé qué voy a hacer con él. Un consejo, querida niña: no tengas hijos nunca.

Katerina sonrió ante su comentario y, al momento, su semblante se ensombreció, pues aquella imagen de familia distaba mucho de la suya. A pesar de las quejas de Irina, era lo que sucedía en todas las familias con hijos

preadolescentes; y por mucho que se disgustara con ellos, sabía que compartían un gran amor y saldrían adelante gracias a él. Ella, a sus veintidós años, no se había planteado ni por asomo formar una propia, aunque tampoco había vivido en una donde el amor fuera la base de todo.

—Que tengas un buen día, Irina. —Avanzó por el pasillo hasta las escaleras y subió a la segunda planta, donde tenían lugar los ensayos. Se cambió de ropa y puso el CD en el aparato de música. Fue a la barra y practicó puntas durante un buen rato, subiendo y bajando los pies; más tarde, comenzó a bailar ejecutando piruetas y saltos en el aire que la hacían volar y sentirse bien.

—Un día vamos a llegar y te vamos a encontrar dormida en cualquier rincón de esta sala. —Poco a poco, el resto de los bailarines de la compañía fueron llegando. En este caso, lo hizo Tanya, su suplente y segunda bailarina, que desearía con todas sus fuerzas que Katerina se lesionase de por vida para poder ocupar su lugar.

—Para eso deberías llegar rozando el alba y no ahora —le respondió, con la misma insidia que Tanya había utilizado contra ella. La miró con odio, pero Katerina apenas se inmutó, y siguió en la barra, calentando para el ensayo general. Eso era algo que había aprendido con los años. Recordaba cómo, al principio, en la academia se la comían, literalmente, y la humillaban; había que ser muy fuerte de mente y de espíritu para soportar a personas como su compañera. Muchas lágrimas y cientos de porqués después la habían hecho ser valiente y fuerte a base de golpes.

—Dejad las pullas, chicas. —Sergey, el coreógrafo de la compañía, se acercó hasta Kat y le dio un beso en el pelo, junto al moño, como cada mañana que llegaba al ensayo. Se habían hecho tan amigos como Anastasia y Franz. Era una persona optimista y muy trabajadora que había dejado de bailar por la enfermedad de su madre, a la que había perdido recientemente. Se marchó al vestuario a cambiarse, y Kat le guiñó un ojo mientras se subía a las puntas con los brazos en el aire.

—¡Dios mío! ¿Habéis visto lo guapo que es? —Anastasia, la más soñadora de todas las bailarinas de la compañía, la que todavía creía en la inocencia e ingenuidad de todas sus compañeras, no cesaba de hablar del nuevo coreógrafo.

Katerina no se había fijado en las fotos que llevaba su compañera cada día, pues bastante tenía con leerse la odiosa biografía del supuesto genio—. Mira, mira, Kat, ¡está tremendo! Yo no sé cómo me voy a centrar cuando tenga que ensayar cerca de él. —Ella la miró de reojo, pero, al insistir en que mirase la foto, dejó la barra y asintió con la cabeza. Anastasia le recordaba a la eterna adolescente enamorada del profesor, pero que jamás se atrevía a expresar sus verdaderos sentimientos.

—Nastia. —Como cariñosamente la llamaba ella—. Va a ser tu coreógrafo, así que deja de pensar en él de esa forma. —Su compañera y, sin embargo, gran amiga le sacó la lengua, juguetona, y fue a hablar de las maravillas del gran coreógrafo con las otras, que babeaban exactamente igual que ella.

—Buenos días, compañía. —Sergey, el coreógrafo, entró en la sala, y el murmullo de voces se acalló de inmediato. Los bailarines se colocaron en posición y, cuando sonaron las primeras notas del primer acto de *El lago de los cisnes*, comenzó el ensayo.

—De nuevo. —Katerina, en primera fila, junto a Sergey, indicó que empezasen otra vez. Los murmullos de sus compañeros no hicieron mella en ella, a la que siguió sin importarle si estaban muy cansados.

—Vamos, chicos, ponedle más fuerza a los siguientes movimientos o seguiremos aquí hasta el alba.

—Mira, así podremos ver a la *prima ballerina* descansando, por una vez. —Katerina no se vio afectada por el comentario malévolo de Tanya; parecía una estatua, aunque por dentro le había dolido.

—¿Qué has dicho, Tanya? —Sergey no pasó por alto aquella frase y fue hacia ella. Entonces, Katerina reaccionó y se giró.

—Déjalo, Sergey, continuemos. —El maestro de ensayos miró duramente a su querida bailarina. En su compañía, nadie era más que nadie, y mucho menos se comportaban de esa manera.

—Tanya, reconozco que tienes un gran problema de actitud. Lo sé hace años y, si no fuera porque tu técnica es de las mejores que he visto, no dudaría en echarte a la calle. En cualquier compañía está muy mal visto criticar a los propios compañeros, aunque dudo que tú comprendas el significado de esa

palabra. —Katerina no pudo evitar sonreír ante el rapapolvos de Sergey, pero inmediatamente se dio la vuelta y volvió a su posición. El coreógrafo regresó a su lugar y, mirando con firmeza a toda su compañía, los alentó a dar lo mejor.

Kat, entonces, comenzó a bailar como solista, esperando a que Franz interviniese para completar la pieza. Ambos se sabían los movimientos de memoria, incluso podrían realizarlos con los ojos vendados, pero no terminaban de conectar. Al acabar, todos aplaudieron, incluyendo al maestro, pero Katerina, con las manos en las caderas, se mordía el labio, señal de que no estaba satisfecha. Todos los bailarines salieron, a excepción de ellos dos y Sergey.

—No lo estás sintiendo, Franz. Estamos a pocas semanas para el estreno y no sale como debería.

—¿Que no sale como debería? Kat, estás histérica, yo estoy muy orgulloso de nuestro trabajo. ¿Qué demonios te pasa? —Sergey los miraba en silencio, no quería entrometerse cuando la pareja de baile trataba sus diferencias, aunque, según lo estaban llevando, no iban a llegar a ningún acuerdo. Finalmente, intervino.

—Chicos, no creo que deba recordaros las definiciones de los pasos de baile. ¿Os acordáis lo que es un *pas de deux*? —Kat, aún con los brazos en jarras, no entendía a qué venía aquello.

—Sergey, por favor... —El hombre, cruzado de brazos, alzó una mano para detenerla, a pesar de saber que ella pensaba que aquello era una soberana estupidez.

—El paso de dos, dos almas en una, con el objetivo de crear emoción en estado puro. No sé qué razones os han llevado a esto —dijo, señalándolos—, pero eso que provocabais en la gente, que os veían bailar, ya no lo conseguís. Espero que, con la llegada del nuevo coreógrafo, podamos volver a sentir esa conexión que teníais en el escenario. —Tras decirles eso, se marchó. Katerina sabía a qué se refería y, aunque trataba de llegar a su compañero a través de la danza, era imposible.

—Franz... —Pero su *partenaire*, ofendido, hizo un gesto con el brazo, como diciéndole sin palabras que no se molestase en hablar. Kat se encontraba hastiada de vivir esa situación. Tal y como les había dicho Sergey, ellos dos habían

provocado muchos aplausos e incluso habían podido ver ojos llenos de emoción en el público. Dio un par de patadas con los brazos en las caderas, y estaba a punto de desbordársele el llanto.

—Kat... —Su amigo y coreógrafo volvió con una botella de agua en las manos—. No puedes seguir así, te estás matando en vida. —Ella se encogió de hombros, con la mirada fija en el suelo. Acabó por sentarse, pues presentía que estaba a punto de derrumbarse. Sergey se sentó a su lado, frente a ella. Ella jugueteaba con los dedos, dibujando en el suelo figuras sin sentido.

—Parece mentira que tú me digas eso. —Alzó los ojos para encontrarse con los suyos y lo vio muy cansado—. Tú has estado en nuestra piel y sabes a lo que nos enfrentamos, lo que debemos luchar por llegar hasta aquí. —La voz se fue apagando según iba hablándole.

—¿Crees que no te entiendo? Por supuesto que lo hago, mejor de lo que piensas. Pero la danza me arrebató momentos que debí haber disfrutado. —Se paró al recordar a su madre, con la que no había pasado todo el tiempo que hubiera deseado—. Precisamente porque lo sé, quiero que disfrutes de la vida, que disfrutes bailando, que no pienses y te dejes llevar; que apartes los miedos y los agobios, o seguiréis sin encontraros.

Ella no quería escuchar un nuevo sermón; con que su padre se los echara a diario, ya tenía suficiente. Sintió pena por el duro momento que estaba atravesando su amigo, pero no estaba de acuerdo con él. Se levantó de nuevo y fue hacia el reproductor para poner una canción de música clásica que la ayudaba a relajarse y a olvidarse de todo por un momento. Ignoró a Sergey, que estaba apoyado en la pared observando sus movimientos, sintiéndose inútil por no poder ayudar a una de las personas más importantes de su vida. Se acercó al reproductor y paró la música, mientras Kat se detenía mirándose al espejo aguantando el llanto. Su amigo fue hasta ella y le habló con el corazón en la mano.

—Alguien bastante sabio me dijo una vez que la música hay que sentirla. Es la encargada de provocar emociones, sentimientos; de no provocarte absolutamente nada o de llevarte al mismo cielo; de hacer que se te corte la respiración y sientas frío en la piel. —Le recordó una de sus primeras conversaciones de cuando se

habían conocido y ella había sido tan sincera al hablar de su gran pasión. Sin embargo, si lo miraba a los ojos, se desmoronaría. Mantenía la vista fija en el suelo, esperando que Sergey se cansara y se fuera. Este chasqueó la lengua y terminó marchándose. Kat seguía preocupada y cansada de vivir aquella situación, en la que no avanzaban; permaneció ensayando al menos un par de horas más hasta sentirse cerca de la extenuación. Y es que era lo que le habían enseñado: que, si quería una recompensa, debía trabajar hasta el desfallecimiento.

—¿**A**lguna vez has sentido como si tu cuerpo no te perteneciera, como si salieras flotando y volando por encima de tu propia imagen? Y, entonces, debes reconocerlo, esa persona que ves desde fuera eres tú; todo eso te está pasando a ti y no a otra —le dijo Kat a su mejor amiga el día que le confirmaron que sería la solista del Ballet Imperial Ruso. Anastasia, con lágrimas también en los ojos, se rio ante su comentario filosófico y se abrazaron, temblando de pura emoción. Su sueño, tras el que había estado muchos años, se hizo realidad. Por eso, lamentaba, profundamente, el desencuentro con su querido amigo Franz.

—Katerina, me ha dicho Sergey que últimamente tienes problemas con Franz. Yo siempre he pensado que ese muchacho no está a tu altura, pero tú, siempre tan generosa con la gente, te empeñaste en que le hicieran la prueba y, para tu desgracia, lo aceptaron. —Su padre no podría hacerle más daño ni a conciencia. Katerina adoraba a su *partenaire*, al que conocía desde la academia.

El primer día en la Academia Vagánova, una introvertida y asustada Katerina llegó a la clase de ballet clásico en aquel lugar, donde chicas de tercer año caminaban como auténticas diosas, dominando el aire que respiraban el resto de los mortales. Entró a la clase y, en un rincón apartado de todos, comenzó a prepararse, vendándose cada dedo con esparadrapo adhesivo.

—Los pies soportan todo el peso del cuerpo, se encargan de coordinar los movimientos, el equilibrio y la maniobrabilidad. Tienen veintiséis huesos, treinta y dos articulaciones, diecinueve músculos y más de cien ligamentos. De ellos depende, en gran manera, la salud de nuestras piernas y columna vertebral. Mantener el peso hace que sea menor la presión sobre los huesos y músculos de los pies. —Esas fueron las primeras palabras que le dedicó Franz a Katerina.

Ella frunció el ceño por unos instantes, sin saber a qué se debía aquella parrafada, pero, al ver cómo aquel muchacho delgado de cabello revuelto la miraba, comprendió que estaba tan perdido como ella.

—Como decía Walt Whitman: «Si algo es sagrado, ese es el cuerpo». —Con esa respuesta, un joven Franz sintió cómo se creaba una conexión especial con la chica que se vendaba cuidadosamente los dedos de los pies para protegerlos.

Y, desde entonces, ambos fueron inseparables, bailaron juntos, se apoyaron, lloraron y rieron a la vez. Franz tuvo el hombro de su amiga para llorar cuando sus padres fallecieron en un terrible incendio, y gracias a Kat salió adelante. Ella no dejó de estar a su lado, estando pendiente de él cada segundo del día, aguantando su mal humor y soportando los duros momentos. Pero el padre de Kat nunca vio con buenos ojos esa unión y, aunque intentaba separar a estos dos mejores amigos, todo fue en vano.

—Franz y yo no tenemos ningún problema —le dijo, mientras removía el arroz integral de su plato con la mirada de su padre clavada en él. No había nada que la hiciera sentirse más inquieta e insegura que ver cómo la vigilaba en las comidas.

—¿No habíamos quedado en que el arroz era para el desayuno, Katerina? —De nuevo estaba ahí el control máximo de cada movimiento que realizaba. Mijaíl Solokov llevaba media vida rodeado de bailarines, conocía al dedillo cómo debían trabajar y lo que era mejor para ellos; en este caso, para su hija. Desde que pidió ponerse un tutú, y aunque le costó aceptarlo, su padre la apoyó y no cejó en su empeño de que fuera la mejor; no había otra posibilidad. Sabía que la presión era superior y la exigencia, muy alta, pero la recompensa llegó cuando pasó la prueba en la compañía y se convirtió en la primera bailarina.

—No, papá, ya te dije que en el desayuno no quiero tomar arroz. Ya sabes que me gusta tomar mi par de tostadas integrales con pavo y mi té habitual. —Su padre se removió irritado en la silla; a veces el carácter de *ella* reaparecía en su hija, y le costaba mucho no recordarla. La madre de Katerina había sido una bailarina de ballet grandiosa, brillante, tan excepcional que podría decirse que había sido todo un prodigio en su época. Solo dejó de bailar en los meses en que le había sido imposible por estar embarazada de Kat y, en cuanto se recuperó,

volvió a subirse a un escenario, estrenándose de nuevo con la magnífica *Giselle*.

—En cuanto a lo que sea que os sucede a Franz y a ti, confío y espero que, con la llegada de Ivanov, todo se resuelva. No puedes bajar la guardia ni dejar de ser quien eres, Katerina... —Se sabía el discurso de memoria—. Has sacrificado mucho para llegar hasta aquí, no te he educado en las mejores escuelas de danza para que acabes siendo una segundona. Solo puedes aspirar a ser la mejor. Es todo o nada. —Katerina, siempre Katerina, la joven bailarina ya no se acordaba de la última vez que la había llamado Kat. Hacía tantos años de aquello que parecía más una epifanía que la realidad...

*Suena la música de El Cascanueces, cuando el hada de azúcar aparece en escena danzando y caminando sobre las puntas. Kat miraba fascinada a aquella mujer que, con esa majestuosidad y fuerza, ejecutaba elegantemente esos pasos con los que soñaba sin descanso. Al acabar la actuación, las luces se apagan y únicamente los aplausos resuenan en el teatro. Un hombre joven tira de la mano de la pequeña Kat y, en plena semioscuridad, camina con ella. Llegan al camerino de la gran estrella, esa que hace apenas un momento ha brillado con luz propia, y abren la puerta. La bailarina se gira aún con el éxtasis en sus ojos, se agacha y abre los brazos para recibir a la pequeña, que corre hacia ella. La alza y se abrazan, mientras giran sonriéndose. El hombre las observa desde la puerta, hasta que entra y cierra tras de sí. Anda unos pasos y, cuando la mujer se detiene, la más pura mirada de amor los alcanza. Ahora los tres dan vueltas, abrazados, se miran unos a otros y se ríen girando cual peonzas...*

Aquel era el último recuerdo que Katerina conservaba de sus padres felices, de una familia, de la felicidad completa. Todo lo que vino después fueron exigencias, reproches diarios, clases que la hacían desfallecer y odiar aquello que más amaba.

—¿Me estás escuchando?

—¿Cómo no hacerlo si te tengo pegado al oído todo el santo día? —Cuando no lo soportaba más, cuando era inaguantable escuchar el discurso del *dictador*, la bailarina se rebelaba y expresaba lo que de verdad sentía, aunque, para su desgracia, ocurría pocas veces.

—¿Estás retándome? —Apretando los puños, no pudo contener la rabia y dio

un sonoro golpe en la mesa con ambas manos, que provocó un respingo en su hija y que varias cabezas se girasen hacia ellos. Kat lo miró y, en silencio, le dijo que todo estaba bien; al fin y al cabo era ella siempre la que cedía y callaba. No soportaba ver cómo la gente se daba cuenta de su pésima relación, era algo demasiado doloroso e íntimo como para pregonarlo.

—Tengo que volver al ensayo. Nos vemos esta noche. —Se levantó de la mesa con los ojos escociéndole, y no por las palabras dañinas que siempre le causaban dolor, sino por ser el centro de atención, porque toda esa gente se habría dado cuenta de su situación; de que, a pesar de ser ya mayor, debía seguir aguantando las charlas, las exigencias y la presión de su padre.

Los compañeros ya estaban en la sala de ensayo calentando para proseguir cuando ella llegó. Sergey hablaba con un Franz pálido y con semblante muy serio, y en cuanto a las bailarinas, algunas cuchicheaban entre ellas, mirándola con desprecio, particularmente Tanya. Con el paso del tiempo, se había acostumbrado a eso, aunque nunca dejaba de escocer tener que demostrar que ella era la mejor por razones obvias. Anastasia practicaba en la barra a la espera de empezar de nuevo con *El lago de los cisnes*. Al ver la cara de su amiga, se acercó a ella, temiéndose lo sucedido.

—¿Has comido con tu padre? —Katerina miró a su amiga y suspiró, sintiendo cómo se hundía un poco al sentir la cercanía de su mejor amiga. Anastasia la abrazó un milisegundo, pues no quería que la vieses abatida, y bromeó con ella sobre ir a tomarse unas copas pronto.

—Compañía, volvamos al trabajo. —Sergey dio un par de palmadas e instintivamente se deshicieron de sus chaquetas y jerséis. Se colocaron en posición, y Georg le dio al botón del reproductor de CD para que diese comienzo la actuación. El señor Ivanov no estaba por ningún lado, cosa que extrañó a Katerina, pues lo había visto más que entregado por la mañana—. No miréis más, niñas —dijo el coreógrafo, observando cómo las bailarinas no dejaban de recorrer toda la sala con la mirada —, el nuevo coreógrafo no está. Mañana volverá.

Las bailarinas se miraron unas a otras, pues estaban deseosas de tener cerca al gran maestro Ivanov. Profesionalmente hablando, era uno de los mejores

bailarines de ballet clásico de los últimos tiempos. Katerina había oído hablar de él por primera vez en la academia, estando en segundo año. Para entonces, Aleksei ya era solista en una compañía de ballet de reconocido prestigio internacional; de hecho, iba a ir con dicha compañía a su academia a participar en un intercambio de experiencias. Finalmente, él no había podido asistir, pero sus compañeros sí que lo habían hecho, y Kat había aprendido muchísimo en esas semanas. Fueron días donde había rozado su sueño con los dedos, había conocido lo que le esperaba y no había cesado en su empeño de llegar a ser como esas bailarinas, etéreas y delicadas.

—Vamos, chicos, desde las jóvenes casaderas. Sigfrido, preparado. —Sergey les dio un par de explicaciones—. Y ahora con música. —Accionó el botón del reproductor y los bailarines se colocaron en posición—. Con precisión, bien, seguid así. —Franz se acercaba una a una a las bailarinas que eran las jóvenes casaderas con las que el príncipe debía bailar para elegir futura esposa—. Pasos limpios, Anelka. —La bailarina no se inmutaba al escuchar las órdenes del coreógrafo, pero mejoraba en su ejecución obedeciéndolo—. Giros definidos, Franz, recuerda que debéis trabajar juntos. —Algo le sucedía al bailarín. Kat, que lo conocía muy bien, lo veía en su rostro; se limpiaba el sudor a cada rato y estaba inquieto—. Bien, suficiente. Vamos a primera posición, Rothbart. —Yuri, que era el brujo malvado, se adelantó y, dispuesto, se colocó en la posición para empezar. Franz, contrariado y molesto, salió de la sala sin consultar. Katerina sabía que aún le quedaba tiempo para entrar en escena: siguió a su compañero, lo buscó por los pasillos sin encontrarlo hasta que lo vio al lado de la máquina del agua, apoyando una mano en ella, mientras que con la otra se tocaba la rodilla.

—Franz... —Su *partenaire* la miró y se incorporó al verla, se limpió el sudor con el antebrazo, pero seguía estando pálido—. ¿Te encuentras mal?

—¿Mal? Mal estoy desde que la primera bailarina de esta compañía no confía en mí, y soy su compañero. Katerina, si algo aprendemos nada más comenzar en esto es que debe haber absoluta confianza. Si no, ¿cómo te dejarás caer?, ¿cómo podrás hacer una elevación si no confías en que yo te sujete? Mira, no sé qué diantres es lo que te ocurre desde hace tiempo, por qué no hablas conmigo; ya no me cuentas nada, te has encerrado en ti misma y solo vives obsesionada con la

compañía, el estreno y la perfección. —Por primera vez, veía el dolor en los ojos de Franz; él se sentía perdido sin ella, que no llegaba a entender lo que le pasaba. Estaba fallando a su mejor amigo cada día y eso le rompía un poco el corazón.

—Tú no eres el problema, soy yo, que no consigo comprender por qué no me sale como antes. —Comenzó a hacer aspavientos con las manos, desesperada, se las llevó a la cabeza y las pasó por el pelo desde el moño hasta el cuello. Inspiró un par de veces y las bajó hacia los costados. Franz, entonces, lo vio, y se acercó a ella con una mueca de tristeza. Apoyó sus manos en los hombros de Kat y le habló desde el corazón.

—No te cuestiones a ti misma. Estás tan obsesionada con que salga perfecto que no lo dejas fluir. Kat, sé que tu padre te exige demasiado, pero no quiero que te pierdas ahí. Y no quiero que eso me afecte a mí. —La soltó y se dio la vuelta. Se sentía el peor ser del mundo al hacer ese comentario tan egoísta, pero en el fondo era lo que pensaba—. No puedo dejar que me arrastres contigo. —El corazón de Katerina bombeaba a más latidos de lo habitual. ¿Iba a dejarla en la estacada? Franz volvió a girarse a mirar a su mejor amiga con los ojos a punto de estallar en lágrimas.

»Estoy tan preocupado por ti y tan nervioso pensando que no nos va a salir que estoy comportándome de manera torpe. Tú siempre has sido la positiva, la optimista, la que me ha ayudado a seguir adelante, sin importar nada. Y ahora eres tú la que necesita la fuerza, el apoyo y la seguridad para poder seguir, aun siendo la bailarina excepcional que eres. Kat, apóyate en mí y no dejes de luchar, porque tus sueños están a punto de hacerse realidad. —La bailarina exhaló todo el aire que estaba conteniendo cuando escuchó sus palabras: «No puedo dejar que me arrastres contigo». Se había temido lo peor, pero en el fondo algo le decía que él jamás la abandonaría. Nunca permitió que las *serpientes* que trataron de derribarla en su camino y hacer que abandonara el ballet pudieran con ella, como tampoco dejó que el trato huraño de su padre hacia ella consiguiera hacerla abandonar su sueño. Katerina, a su corta edad, había sufrido golpes debido a las envidias y a su madre, pero estos no hicieron más que fortalecerla. Se aferró a Franz y lloró en su pecho toda la angustia que llevaba soportando desde que había llegado a la compañía. Ella, que vivía con los pies

en la tierra, se sentía firmemente unida a él, aunque, cuando se dejaba llevar por el aire, creía que formaba parte de él, que le permitía volar, sintiéndose ligera, liviana, de cuerpo y ánimo; al menos, en esos efímeros momentos.

**K**aterina no fue la primera en llegar ese día al Teatro de la Ópera Kolobov Novaya. Aleksei llegó a la hora habitual en la que ella solía ya estar ensayando, pero, tras la noche anterior con los amigos, se había quedado dormida. Franz y Anastasia habían estado desvariando bastante tras tomarse unas cuantas cervezas; ella había sido la única cuerda del grupo, pero ese día, por la mañana, sonreía al recordar lo bien que lo habían pasado aquellos tres...

### *La noche anterior*

—Buen trabajo, Franz, hasta mañana. —Kat le dio un beso en la mejilla al bailarín, pero este la agarró del brazo antes de seguir caminando.

—De eso nada, esta noche te vienes con nosotros. —Y antes de poder replicarle, ya se encontraba atrapada en los brazos de Anastasia, camino a la salida.

—Pero yo no puedo; id sin mí, chicos. —Franz y Nastia hacían oídos sordos a sus quejas y la llevaron a rastras al bar de al lado del teatro.

—Katerina. —La voz de su padre fue lo único que los detuvo en seco, aunque sus amigos no se separaron de ella—. ¿Estás lista para irnos a casa?

—No, no lo está, señor. Esta noche se queda con nosotros; no se preocupe, yo mismo me encargaré de devolverla sana y salva a casa. —El señor Solokov asesinó con la mirada al amigo de su hija, pero este no se amilanó. Kat no sabía qué hacer, pues sus amigos no la soltaban; incluso se sentía más fuerte—. Vamos, Kat. —Las tres promesas del ballet clásico siguieron su camino y, aunque la solista de la compañía miró de reojo a su padre, no se atrevió a decir

nada.

Unas horas más tarde, seguían en el bar, riéndose y bromeando entre cervezas. Anastasia no había parado de hablar maravillas del nuevo coreógrafo, estaba fascinada por él y eso que, simplemente, lo habían visto un rato por la mañana. Franz se burlaba de su «enamoramiento», y Katerina disfrutaba viéndolos pelearse.

—Chicos, ya es tarde, deberíamos marcharnos.

—Venga, Kat, estamos relajándonos. —Chocó su vaso con el de ella, y puso los ojos en blanco.

—¿Creéis que tendrá pareja? Al parecer, hace poco ha roto su relación con la violinista austríaca Marie Hofbauer.

—Increíble, Anastasia, ¿ahora lees las revistas de cotilleos? —Ambos comenzaron una guerra dialéctica sobre la moralidad de esas publicaciones, pero Franz acabó cediendo cuando vio que a ella lo único que le interesaba era saber si tenía alguna posibilidad con él. El nuevo coreógrafo era una personalidad bastante importante en su país, y los medios sabían todo sobre su vida y la de sus allegados.

—Puedes estar tranquila, que no tiene pareja. —Sergey los sorprendió con su respuesta. Se giraron los tres, y una resplandeciente Anastasia brindó con su cerveza por ello—. ¿Puedo? —Señaló el asiento libre junto a Kat y se sentó en cuanto Franz le dio el visto bueno. Katerina no había vuelto a hablar con él a solas desde aquel día en que había insistido en que debía relajarse.

Glavpivmag era una cervecería típica del centro de la ciudad. Con techos altos de madera, las paredes estaban llenas de fotos de cervezas de todas las clases, así como de la familia que había fundado el local hacía siglos. Solían tener música en directo un par de días a la semana y aquella noche era una de ellas. Franz se levantó y tiró de Nastia para ir a la barra a pedir más bebida. Kat vio que se habían dado cuenta de la frialdad con la que se trataban aquellos dos y suspiró resignada ante lo inevitable.

—Siento si el otro día te incomodó lo que te dije, pero, Kat, quiero ser sincero contigo y no quiero que pases por lo que yo he vivido.

—Lo sé, Sergey. Perdóname tú a mí por ser tan estúpida y no ver cuándo un

amigo me tiende su mano. —Él asintió, con una mueca divertida que rompió la tensión creada.

La música comenzó a sonar y los gritos y silbidos de los jóvenes congregados ante el escenario pasaron a ser lo único que podía escucharse. Sergey se levantó, le ofreció la mano a Kat, que la recibió sonriendo, y pronto se unieron a Franz y a una Anastasia que bailaba entregada, canturreando las letras. Aquel tipo de música no era el favorito de Kat, pero de vez en cuando acudían a ese lugar a desestresarse, sin importarles demasiado si el grupo tocaba rock, folk o lo que fuese. Cantaron canciones de éxitos de otros grupos y bailaron como si no fueran tres bailarines de danza clásica, con unos horarios muy establecidos y una exigencia casi marcial. Sergey acabó por abandonarlos al rozar la madrugada. Un par de horas más tarde, volvieron al coche de Franz, que seguía peleándose con Anastasia por la calidad musical del grupo, las canciones que habían tocado y la historia de la música rock a lo largo de los años. Kat los observó en silencio sin dar la razón ni a uno ni a otra, mas divirtiéndose con las pullas que se lanzaban. Y así transcurrió la noche, la de tres amigos que, muy de cuando en cuando, eran simplemente tres jóvenes sin presiones ni preocupaciones sobre el futuro. Solo tres amigos que se divertían, como se suponía debían hacer en su juventud.

Kat subió a la sala de ensayo, pero ralentizó sus pasos al escuchar la música de *El Danubio azul*, proveniente de ese lugar, donde a esa hora jamás había nadie. La puerta estaba entornada; con delicadeza, la abrió y se encontró al nuevo coreógrafo y amor platónico de su amiga, bailando. Maravillada y casi cegada por sus pasos, entró sin hacer ruido, se quedó observando en el vano de la puerta hasta que él reparó en ella.

—¿Katerina? —El coreógrafo estaba de espaldas a ella, con la ropa de ballet oscura, mirándola a través del espejo; el pecho le subía y le bajaba aún de forma acelerada. La música resonaba través de los altavoces y, sin saber muy bien por qué, ella se acercó hasta él, que se dio la vuelta mirándola extrañado, pues no sabía qué quería hacer.

Katerina le sonrió y, tras hacerle una reverencia, comenzó a dar giros hacia un lado; se paró a hacer varios *fouettés*, giraba sobre sí misma manteniéndose sobre

una pierna, seguido de varios *échappés*. La *prima ballerina* saltaba desde el suelo, pareciendo un ser ingrávido en el aire, suspendida por un momento antes de aterrizar. Aleksei la observaba, dejándola hacer su *solo* y contemplándola absolutamente maravillado. No sabía nada de los bailarines de la compañía, simplemente que era el Ballet Imperial Ruso, y eso siempre eran palabras mayores. Por lo que había podido presenciar el día anterior, eran auténticos prodigios de la danza, aunque Katerina era algo fuera de lo común. Ahora *pas de chat* saltando muy a la ligera y hacia los lados rápidamente de un pie al otro, con las rodillas dobladas y las caderas volteadas; como la danza de los cuatro cisnes, con los brazos entrelazados, de la obra que estrenarían en cinco semanas. Avanzó hacia él en un par de piruetas hasta que Aleksei la detuvo, posando sus manos en la cintura de ella. Katerina lo miró a sus ojos verdes, que estaban más vivos que nunca. En ese momento, ella se dio cuenta de que era tan apasionado por el ballet como ella; ambos lo llevaban en el alma. Emocionada ante las sensaciones que estaba sintiendo, se dejó llevar por su experiencia y sabiduría. Caminaron hacia el espejo, giró a la bailarina en el *promenade* mientras Kat se mantenía en una sola punta y Aleksei giraba a su alrededor. Ella ejecutaba *pirouettes* sobre una sola pierna con el coreógrafo estabilizándola para acabar levantándola en el aire de forma elegante, unidos por las manos en la cintura de ella.

Sentía el aliento de Aleksei en su cuello. La sostenía fuertemente con sus brazos, de los cuales era difícil escapar, al parecer. Pero enseguida la razón acudió a la mente de Kat, quien bajó los pies y se separó de él, y de nuevo hizo otra reverencia al coreógrafo, que correspondió con el mismo gesto. Fue a por una toalla para la bailarina, pero ella ya estaba buscando una en su bolsa, que había dejado en el suelo al entrar. Aleksei la cogió, entonces, para sí mismo y, mientras eliminaba el sudor de su cuerpo, contemplaba a una Katerina risueña que evitaba el contacto con él.

—Disculpe, no he podido evitarlo. La música clásica me embriaga. —Por fin se atrevió a mirarlo a los ojos con aquella ternura que lo descolocaba. Él sonrió y pasó por alto el trato de usted. En unas horas, llegaría el resto de la compañía y no deseaba comenzar una guerra con ella, pues por seguro se daría.

—Te comprendo a la perfección. Cuando pisas el escenario, no creo que pueda describirse. Recuerdo aquella vez en el Royal Albert Hall de Londres, entonces lo supe. —Dejó la toalla en el suelo y se acercó a Kat, que lo miraba por primera vez con admiración—. Lo sientes, aquí dentro —dijo, llevándose la mano al pecho—; es ahí donde quieres estar, más que en cualquier otro lugar, porque es ahí donde eres feliz.

Katerina sentía cómo le robaban el aire de los pulmones. Aleksei había descrito sus sentimientos a la perfección; solo bailando era feliz, el resto del tiempo sobrevivía. El coreógrafo seguía sonriéndole, lo que provocaba que una sonrisa estúpida se instalara en su cara; no podía controlarlo. Carraspeó y volvió a su bolsa a dejar la toalla, ya empapada en sudor.

—No sabía que ibas a estar aquí tan temprano, yo vengo todos los días. —¿Acaso era una información que él necesitase conocer? En cuanto salió de su boca, se arrepintió de tratarlo con familiaridad, ya que ella misma le había exigido que no volviese a tocarla ni mucho menos a tutearla. A esas alturas, ya debía de pensar que estaba loca.

—Está bien saberlo —respondió él, cambiando los CDs para preparar el ensayo. La miró de reojo y vio que se dibujaba una tímida sonrisa en su cara.

—Oh, buenos días, Aleksei. —Tanya entró en la sala, deshaciéndose de la chaqueta de lana mientras miraba con picardía al coreógrafo—. ¿Te importa si me quedo a ensayar?

El bailarín, que no quería pecar de antipático, y era —como quien dice— su primer día con ellos, le contestó amablemente que podía hacerlo si así lo deseaba. La chica sonrió maliciosa y se puso las zapatillas de ballet en un abrir y cerrar de ojos. Katerina se sentía incómoda allí, así que optó por recoger sus cosas y marcharse. Quizás Irina ya hubiera llegado y podrían charlar un rato sobre los chicos o hablar del ballet que estrenarían en breve con ella como solista.

—Bueno, luego nos vemos. —Con la bolsa al hombro, se dio la vuelta hacia la puerta, pero la voz de Aleksei la detuvo.

—¡Espera! Pensaba que quizá querrías que ensayásemos un poco tu *solo* del Acto iv. —De alguna forma, había conseguido la conexión con ella desde que

habían bailado juntos el día anterior por primera vez, y ese día había vuelto a suceder en la danza de *El Danubio azul*. Necesitaba seguir sintiéndola, pues lo hacía experimentar unos sentimientos que creía ya olvidados tras la traición de Marie, su exnovia.

—No, no se preocupe. Puede ayudar a Tanya, que estoy segura de que lo necesita más que yo. —La segunda bailarina la miró con rabia volteando la cabeza, enfadada, pero aquello no le preocupó lo más mínimo, pues su objetivo estaba conseguido. Iba a pasar al menos dos horas completas con Aleksei, su próximo objetivo, y ella no pararía hasta conseguirlo.

—Recuérdame una vez más por qué nos dedicamos a esto. —Anastasia siempre pedía lo mismo a Katerina cada vez que le salía una nueva ampolla en los pies. No lo decía totalmente en serio, aunque a juzgar por las muecas que hacía parecía que estaba harta de todo aquello.

—Vamos, el ensayo comienza en cinco minutos, ¿quieres que te ayude?

—Ya está, listo. —Acabó de vendarse las ampollas y se puso las puntas—. Y tú, ¿no has venido hoy antes para ensayar?

—Sí, pero he parado un poco antes. —Kat no quiso explicarle el episodio con el nuevo coreógrafo, su forma de lanzarse hacia él cuando lo vio bailando, las ganas irrefrenables de sentir de nuevo esa conexión extraña junto a él. Franz llegó por detrás y alzó a su compañera de baile en el aire; Kat, de forma innata, estiró los brazos ágilmente con la postura de bailarina. Era algo que hacía sin darse cuenta, algo que llevaba dentro y le salía sin hacer el mínimo esfuerzo.

—¡Caray! Esa es mi chica. —Ella se rio mientras una entusiasta Anastasia daba saltitos aplaudiendo. Un par de compañeras más se giraron y aplaudieron a la vez. Katerina hizo una reverencia y se abrazó a Franz. La conexión aún no había vuelto, pero al menos su amigo estaba poniendo todo de su parte y los momentos tensos del día anterior se habían esfumado.

—Ya están Los Osos Amorosos en escena —comentó Tanya con un par de las compañeras que le seguían el hilo continuamente, y estas se rieron por lo bajito. A Kat le molestaba aquella actitud sobremanera, aunque reconocía que era una de las mejores bailarinas de la compañía. Por algo era su sustituta, pero la envidia y el rencor le impedían ser excelente. Franz a veces entraba en su juego,

en especial cuando atacaba a sus amigas; sin embargo, ese día no se molestó ni en mirarla. Cogió a Kat de la mano y entró dando giros en la sala de ensayo con Anastasia detrás.

Sergey estaba conversando con el nuevo coreógrafo, que aparentaba estar sumamente concentrado. La compañía al completo entró en la sala. Se dividieron por grupos: mientras unos practicaban en la barra, otros se preparaban para su número, y ellos se quedaron en un rincón a observar a los bailarines que debían actuar en ese momento. Katerina pensaba que eran imaginaciones suyas, pero el señor Ivanov buscaba su mirada de vez en cuando y no apartaba la vista de Franz. Fue entonces cuando su turno llegó. Franz y Kat estaban completamente concentrados en los movimientos y, de veras, trataron de volver a ser los que eran, pero, por más que lo intentaron, ellos sabían que no llegaban a ello. Aún con la respiración acelerada, se miraron con la verdad en sus ojos mientras sus compañeros estallaron en aplausos. Ambos los agradecieron asintiendo con la cabeza, e incluso los coreógrafos les dieron la enhorabuena.

Su trabajo siempre fue duro; se resumía en constancia, sacrificio, compromiso y entrega. Ella siempre había soñado con llegar a ser la *prima ballerina* de una compañía, y eso conllevaba una serie de requisitos. Era la primera que llegaba a ensayar, cerca del alba, y era además la última en marcharse de allí. A veces, con Franz, que se quedaba a ensayar con ella; otras veces sola. Desde muy pequeña asumió que tener amigos iba a ser un lujo, en especial entre la gente del mundo del ballet. Aceptó que no iba ser una joven como las demás, preocupadas por citas amorosas y por la ropa que debían llevar a ellas. Y no siempre fue fácil, además sin una madre que aplacara un poco el férreo carácter de su padre, que no la dejaba respirar. Kat contenía la respiración cuando danzaba, pero no sabía cómo hacerlo cuando volvía a posar los pies en la tierra.

—Vamos, Kat, a nosotros no puedes engañarnos. Has dejado de ir a ensayar al amanecer estas dos últimas semanas, justo cuando el estreno está tan cerca. ¿Qué te está sucediendo?

—Basta, Nastia, todo está igual que siempre. Franz y yo hemos decidido ser más benévolo con nosotros mismos, eso es todo —mintió descaradamente.

—Oye, oye, a mí no me metas, que yo jamás he venido a ensayar tan temprano. Un bailarín necesita tener un cutis espléndido y debe descansar. —Su amigo bromeaba mientras removía la taza de té en casa de Anastasia. Era sábado por la tarde, y los tres decidieron quedar para pasar una tarde relajada fuera del ambiente del ballet. En casa de Kat, aquello era inimaginable, pues el padre de la bailarina apenas los dejaba solos y los trataba como niños pequeños, dejándoles poco espacio.

—Yo creo que tiene más que ver con que Tanya acude todas las mañanas a esa hora a ensayar para pelotear a los coreógrafos. ¡Puagg!, se me revuelve el estómago solo de pensarlo. —Afortunadamente, ninguno de los dos se había percatado de los sentimientos que Kat estaba comenzando a albergar por Aleksei. Desde aquella mañana en la que bailaron *El Danubio azul*, lo había estado evitando. Solo asistía a los ensayos, como todos los demás, sin ser la misma de siempre, exigiendo eficacia y pulcritud, sin sobresalir, perdiendo su esencia.

—Mira, mejor así, cariño. Todo está saliendo a las mil maravillas; nuestra compenetración ha vuelto, y permíteme decirte que casi todo gracias a mí. —Ya estaba Franz haciendo gala de su vanidad. Kat, simplemente, sonrió, sin negarlo ni aprobar lo que acababa de decir. Él pensaba que su conexión había regresado,

ya que ella dejó de empeñarse en ensayar durante horas. Aceptó que la magia que creaban juntos había desaparecido. No es que lo hiciesen mal, pues incluso los coreógrafos estaban muy orgullosos de su trabajo; sin embargo, habían dejado de brillar como antes.

Anastasia se burló de él, y ambos simularon una pequeña pelea ante la tímida Katerina, que ese día estaba más retraída que nunca. Continuó analizando lo que sentía por Aleksei. No era simple admiración, como le había pasado al conocer a Sergey. Cuando él se acercaba a las chicas a enseñarles algo, las rozaba y coqueteaba; ella tenía que apartar la mirada, pues algo la irritaba por dentro. Si se acercaba a Tanya, era peor —consecuencia del odio mutuo—, y apenas lo toleraba. Y si, finalmente, era ella la elegida, con la que decidía dar ejemplo y bailar para enseñarlo al resto de la compañía; simplemente se deshacía en sus brazos. Le temblaban las piernas y sentía tanta felicidad en el pecho que podía levitar como nunca. Recordó, entonces, el día anterior, en el que Aleksei había pedido su mano y ella, tímidamente, se la había dado. Pegó la espalda de Kat a su pecho, agarrándola por la cintura con un brazo, mientras que con el otro sostenía su brazo extendido. Inmediatamente sintió que un rubor le calentaba el rostro. Tragó saliva varias veces, deseando aflojar el nudo que se instalaba en su garganta cada vez que él la tocaba. Se movía con Aleksei en un baile suave que estremecía a todos los que los observaban. Al acabar la pieza, se apartó de él temblando de esa emoción mágica que siempre le hacía sentir cada vez que bailaban.

—Yo estoy deseando volver a tener un día libre. Necesito salir un rato y bailar algo que no haya sido compuesto por una persona que vivió en el siglo pasado.

—Y, si además cae alguna *muñequita*, mejor que mejor, ¿verdad? —Anastasia bromeó con Franz, que comenzó a poner caritas inocentes como si jamás hubiera roto un plato en su vida.

Pasaron el resto de la tarde recordando viejas anécdotas de cuando se habían conocido, de su tiempo en la academia, de las trampas que debieron sortear, de los sueños que tenían, los miedos... Jugaron a las cartas, vieron películas y se quedaron dormidos unos en brazos de los otros en el viejo sofá de la sala de estar de Anastasia.

\*\*\*

Tal y como Franz había pedido días antes, los tres se fueron una noche de fiesta. Kat tuvo que salir a escondidas de su casa, como hacía en muchas ocasiones, pues su padre se negaba en redondo a dejarla salir, a que viviera una juventud que se le escaparía de las manos si no hacía locuras pequeñas como esa.

—¿Preparada? —Su amigo y compañero de baile le tendió la mano para ayudarla a subirse al coche. Condujeron a una hora de allí para que nadie pudiera irse de la lengua y acusarlos de no cumplir con su trabajo. Llegaron a una de las discotecas de moda de la zona y bailaron todos los éxitos del momento completamente desatados. Franz vio a una rubia muy entregada en el baile, a por la que, casi inmediatamente, fue, como si de una presa se tratase. Nastia y ella siguieron bailando hasta que Anastasia se vio atrapada en los brazos de un chico moreno, más alto que ella, que le gustó nada más verlo. Kat se quedó, entonces, sola, por poco tiempo. Un chico de ojos azules se acercó a ella, coquetearon, bailaron, se rozaron y se dejaron llevar, embriagados entre la música el alcohol.

Dos horas después, Franz regresó junto a sus amigas, que estaban más que entretenidas. A Nastia el chico terminó aburriéndola, así que estaba tan sola como su amigo. Sin embargo, Katerina estaba disfrutando de aquel chico que no la conocía, que no le exigía que dejase de comportarse como una adulta, que la hacía olvidarse de los ojos verdes que cada día la perturbaban...

—Kat, ¿nos vamos ya? —Miró a su amigo con pena, pues se estaba divirtiendo como hacía semanas no lo hacía. Aquel chico no sería el primero con el que se iría a pasar la noche para luego retomar su vida. A pesar del férreo control de su padre, siempre había encontrado tiempo y, sobre todo, formas de salir con chicos. Franz comprendió el mensaje, y los cuatro se subieron al vehículo del conductor. Katerina no se despegaba de los labios de aquel chico, que la transportaba a otra dimensión. Franz dejó a Nastia en su casa y después fueron a su casa. Miró a su amiga, levantando la ceja en señal de «disfruta, ya que yo no puedo», y se fue al sótano, donde tenía un sofá menos cómodo, pero que

permitiría la suficiente intimidad a su amiga y al chico que la arrastraba escaleras arriba.

\*\*\*

Unas horas más tarde, Katerina se levantó, miró al chico que la había hecho sentirse muy bien y satisfecha, y bajó con los zapatos en la mano.

—Espero que haya merecido la pena —comentó Franz, removiendo su tercer café. Aquel sofá había sido una verdadera pesadilla y no lo había dejado descansar en absoluto. Kat le sonrió, pícara, antes de coger su taza de café y apurar su contenido.

—Gracias, te debo una —le contestó ella, y le dio un beso en la mejilla.

—Si no te quisiera tanto, jamás dejaría que te follases a extraños en mi casa. ¿Y ahora, qué?, ¿le digo que te has tenido que ir o por lo menos has tenido la decencia de despedirte? —A juzgar por la mirada de Kat, llegó a la conclusión de siempre: se escabullía sin decirle adiós al rollo de una noche. Ella volvió a darle un beso y, antes de irse, él fue todo lo sincero que siempre se habían prometido ser uno con otro—. A veces es difícil reconocerte: pasas de ser la bailarina que se autoexige, disciplinada y responsable, a una simple chica que disfruta de la vida. Esa otra cara deberías enseñarla un poco más.

Katerina se giró al escuchar las hirientes pero ciertas palabras de su mejor amigo, ni ella misma era capaz de reconocerse en ocasiones. Desde pequeña le habían inculcado el espíritu trabajador, el ser responsable, tener una vida controlada, pero, cuando odiaba ser esa chica a la que todos parecían adorar, salía el otro aspecto de Kat: la chica rebelde que se llevaba a la cama al chico que le gustaba. Ella se defendía diciendo que era pura necesidad física, que el sexo la relajaba y la hacía sentir bien. Quien bien la conocía sabía que esa Kat era la que ocultaba bajo capas de responsabilidad y de sacrificio. Esa que reía a carcajadas haciendo un ruidito extraño, la desinhibida, fresca, espontánea, natural... era la verdadera chica que soñaba con ser bailarina.

—Gracias. —No pudo contestar nada más. Sabía que Franz podía llegar a ser

brutalmente honesto, herirla incluso, pero siempre lo hacía para ayudarla, lo que no impedía que el nudo de la garganta le apretase y las lágrimas quisieran aflorar. Le guiñó un ojo antes de irse en su coche a casa, que, afortunadamente, estaba a diez minutos de allí.

Mientras se duchaba, pensó que no podía dejar de ser ella, ni faltar a su propio compromiso de asistir cada día a ensayar antes de que todos llegasen, por el mero hecho de que Tanya estuviese allí también. Por ello, aquella mañana cogió la mochila y llegó al tiempo que Irina abría la puerta.

—Estos días te he echado en falta, mi niña. Tu compañera no es tan agradable como tú. —Kat le dedicó una tierna sonrisa y, tras darle un beso en la mejilla, subió las escaleras hacia la sala de ensayo. Se cambió de ropa y, después de subirse a las puntas, entró en la aún semioscura sala. Hizo barra un buen rato, practicando concentrada en sus propios movimientos, hasta que sintió una presencia a su espalda. Contuvo el aliento por un momento y, cuando tuvo el suficiente coraje de ver a Aleksei a solas de nuevo, como aquel día, se dio la vuelta.

—Ho... —Pero estaba sola. Se acercó a la puerta, que permanecía abierta, y con la música de *La Bella Durmiente* de fondo, encontró una flor y una nota en el suelo. Se agachó y, tras coger la flor, inspiró su olor profundamente. Se trataba de una campánula blanca, clásica de aquella zona. Katerina no sabía cómo, pero había adivinado que era su flor preferida de aquel lugar. En la casa de campo que tenían en la ciudad que vio nacer a Kat, contaban con un invernadero donde crecían flores de todos los tipos y tamaños. Su madre empezó con él, y ella había seguido con esa tradición. Por suerte, disponían de gente del servicio que se ocupaba de la casa, y el mayordomo se encargaba de cuidar sus plantas muy a pesar de su padre. Él odiaba aquel lugar y solamente iban cuando Kat se empeñaba mucho en hacerlo, cuando la nostalgia era tan dolorosa que necesitaba visitar aquel sitio tanto como respirar. Guardaba recuerdos tan maravillosos de aquel lugar que, de vez en cuando, deseaba volver para sentir de nuevo el amor que se había vivido en la casa, pues el ambiente aún estaba impregnado de él. Miró la nota del suelo, la leyó, y la sorpresa asomó a sus ojos.

He echado de menos verte cada mañana acudir a ensayar antes de que nadie lo hiciese. Confieso que, si he venido tan temprano, era con un solo objetivo: poder volver a bailar contigo como aquella mañana en la que *El Danubio azul* nos hizo soñar con ser los príncipes de la corte imperial en un baile de invierno.

Aleksei

A Kat se le paró el corazón en aquel momento; evocó los momentos en los que había bailado junto a Aleksei y, llevando la mano a su pecho, donde el corazón latía frenético, cerró los ojos. En su trayectoria como bailarina, había bailado con muchos compañeros; con algunos había congeniado a las mil maravillas, como Franz; con otros se había limitado a hacer su trabajo y se había bajado del escenario insatisfecha. Sin embargo, desde que las manos de Aleksei se posaron en el cuerpo de Katerina, la conexión apareció súbitamente, como si hubieran estado bailando durante años, con la compenetración exacta, derrochando magia a cada paso. Ni siquiera otros brazos la habían ayudado a sacar de su mente al coreógrafo por el que estaba sintiendo algo fuerte. ¡Maldición!

—Puedo ayudarte a volar si se te ha olvidado cómo hacerlo. —Alzó la vista, y allí estaba el hombre que la hacía sentirse como una loca adolescente, con las mejillas sonrojadas; era incapaz de mirarlo a los ojos, puesto que se notaría lo colada que estaba ya por él. Y, como siempre, hicieron lo que mejor se les daba: bailar.

Aleksei le ofreció su mano, que ella, encantada, tomó y, con la música del cuento de hadas de fondo, danzaron sin importarles dónde se encontraban o si alguien estaba vigilante de sus movimientos. En aquel instante, como en todos los anteriores que habían bailado juntos, el tiempo se detenía y flotaban ligeros como plumas, únicamente sintiendo la belleza de la música, que los llevaba de un lugar a otro sin seguir ninguna directriz. Simplemente, se dejaban llevar como en un sueño. Cuando la música cesó, Aleksei se detuvo mirando fascinado a la primera bailarina de la compañía, que despertaba en él sentimientos tan contradictorios como nuevos. Katerina era una auténtica estrella, pero algo le decía que podía ser fugaz si no apartaba de ella todas las losas que llevaba a

cuestas. Ella dejó de sentir ese pudor al mirarlo mientras bailaba siguiendo sus instintos, que la llevaban a volar por el aire.

—Sé que es aquí donde quieres estar porque te hace feliz, pero, cuando te bajas de esas puntas, debes serlo también. Alguien como tú se merece todos los sueños que estén más allá de su alcance. Tienes talento natural, puedes inspirarte en grandes leyendas de la danza para ser una grande, pero al final del día con quien podrás contar es con la gente que está a tu alrededor, la que te conoce, la que estará a tu lado cuando lo necesites. Empieza a ser feliz con ellos, Kat.

Y, de pronto, la bailarina se dio cuenta de que, sin apenas haber cruzado dos palabras con él, la conocía. No sabía con quién habría hablado, pero el caso era que sabía cómo se sentía y, entonces, la coraza volvió a surgir. Esta vez bastante molesta, dio un paso atrás y fue hacia el reproductor de música para proseguir con su ensayo hasta que llegasen los demás. Dio al botón del *play* y siguió a lo suyo, como si él no se encontrase aún allí. Aleksei no se rindió y paró la música. Kat no quería enfrentarse a él, por lo que siguió danzando sin ninguna melodía.

—Disculpa si te he hecho sentir intimidada, solo te digo la verdad. —La bailarina se dio la vuelta enfrentando al coreógrafo. La mirada de la joven era de pura rabia y sufrimiento al mismo tiempo, de vergüenza porque él veía la realidad de ella con tanta facilidad. Aleksei se sintió miserable, pero ya era hora de que alguien le dijera cómo eran las cosas, antes de que se sumiera en la más absoluta desesperación.

—Con todos mis respetos, no sé quién se cree para hablarme de ese modo, como si me conociera de algo. Únicamente es uno de mis coreógrafos; aprecio sus bonitas palabras, pero no necesito de sus cuidados para saber qué debo hacer con mi vida.

—No quería que pareciese eso, Kat; es solo... —Su nombre en diminutivo en sus labios le provocó un escalofrío demasiado intenso como para aguantar más tiempo en la misma sala que él.

—No me llames así, no eres mi amigo. Seamos profesionales. —Recogió la chaqueta de lana que había tirado al suelo antes de empezar a ensayar y pasó por el lado de Aleksei, que fue más rápido que ella y la detuvo, agarrándola por el antebrazo.

—Katerina, yo... —Se miraron como si se vieran por primera vez, y el único sonido que se escuchaba era el de los latidos de ambos corazones, que parecían haberse puesto de acuerdo para hacerlo al mismo ritmo. El miedo en los ojos de Kat, el deseo en los de Aleksei, y en ambos un atisbo de incertidumbre y felicidad inexplicable.

—¿Y esta flor? —La pregunta de Tanya fue lo que los devolvió a la realidad y los separó abruptamente; de hecho fue Kat la que lo hizo. No miró a la segunda bailarina en ningún momento mientras dejaba la sala. Dio unos pasos hacia atrás sin dejar de observar al coreógrafo, que tampoco apartaba su vista de ella. Tantas emociones se quedaron en el aire que impregnaban el ambiente de un espíritu romántico. Cogió la nota y la flor y volvió a mirar una vez más a Aleksei. Ninguno de los dos se percató de la presencia de Tanya; era como si estuvieran unidos por un hilo que, irremediablemente, los atraía uno al otro, pero del que no debían cogerse, pues su futuro era más bien incierto.

Nikolai observaba a su pupilo mirar al horizonte desde la ventana del salón. Llevaba varios días con ese halo ausente y perdido, como cuando estaba en la academia y echaba tanto de menos a sus padres que lloraba sin remedio. A él, que siempre fue su segundo padre, no le gustaba verlo de ese modo. Tatiana se acercó a su esposo con una taza de café humeante y se la entregó. Miró a su querido Aleksei, al que consideraron su propio hijo desde que lo habían acogido con doce años, aquel muchacho alto y desgarbado que miraba con ojos asustados a dos personas desconocidas. Aleksei llegó a la academia con una beca, tras mucho esfuerzo y muy recomendado desde la escuela a la que asistía en uno de los pueblecitos de la estepa rusa. Allí estuvo bailando desde edad muy temprana; sus padres, dos humildes trabajadores, vieron en su hijo esa fuerza de voluntad y ese deseo de ser bailarín algún día, e hicieron siempre todo lo que estuvo al alcance de su mano para ayudarlo a cumplir su sueño. Enviarlo muy lejos de casa, y de ellos, no fue una decisión fácil, dado que jamás se habían separado. Sin embargo, pesó más el amor por su hijo; su felicidad primó sobre sus egoístas deseos de retenerlo junto a ellos. Aleksei era un niño feliz y satisfecho en su ciudad natal; sus padres, no obstante, sabían lo que debían hacer. No querían que un día su hijo se arrepintiese de las decisiones que sus progenitores no hubieran tomado por miedo a perderlo. Y así fue como se pusieron en contacto con la academia Vagánova y supieron de una beca que existía para niños menores de trece años. Lucharon, trabajaron sin descanso para poder viajar con él a hacer las pruebas y, finalmente, todo mereció la pena. El joven bailarín estuvo brillante, según les dijeron los profesores, y consiguió la beca. En la misma academia trabajaba Nikolai, que se emocionó al verlo bailar, y él, que siempre había tenido

muy buen ojo clínico, habló con sus padres. Se interesó particularmente por su caso y les ofreció cobijar a su hijo en su casa y con su esposa, otra bailarina ya retirada que trabajaba junto a él en la academia. Los padres, al principio reacios, como cualquier padre que debe depositar toda su confianza en extraños, dudaron un tiempo, hasta que no tuvieron más remedio que regresar a su casa, al trabajo que los sacaba adelante, y dejaron a su único hijo en manos de desconocidos.

Un día tan amargo para unos fue el más glorioso para otros. Tatiana, que siempre había soñado con ser madre, pero la naturaleza se lo había impedido, recibía aquel regalo. Acogieron a Aleksei en el seno de su familia y lo trataron como al que podía haber sido su hijo. Le dieron una educación, le enseñaron disciplina y a cómo no rendirse, pero también le demostraron que llorar estaba bien y que el ballet era belleza en estado puro y sufrimiento al mismo tiempo.

—Algo recorre su mente últimamente y no sé qué es. —Tatiana confesó lo que llevaba preocupándola varios días. Con la mano posada sobre el hombro de su marido, le expresó aquello en voz baja para que Aleksei no los escuchara. Nikolai asintió con la cabeza y dio un sorbo del café. Mientras tanto, la persona de la que hablaban no podía alejar de su mente a una preciosa bailarina. No sabía qué le sucedía con ella, por qué tenía ese deseo de protegerla, cuidarla y defenderla. Miraba el maravilloso amanecer por la ventana: el sol se colaba entre las colinas con esos colores anaranjados que iluminaban el paisaje oscuro, que poco a poco cobraba luz.

—Alek, ¿me ayudarás esta noche a hacer uno de esos pasteles imperiales que tanto te gustaban de pequeño? —La esposa de Nikolai quiso así acercarse a su pequeño, que permanecía mirando por la ventana con el ceño fruncido. Al oír la angelical voz de Tatiana, se giró hacia ella, aún con el café entre sus manos, y le dedicó una amplia sonrisa. Se acercó a su mejilla y le dio un beso.

—Como si pudiera negarte algo. —La mujer le devolvió una mirada llena de amor y recogió de sus manos la taza de café.

—¿Estás listo, muchacho? —Nikolai se puso el abrigo, preparado para salir al frío polar del alba, mientras Aleksei tomaba el suyo.

Ese día hicieron el trayecto en tren, pues el coche del señor Petrov estaba en el taller por una pequeña avería. Él se alegró mucho, ya que así podía concentrarse

en tener una charla con el coreógrafo, que seguía bastante extraño.

—¿Has hablado con tus padres hace poco? ¿Se encuentran bien?

—Perfectamente. Están ansiosos por venir el día del estreno, ya sabes que para ellos cualquier cosa que haga merece la pena; incluso vendrían aunque fuera el encargado de barrer el teatro. —Nikolai se rio de su ocurrencia y se frotó las manos aún heladas. Seguramente, se habría roto la calefacción del tren, y el frío le calaba los huesos. No tuvo que esperar demasiado, pues entre ellos siempre había existido una comunicación directa. Le habían otorgado la confianza necesaria en todo momento para expresar sus inquietudes y habían sido completamente sinceros unos con los otros.

—Nikolai, ¿conoces a la gente de la compañía?

—A todos no, pero, como ya te dije, Sergey es al que más conozco. Algún bailarín más, pero tampoco demasiado. ¿Ha ocurrido algo? —Aleksi, algo inquieto, se removió en su asiento, ya que sabía que, si empezaba, no iba a poder parar. Estaba a punto de revelar a Nikolai lo que llevaba tiempo impidiéndole respirar.

—No, no es eso. Verás, he hablado mucho con Sergey, que me parece uno de los mejores coreógrafos que me he encontrado hasta ahora. Tiene muy claro lo que quiere y cómo lo quiere; es preciso, dinámico, exigente y efectivo. Sin embargo, he detectado que hay algún bailarín que no encaja demasiado bien en la compañía. Entiendo que es difícil lidiar con tanto ego desmedido, pero, en una compañía de ballet tan importante como esta, eso debe ser secundario. Deben ser profesionales y siento decir que no todos lo son. —No pretendía dar nombres completos, pues su trabajo no era quitarle el empleo a nadie. Nikolai era uno de los productores y se merecía estar al tanto de todo aquello. Escuchó a su amigo con paciencia y muy atentamente.

—Entiendo lo que dices, Alek; tú, el primero, sabes lo que es trabajar con estrellas del ballet. No es tarea fácil, pero, si es como dices, habrá que tomar medidas. Déjame que observe esto que me comentas antes de hacer nada.

—Yo no te estoy pidiendo que hagas nada; después de todo, en unos meses me marcharé de aquí y mi trabajo será simplemente una marca más en mi currículum. No quisiera llevarme a las espaldas haber provocado que alguien

perdiese su trabajo; solamente te digo que esto está creando grietas entre algunos bailarines. Para serte más claro, Nikolai, algunos piensan que van allí a lucirse y a pisotear al compañero; algo así es intolerable. —El productor se cruzó de brazos y apoyó el mentón en su mano. Creía saber a quién se refería, pero no lanzaría las campanas al vuelo tan pronto. Había algo más que su pupilo le ocultaba, y llegaría hasta el fondo de la cuestión antes de llegar al teatro.

—No te pongas dramático, que nos conocemos, Aleksei. Hay algo más, ¿cierto? —En momentos como ese, detestaba que lo conociera tan bien. Carraspeó y declaró abiertamente lo que rondaba su mente.

—Sí, se trata de la *prima ballerina*, me preocupa. —Nikolai abrió los ojos sorprendido, pues era una estrella pese a su corta edad, un prodigio.

—¿En qué sentido? Katerina es una excelente bailarina y, si está ahí como primera bailarina, es porque se lo ha ganado a pulso.

—Exactamente, se lo merece. Esa chica es alguien fuera de serie, como bien dices; sin embargo, creo que el nivel de autoexigencia acabará con ella más pronto que tarde. Por lo que he podido saber, gracias a Sergey, tiene un padre muy estricto con ella. Y precisamente por ser tan buena se ha ganado enemistades dentro de la compañía

—Pero también cuenta con grandes apoyos como Franz, su *partenaire*. Juraría que ese chico se interpondría entre un grave peligro y ella sin pensarlo un momento. —El estómago de Aleksei se contrajo al pensar en la cercanía que tenían fuera del escenario y en esa intimidad que parecían compartir.

—No lo sé, Nikolai. Es una excelente bailarina, pero parece que en cualquier momento se va a caer, está débil. No hay más que verlos bailar. Yo he visionado coreografías de ellos dos antes de llegar, hará unos meses, y no es lo que hacen ahora. Algo les está fallando y, por Sergey, creo que es cosa de Katerina.

Nikolai se quedó pensativo un instante, él no era tan cercano a los bailarines de la compañía, pero sabía cómo era el ambiente y que las personas débiles de espíritu eran las primeras en caer.

—No te preocupes, conozco poco a Kat, pero creo que te equivocas, es una mujer fuerte. La pérdida de su madre no pudo con ella y se convirtió en una de las mejores bailarinas, como lo había sido ella. Sin embargo, a su padre sí lo

conozco y es una roca dura, un hombre frío y huraño que siempre ha exprimido a su hija, la ha educado para ser la mejor o nada. —Aleksei se quedó petrificado al saber que Katerina había perdido a la figura materna siendo tan joven. Más sorprendido se quedó cuando Nikolai le dijo quién había sido su madre, Valeriè Solokov, primera bailarina del Bolshoi, la mujer que con diecisiete años interpretó *Giselle* y fue invitada a todos los teatros importantes del mundo, entre ellos La Scala de Milán o el American Ballet Theater. Y, entonces, Aleksei recordó cómo la trágica desaparición de la bailarina golpeó al mundo del ballet. Estaba en la academia cuando llegó la noticia a sus oídos, pero aún era muy joven y no se percataba de la dimensión de aquella fatídica noticia. Fueron días tristes para el mundo del ballet, una gran pérdida. No podía imaginarse lo que debió de haber sentido Katerina tras perder a su madre a tan temprana edad, pues no pasaría de los seis años. Y, desde entonces, lo único que había conocido fue a un padre exigente y estricto que creó una perfecta máquina de ballet, pero a la que había matado por dentro.

\*\*\*

—Vas a desgastar ese libro si sigues yendo con él a todas partes. —Katerina alzó la cabeza al escuchar a su amiga Anastasia meterse con ella. Le sacó la lengua y cerró el libro, pero, antes de guardarlo en la bolsa, se lo arrebató de las manos.

—¡Nastia, devuélvemelo! ¡No bromeo! —Para ella, el libro favorito de su madre, con anotaciones de ella en los márgenes, era su mayor tesoro; cada vez que lo abría, sentía que estaba cerca de ella y que su espíritu volvía a rondarla. Además, con el tiempo había aprendido a entender al personaje que llenaba esas páginas y a la que su madre siempre había idolatrado.

—No sé qué demonios le ves de interesante a la biografía de una reina de hace años. —Hojeó el libro, abriéndolo con descuido, hasta que una furiosa Katerina se lanzó sobre ella para quitárselo. Se abrazó a él, mirando a su mejor amiga muy enfadada, y le dio la espalda mientras intentaba calmarse. Lo guardó en la

bolsa y no le dirigió la palabra en un rato; el silencio enturbiaba el ambiente. Anastasia nunca había entendido su amor por ese libro, pero reconocía que se había pasado de la raya al jugar con algo tan importante para Kat—. Perdona, no era mi intención...

—¡No era tu intención, no era tu intención! ¡Maldita sea, Anastasia! ¿Alguna vez me he metido yo en tus asuntos? ¿Te molesto cuando te pones a releer esas cartas absurdas de amor que te enviaba Yuri hace meses? ¿Te pregunto por la forma en que miras a Franz? ¡No, Anastasia! —le gritó, muy molesta, completamente fuera de sí. Estaba agotada. Demasiados ensayos, demasiadas exigencias, demasiada presión... Se derrumbó de repente, y cayó sentada en el suelo, estallada en llanto. Anastasia se sintió culpable y, al mismo tiempo, molesta por ser tan transparente. Tras hacer un par de intentos, se acercó a ella, se arrodilló junto a Kat y la abrazó despacio. Katerina se aferraba a su mejor amiga, un tanto arrepentida del modo en el que le había hablado, con un peso enorme sobre sus hombros, con muchos ojos pendientes de sus fallos que deseaban que se cayera, con el miedo a fracasar latente... Y, en esos momentos, era cuando más necesitaba y echaba de menos a su madre. Por eso, acariciaba ese libro, lo abría, aspiraba su olor, impregnado de las flores secas que su madre había guardado en su interior, pero nada sanaba la herida.

—Perdóname, Kat, soy una idiota. Tranquila... —Estuvieron sentadas en el suelo de la sala de ensayo durante un largo tiempo, que parecieron horas, aunque simplemente fue una media hora. Todos se habían marchado ya y solo quedaban ellas dos.

—¿Quieres que llamemos a Franz y nos vayamos al bar a tomar algo?

—No, ya es tarde y mañana hay ensayo. Quizá otro día. —Salieron del teatro enfundadas en sus abrigos, con el semblante serio. Anastasia aún se sentía culpable, y Kat lo percibía. Se instaló entre ellas una extraña tensión, un miedo a confesar aquello que les provocaba miedo a cada una.

—Nastia, estoy bien, de verdad. Es solo que a veces me pesa demasiado la vida y explota. —Su amiga curvó una sonrisa en los labios y le dio un fuerte abrazo, con todo el cariño que sentía por ella. Afirmó con la cabeza y se separaron al subir cada una a su coche.

—Kat —la llamó después de dar dos pasos. Su amiga se dio la vuelta y le costó encontrarse con la ira de Anastasia, que miraba el suelo fijamente—. Respecto a Franz...

—No digas nada —le pidió Kat, pues sabía que ella aún no estaba lista para hablar de ello. Nastia subió la vista hacia ella y, al ver que le sonreía, se sintió algo más calmada. La tensión de momentos antes había desaparecido, lo que de nuevo daba paso a los lazos de amistad que se habían forjado entre ellas hacía años. Se despidieron con la mano y cada una retomó su camino.

Katerina llegó a casa y pasó rápidamente por la cocina, donde cogió algo para cenar, y subió a su cuarto. Con su padre había acordado un sistema de señales; si en la puerta veía un pañuelo colgado en el pomo, significaba que necesitaba descansar y bajo ningún concepto podía entrar. Aquel día, más que nunca, no podría aguantar siquiera una de sus miradas inquisidoras. Se encerró en la tranquilidad de su habitación, cenó y, ya metida en la cama, volvió a abrir el libro preferido de su madre.

\*\*\*

El cielo pesa sobre el mundo, aplasta mi corazón y mi cabeza, que duele y duele... Desearía que las nubes negras y apretadas de pronto estallasen, y escapara la ira y sacudiera la tierra con rayos y truenos..., pero no ocurre nada, nada. Tal vez, si el cielo estallara contra la tierra, si sintiera en el aire la fuerza de Dios, tal vez sacaría de él la fuerza para luchar. Tal vez, si el aburrimiento infinito dejara de ser... Pero no ocurre nada, nada.

Katerina comprendió, a través de aquel libro, a su madre. Ella, que debió de sentirse como la protagonista de la biografía de la que siempre hablaba, y ahora era ella misma la que se sentía como aquellas dos mujeres frágiles pero de espíritu fuerte. Estaba rozando el límite y, cuando eso sucedía, solo había un lugar que calmara su alma: la vieja casa de su madre, el lugar donde se sentía libre y feliz, alejada de las miradas venenosas y de todas las preocupaciones que estaban apagándola nada más empezar a brillar. Ese remanso de paz, con el

invernadero que Valèrie había comenzado y que ella se encargaba de cuidar en la distancia; ese aire puro de las montañas, con las verdes colinas y con los espesos bosques por los que perderse paseando. El hogar de su madre, que ella sentía como propio, a pesar de haber estado en él en muy contadas ocasiones, mantenía tanto la esencia de su añorada madre que a Kat aquello le daba nuevas energías y le permitía volver a abrir los brazos para volar. Le costaría una fuerte discusión, pero estaba decidida a marcharse allí unos días antes del gran estreno, costase lo que costase.

San Petersburgo, la ciudad conocida como la Venecia del Norte, era una ventana a Europa. Fundada por el zar Pedro el Grande, era una ciudad joven, con apenas trescientos años. No importaba si se veía envuelta en brumas de invierno o iluminada por los rayos de sol de medianoche en verano; siempre sería una de las ciudades más bonitas del mundo, más cargadas de historia y de tradición. A pesar de no haber nacido allí, también era un lugar especial para Kat. La majestuosa ciudad imperial de la dinastía Romanov respiraba magnificencia en cada piedra; el lugar donde famosos museos y palacios aristocráticos, hermosos parques, majestuosos templos y magníficos monumentos conformaban la ciudad donde ella había crecido. Le encantaba subirse al barco que navegaba por los canales y, a pesar del frío de aquella mañana de sábado, era perfecto. No quiso sentarse, sino que se dirigió a la proa del barco y allí, agarrada a la barandilla, sintió cómo el viento movía su rubio cabello y algunos rayos de sol le calentaban el rostro, aunque el tiempo estaba cambiando y el sol se perdía entre nubarrones.

Al salir al río Neva, vio la clara diferencia en aquel río que en invierno se congelaba con metro y medio de espesor. El barco oscilaba por el movimiento del oleaje, pero Kat no sentía temor, conocía bien aquellas aguas. Vio a parejas abrazarse en los puentes que dejaban estampas de lo más romántico, al igual que en aquel mismo barco, donde jóvenes se cobijaban bajo la misma manta. Dio un paseo por el barco tratando de dejar la mente en blanco y no pensar.

—¿Kat? —Escuchó la voz de Aleksei e, instintivamente, cerró los ojos—. No esperaba encontrarte por aquí.

—Hola, Aleksei. —Tras darse la vuelta, se vio atrapada por su mirada. Él anduvo hacia ella, que parecía no poder moverse. Se colocó a su lado, en la

misma posición que ella había tenido minutos antes, agarrada a la barandilla, con la mirada hacia el horizonte.

—No recordaba la belleza de este lugar. —Dubitativa, terminó por darse la vuelta y mirar también hacia el frente. Las manos de ambos se aferraban a la barandilla, a escasos centímetros de distancia.

—¿Viviste aquí?

—Sí, cuando vine a estudiar. Nikolai y Tatiana me acogieron al concederme la beca. Este lugar es mi segundo hogar. —Las palabras de Aleksei destilaban cierta nostalgia que a Kat no se le escapó.

—¿Nikolai, el productor?

—El mismo, el que vio que podía llegar lejos y me dio la mano para conseguirlo. —Sonreía al hablar del productor, con el que ella apenas había cruzado dos palabras. Exhaló el aire que estaba reteniendo por miedo a hacer algún ruido que lo hiciera aún más consciente del nerviosismo que sentía. Siguieron en silencio hasta que el barco paró y tuvieron que bajarse.

—Bueno..., me ha alegrado verte —le dijo ella antes de huir.

—Espera, ¿qué tienes pensado para hoy?

—Eh..., pues no tenía nada organizado en mente. Recorrer la ciudad sin rumbo fijo, básicamente.

—Si no te molesta mi presencia, podría ir contigo.

—Como quieras. —Él sonrió, se puso las gafas de sol polarizadas y comenzó a andar junto a ella.

—Me gusta que al fin me tutees. —Kat se detuvo al darse cuenta de que lo había hecho; también sonrió y siguió su camino junto al coreógrafo.

El silencio fue su gran amigo la mayor parte del tiempo, aunque las miradas casi le ganaron la partida. Aleksei caminaba pensativo, pero, a veces, la miraba de soslayo intentando adivinar cómo se sentía Kat. Ella, por su parte, no dejaba de pensar en lo mismo, le intrigaba mucho el chico que andaba con ella y al que le debía, por lo menos, una disculpa. Cuando llegaron a un mercadillo, entablaron una conversación banal sobre lo que se vendía allí y sobre cómo ya no había tanta gente como hace años, cuando apenas se podía transitar.

Aleksei la invitó a comer, pero, al ver el lugar donde pretendía llevarla, ella

negó con la cabeza. Por primera vez, se sintió animada, y tiró de su mano hasta un puesto de comida ambulante. Cogieron lo que compraron y Kat lo llevó hasta un parque cercano, donde comieron sobre la hierba fría. Aleksei llevaba una chaqueta beige de lana, que lo mantenía bien abrigado y lo hacía aún más atractivo a los ojos de ella. Ella llevaba una simple cazadora, pues se había confiado en que aún no llegaría el frío. Craso error por su parte. Él notó que se llevaba las manos a los brazos para calentarse y, sin decirle nada, se quitó la chaqueta para ponérsela sobre los hombros, a pesar de las quejas de ella.

—Siento la forma en que te hablé —musitó ella, tan deprisa que apenas fue audible.

—¿Perdona? —La miró por encima de las gafas, en aquella pose de seductor encantador, y ella le tiró una brizna de hierba, sonriendo abiertamente. Aleksei tenía una manera de sonreír que le calentaba el corazón sin ser consciente de ello —. Me pasé de la raya, lo asumo. A veces soy un poco *drama queen*. —Kat soltó una carcajada que sonó a oídos de Aleksei como música celestial. Hablaron sin prisa, con la sensación de tener todo el día por delante. Charlaron sobre el ballet, la gran pasión que los unía, cómo él se convirtió en una gran bailarín, del ballet tuso, del estreno...

Cayó la tarde y no fueron muy conscientes de ello hasta que escucharon a una cantante callejera cantando como los ángeles. Miraron a su alrededor y vieron que estaba atardeciendo, con nubes amenazantes de tormenta e incluso de nieve, pues hacía demasiado frío. Se había levantado un frío helador, pero apenas se percataron de ello. Miraron hacia la cantante y vieron un corro arremolinándose en torno a la chica, que cantaba animadamente, y, movidos por lo que estaba diciendo, se unieron al gentío. La muchedumbre aplaudía y se movía al ritmo de la letra que aquella mujer transmitía aferrada al micrófono. Katerina se vio envuelta por esa sensación parecida a la felicidad que experimentaba al bailar; sonreía y se movía sin darse cuenta. Aleksei estaba justo a su espalda, lo sentía porque también se estaba dejando llevar por la música. Aplaudían llevando al ritmo y comenzaron a cantar junto a la cantante; algunas personas, de pronto, empezaron a bailar. Ella los miró, divertida y emocionada. Siempre le asombraba el poder que tenía la música para encandilar a la gente y, por unos minutos,

hacerles olvidar aquello que traumatizaba sus vidas o les preocupaba.

—Vamos. —Él la agarró del brazo y fueron una pareja más que se unió al baile improvisado en la calle. No se tocaban, bailaban uno frente al otro sin dejar de reír y cantaban retazos de aquella canción. Katerina se dejó llevar tanto en un momento que dio vueltas con la cabeza de un lado a otro para dar luego vueltas sobre sí misma con los brazos abiertos. Aleksei la observaba, fascinado por aquella aparentemente tímida chica que se desinhibía bailando con su chaqueta, que le sobraba por todas partes. Y, como si se tratara de un cuento de hadas, comenzó a nevar.

Kat trazaba círculos sobre sí misma con los ojos cerrados, sintiendo con intensidad lo que decía aquella canción. No quería pararse a analizarla, tenía que controlar sus sentimientos y no dejar que las emociones la desbordasen en ese momento. Cuando notó el frío de los pequeños copos caer sobre ella, elevó la cabeza al cielo y lo sintió en la cara. Se detuvo, respiró y volvió a mirar a Aleksei, que estaba a pocos metros de ella, como si hubiera deseado dejarla vivir ese instante de casi levitación. Kat se acercó a él con una idea clara en su mente. No sabía qué vendría después, si era lo correcto o no; simplemente era una necesidad que necesitaba aplacar.

Un paso más, dos, tres, y al cuarto estaba a tres centímetros del rostro de Aleksei. —«Porque voy a estar a tu lado, incluso si estamos destrozados, aunque nos estemos hundiendo, podemos encontrar una forma de abrirnos camino. Incluso si no somos capaces de encontrar el cielo, cruzaré el infierno contigo». —Embriagada por aquella letra, como si hubiera bebido toda una noche, se dijo que sí, que era el momento, y dio un paso más. Él veía lo que ella tenía en mente, y no es que no quisiera besarla más que el aire que llenaban sus pulmones, pero, cuando se besaran por primera vez, no sería movidos por la intensidad de una canción, sino porque no había otro camino. La nieve seguía cayendo, y hacía que la gente corriese a refugiarse en los bares cercanos; los miraban extrañados al ver que estaban hieráticos, con las respiraciones agitadas, mirándose con la mayor intensidad.

—«Si tus alas están rotas, por favor, toma las mías para poder abrir también las tuyas» —susurró Aleksei cerca de su oído al abrazarla, moviéndose ambos al

ritmo. La canción terminó, la mujer los miró satisfecha de haberlos calado hondo, y recogió sus cosas para también refugiarse de la nieve, que cada vez caía con más fuerza.

De camino al teatro, Katerina recordó el día anterior con Aleksei. Después de que la cobijase en sus brazos, sintió un pequeño pinchazo de desilusión porque no la había besado, o por no haberse dejado besar; aquello la reconcomió un rato. Finalmente, se habían refugiado de la nieve en un bar, y él había vuelto a hablar de los ensayos y de lo que se debía mejorar. Fue como si se pusiese una armadura con ella, o como si quisiera olvidar el mágico momento que habían vivido en la calle. No quiso pensar más en ello, para no torturarse, y le siguió la corriente. A la hora indicada, cogieron de nuevo el barco y navegaron en los canales con un Aleksei más que forzado, haciendo chistes sin sentido, a los que a veces ella reía a carcajada limpia y, otras veces, simplemente lo fingía. En el embarcadero, llegó el momento de decirse adiós hasta el lunes.

—Lo he pasado muy bien hoy, gracias. —Aleksei se vio tentado de darle el beso que ella le había rogado, pero algo le decía que aún no había llegado la ocasión.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —Ella negó con la cabeza y se dio la vuelta sin mirar atrás; sin ver cómo él no dejó de observar su pelo, que bailaba a cada paso que daba, sin percatarse de que la mirada de Aleksei estaba colmada de ganas, pero también de arrepentimiento; sin ver cómo no apartó la vista de ella hasta que esta desapareció en el horizonte.

\*\*\*

—La colocación es muy importante para conseguir ligereza y sensación de elevación. —Aleksei interrumpió el ensayo de Kat en la barra. Ella lo ignoró y

trató de seguir concentrada, subiendo y bajando las puntas, pero le resultaba complicado al saber que estaba allí. El coreógrafo se acercó a ella y se posicionó justo a su espalda—. Estar colocado en la barra no es estar rígido, ni bloqueado; es mantener una postura erguida y, sobre todo, con total conocimiento de ella; saber exactamente la tensión muscular a la que estamos sometiendo nuestros músculos. —Agarró de la muñeca, desde atrás, a Kat y la elevó hacia arriba mientras la bailarina mantenía la postura—. Saber exactamente qué fuerza debemos realizar para cada movimiento. —Posó la otra mano en su cadera, la sacó de la barra y la hizo girar en una *pirouette* a la que ella obedeció sin rechistar—. Incluso, a veces, podemos realizar un sencillo ejercicio, que es cerrar los ojos y comenzar a movernos por el espacio vacío con nosotros mismos y, en el propio eje, sentirnos. —Ella cerró los ojos, como le pedía Aleksei, y se dejó llevar por él, totalmente confiada en lo que él hiciese con ella. De pronto, comenzó a sonar una música. Katerina abrió de nuevo los ojos y se encontró con los ojos de Aleksei, que le daban toda la seguridad que necesitaba para dejarse llevar, y volvió a cerrarlos instintivamente. En algún momento, debió de darle al reproductor de música sin que ella se percatase—. Es muy importante sentir nuestro cuerpo, tener conocimiento de él y de la capacidad del mismo para moverse, así como de sus posibilidades.

»Abre los ojos. —La bailarina obedeció, y se quedó quieta mientras él daba un par de pasos hacia atrás para hacer movimientos en solitario. Aleksei llenaba todo el espacio con movimientos ágiles y fluidos, entre ellos un *grand jete en tournant*, lanzando las piernas en un ángulo de noventa grados con un salto. Parecía como si apenas le costase esfuerzo elevarse, desplegar los brazos y extender las piernas; aquel bailarín tenía una técnica exquisita, sumamente perfecta. Y, tras ejecutar esos pasos, fue hacia ella, le ofreció la mano y comenzaron a bailar, pero con movimientos más relajados, no tanto de ballet clásico como de danza contemporánea. Mirándose a los ojos, sintieron la conexión especial que había aparecido desde el primer momento en ellos, donde nada más importaba. Al acabar la música y todavía con las respiraciones aceleradas, ambos hicieron una reverencia al otro, estallando en risas. Aleksei tiró de la mano aún unida a Kat y la llevó consigo al suelo, donde se tumbaron

un buen rato.

—Cuando bailo contigo, es todo tan diferente —confesó Katerina, aún de la mano de él—. Recuerdo la primera vez que me subí a un escenario para representar una obra. Yo era una cigüeña que danzaba alrededor de otras aves, tenía once años y, en un momento de la representación, me quedé en blanco. Vi a toda esa gente allí: padres de alumnos, niños de otras clases, profesores..., pero mi padre no estaba. Hice lo que pude para salir del paso y al acabar, con lágrimas en los ojos, vi que venía hacia mí muy enfadado. Llegó tarde, pero vio el final; para entonces, yo estaba más que perdida. Me dijo cosas horribles y, desde entonces, no dejó de hablar de mis defectos. Cuando te hablan tanto de ellos, solo ves imperfecciones y acabas creyéndotelas.

Aleksei sintió una rabia tremenda hacia el padre de la *prima ballerina* y al mismo tiempo una gran pena por aquella inocente niña de once años que lo único que deseaba aquel día era tener a su padre a su lado apoyándola y dándole el cariño que se merecía. Se irguió sobre Katerina y, acercando su rostro al de la joven, susurró unas palabras que llegaron al corazón de la chica.

—Si cometes un error, tienes que vivir toda la vida con ello. Estoy seguro de que ese fue el primero que cometió tu padre y algún día se arrepentirá de ello.

—Tampoco es tan malo; en parte tenía razón, soy una persona débil y necesito disciplina, que me fuercen para llegar a ser la mejor. —A Aleksei se le rompió algo por dentro al escuchar cómo se consideraba a sí misma una de las mejores bailarinas que había visto en mucho tiempo. Exhaló un suspiro, como si le doliera de veras, y acarició su mejilla con el dorso de los dedos.

—No hay más ciego que el que no quiere ver. —Aproximó su cara a la de ella y la observó un instante, queriendo retener ese momento en sus retinas para siempre. Cada centímetro del cuerpo de Aleksei estaba en tensión, expectante. Y, como en cámara lenta, se fue acercando a sus labios hasta que los juntó con los de ella. Fue un beso lento, ese que llevaba tiempo esperando que sucediera. Kat se limitó a quedarse allí tumbada, con Aleksei sobre ella, sintiendo el sabor de sus labios y de su lengua, que sin permiso invadió su boca y la obligó a rendirse. Por dentro, gritaba de la emoción, deseando que se alargase más y más. Se separaron para tomar aire unos segundos y, antes de que ella reaccionase, volvió

a besarla. Aleksei la besaba con ansia, como nunca antes la habían besado; movía la lengua de tal manera que hacía crecer el deseo en ella, que lo agarraba de la cabeza queriendo acercarlo más en un beso que les quemaba la piel.

—Vamos. —El coreógrafo rompió el contacto, y la dejovacia, e instintivamente echó la cara hacia delante, de nuevo en busca de sus labios. Aleksei la ayudó a levantarse, pues el resto de los bailarines estaban a punto de llegar para el ensayo del día. Apenas se hubieron puesto en pie, Franz, Tanya y Anastasia entraron en la sala. Rápidamente, soltó la mano de Kat, acción que le dejó un vacío extraño en el pecho y, antes de darse cuenta, les dio los buenos días con un Aleksei que abandonó el lugar sin mirar atrás.

Durante el ensayo, Kat se concentró en realizar los pasos y en trabajar duro. Evitó mirar al coreógrafo, que la había besado una hora antes, pero que, en ese momento, parecía distante y frío.

—Bien, gracias a todos. Nos vemos después del almuerzo. —Sergey aplaudió a su compañía mientras hacían la reverencia de agradecimiento y, de uno en uno, comenzaron a abandonar la sala. Anastasia se aferró a la espalda de la *prima ballerina* y le dijo que estaba molida, pero su mente solo pensaba en él. Después del momento que para ella había sido de los más especiales que había vivido hasta entonces, se marchó casi huyendo, y aquello no dejaba de rondarle.

Bajaron al comedor, donde Franz y su amiga se habían sentado con otros bailarines, ya que el padre de Katerina no perdonaba la hora de la comida; supuestamente decía que era para pasar tiempo con su hija, aunque todos sabían que lo que de veras buscaba era controlarla.

—Ten, lee esto. —Kat cogió el papel doblado que le entregaba, hecho que le arruinó la comida un día más.

—¿Qué es?

—Lee, Katerina, te lo ruego. —Ella frunció el ceño, irritada por la forma en la que le había hablado y, desdoblado el papel, suspiró, harta de todo aquello. A veces se preguntaba si todo ese sacrificio merecía la pena o si, por el contrario, se estaba convirtiendo en su pesadilla particular.

—No lo necesito. —Volvió a entregarle el papel con malos modos y siguió removiendo el puré de zanahoria. Su padre no se rindió y leyó por ella.

—El balance se basa en qué comer, cuándo y cuánta cantidad. Esto significa que las cantidades de comida son siempre relativas a tu tamaño y a la cantidad de energía que gastes. Los cinco grupos principales de alimento que debes ingerir de forma diaria son frutas y vegetales en un treinta por ciento; carbohidratos, otro treinta por ciento, entre los que se encuentran el pan, la pasta, las patatas, el arroz o el maíz; proteínas de carne, pescado, aves, huevos en un veinte por ciento; leche y lácteos, como el queso o el yogurt, deben ser un quince por ciento, y por último, grasas y azúcares, tales como mantequilla, aceites, salsas y todo tipo de golosinas, en un cinco por ciento.

—¿A qué viene todo esto ahora?, ¿acaso no llevas años ocupándote tú de mi dieta?

—No seas impertinente, Katerina. Este papel —le dijo, mostrándole de nuevo los datos de la dieta de un bailarín profesional— debes seguirlo al pie de la letra. Además, he añadido lo que debe ser tu dieta cada día. ¿Me escuchas?

—Por supuesto que te escucho; si no lo hago, es peor. —El señor Solokov dio un golpe sonoro en la mesa, y provocó un respingo en su hija. Alzó la vista y vio que estaba a punto de echar fuego por los ojos.

—Katerina, Dios sabe que tengo paciencia, pero la agotas. No voy a consentir que te saltes la dieta ni un solo día, y recuerda que tienes que ensayar diez horas cada día. El estreno está cerca y debes matarte para ser la mejor. —La bailarina se sentía confusa. ¿Por qué le recordaba lo que tenía que hacer? No le cabía duda de que él estaría detrás de ella para asegurarse de que cumpliera todo a rajatabla.

—No sé a qué viene todo eso. Lo dices como si no fueras a estar aquí encargándote de que cumpla cada maldita palabra que está en ese papel. —Dejó de remover su comida y lo miró directa a los ojos, retándolo.

—Para mi desgracia, no va a poder ser, me marchó a Krasnojarsk unas semanas. Tu tío ha sufrido un accidente y debo ir a ocuparme de unos asuntos. —Un gran alivio se instaló en el pecho de la joven y se desplazó por todo su cuerpo. Sintió como si le quitasen un enorme peso que llevaba a cuestas durante años. Pero, al pensar en su querido tío Iván, su expresión se ensombreció.

—¿Qué le ha pasado al tío? ¿Está bien? ¿Y la tía y los primos? Quiero ir contigo. —Nada fue más importante, en ese segundo momento, que estar con la

familia paterna, que siempre le había dado el cariño que ella había anhelado en su frío padre. Poco le importaba ser la primera bailarina de una gran compañía de danza internacional; su sueño perdió fuerza al saber del accidente.

—No digas sandeces, tú te quedas donde debes estar. El estreno es en tres semanas, espero poder estar aquí para entonces. Tu tío Iván solo ha tenido un accidente de camino a la fábrica, pero tengo que ir a encargarme de unos asuntos de trabajo mientras Olga se ocupa de tus primos.

—Que aproveche. —La voz de Aleksei fue un bálsamo para lo que acababa de decirle su padre. Su tío Iván se encontraba en un hospital ingresado, quien sabe si debatiéndose entre la vida y la muerte, pues su padre jamás habría viajado tantos kilómetros de no ser algo grave. Y su tía Olga, que bebía los vientos por su marido, debía de estar destrozada, a la vez que se haría la fuerte frente a sus hijos. Las lágrimas querían asomar a los ojos de Kat, pero se mordió el cachete fuertemente para evitarlo a toda costa.

—Aleksei Ivanov, qué gusto verlo. —El padre de la bailarina se levantó para estrechar la mano al coreógrafo al que tanto admiraba—. Espero que mi hija se esté comportando a la altura de las circunstancias y esté dándolo todo como primera bailarina de este ballet.

Katerina puso los ojos en blanco al escuchar a su padre como si estuviera hablando con su profesor de danza, y ella estuviera de nuevo en la academia con quince años. Tragó saliva y notó el nudo de la garganta cada vez más rígido. Se sentía avergonzada, pero la brutal noticia de su tío le había quitado las pocas fuerzas anímicas que le quedaban.

—Katerina es una excelente bailarina y, créame, está haciendo exactamente lo que debe hacer. —El padre de la joven asintió con la cabeza, orgulloso, y miró a su hija, que entonces alzó la vista a aquellos dos hombres que la miraban, esperando justo a que ella levantase los ojos—. Brillar. —Fue la palabra que Aleksei encontró para describir el maravilloso trabajo que la chica realizaba en cada ensayo.

El señor Solokov le dio las gracias y se despidió de ellos, pues aún tenía trabajo que terminar en el teatro, previo a su inminente partida. Kat espiró aliviada al ver cómo la dejaba terminar de comer tranquila, hasta que vislumbró,

por el rabillo del ojo, que Aleksei ocupaba el asiento que segundos antes había dejado su padre. Removió el puré bajo la atenta mirada de él, que no dejaba de observarla e inquietarla.

—Has estado asombrosa en el ensayo. Bueno, como siempre, a decir verdad.  
—Ella lo miraba, recelosa y algo enfadada.

—Gracias... —respondió ella secamente, sintiendo cómo lo que denominaban mariposas revoloteaban por todo su organismo.

—Kat, quiero que hablemos sobre lo de esta mañana. —La bailarina tenía los brazos extendidos sobre la mesa, a cada lado del plato, y él hizo lo mismo, dejando sus dedos a un milímetro de rozar los suyos. Podía sentir el calor de las manos de él; si estiraba un poco más sus dedos, podrían volver a tocarse. Ella hizo un pequeño ademán, pero los encogió y se apartó completamente de él. Ella sabía perfectamente que se arrepentía de ese beso; ya era bastante bochornoso como para seguir en esa conversación, por lo que le ahorró pasar por aquella vergüenza.

—No te preocupes, no hay nada de qué hablar —le respondió rápidamente, con intención de marcharse de allí.

—Venga, Kat, no seas cría y deja de mirarme como si quisieras asesinarme. Tenemos que hablar, en serio. —Lo fulminó con la mirada, aún más molesta. Se levantó y, tras coger su bolsa, se fue a la mesa de sus amigos, donde el gran brazo de Franz la cobijó. Allí se quedó un buen rato, disfrutando del cariño y el calor de sus amigos, entre risas y bromas. Aleksei se quedó boquiabierto al ver su reacción y más tras observar cómo su *partenaire* la abrazaba. Quizá hubiera algo más que profesionalidad entre esos dos y él se estaba entrometiendo. Negó con un gesto, queriendo sacar a la joven bailarina de su cabeza; se estaba metiendo dentro de cada pensamiento y apenas podía respirar. Finalmente se levantó y abandonó el comedor.

\*\*\*

—Kat, espera. —La chica se había quedado un rato más a ensayar después de

que su padre le pidiera que se fuera sola a casa. Sus amigos se fueron a tomar unas cervezas y, tras insistirle en que los acompañara por novena vez, desistieron. Habló con su tía Olga y se quedó un poco más tranquila al saber que su tío Iván estaba fuera de peligro. Ensayó sola un par de horas más hasta que decidió que ya era momento de irse a descansar. El ensayo por la tarde fue tremendamente profesional y exigente. Aleksei no la miró a los ojos en ninguna de sus indicaciones, ni siquiera cuando la cogió por los brazos como aquella mañana. Ahora lo tenía delante de ella, provocándole de nuevo ese estado de nerviosismo y alerta.

—¿Ocurre algo? —Su voz era un simple hilo. El coreógrafo cogió aire, antes de echarlo silenciosamente, se acercó a ella, la rodeó por la espalda y la pegó a su pecho de forma abrupta. Sin pedir permiso, ni siquiera con los ojos, la besó. Kat sintió cómo sus rodillas se aflojaban y cedían; se agarró a él para no caerse. Su cuerpo se estremeció en oleadas que se concentraban en su vientre, anhelando que aquel beso llegara a mucho más. Tras lo que fueron segundos de eterna felicidad, Aleksei se separó de sus labios. Ella vio una sonrisa en su rostro y se sintió plena al comprender que únicamente ella era la culpable de aquella encantadora mueca en su cara.

—Hola. —Katerina sonrió mientras sentía la nariz de Aleksei sobre la suya, en una tenue caricia que lo decía todo—. Vamos, te acompaño a casa. —Se soltó de ella para darle la mano y guiarla hasta las afueras del teatro. Katerina no podía dejar de mirar sus manos entrelazadas; la desviaba hasta el rostro del coreógrafo, que se comportaba de forma muy natural, como si siempre hubieran estado así. De camino al coche de ella, Aleksei tarareaba una melodía que hacía que Kat sonriera espontáneamente y se sintiera a gusto. Algunas veces se acercaba a ella y le daba un suave beso en los labios, pillándola desprevenida, lo que provocaba que ambos rieran como dos tontos. Subieron al vehículo y ella estaba muy nerviosa conduciendo con aquel hombre a su lado, aquel hombre que la había besado infinidad de veces en un solo día. ¿Qué diantres significaba eso? Aleksei no le había dicho nada, simplemente había demostrado con hechos lo que estaba empezando a sentir por Kat.

—Ya hemos llegado. —A ella le tembló la voz cuando apagó el motor,

momento que él aprovechó para coger su mano y frotarla entre las suyas.

—Estás temblando, ¿tienes frío? —Katerina negó con la cabeza, hipnotizada por los ojos esmeralda de Aleksei, que la estaba desnudando con una simple mirada. Sin poder evitarlo, se acercó a ella y con una mano acarició su mejilla. El beso fue delicioso, fue tierno y delicado, hasta que la propia Kat sintió el deseo avivar sus venas y se lanzó a su boca, buscando frotar su lengua con la de él, necesitando más y más cada sutil roce de Aleksei. Tardaron en separarse, pues ambos deseaban eso y mucho más, pero no era el lugar adecuado ni tampoco habían tenido la conversación que ella necesitaba.

»Créeme que seguiría besándote durante horas y me perdería en tu cuerpo toda la noche, pero no es así como me gustaría que fuese, Kat. —A ella se le disparaba el corazón cada vez que él pronunciaba su nombre de esa manera tan sensual—. Espero que ahora creas que el beso de esta mañana sí que deseaba dártelo. Deseo darte muchos besos aunque por hoy este sea el final.

Aleksei se bajó del coche y, antes de que una asombrada Katerina pudiese reaccionar, le estaba abriendo la puerta y ofreciendo una mano para que bajase del vehículo. La acompañó hasta la misma puerta de su casa, pero ella se dio la vuelta antes de entrar.

—En el teatro no quiero que nadie sepa..., bueno, que tú y yo... —No habían dejado de tocarse, jugueteaban con sus dedos sin despegarse del todo.

—Tranquila, yo también creo que será lo mejor. —Y, entonces, Aleksei la agarró de la cintura y la pegó a su torso. Ella le rodeó la cintura con los brazos y hundió su cara en el pecho de Aleksei; aspiró su aroma, a él. Unos segundos después, la apartó de sí para cogerle la cara entre las manos y depositar pequeños besos por todo su rostro: mejillas, nariz, barbilla... hasta que dejó uno más largo en sus labios. Kat sabía que su corazón se detenía cuando la besaba, cuando rozaban sus dedos, con un simple toque—. Pero no saques conclusiones precipitadas antes de hablar conmigo, como has hecho esta mañana, ¿de acuerdo? No lo hagas nunca. —Ella asintió, recordando su comportamiento algo infantil, y le dio un nuevo beso al coreógrafo—. Buenas noches, *ballerina*.

## АСТО II

¡Cómo brillaban sus ojos mientras bailaban, enlazadas firmemente las manos, unidos los dos en un giro perfecto que hacía de sus cuerpos uno solo, como si estuvieran predestinados a encontrarse y fundirse!

Nunca antes había sentido que esas palabras de la gran emperatriz de Austria podrían ir dirigidas a ella. Cerró con mimo el libro favorito de su madre, con párrafos tan estremecedores como aquel, y se lo llevó hasta el pecho, agarrándose a él. Lo que había sucedido con Aleksei seguía en su cabeza y lo sentía aún en su corazón. Katerina había salido con chicos, a pesar de tener a un padre tan dictador, pero nada podía compararse a lo que él provocaba en ella. No pudo dormir en toda la noche, dio vueltas y vueltas en la cama pensando, soñando con la misma imagen una y otra vez.

Al día siguiente, acudió al ensayo con la hora pegada, pues, cuando se estaba quedando dormida, era la hora en la que ella llegaba al teatro habitualmente, antes que nadie. Su padre estaba muy ocupado con los preparativos del viaje y no se había percatado de que seguía durmiendo. Cuando los rayos de luz se colaron a través de la ventana, Katerina rodó por la mullida cama hasta quedarse boca arriba. Poco a poco, fue abriendo los ojos; extrañada, al ver luz, se incorporó de un salto. Cogió el despertador y soltó una maldición al ver la hora. Tomó la bolsa y las llaves del coche, y se dirigió al teatro sin demora.

El ambiente en el teatro estaba más que tenso; quedaban muy pocas semanas para el gran estreno y, aunque los miembros de la compañía se comportaban como siempre, se palpaba un aire de nerviosismo e intranquilidad. Kat se cambió de ropa *ipso facto* y esquivó los comentarios malintencionados de Tanya; ese día

no tenía ganas de aguantar su mal humor. Katerina intentó estar a la altura, pero no haber metido nada en su cuerpo durante horas le pasó factura y acabó por tener un desvanecimiento. Franz acudió raudo a por ella, lo que evitó que se diera con la cabeza en el suelo. Fueron simplemente unos segundos en los que perdió la consciencia de dónde se encontraba, suficiente para que Sergey la mandase descansar. Tanya se alegró enormemente, ya que ella la sustituiría en ese momento. Anastasia fue la encargada de asegurarse de que comiera algo. Llegaron al comedor, desierto, donde se tomó un té e ingirió un par de barritas energéticas.

—Qué susto nos has dado, Kat. ¿Cómo se te ocurre no comer nada con todo lo que ensayas? —Su amiga se encogió de hombros; poco le importaba eso cuando Aleksei no estaba por ninguna parte. No había acudido al ensayo y eso la tenía preocupada; después de todo, era tarde cuando la acompañó a casa. Pensar que algo podía haberle sucedido le cerró el estómago—. ¿Estás bien?

—Anastasia, regresa al ensayo, ya me encargo yo. —El día comenzaba a mejorar. Kat vio a Aleksei frente a ellas, visiblemente preocupado. Anastasia obedeció, le dio un beso a su amiga y, tras obligarla a comerse todo, se marchó y los dejó solos—. ¿Qué es lo que ha pasado? Llego tarde al ensayo y me encuentro a Tanya usurpando tu puesto. Me han dicho que te has desmayado, deberíamos ir a la enfermería. —Aleksei cogió una de sus manos, que descansaban en su regazo, y no dejó de acariciarla mientras le hablaba. La bailarina se sonrojó con aquel gesto y esbozó una sonrisa al ver su preocupación por ella.

—No ha sido nada. Simplemente me he quedado dormida y no he desayunado nada.

—¿Cenaste anoche? —La vergüenza hizo, entonces, acto de presencia en la cara de Kat, pues estaba tan embobada tras los besos que se había dado con el coreógrafo que se fue directa a su habitación a seguir soñando con él. No tenía apetito más que para comérselo a él, literalmente—. Katerina, no puedes hacer eso, un bailarín profesional tiene que cuidarse mucho. —Sus palabras le recordaron a su padre y se sintió molesta. Retiró su mano, la posó ahora sobre la mesa, y se giró.

»Kat, sigo siendo tu coreógrafo y, si he venido a dirigir esta obra, es para que sea un tremendo éxito. Tenemos todo para que así sea, pero que la primera bailarina de la compañía cometa estas locuras lo estropea. La alimentación y el descanso son primordiales, por favor... —Acercó su mano a la de ella, pero esta vez no la tocó, no quiso presionarla de ninguna manera. Ella, que seguía bebiendo el té, miró de soslayo sus manos y, despacito, aproximó sus dedos a los de él hasta entrelazarlos.

—Que sí, sé lo que tengo que hacer, Aleksei. No hace falta que te conviertas en mi padre. —No le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer en su vida personal, siempre se lo había tomado como una afrenta personal. El coreógrafo la miró, mordiéndose la lengua, pues, de seguir la conversación por aquellos derroteros, se habrían peleado. Estuvieron un rato en el comedor; él, asegurándose de que ella se comiera todo y le sentara bien; ella, disfrutando de la cercanía del hombre que la había empezado a volver loca. Aleksei la hizo reír, la hizo darse cuenta de la estupidez de no comer, que a veces comecía adrede. Le sujetó la mano que no ocupaba en coger la taza o la barrita, y Katerina no podía dejar de pensar en que esas eran las manos más magníficas que jamás hubiese visto. Nunca antes se había percatado de lo atractivas que podían resultar las manos de un hombre. Él llevaba un anillo de acero en el dedo pulgar y aquello le pareció tremendamente sexi. En un momento dado, le sujetó el rostro con las manos, suavemente, dándole tiempo a verse en sus ojos, acostumbrándose a las bonitas palabras que le dedicaba.

—Estás preciosa, no me extraña que la mitad de los hombres de la compañía estén enamorados de ti.

—No digas bobadas, no hay nadie enamorado de mí en la compañía —respondió ella con gesto inocente, pues no estaba ciega y veía algunas miradas de sus compañeros.

—¿Estás segura de eso? Parece que el más enamorado es tu *partenaire*. A veces parece un pulpo, no te quita las manos de encima, por no hablar del nuevo, ese tal Colin. ¿Por qué coño no para de sonreír? —Katerina no pudo evitar reírse, aunque trató de disimularlo tapándose la boca con la mano. Aleksei se sintió molesto por su risa, pensaba que se estaba riendo de él. Ya bastante mal lo

pasaba cuando aquel tipo enorme la alzaba y tocaba a la mujer que él deseaba tocar.

—Franz es amigo mío desde hace años, somos como hermanos; y respecto a Colin, no tengo la menor idea de por qué sonrío, pero créeme que no estoy interesada en *esa* sonrisa. —La joven vio cómo algo parecido a los celos iluminaba el rostro de Aleksei y, aunque no debería gustarle, lo hizo. Se sintió deseada e importante para él, pero no quería que se sintiese de aquella manera. Se acercó más a él y, sin importarle que alguien pudiese verlos, comenzó a darle pequeños besos por la mejilla, ascendiendo hacia la sien para volver a hacer el mismo camino directo a su mandíbula, donde le dio un mordisco suave. El pulso de Aleksei se aceleró de tal forma que tuvo la necesidad de detenerla. Acarició sus mejillas por unos instantes y después tiró de su pelo hacia atrás para tener su cuello accesible para él. Le dio un beso suave que profundizó con otro mordisco, igual de suave, para no dejarle marca. A Kat le hizo cosquillas aquel gesto íntimo que le provocaba ganas de mucho más.

—Creo que será mejor que volvamos al ensayo y le demos el disgusto de su vida a Tanya. —Tiró de ella y se levantaron para regresar a la sala de ensayos general. Aún estaba desierto el comedor, por lo que Aleksei aprovechó los últimos segundos que les quedaban en esa situación. Cuando estaban a punto de cruzar la puerta, volvió a tirar de ella y la aprisionó con su cuerpo contra la pared. Allí, de nuevo, la besó con pasión, con ganas y con más desenfreno del que fueron capaces de soportar. Katerina se deshacía en sus brazos y se le escapaban gemidos por el placer que sentía gracias a él. Al separarse, ambos respiraron agitados y excitados. Para ella, todo aquello estaba siendo un sueño, no sabía cuál era la descripción exacta. ¿Flechazo?, ¿obsesión?; poco le importaba, pues Aleksei provocaba que se sintiera feliz fuera del escenario, sin necesidad de estar bailando.

—Vamos. —La retiró de la pared y le abrió la puerta para dirigirse finalmente al ensayo.

\*\*\*

Katerina sentía dolor en los músculos; se había excedido en los días previos, y ahora lo estaba pagando. No dejaba de caerse, menos cuando Franz lo evitaba o trataba de simular que era parte de la escena. Anastasia le hacía gestos con los ojos, como queriendo averiguar qué le pasaba. En cada caída, pensaba en los momentos vividos con el nuevo coreógrafo o en lo poco que había descansado la noche anterior a causa de él.

—Katerina, si no te encuentras bien, vete a descansar. —Sergey se estaba empezando a molestar; ella lo sabía y, gracias a lo mucho que lo conocía, estaba segura de ello. Intentó concentrarse de nuevo un par de veces, pero fue el propio Sergey quien le rogó que, por hoy, se marchara del ensayo. Se sintió humillada como nunca y avergonzada de no haber sido capaz de bailar como siempre lo hacía. En el vestuario luchó por controlar las lágrimas mientras se quitaba las puntas para guardarlas en la bolsa.

—No llores, necesitas descanso, ya te lo he dicho. —Aleksi entró en el vestuario con la excusa de conseguir un poco de agua, a juzgar por la botella vacía que llevaba. Quiso decirle que todo era culpa suya por desestabilizarla y por conseguir que se pasase la noche prácticamente en vela. El coreógrafo se sentó junto a ella un instante y posó su mano en la pierna de ella—. No es un fracaso, *ballerina*, respira.

«Lo que necesito es que salgas de mi cabeza un rato», pensaba Kat, y de nuevo ahí estaba, *ballerina*, como la noche anterior, cuando le había dado las buenas noches en la puerta de su casa. La mano en su pierna aceleraba su respiración, a la vez que se sentía protegida y cuidada. Subió los ojos y de nuevo se encontró con los de Aleksi, que sabían cómo calmarla o acelerarla en el momento preciso. Esbozó una tímida sonrisa, a la que él respondió con un tierno pellizco en su mejilla.

—Ve a casa a descansar, mañana será un nuevo día y podrás darlo todo. —Depositó un beso en la sien de la chica, se levantó y salió del vestuario, lo que la dejó mucho más tranquila que cuando había entrado.

Nada más llegar a su casa, se metió en la cama, donde durmió al menos cuatro horas; su cuerpo lo estaba demandando y necesitaba ese descanso. Sin embargo, cuando se desperezó y bajó al comedor, se encontró con su padre.

—Esto no es propio de ti, Katerina. ¿Se puede saber por qué demonios has abandonado el ensayo? ¡¿Qué estás haciendo?! —La mirada de reproche del señor Solokov era algo en lo que no había pensado hasta verlo allí, de pie, frente a ella.

—Sergey me ha enviado a casa; me he desmayado esta mañana, pero no te apures, que me encuentro bien. —Su padre, cruzado de brazos, estaba furioso y no pensaba que necesitara descanso, a pesar de lo que ella mismo le había dicho.

—Bien, si quieres echar a perder tu carrera a pocos días del estreno, es tu problema. Yo me marcho esta tarde y no estaré aquí para cuidarte ni para encargarme de que cumplas con tus obligaciones. —Se puso el abrigo que descansaba sobre el sofá y se fue hacia la puerta—. Pero no esperes que esté aquí en tu caída. —Fue lo último que le dijo antes de cruzar el umbral de la puerta.

¿Cuidarme? Así era como él lo veía, pero lo que hacía era controlarla continuamente, exigirle. Kat no soportó tanta presión y se echó a llorar. Sollozando se sentó en el sofá, mientras pensaba en lo mucho que echaba de menos a su madre, esa mujer que debía cuidarla y protegerla, la que mesaría su pelo con su hija acurrucada junto a ella. No aguantaba más el peso que llevaba durante años, el desprecio de su padre, las zancadillas de los bailarines y ahora el agotamiento que estaba pudiendo con ella. Se tumbó en el sofá abrazada a sí misma, llorando, echando toda la congoja que apesaba su corazón hasta que el sueño vino a por ella y le permitió descansar al menos por un tiempo.

**M**ax descorrió las cortinas, lo que permitió que entrase la luz de los primeros rayos del sol estival. Kat entró tras él y, después de que le hiciera una reverencia al mayordomo de la casa, se marchó. A ella no le gustaban nada aquel tipo de gestos, la hacían sentir como si fuese una princesa de las del siglo pasado, pero él había recibido la más estricta educación prusiana y se comportaba de esa manera, pues le parecía lo correcto. Se acercó al ventanal para poder contemplar de cerca el bosque que se encontraba al otro lado. Adoraba aquel lugar, tan salvaje, tan natural, donde se respiraba libertad. Aún se podía escuchar el ulular de un búho y los grillos continuaban con sus cánticos. El sonido del correr del agua del lago, aunque no podía siquiera vislumbrarse, sí se escuchaba alto y claro, y le recordaba que solo en aquel lugar, tan especial para ella, que se encontraba cerca de la capital vienesa, podía ser feliz.

—¡Ya estás otra vez en esta maldita habitación! ¿Cuántas veces debo decirte que no entres aquí jamás? —Su padre entró a por ella, sin querer mirar la estancia en donde se encontraba aquel mausoleo que Katerina había construido con recuerdos de su añorada madre. Ella se giró, con la pena apresándole el corazón y los ojos brillantes por las lágrimas. Él deseaba vender la casa, pero no le pertenecía, sino que era de ella, era su herencia. Amaba ese lugar con cada fibra de su ser y por nada del mundo le permitiría deshacerse de él. Por ese hogar que un día fue, lucharía con uñas, dientes, pleitos..., con todo lo que hiciese falta, pero aquel no era el día de pelear. Agachó la cabeza y dejó que su padre tirase de ella para abandonar el único hogar que había conocido.

A Kat le resultó difícil levantarse al día siguiente. Esa vez sí escuchó perfectamente el sonido ensordecedor de su alarma, pero los músculos le

pesaban una barbaridad, producto de todo el trabajo y el esfuerzo acumulado durante meses. Se levantó y, por primera vez, disfrutó del silencio apacible que reinaba en la casa. Normalmente, su padre ya estaba despierto, entretenido con alguna tarea en la casa, pero se había marchado el día anterior. Inspiró profundamente y, con una tranquilidad inusitada, bajó las escaleras para desayunar en paz. Disfrutó de cada bocado sin la presión de unos ojos desafiantes ni de una charla sobre calorías y proteínas. Después de darse una ducha de agua caliente, se vistió y caminó al teatro. Era un día apacible, apenas soplaba el viento, y las temperaturas eran soportables con un buen abrigo. La nieve se estaba derritiendo y ya quedaban pocos vestigios de ella.

Llegó finalmente al recinto, donde conversó unos minutos con Irina antes de subir a la sala de ensayo. Allí se puso las puntas y avanzó hasta el reproductor de música, donde las notas del vals de Johannes Strauss le dieron la bienvenida. Aquel día necesitaba, más que nunca, sentirse en tierras vienesas, en el hogar de su madre. Katerina sonreía más que nunca mientras bailaba, saltaba, colocaba los brazos en la posición adecuada, se estiraba y se convertía en el cisne que llevaba tanto tiempo interpretando. Kat regresaba a aquella casa con el bosque al lado, con un hogar lleno de recuerdos, plagado de amor y de dulces momentos, de una familia que se sentaba frente al fuego a leer historias y a compartir su día a día...

*Halt an deine Fluten bei Wien,  
es liebt dich ja so sehr!  
Du findest, wohin du magst zieh'n,  
ein zweites Wien nicht mehr!  
Hier quillt aus voller Brust  
der Zauberheit'rer Lust,  
und treuer, deutscher Sinn streut  
aus seine Saat von hier weithin.[1]*

La música cesó y los violines de Strauss se apagaron. Respiraba agitada debido al esfuerzo, pero más satisfecha que nunca. Unos aplausos la devolvieron a la realidad. Se irguió algo inquieta, temiendo ser la diana de la sorna de Tanya.

Respiró profundamente y, al girar la cabeza, se encontró con él, Aleksei, con esos ojos que le quitaban el aliento.

—Hoy no has querido bailar conmigo —le dijo ella, jugueteando con la falda que llevaba.

—Estaba demasiado ensimismado observándote. —Una amplia sonrisa se le dibujó en el rostro y, en apenas dos pasos, ya estaba frente a él, que la recibió con los brazos abiertos. Kat se refugió en su abrazo cálido, que la hacía sentir que podía con todo, que nada ni nadie podía hacerle daño y que únicamente allí se sentía segura y protegida. Aleskei le dio un beso tierno en la coronilla y ella se apretó más fuerte a él hasta que el bailarín la despegó para mirarla a los ojos de nuevo—. Vuelve a hacerlo.

—¿El qué? —Ella no entendía a qué se refería porque, si estaba hablando del baile improvisado, se sentía demasiado agotada como para hacerlo.

—Sonreír, no dejes de hacerlo. —De nuevo, la sonrisa apareció en su cara; era algo que con él no podía controlar. Ella, que siempre, siempre, siempre controlaba cada situación, cada paso que daba, con Aleksei se descontrolaba. No necesitó mucho más para lanzarse a sus labios, esos que deseaba besar desde que lo había visto en la puerta de la sala de ensayo. Lo besó con fuerza, como si todo dependiese de ese instante, con impaciencia y algo de desesperación. Él emitió un sonido ahogado, un gemido que le dio más fuerzas a ella para seguir arrasando su boca. De pronto, él se dejó llevar, y se encontró en la pared que estaba a su espalda. Sus lenguas ardían de deseo, con anhelo, con ganas de darse más y más. Aleksei la abrazaba con toda la fuerza que le quedaba en el cuerpo mientras que Kat se aferraba a su pelo dándole algunos tirones.

El bailarín interrumpió un segundo el beso, apoyando su frente sobre la de ella, para respirar de nuevo. Volvió, entonces, a besarla, ahora con suavidad y ternura, hasta que atrapó con sus dientes el labio inferior de Kat, lo que provocó un gemido gutural en ella que hizo que notara por primera vez lo que era capaz de causar en él y que latía contra su estómago. Aleksei estaba a punto de explotar, ansioso por estar dentro de Kat, de la dulce e ingenua bailarina que aparentaba tener más años de los que en realidad le correspondían.

—Debemos parar, aquí y ahora. —La cordura acudió al cuerpo de Aleksei, que

a duras penas se separó de ella. Hacía relativamente poco tiempo que se conocían, pero desde el primer instante la conexión entre ellos había sido tan brutal que lo asustaba en ocasiones. Sin embargo, no quería pensar, no deseaba pararse a reflexionar sobre la magnitud de los sentimientos que le oprimían el pecho cada vez que no estaba con ella. La miró y vio la decepción en los ojos, oscurecidos por el deseo, de Kat—. Y no porque no te desee, porque ya has notado lo mucho que ansío tenerte, *ballerina*. Pero creo que tenemos que hacer las maletas.

—¿Maletas? Pero si el ensayo comienza en media hora. —Ahora era la sonrisa la que marcaba el rostro de Aleksei. Kat frunció el ceño sin comprender a qué se refería. Apenas contaban con tres semanas para dejar el ballet más que perfecto.

—Desde luego que no sé qué me haces. Ni siquiera te he preguntado cómo te encuentras después de lo de ayer. —Aleksei se recompuso como pudo y la abrazó, pasándole el brazo por el hombro, mientras salían de la sala. A Kat le empezó a entrar pánico. Si salían de allí con esa familiaridad, solo habría que sumar dos más dos. Se detuvo en seco, pero él no se lo permitió y, con la otra mano, tomó la de ella, y caminaron como si aquello fuera lo más natural.

—¿Qué haces, Alek? Si nos ven así, van a saber... —¿Qué iban a saber? La mente de Kat se bloqueó, pues ni siquiera ella entendía cómo podía sentir tanto, en tan poco tiempo, por el hombre que la llevaba casi en brazos. A él casi se le paró el corazón al escuchar cómo lo llamaba, «Alek». Quiso empujarla un poco más al límite e hizo lo que ella deseaba: se pararon en mitad del vestuario.

—¿Van a saber...? —Sonrió, antes de volver a enterrarse en su boca, que siempre lo recibía con gusto. Dos, tres, cuatro besos cortos que le cortaban la respiración. Kat era simplemente adorable; tras el último corto beso, rozó su nariz con la de ella y aspiró su olor—. No te preocupes por nada, hoy no va a venir nadie. El ensayo se ha suspendido por una semana.

—¿Cómo? ¡Eso no puede ser! Estamos a tres escasas semanas de estrenar. No podemos tomarnos ahora unas vacaciones. ¿Qué demonios estás diciendo? Esto es una locura. ¿Dónde está Sergey? —Se separó de él, empujándolo con vehemencia, en cuanto el espíritu de la bailarina profesional se adueñó de ella. Empezó a susurrar palabras en alemán que no sonaban nada bien. Estaba fuera de sí, aterrada, le faltaba el aire. Aleksei la agarró por los hombros y se agachó para poder mirarla a los ojos, ya que la diferencia de altura era de varios centímetros.

—Respira. Parece que está viendo a Sergey. Ayer se comportó de la misma forma, pero, tras mucho hablar con él, le hice entender que la coreografía estaba perfecta. Apenas hay que hacer unos pequeños ajustes y estaremos listos. No podemos seguir forzando tanto a la *prima ballerina*, y el resto de la compañía también está agotada. Así no podemos estrenar ni por asomo. —Kat lo miraba como si se tratase de un extraterrestre, no procesaba sus palabras. Todo era por su culpa, sus compañeros debían odiarla.

—Pero la gente debe de estar enfurecida conmigo, por lo de ayer. Todo esto es culpa mía; si yo no me hubiese desmayado, jamás habrías tomado esta decisión tan arriesgada, porque déjame decirte que lo es, Aleksei. ¡Te has vuelto completamente loco! —Se zafó de sus brazos y dio vueltas, nerviosa, por el vestuario, hablando de nuevo en perfecto alemán. Él no entendía algunas palabras, pues tenía el idioma algo oxidado, pero por el contexto comprendía que estaba asfixiándose por no ser perfecta. Fue hasta ella y la paró; la abrazó, obligándola a mantener la cabeza sobre su pecho. El latido del corazón de él poco a poco la tranquilizó, como si se tratara de un bebé que, al escuchar el

corazón de su madre, se calmase. Unos minutos después, ya más tranquila, volvió a mirarlo a la cara, aunque el miedo seguía ahí.

—La compañía se toma unos días de descanso. Y no, no es por tu culpa, Kat; todos necesitáis un respiro. Confía en mí, sé lo que me hago. —Pensaba que no se podía ser tan afortunada; no podía haber nadie tan interesado en cuidarla y protegerla, o quizá simplemente era que nunca había existido nadie que se mostrase así con ella. Respiró tranquila y asintió con la cabeza, sintiendo las manos de Aleksei sobre sus mejillas.

Salieron del teatro en dirección a la casa de Kat. En el camino, escribió a sus amigos, Franz y Anastasia, que se habían limitado a preguntarle cómo se encontraba, pero no le habían dicho nada de la semana de descanso. Salían de viaje esa misma mañana en dirección a sus pueblos natales a pasar algún tiempo con sus familias, a las que hacía meses que no veían. ¿Y ella?, ¿adónde se suponía que iría? Entonces, pensó en su padre y en su tío enfermo en un hospital. ¡Su padre! Si se enterase de la semana de descanso, crucificaría a Sergey, y a Aleksei lo alejaría de ella para siempre. Una oleada de pánico se apoderó de ella; se agarró al asa de la puerta y se encorvó, haciéndose más y más pequeña.

—¿Estás bien? —El bailarín apartó un segundo la vista de la carretera al sentir el cambio en Kat. Ella inspiró profundamente, se enderezó de nuevo y afirmó con la cabeza. Pero la realidad era bien distinta; se sentía aterrada, frágil, en el limbo, a punto de caerse. Acarició la mano de él, posada sobre el cambio de marchas; su contacto la tranquilizaba, era lo que había aprendido hace poco. No era su sola presencia, sino el roce de su piel sobre la suya. Aleksei giró de nuevo la cabeza y le sonrió. Levantó la mano de las marchas para poder entrelazar los dedos con los de ella, y así siguieron el camino, separándose únicamente cuando él debía meter otra marcha.

El bailarín no se separó de esa mano delicada, que lo apretaba con fuerza inusitada. Entraron en la casa de Kat con ella delante, abriéndole paso a Aleksei, que no dejaba de observar el que era el hogar de ella. No había un ápice de hogar en aquella casa, ni fotografías ni objetos personales. Se le encogió el corazón al darse cuenta de que aquella chica de cabello rubio como el sol estaba sola en la vida, pues su padre parecía ser nada más que esa persona que aportaba material

genético. Kat estaba nerviosa en su propia casa. Aleksei no le había preguntado si podía entrar; al contrario, no dejó de andar de su mano y entró en la casa como si llevaran años en aquella situación. Inspiró una bocanada de aire y lo expulsó antes de perderse en la calidez de su mirada.

—Bueno... y, ahora, ¿qué? —Kat odiaba sentirse así, insegura y frágil, pero demasiadas veces su corazón albergaba esos sentimientos. Aleksei, cruzado de brazos, contempló a la bailarina potente y fuerte del escenario, que ahora aparecía débil y asustadiza. El baile lo había sido y lo era todo en su vida. No soportaba verla así; durante esa semana se encargaría de conocerla a fondo, de ayudarla a resurgir y a reconocerse en la mujer que era en realidad, oculta bajo muchas capas de miedo.

—Ahora vamos a hacer tu maleta para poder irnos adonde tú quieras. —Aleksei se acercó a ella y le colocó un mechón rubio de cabello detrás de la oreja sin dejar de sonreírle. La atrajo hacia su cuerpo y se fundieron en un dulce abrazo. Kat aspiró su aroma y se dejó mecer en un vaivén lento. «Adonde tú quieras», le había dicho él. Poco tiempo tuvo que pensar para saber el lugar al que deseaba ir: a la casa de su madre en Viena. Kat se apretó contra su pecho, deseando retener ese momento, hasta que alzó los ojos y lo miró con dulzura.

—Entonces, ya tenemos destino.

Varias horas más tarde, estaban en un avión camino al hogar de su madre. En el vuelo, tuvieron tiempo para hablar del ballet, de la carrera fulgurante de él, de sus experiencias; de las caídas a los infiernos, las subidas y rozar el cielo con los dedos, el éxito de Aleksei, su familia, los amigos de Katerina... Pero, además, tuvieron tiempo para besarse, siempre sin dejar de desenlazar sus manos, e incluso durmieron un poco, con la cabeza de ella sobre el hombro del coreógrafo.

Tras muchas horas en avión y tren, por fin pisaron la tierra materna de Katerina. El corazón le iba al galope; de la mano de Aleksei, comenzaron a andar hacia la casa que consideraba su verdadero hogar. El bailarín se sentía satisfecho, pues veía de nuevo la calma en la cara de la *ballerina* por el mero hecho de estar pisando aquella tierra. Llegaron a la puerta de una grande casa de campo junto a un bosque colindante. El paisaje era de ensueño, como sacado de

un cuento. El edificio constaba de dos plantas de ladrillo amarillo, con un par de chimeneas y muchas ventanas grandes. Kat entró de la mano con Aleksei en la propiedad, y caminaron hasta la puerta principal. Antes de llegar a ella, existía un buen trecho de tierra y una fuente en el centro, además de contar con zonas ajardinadas con flores de varios colores en los setos.

Se giró para mirar al hombre que la llevaba de la mano y le sonrió una vez más, en aquel día lleno de esperanza para ella. Llamaron a la puerta de madera y, en unos instantes, el ama de llaves abrió. Se trataba de una señora de unos sesenta años, con el pelo canoso y de uniforme. Al ver a Kat, estalló en un grito ensordecedor, pronunciando su nombre con los brazos en alto. La bailarina se soltó, entonces, de él para poder abrazar a aquella mujer que significaba tanto en su vida. Las lágrimas no pudieron contenerse en ambas mujeres y fluyeron como el río anexo a la casa.

—*Mein liebes kind.*<sup>[2]</sup> —Cuando Katerina escuchó la voz de Magda, se aferró todavía más a ella; necesitaba expulsar la congoja que no le permitía respirar. El ama de llaves le acariciaba la cabeza con los ojos cerrados, disfrutando del abrazo de su querida niña, a la que tanto echaba de menos. Pero, al abrir los ojos, se fijó en que no venía sola. Poco a poco, se despegó de ella; con los dedos le limpió las lágrimas y después besó sus manos mirándola con el amor que siempre albergaba por ella en su corazón. Desvió la vista y volvió a mirarla. Entonces, Katerina se dio la vuelta, aún con el rostro húmedo por el llanto, y le presentó a Aleksei.

—*Dast ist Aleksei.*<sup>[3]</sup> —El coreógrafo le dio la mano a la mujer, que le dio la bienvenida en un perfecto alemán que él estaba empezando a trabajar de nuevo. Entraron finalmente en la casa, que era aún más imponente por dentro. Una gran escalera de madera ascendía en espiral a la segunda planta, y varias puertas cerradas cercaban la estancia. Max, el mayordomo y esposo de Magda, apareció en el hall, tras haber escuchado el timbre de la puerta. A Kat de nuevo se le iluminaron los ojos al verlo y se lanzó a sus brazos, lo que le impidió hacer la consabida reverencia. El anciano la tenía rodeada con sus brazos fuertemente, como si nunca quisiera soltarla, y derramaba algunas lágrimas sin permiso. Tras unos instantes eternos para ambos, se separaron para mirarse y poder apreciar

cada arruga, cada rasgo, para reconocerse de nuevo.

—*Halt mich fest, kleine Tänzerin.*<sup>[4]</sup> —Katerina sintió cómo le explotaba el corazón al escuchar el ruego de Max, que durante mucho tiempo había sido como un padre para ella. Estrechó a Max más fuerte, exactamente como le había pedido, y él la balanceó unos segundos antes de separarse de ella y hacer la reverencia que jamás olvidaba. Kat esbozó una sonrisa y le presentó a Aleksei, que observaba atónito la escena. Llevaron sus maletas a las habitaciones de arriba y, tras un largo suspiro de ella, él la llevó junto a su pecho. Echaba de menos abrazarla y parecía que era el único que no lo hacía.

—Vas a tener que enseñarme alemán de nuevo o me temo que no voy a entender una palabra estando aquí. —La risa de ella retumbó en su pecho y le provocó una satisfacción inmensa. Cuando alzó la cabeza, Aleksei se fijó en esa boca tan apetecible, en la que deseaba perderse durante días. Inclino la cabeza y rozó lentamente los labios de Kat en un beso breve, pero ella ansiaba más. Tiró de su chaqueta de lana, forzando que él abriese la boca para buscar su lengua. Deseaba sentir su sabor, saborearlo a él y olvidarse de todo sintiendo el tacto de sus labios—. ¿Qué te parece si me enseñas esto antes de que te lleve en brazos a alguna habitación y te haga el amor? —Un aleteo débil se fraguó en las entrañas de Kat, y se convirtió en algo más ardiente. A la chica se le escapó un gemido que dibujó una sonrisa en la cara del hombre del que se estaba enamorando. ¿O acaso ya lo estaba?

El primer día de su estancia en aquel lugar fue intenso y fresco. Kat le enseñó cada habitación de aquel lugar, a excepción de una, el lugar sagrado donde sentía viva a su madre junto a ella. Y, en realidad, no llegó a comprender por qué lo había hecho; quería compartirlo todo con él, pero algo la paralizó frente a su puerta. Aleksei, que iba distraído observando el pasillo, no se percató y, cuando la vio avanzar, no le preguntó nada, aunque supo que esa puerta no la habían cruzado. No le importó, Kat le enseñaría lo que ella deseara cuando lo necesitase. También anduvieron por el bosque, aunque poco tiempo, pues empezó a refrescar. El bailarín seguía bastante asombrado de tener un bosque real al lado de la casa; se maravilló con los árboles, altos y frondosos, con los pájaros, que volaban libres y se acercaban al río para beber agua antes de reanudar el vuelo. Kat estaba en su elemento, sintiéndose libre, feliz, como en el escenario. Había añorado tanto aquella casa, el bosque, a Max y a Magda... Y ahora, además, tenía a Aleksei con ella. La vida no podía ser más perfecta.

Ya entrada la tarde, decidió enseñarle el jardín, ese lugar especial de la casa, que estaba junto a la habitación que guardaba los recuerdos de su madre. Max era el encargado personal de ese jardín y, de vez en cuando, le enviaba fotografías de las flores; del invernadero; del pabellón, situado a un extremo, donde había visto bailar a sus padres infinidad de veces; del bosque... Cuando Katerina recibía esa carta, una vez cada dos meses aproximadamente, su corazón se alzaba jubiloso durante días. Era su pequeño secreto, algo que podía atesorar en la intimidad de su cuarto, lejos de las miradas inquisitorias de su padre, que, por suerte, no se metía con que recibiese esas cartas. Solo una vez lo había hecho, pero le dijo que, mientras eso no la distrajera de su objetivo principal, se

lo permitiría.

—Este es uno de los sitios más especiales de esta casa para mí —le dijo a Aleksei antes de entrar en el invernadero. Abrió la puerta, y el aroma a flores frescas inundó sus fosas nasales abruptamente. Un paso tras otro fueron contemplando las flores, perfectamente cuidadas y tratadas. El coreógrafo observaba a una entusiasmada Kat, que hacía años no veía ese lugar con sus propios ojos, sino a través de papel fotográfico.

—Esto es...

—Te quita el aliento, ¿verdad? —dijo ella, sin ser consciente de que él no se estaba refiriendo a las flores, sino a la expresión de ella, el reflejo de la pura felicidad que nunca antes había visto en su rostro. Katerina se acercó al lugar donde sus flores favoritas descansaban sobre unas macetas. Incluyó la cabeza para aspirar su olor y rozar la flor delicadamente con las yemas de los dedos.

—¿Edelweiss? —preguntó él, y se colocó a su espalda.

—Es mi flor preferida —dijo, en un hilo de voz, mientras la emoción la embargaba. Esa flor le recordaba tanto a su madre que un nudo se le formó en la garganta.

—Pero creía que era la campánula blanca —contestó Aleksei, sorprendido, ya que su compañero coreógrafo en el ballet, Sergey, le había dicho que esa era su flor preferida y no el edelweiss. Ella se giró con los ojos brillantes, repletos de emoción contenida, y negó con la cabeza.

—Lo es, pero en aquel lugar. Verás, Alek, yo he vivido en dos únicos sitios: allí, en San Petersburgo, y aquí. Nací en estas tierras y aquí me crié hasta que..., bueno, ya sabes, lo de mi madre, y entonces mi padre decidió que este ya no era nuestro sitio. —Kat sentía cómo las lágrimas se apoderaban de ella, pero debía mantenerlas a raya. ¡Dios santo, era una llorona!—. Yo creo que eso pudo con él. No es que no le gustara vivir aquí, sino que había muchos recuerdos que dolían demasiado y no lo soportaba. Por eso prefirió detestar y odiar esta casa. No la ha vendido; por mucho que lo ha dicho durante años, es incapaz de hacerlo, aunque jamás lo reconocerá. —Aleksei sintió una gran ternura por aquella sencilla chica que excusaba la actitud de un padre huraño y dictador. Era una chica que necesitaba amor y comprensión, dos sentimientos de los que había sido privada

porque un día un hombre no pudo gestionar el dolor de perder a su mujer, y se olvidó de su hija. Rozó con sus dedos una lágrima solitaria que rodaba por la mejilla de Kat.

»A mi madre le encantaban las flores y en especial esta, la edelweiss. Cuando era pequeña, salíamos al bosque a buscarlas y volvíamos perdiendo la noción del tiempo. Recuerdo a mi padre esperándonos en la entrada del bosque con gesto serio y preocupado, pero mi madre nació aquí y conocía este lugar como la palma de su mano. Ella me decía que, desde que nací, estas flores siempre me acompañaron, así que es inevitable que sean mis favoritas... —No pudo contener por un momento más la emoción, y se desplomó sobre el pecho de Aleksei. Siempre había ocultado sus verdaderos sentimientos, incluso con Franz y con Anastasia no llegaba a ser ella de verdad, quizá por pudor, quizá porque ellos no podían comprenderla como lo hacía él. Suspiró fuertemente y la abrazó con mimo, acariciando su espalda de arriba abajo, reconfortándola, cuidándola. Le dolía saber que había sido tan desgraciada, primero con la desaparición de su madre a una edad tan temprana, y después por no recibir el cariño que se merecía.

—No temas más, *ballerina*, yo estoy aquí. —Y, de pronto, un sentimiento aterrador la invadió. ¿Hasta cuándo estaría él allí? El ballet se estrenaba en tres semanas y después harían una gira internacional, pero recordaba perfectamente que el magnífico coreógrafo Aleksei Ivanov había sido contratado solo para ayudar en los ensayos a Sergey. Se iría, quizá unos meses después; acabaría abandonándola, y ella se sumiría en un dolor tan grande que no podría soportarlo. ¿Cómo había sido tan necia para dejar que entrase en su vida, en su corazón? Ella no era de esas chicas que se aferraba a los hombres, no podía enamorarse, debía centrarse en su carrera profesional. Una cosa era que Aleksei le gustase y que deseara acostarse con él como con cualquier otro, pero ¿amor?; estaba bien jodida, para ser claros. Se separó de él, anduvo unos pasos y se alejó de él mientras miraba las plantas que los rodeaban.

—Yo... necesito un rato... a solas. —Aleksei frunció el ceño, sospechando que algo no andaba bien. Dio un paso hacia ella, pero Kat dio otro hacia atrás. No podía mirarlo a la cara en ese momento, no podía sentirlo cerca; el miedo era tan

grande que la paralizaba. Tenía que escapar de ese invernadero que le quitaba el oxígeno. Se dio la vuelta y salió corriendo en dirección a la casa, con los gritos de Aleksei tras ella, que la llamaban en vano.

Subió rauda la escalera y se encerró en su cuarto en estado de pánico. Su padre tenía razón y debía centrarse en ser la primera bailarina de una gran compañía, cosechar el éxito por el que llevaba años y años trabajando, y olvidarse de él. Después de todo, Aleksei era un hombre mucho mayor que ella, con dilatada experiencia en todos los sentidos. Anastasia había comentado algo de una exnovia violinista, al parecer muy importante, de la que no sabía nada. Estaba centrada en el ballet y apenas se ocupaba de otras cosas que no fuera trabajar todo el día. Era un error; desde el principio dejarse llevar con él lo había sido, y ahora tenía al mayor error en su propia casa, al que tendría que ver día y noche hasta que pasaran seis largos días más.

—Kat —llamó con los nudillos a la puerta—. Kat, ábreme, por favor. No sé qué ha pasado, necesito que me lo expliques.

Aleksei respiraba agitado, preocupado, sin saber qué demonios había pasado. Todo estaba siendo perfecto, rozando lo bucólico. Necesitaba estar con ella, abrazarla, besarla, saber que estaba bien... Volvió a llamar a la puerta y a pronunciar su nombre suavemente, pero todo era en vano. Le respondía el silencio, el más aterrador de todos.

—Vete, Aleksei. —«No, no, no. Aleksei, no. Soy Alek», deseaba decirle él. Había llegado a darse cuenta de la diferencia en su nombre. Cuando lo llamaba Aleksei, era en presencia de otra gente o cuando estaba tensa y, cuando simplemente era Alek, era la chica libre y feliz fuera del escenario. El sonido de su voz al llamarla lo hacía soñar con las segundas oportunidades. La vida ya lo castigó una vez quitándole lo que más amaba; ahora, que estaba enamorado hasta la médula de aquella joven inocente de apariencia frágil, no iba a permitírselo.

—Kat, por favor, saber que estás sufriendo y que no me dejas estar a tu lado me está matando. Me matas, Kat; si no me dejas entrar y abrazarte... —El silencio seguía siendo la respuesta—. Está bien. —Tras unos segundos, en los que ella deseó escuchar las pisadas de él alejándose, no oyó nada. Se habría

marchado. ¿Y qué esperaba?, si ella misma había actuado incomprensiblemente. Se tumbó en la cama en posición fetal y se abrazó a sí misma, dominada por el miedo y las inseguridades, y así, poco a poco, se fue quedando dormida.

Cuando Kat se despertó, ya no entraba un resquicio de luz por el amplio ventanal. Se desperezó, estirándose en la cama, y palpó la almohada, húmeda por las lágrimas que había vertido antes de dormirse. Se sentó en la cama sintiéndose todavía insegura y algo más estúpida. Aleksei debía de pensar, por lo menos, que tenía un trastorno de personalidad. Aún con la congoja en el cuerpo, se levantó y, tras exhalar un largo suspiro, agarró el pomo de la puerta, decidida a enfrentarse a lo que fuera. Una vez que abrió la puerta, se quedó perpleja al verlo apoyado sobre la pared, completamente dormido. Se había quedado allí, en su puerta. Aquello fue algo que le llegó tan hondo que, por un momento, se olvidó de respirar. Se puso en cuclillas y miró embelesada el rostro del hombre que la hacía sentirse feliz solamente con su presencia. Paseó con la yema de sus dedos todo el rostro apacible del coreógrafo, tocando cada surco, memorizando en sus dedos cada rasgo de él. Inevitablemente se despertó. Abrió los ojos, primero lentamente, después sonriendo al verla junto a él. Tiró de ella y la sentó a su lado; disfrutó de la calidez de su cuerpo, de su cercanía, y respiró tranquilo al tenerla con él.

—¿Cómo te encuentras? —Kat asintió con la cabeza, con miedo a emitir algún sonido. Aleksei suspiró por millonésima vez, apoyado en esa fría pared. Frotaba su brazo con la mano, de arriba abajo, desperezándose poco a poco. Había sido una tarde muy larga, allí sentado como un idiota, impotente, sin comprender qué demonios le había sucedido—. Voy a volver a decirte lo que te dije en el invernadero: no tienes que temer nada porque estoy aquí, contigo, y lo voy a estar. No sé si los recuerdos de esta casa o precisamente esas palabras que te he dicho han provocado esta huida en ti; me importa una mierda, sinceramente, porque no voy a apartarme de tu lado.

Kat asintió, comprendiendo que sus palabras eran sinceras, aunque el miedo seguía danzando a su alrededor; pero aquel abrazo, el haber estado toda la tarde haciendo guardia en su puerta, esperando a que ella saliese, y encontrarse con él... no podía ser nada más que algo real. Aleksei la estrechó aún más contra él

antes de levantarse y llevarla de nuevo al dormitorio. Cerró la puerta tras ellos y se tumbaron en la cama, cara a cara, con las frentes apoyadas una sobre la otra. A él se le escapó un suspiro de alivio antes de quedarse dormido, con la cálida respiración de ella sobre su rostro. La abrazó, entonces, un poco más, y ella se dejó caer sobre su pecho y se aferró a su cadera.

—Me estoy haciendo mayor, y necesito algo en lo que confiar, así que dime cuándo vas a dejarme entrar; me estoy cansando, y necesito un lugar para empezar. —Y con la melodía de aquella canción, susurrada muy bajito, el sueño fue adueñándose de aquellas dos almas perfectas que solo buscaban un poco de consuelo y paz sin pensar que el amor sería el mejor bálsamo de todos.

Permanecieron abrazados durante toda la noche, sintiendo la respiración del otro. Los primeros rayos del día inundaban la habitación, oscura. Aleksei movió la mano para acariciar el rostro que tenía frente a él. Se sentía tan bien que le parecía un sueño; rozó su nariz con la de ella y exhaló un suspiro que removió a la bailarina. Kat emitió un gemido que provocó la sonrisa de él mientras ella abría los ojos.

—Eres preciosa —le susurró, rozando su mejilla con el dedo pulgar. La bailarina se acurrucó más junto a él, alargando su brazo para rozar el de él, aferrarse a Aleksei, rozando su piel, firme descubierta. Alzó la vista y se encontró con sus ojos verdes. Estaba guapísimo, con el pelo revuelto y las arrugas de haber dormido sobre la almohada en la misma postura toda la noche.

—¿Tienes tanta hambre como yo? —Aleksei curvó los labios con un brillo malicioso en los ojos y, entonces, ella se dio cuenta de que él pensaba en otra clase de hambre. Le dio un golpe seco en el brazo y quiso zafarse de sus brazos, pero no pudo. Solo consiguió que lo atrajese más a su cuerpo, sintiendo el deseo latir en sus venas. Aleksei posó sus labios sobre los de ella, cogió un mechón rubio de su cabello y lo enredó en un dedo. Sonreía sin dejar de besarla, buscando su lengua y recorriendo con ella el labio superior y el inferior. Kat gemía y ardía de impaciencia. Hasta ahora, se había conformado con los besos, los abrazos y las caricias de Aleksei, pero necesitaba cada vez más. Giró a Katerina y la tumbó boca arriba con él encima; deslizó la boca por el cuello al tiempo que bajaba las manos, entrelazadas con las suyas, agarrándose mutuamente con fuerza.

Aleksei la aplastaba contra el colchón, con lamidos sobre su cuello, que

intercambiaba por besos suaves y lentos; se mecía contra ella a un ritmo cadencioso y una deliciosa fricción se ajustaba entre sus piernas. Kat no podía resistirse a los besos de Aleksei; se derretía con una sola mirada de él, era inevitable. Sentía que se licuaba bajo sus brazos, y los sollozos fervorosos se le escapaban mientras él emitía una risa que la irritaba.

—Si vamos a hacerlo, hazlo ya. —Aleksei se apoyó, entonces, con las manos en el colchón y observó a Kat con los ojos nublados y la mirada perdida. Entornó los ojos, pues quería asegurarse de si era ella la que hablaba, dominada por el deseo irrefrenable que él mismo sentía latirle en las sienes, o si estaba en plenas facultades y cien por cien segura de que realmente sabía lo que decía.

—¿Estás segura? —dijo el coreógrafo con voz ronca.

—Llevo tiempo ansiando esto, Alek. Por favor... —Encuadró su cara con las manos, se fijó bien en sus gestos, en sus ojos y, entonces, le dio un beso profundo y lento que la hizo arder aún más. Se deshizo de su camiseta hasta quitársela y observó su cuerpo tembloroso. Rozó con un dedo su pecho, y bajó hasta el abdomen sin perderse una sola expresión del rostro de Kat. ¡Dios, no había nada más perfecto en la vida! El pecho de Aleksei vibraba de tanta felicidad, de poder tener a aquella mujer entre sus manos y de poder reducirla a cenizas con un simple roce de sus dedos. Tomó aire de nuevo y le quitó el pantalón.

—Tan preciosa, tan perfecta... —le susurró Aleksei lamiendo su piel. Le sonrió, pero inmediatamente echó la cabeza hacia atrás cuando él le dio un beso en la parte baja del abdomen. A ella se le aceleró la respiración cuando le quitó el sujetador y cubrió su pecho con una mano. Sus caderas tenían vida propia; buscaba no dejar un solo resquicio de aire entre los dos, se movía contra las de Aleksei, que, en apenas un instante, se deshizo de su ropa. Ahora estaban en igualdad de condiciones, únicamente con la parte baja de la ropa interior.

Se quedaron un momento en silencio, con las respiraciones agitadas y sin apartar los ojos uno de otro. Con cuidado, le quitó las bragas de algodón amarillo y le acarició un pecho, posando sus labios sobre él. Ella arqueó la espalda, retorciéndose de deseo, con el corazón latiendo desbocado. Con una sonrisa ladina, fue bajando, dejando húmedos besos en su camino al interior de los

muslos. Katerina estaba a punto de estallar, jamás había pensado que pudiera ser tan erótico el encuentro entre un hombre y una mujer. Ella jamás había sentido ese tipo de conexión; temblaba de miedo por sentir más que algo físico, por volver a sentir esa conexión latiéndole en el cuerpo. Aleksei se deshizo por fin de sus bóxer y se bajó de la cama un momento para rebuscar un condón en el pantalón que se había quitado. Al volver a mirarla con el paquete en la mano, sintió que debía explicarle por qué había llegado hasta allí.

—Yo..., verás, tenía esto... porque... —Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta, lo que lo hizo sentir un completo imbécil.

Kat, simplemente, le sonrió y le extendió una mano para que volviese con ella. Subió de nuevo a la cama y se puso el condón ante la mirada ansiosa de ella. Volvió a repartir besos por todo su cuerpo, tratando de hacerla sentirse cómoda, relajada, confiada. Kat, simplemente, le sonrió y le extendió una mano para que volviese con ella. Subió de nuevo a la cama y se puso el condón ante la mirada ansiosa de ella. Volvió a repartir besos por todo su cuerpo, tratando de hacerla sentirse cómoda, relajada, confiada.

Con un movimiento lento y controlado fue adentrándose en ella. Se deslizó en su interior, despacio, y así, una vez tras otra, controlando centímetro a centímetro, observando los gestos que alteraban el rictus de Kat. Poco a poco, sintió que le costaba respirar, necesitaba que Aleksei siguiera balanceándose contra ella. La besó, entonces, en el rostro, el cuello, el pecho..., y se olvidó de su propio placer. Los movimientos se estaban convirtiendo en algo cada vez más rítmico y más rápido. Katerina se abrazaba a él, atrayéndolo a su pecho con devoción y verdadera pasión. Hundió la cara en el hueco de su cuello mientras el sudor les resbalaba la piel.

—Mi *ballerina*..., joder —susurró con tono grave él, sintiendo cómo ella se estremecía bajo su cuerpo y comenzaba a tensarse. Kat echó la cabeza hacia atrás y Aleksei tuvo que controlarse al verla con los ojos cerrados; pero ella quería mirarlo, quería ver sus ojos cuando el momento culminase. Jamás había sentido nada parecido, que alguien pudiera ser el todo para ella. Aleksei la besaba y bebía jadeos de placer de Katerina, que se volvían cada vez más fuertes en cada embestida.

—Dios, Alek —murmuró ella.

Era todo tan intenso que sentían cómo el corazón les explotaba. Aleksei hizo un poco más de presión antes de sentir cómo ella estallaba en un grito ensordecedor arqueando la espalda. Él se hundió más en ella, ocupándose de su propio éxtasis una vez que ella ya hubiese alcanzado su propia cima, y, en un par de embestidas más, su cuerpo se liberó. Exhausto, se derrumbó a su lado, intentando normalizar sus respiraciones. Kat buscaba volver a la realidad cuando se encontró envuelta de nuevo en sus brazos. La besó con ternura en un ósculo húmedo y tranquilo.

—Dime que estás bien, porque a mí me has subido al puto paraíso —le pidió él casi en un ruego divertido. Kat, con las mejillas aún arreboladas, lo miró y estalló en una carcajada limpia.

—Increíble. —Fue lo único que atinó a decir la bailarina, sonriendo encantada. Ambos disfrutaron abrazados, piel sobre piel, aspirando el olor del otro, sumergidos en un remanso de paz; se quedaron un rato en silencio mientras el amanecer les daba la bienvenida. Aleksei estaba convencido de que amaba a la mujer que yacía a su lado, y más seguro estaba de que nunca podría separarse de ella. Mientras, a Katerina los miedos la habían abandonado momentáneamente, pues en los brazos de Aleksei se sentía segura, protegida y confiada. No había nada que no pudiese lograr, a nadie contra el que no se pudiera enfrentar. Con Aleksei todo sería más sencillo.

—¿Vas a contarme qué sucedió ayer? —El cuerpo relajado de Katerina se tensó al escuchar la pregunta. Exhaló un gran suspiro y se dijo a sí misma que ya era hora de hacer uso de la supuesta fuerza que él le decía que tenía en su interior. Se sentó en la cama, se cubrió con la sábana y, tras colocarse un par de mechones rebeldes tras las orejas, fue completamente sincera.

—Lo que pasó es que tuve miedo. —Tragó saliva, incómoda, por estar manteniendo esa conversación desnuda. Sujetaba la sábana con miedo a que cayera, como si él no hubiese memorizado cada milímetro de su cuerpo. Aleksei colocó su mano sobre la de Kat, que descansaba junto a su pierna, y ella no tuvo

más remedio que mirarlo a los ojos—. Un miedo estúpido que me paralizó.

—Bueno, todos los miedos lo son; estúpidos, quiero decir. Si fueran de otra manera, no serían miedos. Son irracionales y sinsentido, lo importante es vencerlos. —La sinceridad de Aleksei la desarmaba; ¿a qué podía contestar a su respuesta? Después de todo, él llevaba razón: los miedos no servían más que para detenernos en nuestro camino y no permitirnos avanzar.

—«Lánzate y la red aparecerá», era la frase de Goethe preferida de mi madre. En la biografía de la emperatriz de Austria, a la que idolatró, aparece esa frase en diversas páginas. —Emuló una sonrisa al recordar el día en que había encontrado aquel libro. Era por entonces una niña que saltaba, imitándola, con un lazo blanco atado a su coleta, que le caía moviéndose en cada vuelta que daba. Estaba en la sala que hoy día era la habitación dedicada a la gran bailarina Valérie Gisela Solokov. Parecía que sus padres, ya desde su nacimiento, predijeran su futuro al llamarla igual que el ballet que años después protagonizaría. Aquel luminoso día en el que Katerina no dejaba de bailar extendiendo sus brazos y viendo cómo su vestido blanco se alzaba en cada vuelta, su madre llegó por detrás y la agarró de las manos para acompañarla en las piruetas... «Bravo, Katerina. Serás una gran *ballerina*, tal y como lo es tu madre». Al cogerla en brazos, el diario se le cayó y Kat fijó la vista en el cuaderno granate que estaba en el suelo. Valeriè dejó un momento a su hija en el suelo para cogerlo y se quedó agachada junto a ella con el diario en su mano. «Un día, cuando tengas la edad adecuada para escribir, te regalaré un cuaderno como este, donde podrás expresar todos tus temores y lo que regocija tu espíritu, querida Katerina».

—Kat...

—He pensado en que un día te irás, volverás a tu vida exitosa y yo me quedaré en San Petersburgo, en algún lugar donde me encuentre con la gira, y estaré de nuevo sola, únicamente sintiéndome feliz en el escenario. —Sollozó, aún recelosa de compartir con él los sentimientos más íntimos que nunca compartía con nadie

—Eso no ocurrirá, mi vida. —La había llamado «mi vida» por primera vez, y su corazón estalló en el pecho. Le encantaba cómo sonaba en sus labios—.

Tienes que confiar en mí, no voy a marcharme sin ti a ningún sitio. Nunca, *ballerina*.

Ella asintió, tragando saliva de nuevo para controlar las lágrimas que se le estaban acumulando en la garganta. Aleksei se sentó frente a ella con el pecho descubierto, sin ningún pudor, a diferencia de ella. Se inclinó sobre Kat y le dio un beso en la frente, antes de estrecharla en sus robustos brazos. Katerina se escondió en su regazo; quería creerle, necesitaba hacerlo, pero «nada es seguro al cien por cien en esta vida», pensó. Aleksei se tumbó con ella en la cama de nuevo, y compartieron besos y arrumacos hasta que ella volvió a dormirse. Tiempo después, la luz del sol era más que evidente en el cuarto. Kat apretó los ojos y se tapó con un brazo para alejar la luminosidad de su cara y, al hacerlo, notó que el otro lado de la cama estaba vacío. Poco a poco, abrió los ojos y comprobó que Aleksei había desaparecido. Lo buscó por la habitación, pero no quedaba rastro de él ni de su ropa. Se sentó en la cama un poco decepcionada, aunque eso cambió al mirar hacia el otro extremo de la almohada. Una flor edelweiss reposaba sobre ella, encima de una nota. Katerina cogió la flor y aspiró su aroma, aún fresco, con los ojos cerrados. Después, cogió la nota con dedos temblorosos, presa de la emoción por el detalle.

El roce de tu piel, tu sabor a inocencia e ingenuidad, tu cabeza sobre mi pecho, escuchando el latido de mi corazón..., son todos los miedos que he tenido desde que te vi por primera vez bailando en esa sala. Atraído como un imán, dancé contigo, sintiendo la aplastante conexión, esa que no permitiré que desaparezca jamás. *Ballerina*, tu alma jamás dejará de estar unida a la mía. Gracias por devolverme la esperanza, por volver a sentir y a creer en mí. Hay tantas cosas que quiero decirte, que necesito que sepas, Kat... Pero, por ahora, solo hay una. Te quiero, *ballerina*, no dejes de apoyar siempre tu cabeza sobre mi corazón.

Alek

Kat sonrió, mientras un nudo de emociones le presionaba el pecho. Tragaba saliva continuamente, tratando de mantener a raya las lágrimas que deseaban aflorar tras leer la nota de Aleksei. Tomó la flor de nuevo y olió su aroma, ese que le era tan familiar y la hacía sentirse en casa. Lloraba y reía entre lágrimas, acariciando las letras escritas de la mano del coreógrafo. «Te quiero», era lo que resonaba con fuerza en su mente, esas palabras que a ella le daba tanto miedo pronunciar. Notó que una presencia la observaba y, tras subir la cabeza, lo vio a él, en el vano de la puerta, escrutándola como si la viera por primera vez.

—¿Por qué te empeñas en hacerme llorar?

—Por lo mismo que tú te empeñas en hacerme soñar. —De nuevo, la dejó sin aliento. Katerina sonrió, exhalando un gran suspiro. Era consciente de que el miedo seguía ahí, latente, pero había tomado la decisión de disfrutar el presente. Deseaba que alguien la quisiera, que la mimasen, la cuidasen...

—No te imaginaba siendo tan empalagoso. —Aleksei fue hasta ella en un caminar que se le antojó lento. Se subió a la cama, gateó hasta ella y se postró frente a su cuerpo con una sonrisa curvada en sus labios. Atrapó el labio inferior de Kat entre sus dientes, enmarcando su cara con ambas manos. Siguió besándola sin descanso, sintiendo que aquello debería ser para siempre. Ella subió sus manos a los antebrazos de él y permitió que la besara, que poseyera su alma en cada roce y la llevase al éxtasis que despertaría cada terminación de su cuerpo.

—Por Dios, Kat, tenemos que salir de esta habitación, pero no sé cómo hacerlo. —Ella se sintió orgullosa de provocarle esos sentimientos al hombre que lo había conseguido todo en el mundo del baile, que tenía todo siempre bajo

control y no dejaba nada a la improvisación. Se rio y se soltó de él para coger la flor, que volvió a oler, mirándolo a los ojos. Aleksei le dio un beso corto y la ayudó a bajarse de la cama para volver a meter algo de alimento en sus estómagos, que rugían cuando sus palpitaciones dejaban que otro sonido se colase en medio de los susurros y las caricias. Se puso la misma ropa del día anterior y bajó a la cocina de la mano de Aleksei.

Dieron los buenos días a Max y a Magda, que salieron una vez les hubieron dejado el desayuno preparado. El ama de llaves dio un par de apretones cariñosos a su pequeña; la mujer se sentía muy dichosa de volver a tenerla en casa. Desayunaron entre miradas y bromas de un Aleksei relajado y completamente loco por la bailarina. Kat intentaba estar igual de relajada, pero, después de leer las palabras «Te quiero» en la nota, sintió que le faltaba el aire. No porque no sintiera lo mismo que él, sino porque era la primera vez que iba a pronunciarlas. Era todo tan nuevo, tan extraño que temía equivocarse.

—¿No vas a decirme nada de la nota?, porque sé que la flor te ha encantado.  
—Le guiñó el ojo, travieso, al tiempo que le robaba un pedazo de fruta de su plato. Kat carraspeó y, sin mirarlo a los ojos, le contestó.

—Ya te expliqué que el edelweiss es muy especial para mí, así que sí, ha sido un bonito detalle.

—¿Bonito detalle? —Aleksei soltó el tenedor, mirándola con la ceja levantada, lo que provocó una risa en Kat, que se encogía de hombros, juguetona.

—¿Y qué te puedo decir de la nota? Es... preciosa. —Sus mejillas se cubrieron de rubor al recordar las palabras que le había dedicado. Aleksei se dio cuenta, en ese momento, de que aún no le había dicho las dos palabras importantes de la nota en vivo. Era el momento de cambiar eso. Se levantó, se acercó hasta ella y le ofreció la mano, que ella dudó en tomar. Rozó sus dedos con la mano de él antes de que se la agarrase con firmeza; aquel simple gesto provocó una inmensa felicidad en ambos. Aleksei, entonces, le rodeó la cintura con ambas manos y la acercó a su cincelado pecho.

—Yo no soy bueno expresándome; las palabras me aturullan y no sé bien cómo decir las cosas. Siempre se me ha dado mejor plasmarlo en un papel, pero voy a intentarlo, por ti. —Kat abrió la boca, asombrada. Cualquiera diría que no sabía

expresarse, pues siempre tenía la palabra adecuada para llevarla al infinito—. Contigo, lo siento todo, lo tengo todo. Por supuesto que me he enamorado antes, pero nunca con esta fuerza arrasadora, sintiendo esta conexión, y mucho menos he sido antes tan cursi. —Aleksi sonrió, mirándola con sus ojos verdes, que resplandecían cada vez que la veía, y besó sus labios.

—¿Tú no tienes miedo? —le preguntó ella, aún golpeada por la fuerza de los sentimientos de él.

—¿Miedo? No, es más bien vértigo, inseguridad al no saber qué sientes tú por mí. Yo no tengo dudas, sé que te quiero, Kat. Te quiero y no me importa que hayan pasado una, dos semanas, como si nos hubiéramos conocido ayer; ¿qué más da? —La miró fijamente con esa mirada limpia, que derrochaba adoración por la mujer que tenía entre sus brazos.

—¿Tienes dudas después de lo que hicimos anoche? —Katerina se mostró entre ofendida e incrédula y una risa reverberó en el pecho de él.

—No estaría de más oírtelo decir. —Ella puso los ojos en blanco, asustada por decirlo en voz alta, por pronunciar esas palabras por primera vez en su vida, por la forma en la que la estaba presionando. ¡Dios, estaba aterrada! Aleksi la cogió por la barbilla, mirándola a los ojos, con la sonrisa en ellos. Y, aunque le parecía una locura, poco a poco el miedo se fue disipando. Solo necesitaba que la mirase a los ojos para que la paz y la calma llegasen hasta ella.

—«Nada requiere más fortaleza que permitirte la debilidad de amar a otra persona» —susurró las palabras de su gran heroína, acercando sus labios a los de él, con apenas unos centímetros de espacio entre ellos—. Alek, creo que te he querido desde que me elevaste el primer día en el ensayo y sentí tus manos sobre mí, cuando sentí esa misma conexión que dices. Alek, mi amor... —Acarició su mejilla con una mano, que él besó antes de que dejara de tocarlo—. Solo necesito que me mires para tener la certeza, conmigo, de ti, de que esto es real y de que verdad me está pasando; de saber y sentir que finalmente alguien me está cuidando, que me ama, a mí, a Kat. No a la bailarina profesional, no a la figura que represento en el ballet; a la chica de veintidós años, insegura y miedosa, la que siente terror a lanzarse sin red que la sujete, la que no sabe ya respirar otro aire que no sea el que tú respiras. —Con un hilo de voz, por fin, se quitó la

coraza que llevaba hacía años, por miedo a ser herida, y le dijo lo que él le hacía sentir, lo que ella misma sentía.

El bailarín la acunó entre sus brazos y le acarició la espalda de arriba abajo. Kat respondió a su abrazo agarrándose a él como si le fuera la vida. Ella apoyó la cabeza en su pecho y sintió el latido de su corazón, que le aportaba paz y calma; se había convertido en su sonido favorito. Tras varios minutos, levantó la cabeza y lo miró a los ojos, con la sonrisa instalada en sus caras. Su pulso, acelerado por la cercanía, los martilleaba en las sienes. Kat posó su vista en los labios de él, no podía apartar los ojos de esos labios que había probado muchas veces y de los que no se cansaría nunca. Aleksei se lanzó a besarla de forma lenta, y le erizó la piel con cada roce. Pegaron sus cuerpos, fundiéndose en un abrazo delicado, dulce; cuanto más se besaban, más querían alargar ese contacto. Katerina necesitaba que acariciase toda su piel, que no dejara nunca de demostrarle lo mucho que le importaba. Y él..., él ardía en deseos de ser acariciado por ella. Si se hubiese tratado de otra persona, de otra mujer con experiencia, no lo habría dudado y ya la habría llevado de vuelta a la cama, a hacerle todo lo que se cruzaba por su mente y a pedirle explícitamente qué deseaba que ella le hiciese.

—Quizá podríamos emplear el tiempo en algo más que besarnos —le dijo Aleksei entre bromas, al separar sus labios, hinchados. Ella emitió de nuevo esa risa con ruidito al final y asintió con la cabeza, alejándose de él. Dejaron los utensilios del desayuno en el fregadero antes de que Max y Magda entrasen a recoger. Aleksei pensó que aquellos dos tenían un don y sabían exactamente en qué momento aparecer y en cuál desaparecer, como si los estuvieran espiando. Kat charló un poco con ellos, para despedirse poco después. El coreógrafo esperó a que acabasen de hablar, la cogió de la mano y salió de allí sin separarse de la mujer que lo había convertido en un auténtico moña. Entraron en el salón de la casa; Katerina se sentó en una butaca que recorrió con las yemas de los dedos, y volvió a sentir el contacto con ellas. Aleksei vio el piano, levantó la tapa y pulsó suavemente algunas teclas.

—Mi madre solía tocarlo, ella me enseñó a hacerlo. —Él se acomodó en el asiento frente al piano y comenzó a entonar una melodía que representaba

mucho para ella. La acompañó de la letra, cantando bajito, lo que erizó el vello de Kat, que lo miraba fascinada. «Edelweiss, Edelweiss, todas las mañanas me saludas. Limpia y brillante, pareces feliz de encontrarte conmigo. Flor de la nieve, puedes florecer y crecer. Florece y crece por siempre». Katerina sonrió. Con el nudo de emociones en la garganta, fue hasta él y se sentó a su lado; posó sus manos sobre las de él mientras le susurraba «gracias», y Aleksei entendió que no solamente se refería la canción.

El día comenzó a nublarse, aunque la temperatura acompañaba. Katerina estaba ansiosa por visitar de nuevo el bosque, como cuando era pequeña y se perdía por él junto a su madre. Se acabó de atar las botas de montaña y metió en la mochila agua y comida que Magda les había preparado para el paseo. Alek le dio la mano antes de caminar hacia el sendero que conducía hasta el bosque. El rumor del río los iba guiando mientras se adentraban en el paraíso de Kat. Según avanzaban, la sonrisa de ella se hacía más amplia, hasta el punto de que se soltó de la mano del bailarín y dio vueltas con los brazos extendidos. Parada frente a Alek, giraba con los ojos cerrados, aspirando el aire puro de las montañas, donde sus flores preferidas crecían. Volvió a abrir los ojos y se encontró con la mirada de él, que la observaba embobado. Ella sonrió y le ofreció la mano, que tomó encantado, para seguir andando. Llegaron hasta una pradera completamente verde, rodeada de frondosos árboles que convertían la estampa en un paisaje bucólico.

Aleksei no dejaba de sacarle fotografías a aquel lugar: a las flores, al cielo, que empezó a abrirse conforme fue avanzando el día; a Kat, corriendo por el prado, como si fuera una niña pequeña, con un pequeño ramillete de edelweiss en su mano... Después de comer, anduvieron un rato más hasta llegar al río, que aún en aquel tiempo estaba bastante frío. Se sentaron junto a él, pero sin atreverse a meter los pies. Kat rozó con los dedos el agua helada, sonriendo por estar de nuevo allí, y con Aleksei. «Clic». Una vez más, oyó aquel ruido y, al girarse, sonó de nuevo.

—No sabía que tu profesión frustrada era ser fotógrafo. —Él rio, asintiendo en señal de haber sido pillado. Permanecieron en silencio, con el correr del rumor del río, observando a los pececillos de colores que vivían en aquel río tan

antiguo como el pequeño pueblecito. Alek seguía fotografiando cada instante que pasaba con Kat, como si quisiera recordarla en aquel estado de puro éxtasis.

Al atardecer, tras caminar un par de kilómetros más, regresaron a casa. Completamente agotados pero felices de haber disfrutado de aquel paisaje maravilloso y de estar juntos, dejaron las mochilas y Aleksei depositó la cámara sobre la mesilla de noche para poder ver las fotos más tarde. Mientras él se duchaba, la bailarina aprovechó para llamar a su primo y preguntar por su tío.

—¡Kat! ¡Qué alegría escuchar tu voz!

—Hola, Andrey, ¿cómo estáis?

—Bien, las cosas van mejorando. Mi padre, por suerte, está estable, y los médicos dicen que eso es muy buena señal. —Sintió un profundo alivio al oír que su tío mejoraba, aunque deseara poder estar allí, junto a su familia, esa que siempre se había preocupado por ella incluso en la distancia.

—Me alegro muchísimo, Andrey. Yo... habría querido, ya sabes...

—Tranquila, Kat, lo sé. Imagino que el estrés sigue siendo el mismo o peor, porque tu padre está insoportable por no estar allí controlando cada minucioso detalle del ballet. Dios, prima, no sé cómo lo soportas. —«Si tú supieras»..., pero jamás lo sabrían. No quería que odiaran a su tío por la disciplina tan estricta a la que era sometida la prima y sobrina a la que adoraban.

—No te preocupes, estoy bien. Ahora estamos en un descanso de una semana. Demasiada presión para todos los bailarines, aunque te agradecería que no comentaras nada. Mejor que mi padre no se entere o será capaz de venir a organizarlo todo.

—Sin problemas, Kat. ¿Estás disfrutando del descanso? Dime que sí. —Su primo no podía hacerse una idea de lo mucho que estaba disfrutando, cual adolescente con las hormonas revolucionadas.

—Sí, sí, todo es perfecto. Oye, Andrey, tengo que dejarte, pero, por favor, mantenme informada, ¿ok?

—Ya sabes que lo haré, querida prima. Estamos deseando que el ballet comience la gira y vengas por aquí. No te olvides de que te queremos; yo, sobre todo. —Kat se rio al recordar los veranos que habían compartido hacía años. Inspiró profundamente, pues la melancolía de esos días quiso apresarla.

—Yo sí que te quiero, adiós. —Colgó el teléfono, mirándolo por un instante con una sonrisa curvada en los labios.

—¿He de ponerme celoso? —Alekssei entró en la habitación con gotas de agua que caían del pelo sobre su pecho desnudo. Kat alzó la vista y lo vio con la toalla enroscada en la cintura, lo que le provocó un aleteo en el estómago. Sin ningún pudor, se levantó, dejó el móvil en la cama, y fue hasta él. Lo cogió por las mejillas y le dio un beso largo y dulce antes de mirarlo nuevamente con la sonrisa de estúpida enamorada.

Llegada la hora de la cena, se sentaron en la mesa de la cocina, uno al lado de otro, con las manos unidas. No dejaban de tocarse más que lo indispensable, como si necesitaran vivir con el roce de la piel del otro. Bebieron vino y degustaron una típica cena alemana que Magda les había preparado con todo el amor de una madre.

—Y tus padres, ¿dónde viven? —Quiso saber ella durante la cena.

—Viven en un pequeño pueblo de la estepa rusa. Son panaderos, los mejores del pueblo, debo decirte. Para ellos no fue nada fácil dejar ir a su hijo a miles kilómetros de distancia para que consiguiese su sueño. En ese sentido, los admiro, por no ser egoístas, por desear la felicidad de su hijo por encima de todo.

—Pero eso es lo que quieren todos los padres, Alek. —Lo miró con la ceja levantada, sin comprender a qué se refería.

—Eso se suele decir, pero no creo en ello firmemente. ¿Tú crees que para un padre es sencillo apartarse de un hijo al que verá apenas una vez al año?, sobre todo cuando lo que tu hijo persigue puede que jamás llegue a suceder. No sé, Kat, creo que no todos los padres serían capaces de algo así. —Se recostó en la silla, cruzándose de brazos, en espera de una respuesta que sabía no tardaría en llegar.

—También están los que empujan a sus hijos hasta el precipicio y los fuerzan al máximo, sin preocuparles si lloran de noche porque están asustados por el trabajo militar que deben realizar, sin consolarlos ni tener nunca una palabra cariñosa o, al menos, de aliento —estalló, descargando el dolor que la acompañaba. Alekssei la miró, comprendiendo a qué se refería, y asintió con la cabeza.

—Seguro que llegará el día en que esos padres reconozcan sus errores y lamenten haberse comportado así. —Katerina se removió inquieta en la silla.

—Y, entonces, ¿conociste a Nikolai así?

—Eso es; ellos me acogieron cuando me dieron la beca. Para mí, son mi segunda familia. —Katerina escuchaba atentamente, y se enamoraba un poco más de aquel hombre, de enorme éxito, con un corazón aún más grande.

—Debe de ser bonito sentirse así de amado en una familia. Yo me he sentido así en verano, cuando me iba a Krasnojarsk con mis tíos y mis primos. Parece mentira que sean familia de mi padre, pero con ellos siempre me he sentido en una verdadera familia, en esas que se gritan y se perdonan, que disfrutan jugando a juegos de mesa, haciendo trampas, y que se muestran tal y como son. Antes hablaba con mi primo Andrey. Su padre, mi tío Iván, tuvo un accidente, y por eso mi padre se fue allí. Hasta él se ha dado cuenta, en pocos días, de cómo es realmente mi padre; dice que está insoportable por no estar controlándome como de costumbre. —Ese pensamiento la agobió bastante, y se tensó entre las manos de él, que lo notó al instante.

—¿Qué te parece si cogemos una manta y salimos al jardín trasero? Desde que lo vi, cuando llegamos, he tenido ganas de pasar un rato allí contigo, bajo las estrellas. —Ella asintió, encantada, soñando con aquel momento, que nunca antes había vivido.

Se recogieron, y Aleksei se encargó de portar una gruesa manta gris que los cobijaría; Kat llevaba otra manta, sobre la que se tumbarían a observar el cielo estrellado de aquel pueblecito vienés. Un silencio sepulcral reinaba en la templada noche. Katerina extendió la manta, donde se tumbaron, y Aleksei abrigó a ambos con la otra, apoyándose sobre los brazos, flexionados bajo la cabeza. Kat se abrazó a su pecho y se tumbó sobre él. Estuvieron un rato en silencio bajo un manto de estrellas, algunas fugaces, a las que pidieron deseos, mientras los cobijaba en un sueño del que no deseaban despertar.

—Necesito confesarte algo. —Inspiró profundamente él antes de contarle el momento más duro que le había tocado vivir hasta ese día—. Poca gente sabe el verdadero motivo por el que me he retirado de los escenarios. No sé cómo he podido mantenerlo en secreto tanto tiempo, es un alivio.

—Se supone que lo has hecho porque ya estabas cansado de viajar y de hacer una obra tras otra sin disponer de apenas tiempo. —La biografía que su padre la había forzado a leerse era muy explícita y, aunque hubiese sido el mismo Aleksei quien le había contado su vida, ella ya tenía la sensación de sabérsela gracias al libro.

—Esa es la cortina de humo. Me lesioné, no como las otras veces. Esta vez el daño es irreparable y no puedo volver a esforzarme como bailarín profesional. Por eso Nikolai me animó a ser coreógrafo en vuestro ballet, aparte de que sería muy importante para mi currículum. Cuando me lo ofrecieron, me di cuenta de que podría dejar de pensar en ello; abandonaría la idea de marcharme, mochila al hombro, por el mundo a volver a saber quién soy; no me lamentaría noche y día... Vamos, que dejaría de ser un coñazo para los demás, porque fui una pesadilla en aquellos días. —Inconscientemente, la mano entrelazada a la suya se apretó. Kat deseaba poder borrarle todo ese dolor que estaba compartiendo con ella. Para un bailarín, una lesión tan grave era el final de su carrera. Nunca habría imaginado que sufriera de esa manera; él, que aparentaba ser el hombre feliz por excelencia, sin preocupaciones, que minimizaba los problemas... Pero era humano, al fin y al cabo, y también se rompía por dentro.

—Alek... —Se estremeció al escuchar el tono con el que había dicho su nombre. Lo último que buscaba era pena.

—No te apenes por mí. Estoy bien, ahora lo estoy. —El corazón le latió con fuerza, al mirar la mano por la que estaban unidos por encima de la manta. Ella se irguió para mirarlo desde arriba.

—Lo último que siento por ti es pena, créeme. Cuando algo así le sucede a un bailarín como tú, que ama su profesión más que su vida, debe hacerlo sentir que es el final de su vida, pero, mi amor, no lo es. —Alek no podía apartar los ojos de ella, su pecho le subía y bajaba muy deprisa, embargado por la emoción que contenían las palabras de Kat.

—Gracias, nunca antes lo había hablado, y creo que se me estaba enquistando.

—Ojalá hubiera estado a tu lado cuando sucedió, te habría ayudado a superar ese duro momento, a aliviar un poco ese dolor. —Aleksei carraspeó y separó su mano de la de ella. A menudo, la gente dice que es durante el sexo cuando uno

se siente vulnerable, cuando te dejas ver desnudo y te entregas por completo. Sin embargo, para Aleksei, no era eso lo que lo hacía sentirse vulnerable; era el hecho de abrirse, de expresar sus miedos. Kat lo miró, extrañada al ver cómo apartaba la vista de ella y la instaba a recogerse para regresar a la casa. De pronto, notó que algo había cambiado en su actitud. Caminaron los metros que separaban el jardín de la puerta principal, sin hablarse o rozarse, lo que provocó una pequeña grieta en el corazón de Katerina. El bailarín dejó las mantas en el sillón del salón de la entrada y se giró hacia ella, que contenía el aliento al presentir que él iba a hablar.

—Sube a dormir, debes de estar cansada. Enseguida vuelvo. —Posó un tierno beso sobre su sien y lo siguiente que escuchó Kat fue la puerta de la entrada cerrarse. Así se quedó ella, sola en la entrada, después de haber compartido confidencias y de que él, por primera vez, le hubiera hablado de su verdadero problema, ese que lo había alejado de los escenarios de forma profesional.

Kat se quedó allí de pie un buen rato, esperando por si regresaba. Finalmente, aceptó que se había ido, quizá a airearse, a no pensar, a maltratarse solo... Asintió apenada, sabiendo que necesitaba algún momento solo, ese espacio que él siempre le daba a ella y respetaba.

Los minutos pasaban en el reloj de la mesilla, haciéndose eternos. Kat daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Vio, entonces, la cámara de Alek, que descansaba sobre la mesilla, y decidió ver las fotos que había hecho por la mañana. Instantáneas del río, el cielo, las flores, el prado y ella, ella, ella, ella... Miles de fotos eran únicamente de ella. Kat corriendo, cogiendo flores, saltando, sonriéndole, mirando al río. La puerta de la habitación, entornada, se abrió con lentitud, y un devastado Aleksei apareció en el umbral. Ella elevó la vista hacia él, observándose durante unos instantes, hasta que él se sentó en la cama junto a ella. Le pasó un brazo por los hombros y se acomodó; tomó la cámara de sus manos, vio un par de fotografías, y sonrió al recordar ese día.

—No entiendo por qué te has ido, Alek.

—Lo sé. —Acarició su brazo de arriba abajo, depositando lentos besos en su cabeza. El cansancio del día hizo mella en ella por fin, y se durmió en sus brazos.

Cuando Katerina se despertó al día siguiente, el frío del lado de Aleksei le hizo pensar que de nuevo se había marchado. Se desperezó, agarrándose la cabeza por el dolor que la taladraba. ¿Habría sido el vino de la noche anterior, al que no estaba acostumbrada, o el extraño comportamiento de él, que la hizo sentirse de nuevo insegura? Apenas había conseguido conciliar el sueño. Bajó al salón, aún poco iluminado, pero no había nadie; fue a la cocina creyendo que ya estaría allí desayunando..., pero ni rastro. Cogió su abrigo del perchero de la entrada y optó por salir a disfrutar de los primeros rayos del día. Nada más cerrar la puerta tras ella, se quedó petrificada al ver a Aleksei en la entrada del bosque. Caminó hacia él y se sentó en el tronco que llevaba años allí, y donde se había sentado muchas

veces a escuchar historias de la mano de su padre. Al sentirla cerca, llevó su mano a la pierna de ella y la miró como lo hacía siempre; aquello la tranquilizó un poco. Por su mente habían volado muchas hipótesis. A lo mejor se estaba arrepintiendo de estar con ella, no se olvidaba de la diferencia de edad, de la exitosa violinista que había sido su novia durante años y a la que quizá echaría de menos...

—Me matan tus silencios y la forma en que me ignoraste anoche. Llevo desde ayer dándoles vueltas a muchas cosas. No dejo de repetirme que deseo que seas feliz, pero momentos como los de anoche son los que me hacen dudar si es lo que tú deseas. De veras lo deseo, hasta pienso que yo quiero ser feliz contigo, reír contigo y sonreírte; recibir tu sonrisa directa a mí, que me cojas de la mano y yo acariciar la tuya sin inseguridades que acaben con esa maldita tentación, y que soñar con que esto sea algo más. —Aleksei se dio cuenta de que él mismo había sido esta vez quien había provocado el miedo en ella. Se odió por ello y quiso enmendar el error inmediatamente. La rodeó con un brazo y con la otra buscó su mano para estrecharla con fuerza.

—Siento haberte hecho sentirte así, me odio ahora mismo por ello. También me siento como un auténtico gilipollas por la forma en que me comporté anoche, pero para mí es un tema muy delicado; no es fácil reconocer que tu sueño se desvanece un día y no te queda nada. Pero si hay algo que necesito que te grabes a fuego ahí —le dijo, señalándole la frente— es que te quiero, *ballerina*. Puede que alguna vez me comporte como un imbécil, como hice ayer, y te pido perdón de antemano. Pero no dudes nunca de que lo que siento por ti es real; está ahí y puedes sentirlo, puedes tocarlo, Kat. —Llevó su mano al pecho, donde su corazón latía desbocado cada vez que ella andaba cerca.

Y, entonces, la barrera que impedía a Katerina sentirse feliz, sentirse bien, se resquebrajó, y suspiró aliviada al escuchar a Aleksei, a esa persona que se había convertido en un pilar en su vida; el que la protegía, la cuidaba y, al parecer, la amaba tanto como ella a él. Se lanzó, entonces, a su regazo a besarlo.

—Menos mal que no se te dan bien las palabras —bromeó ella; no vuelvas a hacer eso de ayer, no me ignores, no dejes que el silencio reine entre nosotros. Estaba..., no, *estoy* aterrorizada, aunque sé que tú me vas a llevar de la mano,

como haces siempre, y me vas a guiar para llegar a buen puerto. —Aleksei le dio un sonoro golpe en el culo y le sonrió de forma pícara, a lo que ella, sorprendida, abrió la boca antes de estallar en carcajadas—. Prefiero que me grites o que me cuentes qué es lo que te agobia antes de que dejes que el silencio sea la respuesta.

—Comprendido. —Desayunaron sentados en el tronco, en plena naturaleza, disfrutando de aquella paz que ese lugar desprendía. Los ojos esmeralda de Alek sostenían su mirada con un brillo especial y con una luz sincera. La observaba maravillado, jugueteando con una ardilla que se había acercado desde el bosque. Kat paseaba la vista de él al animalillo, que no tenía miedo del contacto humano y se dejaba acariciar por la bailarina. Media hora después, Alek volvió a ser el centro de atención para ella. Estaba sentada de nuevo sobre sus piernas, abrazada y con la cabeza apoyada sobre la de él.

—Hueles a avena. —Ella levantó la cabeza y lo miró perpleja.

—¿Avena? Creo que es lo menos romántico que me has dicho. —Él se rio, acercando su nariz al cuello de Kat.

—No te creas, me encantan los cereales de avena, así que, de hecho, es algo muy romántico. Hueles a algo que adoro. —Ella negó con la cabeza, con una mueca de amor absoluto por ese hombre que la tenía en brazos.

—Lo que tú digas. Quiero llevarte a un sitio precioso al que iba de pequeña, ¿te apetece? —le preguntó, bastante excitada por la idea que tenía en mente.

—Me apetece hacer todo lo que quieras, mi vida. —Aún se le sobrecogía el corazón cuando Alek la llamaba así. Se levantó de un salto y lo llevó hasta la casa, donde tardaron apenas quince minutos en cambiarse de ropa y salir de nuevo por la puerta, de camino al tren.

Cuarenta minutos más tarde, se apearon del tren y anduvieron movidos por la muchedumbre, que parecía que se dirigía al mismo lugar que ellos. Kat estaba emocionada de regresar a aquel escenario de película en el que había pasado muchas mañanas soñando que era protagonista de su película preferida.

—¿Dónde me has traído?—le preguntó Alek ante la majestuosa vista de un palacio junto a un lago adyacente.

—Ya verás que te va a gustar. Es el palacio Leopoldskron, uno de los más

hermosos de la región. Se construyó en 1731, y un arzobispo vivió aquí hasta que, en 1837, la familia propietaria lo vendió. Ha tenido diferentes dueños, incluso el rey Luis I de Baviera, ¿a qué es emocionante? —Kat parecía una guía aportando datos a los turistas. Alek seguía sin entender por qué estaban allí, aunque aquel lugar le resultaba familiar—. Desgraciadamente, no está abierto al público, o sea que por dentro te lo vas a perder. —Él simuló que se le partía el corazón llevándose la mano al pecho con gesto amargo, y ella le dio un golpe apuntándolo con el dedo.

—Entonces, ¿por qué hemos venido? —Antes de llegar al camino que conducía al ahora hotel, un chico joven con uniforme los esperaba. Katerina lo saludó amablemente, y lo siguieron por donde los condujo. Llegaron a la terraza del hotel, visiblemente desierta, y el chico les dejó un poco de espacio.

—A mi madre le fascinaba este lugar. Fue escenario de nuestra película favorita, *Sonrisas y lágrimas*. No sé cuántas veces pudimos verla; de hecho, creo que el video se rayó de tantas veces que la vimos. En estos pueblos le tienen mucha estima a quien fue ella y, de hecho, veníamos muchas veces a disfrutar de las vistas, de las montañas, del lago...

—O sea, que tienes enchufe —bromeó él, quitándole importancia al peso de sus palabras. Kat afirmó con la cabeza, sonriendo, y miró al chico, que se acercó de nuevo a ellos. Abrió la verja y la sujetó hasta que la cruzaron. Bajaron unos escalones hacia el pequeño muelle, donde una barca esperaba atada. Alek la miró emocionado. Kat era un libro abierto de sentimientos y, aunque al principio le costaba confiar, cuando lo hacía, compartía cada mínimo recuerdo con él. Se subieron a la barca y él empezó a remar, llevándolos en un suave vaivén. La miraba embelesado; la bailarina tenía la mirada clavada en las montañas, que se encontraban a lo lejos, y una mezcla de añoranza y melancolía la atacó sin piedad. Miró, entonces, al lago y hundió un par de dedos en él, meciendo la mano lentamente. Sin darse cuenta entonó una de las canciones de la película, como años atrás había hecho con su madre muchas veces, y poco a poco aquel recuerdo fue aligerándole el alma.

Alek no supo cómo, pero la realidad seguía ahí, su realidad. Sin ningún atisbo de duda, podía confirmar que estaba enamorado de ella. Sintió cómo los pedazos

de su corazón se habían unido de nuevo gracias a ella; le había devuelto la fe en la danza, lo había ayudado, sin ser consciente, a reconciliarse con su mundo y volvía a sentirse orgulloso de su trabajo, pero sobre todo le había devuelto la fe en la vida.

Se detuvieron en lo que consideraron era el medio del lago, pero era tan inmenso que seguramente ni siquiera estaban cerca. Aleksei se levantó despacio y, con cuidado, se sentó junto a Kat, y unieron sus manos. El paisaje no podía ser más idílico; con las montañas como testigo, el sol brillando en todo lo alto y el suave trinar de los pájaros, parecía que estuvieran en un cuento de hadas, de esos que Magda le solía contar antes de dormirse.

—Ven aquí. —Él tiró de ella, y ambos se tumbaron en la barca y admiraron el azul del cielo. La rodeó con su brazo y ella apoyó la cabeza en su pecho, mientras lo abrazaba por la cintura. Permanecieron unos instantes mecidos por su propio movimiento al tumbarse, hasta que la calma dominó la barca. Kat se volvió para ver a Alek, y su expresión sosegada la dejó sin aliento; se notaba que estaba disfrutando en aquel mágico lugar, tan especial para ella. Se apretó un poco más contra él, apoyando de nuevo su cabeza en su pecho, inspiró hondo y saboreó aquel instante que quedaría grabado en su memoria, como tantos otros que estaban viviendo juntos.

Aleksei pensaba que, si en la vida existían momentos perfectos, sin duda aquel debía llevarse la palma; en ese instante, la vida se le presentaba perfecta, sencilla, alegre, sin problemas que lo acuciaran... Nunca había sentido conexión con nadie como con ella; adoraba verla sonreír cuando danzaba, sentir que su felicidad reviviera la vida que había llevado de pequeña en aquella ciudad. Lo atraía como un imán, tenía un poder de magnetismo que provocaba que necesitara estar a su alrededor; disfrutaba de las horas que pasaban charlando, de los silencios que reinaban en el ambiente a veces, sin resultar nada incómodos.

—Ojala pudiéramos quedarnos así para siempre, sin tener que regresar al ballet, sin tener que volver a ser fuertes de nuevo... Únicamente siendo felices los dos juntos, en nuestra burbuja particular. —Él se rio, moviendo a Kat, que lo miró poco convencida de que la hubiera tomado en serio.

—No podemos escondernos del mundo ni enfrentarnos a la vida. Sé que a

veces podemos creer que no es justa con nosotros, pero es que nunca lo es. No está diseñada para ser justa, simplemente está hecha para que la vivas, y solo tú decidirás cómo hacerlo, siendo un mero testigo o un actor principal. —Kat, que ahora tenía la barbilla apoyada en el pecho de él, lo miraba con los ojos tristes, y eso desarmó un poco a Aleksei. Se incorporó, llevándose con él a la joven, que se cobijaba en su pecho.

—Sé que tienes razón, a veces solamente deseo ser la Katerina de seis años que veía a sus padres quererse y que bailaba con ellos sin ninguna preocupación. No tener que enfrentarme a las miradas desdeñosas, a las envidias, no tener que ser la mejor y poder dejar de luchar constantemente... —Dejó escapar el aire que la ahogaba y apretó los labios con fuerza para no ponerse a llorar como la cría que había perdido un día a su madre, hecho que habría convertido aquello en el principio del fin.

—No soporto que la vida te pese tanto, mi vida; apenas estás empezando a vivir y no la disfrutas. Tienes tanta presión sobre tus hombros que no eres realmente tú. Comprendo a la perfección cuál es tu trabajo, pero debes dejar que te agobie un poco menos. —La agarró, entonces por los hombros, buscando sus ojos—. Quiero que seas siempre esta chica dulce y feliz, natural y espontánea, la que me ha ayudado a volver a creer en la vida, en que el destino existe, pues él te puso en mi camino cuando pensaba abandonar la danza. —A Kat se le iluminó la cara al sentir que ella era tan importante para Alek, y los ojos le brillaron de pura emoción contenida. Asintió y se reconoció en esa imagen que él describía, y el corazón se le resquebrajó. Odiaba ser esa persona; si él se había percatado de eso, ¿qué no pensarían los demás? Aleksei llevaba razón, y entendió que no podía continuar así. Le costara lo que le costara, lucharía por llevar a la superficie un poco más de aquella chica que sonreía con una flor edelweiss en su mano.

—Alek, no quiero ser esa persona nunca más, créeme. —Se lanzó a su boca, que necesitaba para calmarse. Se estremeció y notó cómo el nudo de la garganta le impedía seguir hablando.

—Tranquila, te tengo. Serás aquello que deseas ser, Kat; está en tu mano serlo. —Aleksei la besó, esta vez con pura ternura y sentimiento; era una sensación

maravillosa que la transportaba, en el tiempo y en el espacio, a aquel primer beso que le había dado y que había sido el comienzo de muchos que lo siguieron. Kat jamás se había sentido tan amada, tan deseada ni tan protegida, pero, además, nunca había sentido tanto coraje en su interior como para enfrentarse a un batallón o al mismísimo infierno.

\*\*\*

Katerina despertó un nuevo día abrazada a Alek. El día anterior había sido otra que una ensoñación compartida con él. Después del paseo en barca, comieron en el hotel, donde los agasajaron inmediatamente. A veces no era tan malo que supieran quién era Valeriè Solokov o Aleksei Ivanov, al que también admiraban. Varios amantes del ballet se acercaron a ellos cuando lo vieron comer en el salón con ella, y Kat supo que nunca podría sentirse más orgullosa de él que en aquel instante. Lo veía feliz, orgulloso, hablando de su trabajo y de su trayectoria. Alek la miraba de hito en hito, buscando su conformidad a ignorarla durante ese lapso de tiempo. Finalmente, les pidió algo de privacidad para poder almorzar con su novia, y los fans regresaron a sus mesas.

—Deberías haberles dicho que eres una gran promesa del ballet y que en breve vas a estrenar siendo la primera bailarina —dijo él, untando mantequilla en un trozo de pan, concentrado en la tarea. Ella lo miró sin estar convencida de lo que acababa de decir. Aún no era consciente de la importancia de su papel en la compañía; de hecho, si se paraba a pensarlo, se sentía muy abrumada, por lo que desechaba esa idea de su mente con inmediatez.

Por la tarde, pasearon por el centro del pueblo, donde había un mercado artesanal con productos de la tierra y flores, en el que estuvieron más de media hora, hasta que Kat se decantó por unas rosas amarillas.

—Qué raro que aquí no tengan tus flores predilectas. —Se asombró, algo decepcionado, Alek, que quiso regalarle esas flores que tanto le gustaban.

—Se les habrán acabado, por aquí son muy conocidas; pero también me encantan las rosas. —Le sonrió, aspirando el olor de las flores que portaba en la

mano—. ¿Sabes que, cuándo era un bebé, mi madre colgaba edelweiss sobre mi cuna? —le dijo, mientras paseaban por el mercado. Él se giró para mirarla, a la vez que ella le contaba cómo su padre cortaba las flores del invernadero y se las llevaba a su madre, que dejaba unas pocas en un jarrón y un par de ellas en la cuna de Kat.

Aleksei posaba sus labios sobre el pelo de Kat a cada paso en el camino, agarrándola por la cintura muy fuerte. En un momento dado, ella vio un *fiaker*, los coches de caballos que recorrían el casco antiguo de la ciudad, y le comentó que le hubiese encantado montarse en uno desde niña, pero que fue algo que, simplemente, nunca sucedió. Cuando ya se disponían a regresar a casa, pasaron cerca de unos *fiaker* y, tras pasarlos, Aleksei se detuvo y soltó a Kat. Ella se dio la vuelta sin entender por qué se había parado. Al ver que se encontraba al lado de uno de esos carruajes, se encendió su mirada, pues comprendió que nuevamente iba a cumplir un sueño más. Se subieron al carruaje y, abrazados, dieron un paseo por el casco antiguo, mientras el cochero les iba explicando cada detalle de los lugares que recorrían.

—Gracias por crear nuevos recuerdos que nunca podré olvidar. —Apretó la mano que estaba unida a la de Alek y le sonrió; a él se le escapó una risita con la mirada tierna. ¿Cómo se podría querer tanto a alguien en tan poco tiempo? No se reconocía en aquel Aleksei, enamorado hasta el tuétano; sin embargo, jamás se había sentido tan pleno, tan tranquilo y tan orgulloso de compartir su vida con alguien como Kat.

Entrada la noche, llegaron a casa, justo a tiempo de cenar con Max y Magda, a los que no veían demasiado. Kat se sentía un poco culpable por ello, aunque ellos lo entendían a la perfección. Bastante cansada, subió a la habitación restregándose los ojos. Nada más entrar, sin embargo, los abrió de par en par, y se quedó petrificada en la puerta. Aleksei, que iba tras ella, apareció después. Caminó hasta ella y, abrazándola desde atrás, dejó besos en su pelo y los meció a ambos con un cadencioso ritmo.

—¿Cómo lo has hecho? —No podía apartar su vista del cabecero de forja de la cama, de donde colgaban brillantes luces redondas de colores. Cerca de la ventana, además, una fila de velas iluminaba la estancia.

—¿Te gusta? —preguntó él, aún esperando una respuesta. Kat se dio la vuelta para tenerlo de frente, rodeó su cuello con ambas manos y lo sujetó por la nuca.

—Cuando creo que ya no puedes crear otro momento más mágico, vas y lo haces. —A Katerina le brillaban los ojos de auténtica emoción. Alek le había demostrado tanto en tan poco tiempo que la abrumaba y, aunque la inseguridad seguía ahí, el amor hacia ese hombre se iba colando poco a poco en su corazón, llenando todos los huecos vacíos—. *Te conecto* —le dijo a un Alek que la miró con el ceño fruncido sin entenderla—. ¿Qué mejor forma de decirte que te quiero haciendo alusión a la mágica conexión que nos unió desde ese primer día que me tuviste en tus brazos en el ensayo? *Te quiero* nos queda pequeño, Alek; *te conecto* es lo justo para nosotros. —Él se rio atrayéndola a su cuerpo.

—Nosotros somos mucho más, pequeña *ballerina*. No lo olvides nunca.

Y, tras una noche que podía describirse como mágica, Katerina se había despertado en los brazos de Alek. Sentía el calor que emanaba él y su respiración haciéndole cosquillas en el cuello. Abrió los ojos y, despacio, se dio la vuelta para tenerlo de frente. Lo observó dormir y sintió una punzada al reconocer, una vez más, que era guapísimo, y que cientos de mujeres habrían fantaseado con tenerlo así, como estaba con ella. Se acurrucó sobre su pecho desnudo y él la apretó contra él instintivamente, lo que provocó una risa breve en ella.

—Buenos días —susurró él, con ella pegada a su cuerpo. Kat ronroneó, suscitando un interés en ver si ella estaba tan excitada como él.

Por enésima vez, la ruborizó al susurrarle palabras que ella consideraba sucias, pero que, sin embargo, eran directas y honestas. A él le encantaba provocar ese color en sus mejillas y disfrutaba avergonzándola, aunque ella le respondía apasionadamente a cada envite que él le dirigía. No podía estar más orgulloso del cambio tan tremendo que estaba experimentando.

Los días habían transcurrido en un suspiro y, cuando se quisieron dar cuenta, ya era momento de volver. Esa mañana amanecieron más tarde de lo habitual, pues no querían ponerle fin a nada de lo que se había creado en esa mágica semana. Las piernas se buscaron frenéticamente y se enroscaron entre ellas. El olor de Alek envolvía a Kat mientras sonreía. Adormilada la mente, su cuerpo reaccionó a su encuentro. Él movía sus labios, fundiéndose en uno de esos besos

largos, lentos y perezosos. Se fueron moviendo despacio, de forma instintiva, y el cuerpo de Kat quedó bajo el suyo. Las piernas de ella se enroscaron en la cadera de él, que buscaba unir sus manos a las de ella. Esa mañana, Aleksei se sentía muy posesivo, con urgencia de estar con ella: quizá un poco precipitado por la pronta marcha y no poder estar de nuevo así con su dulce Kat. Entrelazaron finalmente sus manos y las acomodaron por encima de la cabeza de la bailarina, sin dejar de besarse armónicamente.

Los labios de Aleksei se perdieron por el cuello de Kat, deslizándose por el pecho hasta llegar al estómago, donde se recreó, unos segundos antes de subir de nuevo por el mismo camino, para acabar en la boca de ella.

—*Ballerina, ballerina.* —Y entró en ella tras musitar aquella palabra que con tanto cariño ella había recibido desde el primer momento. La dejó sin respiración, embistiéndola de manera profunda y deliciosa, sin nada entre ambos, lo que aumentaba las sensaciones. Kat se deshizo de la fuerza de sus manos, pues necesitaba poder tocarlo, abrazarlo, besarlo... Se aferró a su espalda, agarrándose a ella todo lo que el sudor goteante le permitía. Kat se sentía desmadejada, demasiado excitada y con una urgente necesidad de explotar. Le clavó los dientes en un hombro, y provocó un gruñido en Aleksei, que, indomable, comenzó a moverse más rápido, rudo y fuerte. Sus respiraciones se entremezclaron sin saber quién respiraba antes que el otro. Kat necesitaba algo; no sabía qué era ni la intensidad con la que lo ansiaba, solo era un nudo de sensaciones a punto de romperse.

—Alek... —susurró en un gemido, disfrutando de la forma en la que se movía, en cómo su boca no abandonaba la suya, en cómo su nariz rozaba su cuello, aspirando los residuos del olor a avena que tanto adoraba. El placer arrasó a Kat, que se aferró aún más a él, sin dejar un mísero milímetro de espacio entre ambos —. Pero ¿qué...?

Aun sintiendo las oleadas del orgasmo, Aleksei salió de ella para darle la vuelta y la puso debajo de él, antes de volver a introducirse en su interior tan fuerte que, de nuevo, la respiración se les cortó. Kat se aferraba a las sábanas, perdida en el placer, que volvía a arrasarla sin piedad, mientras él buscaba sus manos para agarrarse a ella como si Kat fuera esa cuerda a la que sujetarse antes

de caer en el abismo.

—¡Joder, mi vida! —Y aun sin saber que sería capaz, un nuevo orgasmo se unió a la réplica del anterior, y devastó a una Kat sudorosa y perdida en la neblina del más absoluto de los placeres. Aleksei se tumbó sobre ella, tratando de acompañar la respiración, le dio besos por el cuello, la espalda, los hombros... Una vez que ambos consiguieron calmarse, rodó en el colchón y se situó junto a ella, que permanecía con los ojos cerrados—. Me he descontrolado un poco, lo siento.

Kat, sonrojada por lo que acababa de suceder, no sentía lo más mínimo ese descontrol del que Aleksei hablaba. Se sonrió, abrió los ojos y se encontró con los suyos. Buscó la mano de él, apoyada sobre el colchón y, tras darle un beso suave, le guiñó un ojo.

—Puedes descontrolarte así las veces que quieras. —Él no pudo evitar reírse echando la cabeza hacia atrás.

—Te confieso que nunca antes lo he hecho sin condón y, aunque reconozco que ha sido una imprudencia por mi parte, me ha encantado poder sentirte, no solamente a nivel físico. Ha sido increíble, Kat. —Ella se puso algo colorada pensando en lo que habían hecho, aunque la regla debía bajarle en pocos días, por lo que no habría de qué preocuparse. Entendía a lo que se refería él, como si hacerlo sin nada entre ambos supusiera algo más que dos personas que se sentían atraídas y tenían sexo, como si fueran dos personas enamoradas y comprometidas una con otra.

—Mi amor, me alegra ser tu primera vez en algo —bromeó ella, tras sentarse a horcajadas sobre él, sintiendo el calor de su pecho. Acunó su cara entre las manos y la acarició, antes de darle un beso.

—Esta no ha sido la primera —confesó, y confundió a Kat—. Has sido la primera en llevarme a un bosque, la primera a la que le he confesado mis miedos, la primera con la que he sentido esta conexión tan especial, la primera con la que he paseado en barca, la primera a la que le he escrito una nota que confesara lo terriblemente enamorado que estoy de ella aún a riesgo de parecer ñoño, la primera... —Pero no pudo seguir, pues ella se apoderó de sus labios, que continuaban diciendo cosas románticas hasta que de nuevo el ambiente se

llenó de sensualidad y los dos bailarines se dejaron llevar por ella.

Retrasaron la partida lo más que pudieron, hasta que el tren se iba a marchar sin ellos. Katerina se despidió de Magda y de Max entre abrazos y lágrimas, sin saber cuándo volverían a verse. En el camino al tren, Aleksei no dejaba de darle besos en el pelo y de aferrarse a su mano, consolándola así, pues sabía lo duro que era para ella dejar aquel lugar. Ella asentía, sabiendo que debía ser fuerte, aunque volver a enfrentarse a todo ese mundo sórdido y feo del ballet amilanaba su ánimo por momentos. Ya en el tren, sonó su teléfono móvil; era su padre. Durante la semana había querido ponerse en contacto con ella, pero lo evitó hábilmente hablando con su primo Andrey. Inspiró antes de descolgar, ya que presentía que estaría furioso.

—Hola, papá.

—¿¿¿Hola??? ¿¿¿Cómo tienes la poca vergüenza de decirme: «Hola, papá»??? No he conseguido hablar contigo en toda la semana, no me has dicho que el ballet hizo un descanso y ¿dónde demonios te encuentras?, porque sé que en casa no has estado. —El tono de su padre exudaba auténtica rabia, pero ya no le afectaba tanto.

—Has estado informado por parte de Andrey, sabías que estaba bien. Y sí, he estado en casa, en mi verdadero hogar —le confesó, sintiéndose valiente por primera vez.

—¡Pero no me dejaste hablar contigo! ¿Y qué es eso de tu verdadero...? —El silencio del señor Solokov le hizo entender que había averiguado dónde había estado—. ¿Cómo te has atrevido a ir allí? Creía que había quedado claro que esa ya no es tu casa, mucho menos tu hogar. —Su padre respiraba casi rugiendo. No toleraba la actitud rebelde de Katerina. Debía atarla en corto o este tipo de cosas sucederían, fuera de su control.

—Papá, mi hogar es la casa donde vivimos con mamá, lo sabes perfectamente. Esta semana ha sido la mejor en años; no vas a quitarme ese recuerdo, al igual que no puedes deshacerte de esa casa si no es con mi consentimiento. Nos vemos pronto, en *tu* casa. —Y sin dejarle tiempo a réplica, le colgó, con las manos temblando. Aleksei había permanecido en silencio, escuchando la dureza de las palabras de Kat, admirando su valentía; se sentía realmente orgulloso de ella. Le

cogió las manos, temblorosas, y se las apretó con fuerza con la sonrisa en la cara. Ella exhaló el aire contenido en la conversación. Todavía no se creía que había sido capaz de enfrentarse a su padre, y por primera vez sentía que era solo el principio.

## АКТО III

La vuelta a la realidad fue dura. Los ensayos interminables, las miradas amenazantes, las envidias terribles, el control de su padre... Katerina volvía a sentirse exhausta y agotada. La semana que había disfrutado con Aleksei le parecía lejana. En el teatro, sus amigos no se percataron del cambio de actitud de ellos dos, pues disimulaban bastante bien. El coreógrafo no dejaba de observarla cada vez que ella ejecutaba piruetas en el aire o se deslizaba aferrada a Franz. En ocasiones, deseaba ser él quien la alzara y la sujetara; los celos lo carcomían por dentro y, por desgracia, los tiempos que pasaban a solas eran más bien escasos. Cuando salían del ensayo, Aleksei encontraba una excusa para pedirle que se quedase un rato extra a practicar con él. El padre de Kat lo veía como algo normal, e incluso se sentía orgulloso de que un bailarín de su talla se preocupara por que su hija fuera perfecta en la ejecución.

Nada más lejos de la realidad. Los bailarines se escabullían en cuanto el lugar se quedaba tranquilo. Paseaban lejos del teatro, cenaban en algún lugar apartado y, sobre todo, disfrutaban uno del otro. Una noche fueron a cenar a un lugar especial que Aleksei había encontrado por casualidad al poco de volver del hogar de ella en Viena. Se trataba apenas de un salón muy acogedor, con mesas con manteles blancos y flores estampadas, y con lamparitas pequeñas en cada una de ellas. Por las paredes había cuadros con paisajes hermosos de bosques, praderas, flores... Una chimenea al fondo del salón llevaba a otro aún más pequeño, vacío, donde algunas personas podían bailar con la melodía con la que tres músicos los deleitaban cada noche.

Katerina se quedó asombrada al entrar en aquel pequeño rinconcito que le recordaba a la casa de su madre. Tras degustar una cena deliciosa, Aleksei la

tomó de la mano y se acercaron al crepitar de los troncos en la chimenea del fondo. Siguieron caminando hasta llegar al salón anexo, donde dos parejas bailaban abrazadas al son de los vales de la Viena imperial. Aleksei la colocó frente a él con determinación y la arrimó más a su cuerpo antes de comenzar la danza. A ella se le desbocó el corazón al sentirlo pegado a su pecho; era demasiado intenso todo lo que sentía cuando estaba a su alrededor. Y, aunque le había dicho muchas veces que estaba segura de sus sentimientos, quedaba un resquicio que la hacía dudar. Decidió alejar aquel mal pensamiento de ella y disfrutó de ese momento de felicidad, uno más de todos los que él le regalaba. Susurraba la melodía en el oído de Kat, lo que, unido a su magnífico olor, inundaba sus fosas nasales y la volvía loca.

—Alek... —Y antes de poder buscar las palabras en su cerebro, la besó. Fue uno de esos besos de película, con la música de fondo, el ambiente perfecto, el vaivén de sus caderas rozándose; de esos besos en mayúsculas. Kat gimió inconscientemente, lo que provocó una risa en él, que se separó para ver cómo ella entrecerraba los ojos, sumida en el placer. Enmarcó su cara con ambas manos y rozó su nariz con la suya para después depositar un efímero beso en sus labios. La abrazó por completo, sintiendo la respiración y los latidos de Kat, que calmaban su corazón inquieto desde que habían regresado de la mejor semana de sus vidas.

Acabada la melodía, las otras parejas aplaudieron a los músicos, lo que los sacó de su instante mágico. Tras sonreírse, volvieron a salir de allí, de la mano, y se dirigieron al coche de Aleksei, donde se demostraron nuevamente lo que existía entre ellos, eso que flotaba desde la primera vez que habían bailado juntos y que jamás podría romperse; o, al menos, era lo que ellos creían.

\*\*\*

Llegó el día del estreno. Decir que los nervios estaban a flor de piel sería quedarse corto. A pesar de estar todo perfectamente preparado, en el ambiente se palpaba el nerviosismo lógico de un gran estreno.

Su primera presentación tuvo lugar en el Teatro Bolshói de Moscú, con la coreografía de Julius Reisinger, el 4 de marzo de 1877. Paradójicamente, no fue muy aceptado en su momento; sin embargo, el 15 de enero de 1895, con la nueva coreografía de Marius Petipa y de Lev Ivanov, esta obra logró un gran éxito en el Teatro Mariinsky, de San Petersburgo. Marius Petipa se encargó del primer y tercer acto (actos en el castillo) y Lev Ivanov, del segundo y cuarto acto (actos del lago).

La primera vez que había oído hablar de la obra que estaba a punto de representar había sido en la casa de Viena, en la sala donde su madre ensayaba. Ambas llevaban el tutú en blanco; a ella su madre le había prendido un lazo, también blanco, para atarle la coleta. Su madre giraba mientras le hablaba de aquella obra, esa obra que transcurre entre el amor y la magia, enlazando en sus cuadros la eterna lucha del bien y del mal. Le habló del príncipe Sigfrido, enamorado de Odette, joven convertida en cisne por el hechizo del malvado Von Rothbart, y de Odile, el cisne negro e hija del brujo. Por aquel momento, Katerina no entendía bien los tecnicismos que su madre empleaba, solo miraba embobada a su madre bailar, mientras le hablaba de aquel cuento de hadas con el que soñaba bailar algún día, al igual que su madre.

—¡Listos para el primer acto! —Franz dio un beso y un breve abrazo a sus amigas para no estropearse los trajes, y se puso en posición para salir a escena. El teatro se había llenado por completo, y Aleksei había conseguido que el padre de Kat no subiera al *backstage*; necesitaba estar lo más concentrada posible en ese momento. Bajó al camerino para verla, pues había pedido un momento de intimidad, tras desearles buena suerte a Franz y a Anastasia. En su interior, recordaba a su madre hablándole de aquella misma obra a punto de estrenar, cocinando galletas con ella mientras cantaban canciones infantiles, en sus largos paseos por el bosque, admirando la belleza de las montañas...

—Toc, toc —pronunció Aleksei con la puerta abierta, golpeándola. Lo vio a través del espejo, mientras inspiraba profundamente. Estaba terriblemente nerviosa, más insegura que nunca. Él se acercó hasta ella y, sin dejar de mirarla en el espejo, apoyó sus manos en los hombros de ella y le insufló el valor que

necesitaba—. Un verdadero cisne.

Kat no pudo evitar reírse por su comentario y se levantó para tenerlo cara a cara. Lo abrazó por la espalda, apoyando la cabeza sobre su pecho. Le costaba respirar, presa del miedo a fracasar, aunque ahora, con Aleksei tan cerca de ella, acariciándole la espalda con las manos, comenzaba a sentirse mejor.

—Estoy aterrada, Alek —susurró con un hilo de voz. Él le dio un momento para que se calmara antes de alzarle la barbilla con los dedos. Mirándola a los ojos, le dijo justo las palabras que necesitaba escuchar.

—Si has llegado hasta aquí, es porque tienes talento, el mismo que destilaba tu madre en cada movimiento ágil que ejecutaba, con la misma elegancia con la que tú lo haces. Yo no estoy nada preocupado porque sé que vas a deslumbrar. Solo puedes brillar, *ballerina*. Brilla. —Y con aquella seguridad, con ese aplomo que le caracterizaba, ella creyó en sus palabras. Asintió con la cabeza sonriendo y dejó al coreógrafo en el camerino para subir a escena a representar su primer papel como protagonista.

Tras el primer acto, la compañía supo que todo saldría a las mil maravillas. La audiencia estaba entregada, aplaudía y vitoreaba con verdadera devoción. Franz estaba exultante y, cuando su querida amiga entró en escena, no existió nada más. Miraba a Kat convertida en Odette, totalmente entregada en el papel. La más hermosa mujer que nunca vio. Sin poder creer lo que veían sus ojos, su hermosa cara estaba enmarcada por plumas de cisne que se unían a su pelo. Su vestido, puro y blanco, estaba embellecido con más plumas, y en su cabeza descansaba la corona de la reina de los cisnes. Y en el instante en que el cisne vio al príncipe, comenzó a temblar. Sus brazos se apretaban contra su pecho en una actitud casi desvalida, de autoprotección; retrocedía ante el príncipe, moviéndose frenéticamente, hasta el punto de caer desesperadamente al suelo. El príncipe, ya enamorado, le rogaba que no se marchara en movimientos ágiles, volando, y ante su miedo le indicaba que nunca le dispararía, que la protegería siempre. Odette le contaba su triste historia, esa que decía que seguiría siendo cisne, excepto entre la media noche y el amanecer, a no ser que un hombre la amase, se casase con ella, y le fuese fiel.

Sigfrido, pasmado ante la revelación, apoyaba las manos en su corazón

mientras le confesaba su amor, asegurándole que se casaría con ella y le sería eternamente fiel. Y, aunque se trataba de una mera actuación, Kat no pudo evitar hacer el paralelismo y pensar en que Odette era ella y que Sígfrido era Aleksei, diciéndole que la quería y pidiéndole que no dudara de ello jamás. A partir de ahí, los temblores de la *prima ballerina* cesaron, las dudas se disiparon y se convirtió en el cisne enamorado de un príncipe.

Al finalizar el tercer acto, Franz dio un giro en el aire, con tan mala suerte que se oyó un crujido cuando cayó al suelo, antes de que se cerrara telón. Inerte, yacía sin poder moverse, mientras se agarraba a su rodilla derecha. Los bailarines acudieron veloces a su encuentro, aunque Sergey se afanaba en alejar a todos de allí. Aleksei vio el revuelo y salió tras él, pensando que se trataba de Kat, a la que no veía entre la multitud.

—¿Qué pasa? ¿Franz? —La *prima ballerina* también corrió hacia el grupo que se arremolinaba sobre alguien en el suelo. A juzgar por el pelo moreno que vislumbraba entre varias piernas, decía que se trataba de su *partenaire*—. ¡Franz!

Asustada, se llevó las manos a la boca, sin atreverse a tocarlo. Aleksei estaba junto a ella, pero no se percató de su presencia hasta que habló en voz alta.

—Franz, ¿es la rodilla? —El chico asintió con un quejido agónico que se perdió entre la música que la orquesta había comenzado a tocar para amenizar la espera al público. Entre varios lo llevaron a su camerino, donde esperaron que la ambulancia llegase. El dolor que sufría lo partía en dos, apenas podía llorar; era tan intenso que expresar cualquier emoción suponía una agonía. Anastasia no se había separado de él, al igual que Katerina, desde que lo vieron tendido en el suelo.

—Kat, tienes que salir. —Sergey llamó su atención, posándole una mano en el hombro—. No puedo creerme que esto esté pasando justo el día en que los segundos bailarines de Franz están enfermos—. Ella alzó la vista, nublada por las lágrimas, sin separarse de la mano de Franz. Pero no podía volver a actuar, dejar a Franz en semejante dolor. Entonces, apareció el segundo coreógrafo, ataviado con la ropa del príncipe, y le tendió la mano. Con la mirada le dijo que comprendía su preocupación por su amigo, pero el espectáculo debía continuar. Ya habían retrasado la obra bastante y ellos eran una compañía profesional, una

de reconocida fama internacional. Volvió a mirar a Franz, pasando la vista de él a Anastasia, y, con todo el dolor de su corazón, separó sus dedos de los de su *partenaire*, que se resistió a alejarse de ella. En cuanto se soltó, Aleksei tiró de ella y se la llevó casi en volandas al escenario. La maquilladora retocó su cara emborronada, mientras ella permanecía con la mirada perdida. Cuando se fue, Aleksei la asió por los hombros con fuerza, concentrándose en sus ojos.

—Kat, sé lo preocupada que estás, pero no puedes hacer nada. Los médicos están en camino y tú eres una profesional. Sal ahí, hazlo por Franz, brilla por él. —Ella asintió con la cabeza, tragándose las lágrimas de angustia, y se dijo a sí misma que haría su trabajo.

Las doncellas cisne se habían agrupado a la orilla del lago, todavía con el rostro congelado por el angustiante momento vivido con Franz. Odette apareció llorando, y ellas intentaron consolarla. Le recordaban que Sigfrido era solo un humano, que podría no haber conocido el hechizo, y podría no haber sospechado del plan de Von Rotbart. Sigfrido entró, entonces, corriendo en el claro, buscando frenéticamente a Odette entre los cisnes. Al verla, se acercó hasta ella; con convicción en la mirada, hizo un leve movimiento de cabeza, apenas perceptible. Tomó al cisne entre sus brazos y le pidió que lo perdonase, jurándole su amor infinito. Odette, al ver el amor en los ojos de Aleksei, al sentir la mágica conexión que nacía entre ellos cuando bailaban, lo perdonó, aunque ya era tarde. Su perdón se correspondía con su muerte. Von Rotbart apareció con su enorme capa negra, aterrando a los cisnes. Sigfrido, lleno de rabia, lo desafió; tuvo lugar una lucha titánica y majestuosa, hasta que el malvado hechicero fue vencido por la fuerza del amor del príncipe a Odette.

El teatro irrumpió en aplausos cuando estiró los brazos con la pierna izquierda en posición de *arabesque*, mientras su *partenaire* la mantenía elevada hacia arriba en el aire, al igual que la primera vez que habían bailado juntos, sin ser ella consciente de ello. De nuevo, volvieron a sentir que no existía el mundo en ese momento, más que ellos dos, aferrados a esos instantes mágicos en los que simplemente eran dos personajes de un cuento de hadas.

El público, entregado, los obligó a permanecer saludando varios minutos, que a Kat se le hicieron una eternidad. Nunca pensó que su debut como protagonista en la obra con la que soñaba desde niña se convertiría en una noche tan angustiada y a la vez especial. Respiraba nerviosa, tratando de controlar sus piernas, que deseaban salir corriendo a ver a su amigo. Fingía una sonrisa con miedo, miedo a que Franz no volviese a bailar, a que aquello pudiera hundirlo. Aleksei notaba su inquietud, pero ante todo estaba el público, el respeto que les merecía, y tiraba de ella con disimulo para que se quedase a saludar hasta que el telón se bajase del todo. Una vez eso sucedió, corrió hacia el camerino donde estaba Franz; al llegar a la puerta, vio a Sergey con algunos compañeros, esperando. Anastasia iba tras ella, con el rostro igual de pálido. Kat sintió su presencia, a su espalda y en su mano, cuando se aferró a ella como si se tratase de un naufrago que se agarra a una tabla salvavidas. Se giró y tuvo que hacer un esfuerzo titánico por no echarse a llorar. Si alguien comprendía la importancia de una lesión para un bailarín profesional eran las personas que se concentraban ante esa maldita puerta que no se abría.

—Kat, ¿y si...? —No pudo finalizar la frase. Katerina la asió por el cuello, rodeándola con el brazo y con la cabeza apoyada en la de su amiga. No quería ni oír hablar de la posibilidad. Cuando los padres de Franz fallecieron, su amigo se convirtió en un ser despreciable y egoísta al que costó mucho sacar adelante, ayudarlo; solo la obsesión por la danza y el reto personal lo fueron sacando de ese letargo en el que él solo se había sumido.

Aleksei llegó un momento después. Permaneció impertérrito ante la estampa de la *prima ballerina* y su amiga, abrazadas, completamente asustadas,

sosteniéndose una a la otra. Diez minutos después, un enfermero y un médico sacaban a un Franz dormido en una camilla. Sus amigas quisieron acercarse, pero no las dejaron; solo le dijeron a Sergey que lo llevaban al hospital para seguir evaluando la lesión detenidamente.

—Iremos en mi coche. —El coreógrafo y amigo de Katerina la miró, lo que le facilitó el mal trago. Ella asintió con la cabeza y fue detrás de él, sin mirar siquiera a Aleksei, que continuaba acompañándola en silencio. En parte, entendía su preocupación por su amigo, aunque un resquicio de celos asomaba, pues, por otra parte, no llegaba a gustarle esa relación. El principio del fin de su relación con Marie había comenzado por culpa de su compañero Johannes, violinista como ella. Al principio, solo le hablaba de él de pasada, comentaba cómo Johannes la ayudaba en alguna parte en la que se atascaba con la partitura, en cómo la animaba cuando el director les exigía sobremanera... hasta que el tono fue cambiando y pasó a hablarle de lo divertido que era, lo mucho que la hacía reír, cómo le llevaba el café cada mañana... Él había sido un completo ignorante y había confiado ciegamente en ella; nunca hubiese esperado que todo aquello fueran señales de que Marie se estaba enamorando de su compañero, de que ya había dejado de mirar a Aleksei y de que había virado, en el sentido opuesto, hacia el violinista, con el que compartía más horas que con su propio novio.

Cabizbajo, volvió a él esa terrible sensación de estar perdiendo algo por lo que había apostado con todas sus ganas, donde había puesto la misma alma y, tras cambiarse de ropa, se marchó a casa sin querer celebrar nada. Algunos compañeros se fueron a cenar y a tomarse unas copas para celebrar el apoteósico éxito; él, simplemente, recibió el acogedor abrazo de Nikolai y de Tatiana al salir del teatro. Aquella noche acudieron al estreno, como a cada obra a la que habían podido asistir. Aleksei sonrió complacido, pero su mirada había cambiado.

—Alek, querido mío, has estado sensacional, pero ¿por qué saliste si eres el coreógrafo? ¿Qué le pasó al otro bailarín? —Quiso saber la dulce Tatiana, que lo trataba como si fuera su propio hijo. El coreógrafo les explicó lo ocurrido, y ellos dos, que entendían perfectamente ese mundo, se llevaron las manos a la boca, pasmados ante la noticia de la lesión.

Nikolai pensó que su semblante se debía a la preocupación por el chico, aunque Tatiana, que, como mujer, tenía un sexto sentido, sospechó que allí estaba ocurriendo algo más. Se marcharon a casa finalmente y, tras una larga charla acompañada de vino caliente, se fueron a la cama. Aleksei se quedó un rato más despierto.

—Alek... —La esposa de Nikolai bajó al salón, donde aún se encontraba el coreógrafo. Eran las dos de la mañana y todavía seguía en la oscuridad de la estancia. Él se giró hacia la voz cuando la escuchó, y fingió una sonrisa. Tatiana se sentó junto a él, cerca del fuego que se había afanado en avivar él mismo para no enfriarse.

—¿Qué haces levantada?

—¿Y tú, muchacho? No son horas de estar despierto, sobre todo después de la actuación de esta noche y de todos los ensayos a los que te has sometido estas semanas. Necesitas descansar. —Él asintió con la cabeza, pensativo.

—Aunque algo me dice que tu mente está más cansada que tu cuerpo. Ha sucedido algo que no nos has contado, ¿me equivoco? —Aleksei no podía ocultarle nada, aquella mujer, que lo había recibido años atrás con los brazos abiertos, lo conocía muy bien.

—La vida, Tatiana, que a veces no es lo que nosotros esperamos o deseamos.

—Bueno, no sé si ponerse filosófico a estas horas es lo más recomendable, pero vamos allá. Háblame de ella. —La penumbra, apenas iluminada por las llamas del fuego, les dio aún más intimidad para expresarse sin rodeos.

—No sé, Tatiana, quizá solo sea que estoy cansado, pero empiezo a estar harto de muchas cosas. —Ella posó una mano sobre la de él, que descansaba en las piernas, para así darle ánimos a continuar—. Me siento agotado, tan cansado de ser el que primero da el paso, el que siempre está ahí para los demás, el que se desvive por el resto, y de no recibir en la misma medida...

—¿Y ese *resto* cómo se llama? —La anciana sabía que estaba hablando de una chica, pues ya había sospechado que alguien lo estaba encandilando de nuevo. Tras la ruptura con Marie, se había quedado tan destrozado que temió no volver a ver esa sonrisa, que apareció una vez que había empezado el trabajo como coreógrafo en el teatro.

—No es tan importante el nombre como lo que estoy sintiendo. Creo que he cometido un error y me he enamorado como un tonto, sin medir las consecuencias, entregándome por entero sin acabar de estar muy seguro de si ella verdaderamente siente lo mismo. Yo solo he estado enamorado una vez, de Marie, pero no es comparable. No sé, estoy hecho un lío... —Escondió la cara entre las manos, apoyadas en las piernas, y se derrumbó al haber expresado en voz alta lo que colapsaba su mente. Tatiana acarició su espalda con mimo, queriendo imprimir, en esa tenue caricia, un bálsamo a los miedos que acechaban al pobre Aleksei.

—Querido niño, la historia con Marie te dejó destrozado, lo sé, pero te voy a decir algo que nunca antes te he dicho. —Se irguió de nuevo y miró el rostro de Tatiana, más adivinándolo que viéndolo realmente—. Te aferraste demasiado a esa historia, nunca creí que de veras te enamorarías como te ha sucedido ahora, con quien quiera que sea. Jamás vi en tus ojos el brillo que desprenden desde que empezaste a trabajar en el teatro. La ruptura con Marie te afectó mucho, no porque perdieras a alguien que amaras más que a ti mismo, sino porque erais la combinación perfecta y su huida te supuso romper con algo que te resultaba sencillo y cómodo.

Aleksei lo miraba callado, meditando sus palabras, que le caían como un cubo de agua helada. Siempre se dijo que Marie había sido el amor de su vida; ambos pertenecían a ese mundo artístico, ambos comprendían perfectamente los sacrificios que su trabajo acarreaba, la exigencia, la distancia, que muchas veces los había separado... Sin embargo, con el tiempo, la idea de que quizá su historia no había sido para tanto apareció alguna vez. Y ahora, que Tatiana corroboraba sus palabras, se asustó al darse cuenta de que nunca antes había estado enamorado como hasta ahora. La noche del estreno, en el que la chica de la que se había enamorado hasta la médula había triunfado estrepitosamente, se la había pasado delante del fuego con un vino caliente en la mano, recuerdos y una charla interesante sobre sus sentimientos, mientras que ella estaba en una sala de hospital.

—¿Desde cuándo eres tan sabia? —le preguntó Aleksei, aún más confundido que cuando habían empezado a hablar. Tatiana se rio y le dio un abrazo intenso,

de esos que te encogen el corazón y te hacen sentir deseos de acurrucarte con esa persona, respirar hondo y sentir ese momento de paz.

—Desde que conozco tu interior mejor que tú mismo.

La noche fue larga y desesperante para Katerina y para Anastasia. No abandonaron la sala de espera del hospital donde estaban operando a su amigo. Sergey se quedó con ellas y con algunos bailarines que fueron llegando en goteo continuo.

—Tranquila, está en las mejores manos, no le va a pasar nada. —El coreógrafo apoyó su mano en la pierna inquieta de Kat, que no dejaba de bailar emitiendo un sonido molesto. Se detuvo en cuanto posó la mano ahí y lo miró con los ojos anhelantes de súplica—. Sé que tienes miedo, pero, hasta que no nos digan nada, es inútil.

—El miedo es inútil, Sergey, pero está ahí, latente, impidiéndote respirar, disfrutar de un momento de paz. Incluso en ocasiones te sientes culpable por sentirte bien cuando ese miedo sigue ahí, dentro de ti.

—Ya no estamos hablando de Franz, ¿me equivoco? —Kat ahogó un suspiro, perdida; se había delatado sin darse cuenta. Con él había compartido muchos ensayos, momentos de estrés y también de felicidad. Había sido la primera persona que confió en ella para representar el papel de Odette y, desde entonces, se forjó una bonita amistad, mezclada con la admiración mutua.

—Supongo que soy un libro abierto —bromeó ella antes de dejarse llevar por Sergey a la cafetería. Aquella conversación tenía demasiados testigos y ninguno de los dos deseaba que fuera de dominio público. Un vaso de plástico con café humeante en su interior descansaba en una pequeña mesa alejada de los pocos visitantes que, a esas horas de la madrugada, se encontraban en el lugar.

—No quiero saber los detalles, pues quisiera seguir respetando y admirando a Aleksei, pero dime cómo te sientes ahora mismo. —Su nombre la hizo

estremecerse por un instante. Tan solo pensar en él la hacía sentirse feliz, esa era la palabra; no había nada más que su sonrisa, su manera de mirarla y, cuando bailaban, se sentía volar.

—Bien, es decir, nunca antes me he enamorado. Sí que he sentido algún aleteo suave por alguien, el clásico cosquilleo por un chico, pero nada comparable a esto. No sé, Sergey, con Alek todo es sencillo: la vida es fácil, me hace feliz, me mira con dulzura y, al mismo tiempo, es algo pasional... Te vas a reír, pero me siento como en un cuento de hadas, como si fuera Odette, el cisne enamorado del magnífico príncipe, y estuviéramos solamente los dos en el lago, enamorándonos mientras una melodía nos transporta y nos mece en su delicada música. Dios, y ahora hablo de forma empalagosa. —Apoyó los codos en la mesa, sujetándose la cabeza y exhalando el aire contenido mientras pensaba en su relación con Aleksei. Sergey, sin embargo, se rio y le dio otro sorbo al café mientras negaba con la cabeza.

—¿Quién me iba a decir a mí que vería a uno de los coreógrafos más importantes del panorama internacional enamorado de una bailarina como tú? — Aquello último no sentó nada bien a Kat, que se removi6 inquieta en la silla y se cruzó de brazos.

—¿A qué te refieres con eso de «como tú»?

—No me malinterpretes, Kat, pero conozco a Alek desde hace muchos años y nunca se ha enamorado. Es más, siempre ha rehuído del compromiso, del amor verdadero, ¿entiendes? —Ella negaba con la cabeza.

—¿Y Marie?

—¿Marie? Una tontería. Él creyó enamorarse, estaba ciego, pues, cuando estás en una relación, no ves más allá de tus narices, y esa chica lo utilizó para ser la pareja ideal. Para Alek era algo simple, poco complicado y, aunque se jactó de decirme que era el gran amor de su vida, sé que no lo era. A estas alturas, entenderás que las mujeres se lanzan a sus brazos; para pasar un buen rato nunca tuvo problemas, pero, para tener algo más serio, no le valía cualquiera. Con el ejemplo de la relación de sus padres, que llevan juntos media vida, el listón estaba bastante alto. Marie llegó un día a su vida susurrándole palabras bonitas, lo que él entendía como amor verdadero, pero se quedó todo en eso, en palabras.

Después, los hechos no tuvieron nada que ver, aunque él no lo vio y, cuando lo dejó, sintió que había perdido a su alma gemela. —Marie lo había dejado, eso no lo sabía. ¿Qué mujer en su sano juicio haría algo así?: dejar a un gran profesional, a una persona detallista, sensible y de espíritu entregado como él. Era una auténtica locura.

—Quizá estés en un error y sí se trataba de su alma gemela. ¿Cómo sabes cuándo la has encontrado? —Sergey se irguió en la silla, con la mirada perdida en la mesa, hasta que subió la vista y se lo explicó.

—¿Sabes cómo lo supe yo? Porque, física y emocionalmente, no se parece en nada a lo que tú habías imaginado como tu alma gemela a lo largo de tu vida, y no te importa en absoluto. No hay momentos incómodos, te encanta hablar con esa persona; de hecho, buscas cualquier excusa absurda para hacerlo, pero también disfrutáis del silencio. —Kat sonreía, mientras él hablaba, pensando en alguien, seguramente—. Literalmente, no puedes decir «te quiero» más veces. Y no importa cuántas veces lo digas, nunca es suficiente porque lo quieres tanto que sientes que tu corazón va a explotar. Puedes ser tú de verdad, con tus virtudes y sobre todo tus defectos, y te acepta, así como tú aceptas los suyos. Nunca te habías divertido tanto con alguien como lo haces con él, puedes contarle todo porque confías en él absolutamente y quieres que te conozca de verdad; necesitas que sepa cómo eres en realidad. Así me sentí yo al poco de conocerte.

El semblante de Kat se congeló al escuchar las ocho últimas palabras de su hermoso discurso. ¡Sergey estaba hablando de ella! No podía ser, ella jamás había hecho nada para que él sintiera eso, así como no se había dado cuenta de que la quería de esa manera. Según iba explicándole lo que era para él encontrar a su amor verdadero, asentía por dentro al darse cuenta de que eso era lo que ella tenía con Alek. Ahora, que le acababa de confesar su amor, no sabía qué decir ni cómo comportarse con él. Era su amigo, confió en ella desde el principio y, aunque desde que Aleksei llegó se distanciaron un poco, lo seguía considerando una persona muy especial en su vida.

—Puedes decir algo, Kat. —Ella tragó, mientras se retorció las manos, con el murmullo alborotado de millones de pensamientos que se cruzaban entre sí.

—Yo... no sé... —Él sonrió antes de dar el último trago a su café.

—Pero eso fue antes de darme cuenta de que en realidad no estaba enamorado de ti, simplemente sentía un deseo de protegerte, y confundí amistad con amor. Hasta que la conocí a «ella» y supe que todo eso que te he dicho es lo que me sucede con ella. —Boquiabierta, literalmente, Kat abrió los ojos como platos al confesarle, en apenas un minuto, que se había creído enamorado de ella antes de que la revelación de su verdadero amor lo golpeara con fuerza.

—No tiene ninguna gracia, Sergey. —Él se reía tras ver el pasmo en la cara de Kat, que pasó de la estupefacción a la rabia—. Por un momento he pensado en cómo salir de esta condenada situación, en la que uno de tus amigos te confiesa que te quiere. ¡Qué desagradable! —bufó Kat, algo molesta por cómo había jugado con ella. Sergey, que la conocía bien, se levantó y acercó su silla a la de ella. Le pasó un brazo por los hombros y la acercó a él, y, aunque recelosa al principio, aceptó ese abrazo.

—No te enfades, Kat, lo tenía enquistado desde hacía tiempo. A veces te miraba y no sabía cómo decirte que durante un tiempo me creí completamente loco por ti. Por suerte para Alek, no era así. —Ella sonrió rápidamente, con la cabeza apoyada sobre el hombro de su coreógrafo—. Y ahora, dime, ¿estás de acuerdo conmigo? ¿Es así como te sientes?

—Cada palabra, Sergey, cada maldita palabra. —La apretó un poco más contra él en señal inequívoca de alegría. Aleksei era un hombre afortunado, había conocido finalmente a la mujer de su vida, y su querida amiga había hallado en él a la persona perfecta, esa que la complementaba y que, en poco tiempo, había conseguido cambios evidentes en ella—. Aunque a veces tengo miedo. Alek es un hombre de mundo, ha vivido cosas con las que yo apenas he soñado, y tuvo esa historia con Marie... Él no me la contó así. —La tristeza empezó a asomar a sus ojos y los inundó—. Soy una persona insegura, ya conoces mi infancia, y siento que es ahora cuando estoy comenzando a ser más fuerte. Alek es una persona tan pagada de sí mismo, con esa seguridad innata y ese atractivo que, aún hoy, me pregunto qué demonios vio en mí. Estoy asustada por no saber corresponderlo, por quererlo demasiado y necesitarlo hasta el punto de perderme de vista. No sé, Sergey, mi madre se enamoró de mi padre y abandonó todos sus

sueños para dedicarse por entero a su familia, a su marido. No quiero repetir sus errores, no quiero que el suelo bajo mis pies se abra porque sea el mismo que pisa él. —Y como si aquel diálogo hubiera estado encerrado en ella durante mucho tiempo, rompió a llorar y se escondió en su abrazo. Esos pensamientos llevaban tiempo en su mente, desde la primera vez que Aleksei le había dicho que la quería. El pánico era irracional y comenzó a infectarla como un virus poco a poco. Sergey la abrazaba, dejándola que llorase todo lo que llevaba reteniendo durante semanas.

—Tú no eres tu madre y él no es tu padre. No puedes dejar que una historia, que estoy convencido de que es bonita, se arruine por unos miedos absurdos. He visto cómo te mira y cómo tú misma buscabas su mirada en los ensayos, ese brillo especial lo tenéis ambos, pero también he podido ver que has seguido siendo la misma Katerina de siempre: la que asistía a los ensayos antes que nadie y lograba la perfección, tan obsesiva, siendo la mejor amiga para tus amigos y la bailarina que no se deja amilanar por Tanya. Tienes un concepto equivocado de ti misma: eres más fuerte y más luchadora de lo que crees. No sé exactamente el tiempo que llevareis juntos, pero no he visto ningún cambio en ti, no he visto que dejes que sea él quien resuelva tus conflictos o el que te defienda como si fueras una jovencita del medievo en apuros. —Su amigo tenía razón nuevamente. Ella era la misma persona de siempre, con el mismo sueño y los mismos problemas, con los que luchaba sola. Alek simplemente la había ayudado a coger más seguridad para enfrentarse a su padre, pero no le había pedido que intercediera con Tanya. Alzó la cabeza con los ojos enrojecidos y con el rostro empapado en llanto. Sonrió a Sergey, quien le devolvió la sonrisa y le limpió las mejillas con la otra mano.

—Gracias por ver aquello que yo misma me niego a ver.

—Un placer, querida amiga. Y ahora, volvamos con el resto, seguro que en breve habrá noticias de tu adorado *partenaire*. —Ella asintió, anhelando no tanto que ese momento llegara como reencontrarse con él y comprobar que de veras se encontraba bien. Caminaron despacio de vuelta a la sala de espera, donde Anastasia lloraba en su silla, desconsolada, y sus compañeros se llevaban las manos a la cabeza mientras otros se tapaban la boca con el gesto helado. Kat se

paralizó ante aquella imagen e imaginó lo peor.

**K**at se quedó clavada en el sitio, era incapaz de mover un solo músculo. Sergey pasó por su lado corriendo hacia Anastasia, se arrodilló ante ella, apoyando sus manos en las rodillas, y trató de focalizar su mirada. Al ver que no lo conseguía, se sentó a su lado y la abrazó, llevándosela consigo. Anastasia descargó en su pecho todo el dolor que le había provocado aquello que la tenía tan compungida. El coreógrafo miró a Kat, que seguía inmóvil, mirando al suelo, como si se encontrase en *shock*. Hizo una señal a uno de los bailarines que se había incorporado hace poco, y fue hacia ella. Se quedó parada delante de ella, sin rozarla ni hablarle; simplemente respetaba su espacio, queriendo expresarle que era su compañero y que él entendía esa palabra tan bien como ella. Pasado un minuto, agarró una mano, luego otra, y las apresó fuertemente. Finalmente, Kat alzó la vista y vio a Colin, uno de los últimos bailarines que había pasado a formar parte de la compañía. Apenas se habían dirigido la palabra, ella se encontraba ensimismada en representar a la perfección el papel de cisne, y después sucedió toda la historia con Aleksei. Sin embargo, él sí que sabía quién era ella, sin duda; admiraba su trabajo, su coraje y, a veces, lo entristecía ver cómo la trataba su tirano padre.

—Alza la cabeza. —Katerina la meneó, reaccionando, y se encontró con la mirada limpia de su compañero—. Eso es. Y ahora, vamos. —Tiró de ella, soltándose de una mano, pero aferrado a la otra. Caminó hacia donde estaba Anastasia con Sergey y la sentó al lado de su amiga. Se giró y, con los ojos surcados por el llanto, se lanzó a sus brazos hipando y pronunciando el nombre de Franz constantemente. Por Dios, se temía lo peor, pero no era una situación de vida o muerte; ¿qué diantres podría haber resultado fatal?

—Anastasia, cálmate, estás aterrorizando a Kat —dijo Sergey, acariciando la espalda de la bailarina, que asintió con la cabeza y se separó de su mejor amiga.

—Lo siento —Kat consiguió hablar con un hilo de voz tras reunir la fuerza que echaba en falta.

—¿Qué ha pasado? —Antes de que pudieran responderle, el doctor que atendía a su amigo salió buscando a los familiares de Franz Jacobsen. De un salto, se pusieron en pie y acudieron raudos al encuentro con el médico.

—Su amigo se encuentra fuera de peligro, esto es lo primero que deseo que sepan. Al parecer, vieron a una enfermera correr y le preguntaron por su amigo, a lo que ella contestó, muy desafortunadamente, que estaba muy grave. Sin embargo, ha sido todo una confusión, ya que tenemos a otro paciente con el mismo nombre, y se refería a ese otro. Lamento el error y el susto que de ello ha derivado. —Anastasia exhaló un gran suspiro de alivio y se llevó la mano al pecho mientras cerraba los ojos. Por unos momentos, había sentido cómo uno de sus mejores amigos y la persona más importante de su vida se estaba alejando de ella para siempre. Nunca antes había sentido un dolor tan profundo, tan intenso, como cuando tuvo aquella lesión en el tendón peroneo, y con agujas muy finas trataban de rebajar la inflamación moviéndola por dentro en varias direcciones. Aquello había sido una pesadilla que debía vivir a diario entre tres y cuatro veces para poder volver a subirse al escenario.

—Gracias por la aclaración, doctor —musitó Sergey, aún con el rostro visiblemente consternado.

—En cuanto a su amigo, ha sufrido una lesión en los músculos isquiotibiales, que, como bien saben, juegan un papel importante en la extensión del muslo sobre la cadera y en la flexión de la pierna sobre el muslo. Por ello, el paciente no podía moverse, ya que el dolor es tremendo al flexionar la pierna. Por ahora, le hemos aplicado hielo durante veinte minutos, con descanso, en intervalos de diez minutos. Necesitará fisioterapia y reposo absoluto los primeros días, con reposo relativo, al menos, las siguientes tres semanas. En las siguientes horas vamos a observarlo y, según vaya avanzando la lesión, procederemos a ponerle un vendaje elástico con elevación de la extremidad. —Todos los allí presentes se quedaron mudos al escuchar la lesión de Franz, la cual suponía el final del ballet

para él. Adiós a la gira, esa en la que con tanto ahínco había trabajado durante meses. A Kat se le encogió el corazón al pensar cómo se encontraría. Buscó la mano de Anastasia y la asió con fuerza.

—¿Podemos pasar a verlo? —preguntó Sergey, que parecía el más fuerte del grupo.

—Me gustaría que descansara algo esta noche, pues estaba muy alterado, y tuvimos que ponerle un calmante. De esta manera, su cuerpo estará relajado y el tratamiento hará más efecto. Vengan mañana y podrán verlo, buenas noches. — Le dieron las gracias al médico, que se retiró a seguir con su guardia mientras los bailarines no se movían y trataban de procesar la información vertida por el doctor.

—Vamos, chicas. —Sergey tiró de la dos, agarrándolas por los hombros. Se sentaron de nuevo en la silla y exhalaban largos suspiros. Kat pensó en Aleksei y en cuánto deseaba que estuviera junto a ella. Se levantó de golpe pensando en él, en que no se había girado para siquiera comunicarle su angustia con una mirada. Anastasia también se puso en pie y cogió la mano de su amiga, y se encaminaron a la salida con su buen amigo detrás.

En el trayecto a casa, llamó a Aleksei repetidas veces; sin embargo, en ninguna de ellas hubo suerte. Revisó su teléfono móvil en más de un millar de ocasiones y no había nada, ni mensajes ni llamadas telefónicas. Un nudo de preocupación se instaló en su pecho y le impidió respirar con facilidad. Llegó a su casa y, tras pedirle a Nastia que la recogiese al día siguiente para ir al hospital, se despidió de ella y de Sergey, y entró en su casa.

La casa estaba en silencio; la puerta del dormitorio de su padre estaba cerrada, por lo que debía de estar durmiendo hace rato. Al menos no la había agobiado con llamadas ni mensajes: había respetado ese momento difícil junto a su amigo.

*Al menos algo ha salido bien.*

Se recostó en su cama, aún con la ropa puesta, y pensó en todo lo sucedido aquella supuesta mágica noche. Recordó el estreno, los aplausos, el calor de la gente, a Franz sosteniéndola con un brillo especial en la mirada, para momentos después mirarla con dolor; a Aleksei, yendo en su rescate y en el de la obra, su conexión sobrenatural... La preocupación por Franz se mezclaba con los dulces

instantes del éxito rotundo. Sin duda, aquella noche permanecería en su recuerdo con un sabor agridulce.

De nuevo su mente voló hasta él, al que no buscó. Katerina jamás había buscado a una persona que la quisiera, pues su única pasión había sido el ballet. Después de vivir la magia de tener una familia unida, que con una sola mirada se comunicaba y le hacían sentir que los sueños podían realizarse, sin importar la magnitud de los mismos, la danza se había convertido en la meta de su viaje. En cambio, Aleksei había aparecido una mañana y se convirtió en una nueva pasión que ansiaba, que deseaba tocar con la yema de sus dedos, aun con miedo a quemarse. Pero él supo ver dentro de ella y la guio en ese camino, enamorándola sin buscarlo a propósito. Y Kat se dio cuenta, en aquel preciso instante, de que todo se había precipitado de manera súbita; quizá no se habían dado cuenta, quizá las emociones les ardían tanto en el pecho que no los dejaban pensar con lógica.

Aleksei había desaparecido de un plumazo. Al día siguiente, siguió sin responder a sus llamadas ni a sus mensajes. En el teatro nadie sabía nada de él, ni siquiera Sergey se podía comunicar con él. Katerina estaba empezando a angustiarse. ¿Y si todo aquello había sido un simple reflejo, algo que ni siquiera podía acercarse a la definición de sueño etéreo? Abrió su bolso de camino al hospital y sacó dos fotos de aquellas que habían hecho en la casa de su madre. En una de ellas, aparecían ambos con las cabezas apoyadas una en el otro, sonriendo con un brillo mágico en sus ojos; la otra era una foto *robada* a Alek que ella le había hecho cuando estaba sentado a la orilla del río. En ella se veía a un hombre pensativo, reflexivo, con millones de cosas bullendo en su cabeza, con un gesto que la desconcertó y que quiso desechar inmediatamente. Lo llamó y él, en cuanto giró la cabeza, le sonrió como solo él sabía hacer, como solo él le paraba el corazón.

—¿Pasa algo? —Anastasia se fijó en las dos fotos, que sostenía entre sus manos, y en la tristeza que inundaba a Kat. Esta guardó con avidez las fotos, de nuevo, y fingió una sonrisa falsa. Posó la mano en la pierna de su amiga, y comenzaron a hablar del éxito del estreno al que debían enfrentarse aquella noche, de nuevo.

\*\*\*

El ánimo de Franz, a la mañana siguiente de su accidente, era peor que aquella manida frase: «Estar de un humor de perros». Kat y Anastasia tuvieron paciencia infinita, pero no dejaba de gruñirles ni de gritarles hasta que consiguió que lo dejaran solo. Debían volver al ensayo, pues la gira no paraba a pesar de lo ocurrido. Ya había alguien sustituyéndolo, lo que le perforaba el alma. Katerina salía del centro hospitalario sumida en las lágrimas al ver a su querido amigo de aquella manera.

—Venga, Kat, ahora no te puedes venir abajo. Tenemos que estar ahí, para él, aunque sea un maldito dolor de cabeza. —Nastia llevaba razón, pero algo se le había enquistado y necesitaba expulsarlo. Le dijo que se había dejado en la habitación el teléfono, ese que no había dejado de mirar obsesivamente durante toda la visita. Anastasia quería esperarla, pero Kat sabía que no iba a ser cuestión de minutos. Al tener que ensayar, la animó a marcharse y le dijo que ella tomaría un taxi más tarde. Entonces, Anastasia comprendió que necesitaba un tiempo a solas con Franz: asintió y se encaminó a la salida.

La bailarina estaba segura de que no iba ser un paseo por las nubes enfrentarse de nuevo a Franz, pero debía hacerlo. Agarró el mango de la puerta y, tras insuflarse del coraje necesario, la abrió. Su amigo miró hacia la puerta y resopló al verla entrar otra vez.

—¿Y ahora qué coño quieres? —Kat se situó al lado izquierdo de la cama, tapando la luz que entraba por la ventana. Su móvil vibró: echó un vistazo rápido, con el corazón en la garganta, pero era su padre. Lo metió en el bolso, que había dejado en el sofá, y miró con dureza a Franz.

—Eres imbécil. —Franz se rio con amargura, frotándose los ojos, con la mirada fija en el techo. Entendía el reproche de su mejor amiga: en vez de haber llorado y haberse desahogado con las dos personas más importantes en su vida, las había maltratado, echándolas a patadas porque le dolía demasiado que lo vieran así.

—Márchate, Katerina. —Cuando la llamaba por su nombre completo, algo iba

realmente mal, «jodidamente mal», como diría el hombre tumbado en la cama.

—«Toda mi vida ha sido una lucha por alcanzar un pequeño trozo del paraíso, y he tenido que enfrentarme al mundo entero en esa cruel batalla que me ha dejado marcada de imborrables cicatrices».

—No me jodas ahora con frases de tu adorada Sissi, Kat. Mejor vete, aquí no tienes nada que hacer —se lo dijo con tanta rabia que, de no llevar la coraza, le habría hecho mucho daño. Cogió su mano tras forcejear un poco, y lo agarró por la mejilla y el mentón, girándolo hacia ella.

—Si no te quisiera como lo hago, créeme que no estaría aquí soportando tus humillaciones, pero te conozco y sé que, cuando el dolor te ataca, reaccionas de esta manera. No me aparté de tu lado cuando tus padres murieron, no lo voy a hacer ahora. Ya deberías conocerme. —Soltó la mano de su cara, ya que tenía toda su atención. Llevó la otra mano a su pecho, aprovechando la pausa que había hecho él—. Te has enfrentado a dolores mucho más intensos y ahora, que la vida te pone en el camino un nuevo obstáculo, no vas a rendirte. Tú siempre has dicho que estás marcado de cicatrices, de las que no se ven a simple vista, pero también me has dicho cantidad de veces que esas mismas te han hecho fuerte, la persona que eres.

Las palabras de Kat eran ciertas, lo que no hacía que fueran menos dolorosas y le infligieran un agujero en el pecho, que se engrandecía por segundos. Pestañeó una, dos, tres veces, para apartar las lágrimas que llevaba reteniendo desde la noche anterior. Kat había estado en cada instante que Franz podía recordar: en lo bueno, en lo malo, en las borracheras, en los días que le rompían el corazón, en las duras pruebas y en cada duelo que le confesaba. Ya no era su hermana, era parte de su ser, y, cuando compartes el alma con alguien, debes ser completamente sincero, se lo debes.

—Estoy tan asustado, Kat... —musitó con la voz apenas audible. Katerina cerró los ojos e inspiró con fuerza. Al abrirlos de nuevo, le sonrió con ellos, se sentó en la cama con su amigo y besó la mano que se había llevado al pecho; con la otra le acarició el pelo, despeinado, acicalándolo como mejor pudo. Aquel gesto tan maternal fue el último trozo que se resquebrajó en el interior de Franz, que estalló en un torrente de lágrimas. Katerina permaneció a su lado, mesándole

el cabello con dulzura, agarrando su mano pegada a su pecho.

—Estoy justo aquí, donde he estado siempre y donde siempre me encontrarás.  
—Con sus manos en el preciso lugar donde el corazón de Kat se hallaba, ahí era donde siempre había estado Franz, al igual que en el corazón de él se encontraba ella. Su *partenaire* se tapó los ojos con el antebrazo, llorando, maldiciendo, siendo espectador de cómo su suelo se estaba derrumbando en sus narices. Veinte minutos más tarde, una vez que logró serenarse, una tranquila Katerina consiguió apartarse de él.

—Kat —la llamó antes de abrir la puerta—, tú también estás ahí. —Ella le devolvió la sonrisa, sabiendo que era la mejor forma de Franz para disculparse, por su necio comportamiento. Y, a pesar de haberse mostrado fuerte, de haber sido la roca que él necesitaba en aquellos momentos, se ponía en su piel y comprendía su pánico. Para un bailarín, una lesión de aquella magnitud podía significar el final de su carrera. Tomó un taxi sumida en sus pensamientos, sin atender al monólogo del amable taxista. Se sintió morir en aquel vehículo, que la llevaba a cumplir su sueño, a ella sí, mientras el sueño de su hermano se iba desvaneciendo poco a poco.

\*\*\*

—¿¿Dónde te has metido?!, llevo llamándote toda la mañana. ¿Cómo eres tan irresponsable? —Los gritos de su padre, nada más entrar en el teatro, no hicieron mella en ella. Siguió caminando con la cabeza alta mientras cientos de ojos no los perdían de vista. Katerina no se molestó en darle explicaciones y subió la escalera al ensayo con la estridente voz de su padre a la espalda—. ¡Katerina!

Entró en el vestuario y se puso la ropa adecuada para salir a dar lo mejor de sí misma. No pensaría en la ausencia de Aleksei, en su desaparición, que la estaba destrozando, en los sueños rotos de su mejor amigo ni en la presión de su padre. Saldría a hacerlo lo mejor posible, por Franz, porque al menos él se merecía eso.

Llegó al aeropuerto aún un tanto mareado y conmocionado. Marie lo estaba esperando; a lo lejos, vislumbró su cuerpo esbelto, con la melena rubia que le caía sobre los hombros. Al llegar hasta ella, observó que tenía unas marcadas ojeras y el brillo acuoso marcaba sus ojos.

—Dios, Alek. —Ese «Alek» ya no era el mismo desde que otros labios lo habían susurrado por primera vez. Dejó que lo abrazara y llorase en su pecho. Él se limitó a consolarla con un brazo, mientras el otro no soltaba la maleta. Comenzaron a caminar hacia la salida, en busca del coche de su exnovia y la persona a la que más creyó haber querido. ¿O de veras había sido real y Kat, un espejismo? La mano de Marie sobre la suya lo hacía sentirse incómodo, aunque no la retiraba; para ella era volver a casa, aunque para Aleksei aquella no podría ser nunca más la suya.

Durante el camino en coche, Marie no dejó de hablar, farfullando palabras que el cerebro de Aleksei no llegaba a procesar, debido a tanta velocidad, a la confusión, a no saber qué era lo que había tenido con Kat, a la que echaba tanto de menos que deseaba arrancarse el corazón y borrar todos los recuerdos que asomaban a su mente sin permiso. No había podido hablar con ella, explicarle lo sucedido, abrazarse a ella, ni llorarle.

—Antes de entrar quiero avisarte, amor. —Le causaba verdadero asco escuchar de nuevo esas palabras, que ahora solo le pertenecían a Kat; escuchar a Marie pronunciándolas le resultaba un sacrilegio. Se removió inquieto, pero esperó a que hablara—. No parece él, va a impresionarte. Si quieres, entro contigo. — Otra vez su mano estaba rozando la suya, pero esta vez se negó a ese consuelo. La retiró al instante y, sin mirarla a la cara, abrió la puerta.

La escena que lo aguardaba al otro lado era espeluznante. Aleksei nunca había visto a su padre enfermo, ni siquiera de un simple resfriado. En su cabeza vivía la imagen sana y sonriente del hombre de la casa. Jamás lo vio desfallecer, ni siquiera en los momentos de más apuro económico, de los que había sabido años más tarde. Verlo en aquella cama, tumbado, como si estuviera dormido, lo hizo sentirse vulnerable. Se acercó a la cama y tocó la mano del cuerpo inerte de su padre, que yacía con los ojos cerrados. La angustia le sobrevino y toda la incertidumbre que había vivido desde que Marie lo había llamado la noche anterior explotó de repente. Arrodillado junto a la cama de su padre, lloró con hipidos, en un llanto desesperado que anunciaba el posible triste final.

—Cariño... —La ternura de la voz de su madre tampoco pudo sacarlo de aquel trance. Había entrado en la habitación con Marie, pero esta prefirió cederles ese instante de intimidad. Situada al lado de su hijo, ese al que dejó ir para que cumpliera su sueño, a pesar del enorme dolor que aquello provocó en ella, y por el que peleó sin descanso trabajando a deshoras y casi arruinándose; era un amasijo de pena y dolor. Le acariciaba el cabello con cuidado y con mucha dulzura. Cuando Aleksei logró tranquilizarse, salieron de la habitación. Consiguieron andar hasta unas sillas cercanas y se tumbó en el regazo de su madre.

—A tu padre le habría encantado ver tu primer estreno como coreógrafo. —La voz de su madre se quebró al acabar la frase.

—Ayudante de coreografía, mamá —corrigió a su madre, para la que la cosa más mínima que Aleksei hiciera era motivo de orgullo. Pero ¿qué esperaba?, ¿acaso no se sienten así todos los padres? Se incorporó cuando pudo alejar un poco la pena que lo devastaba, y comenzó a indagar.

—¿Cómo sucedió, mamá?

—No lo sé bien, cielo. Tu padre salió de la panadería a la hora de siempre y no llegó a casa. La policía llegó más tarde y me dijo que estaba de camino a casa cuando un atracador salía de la tienda del señor Volkova, con la mala suerte de que disparó y de que tu padre estaba en medio. —Hicieron una pausa para tratar de buscar el aire que les faltaba y que llevaba ahogándolos desde el momento en que se habían enterado del incidente—. No supe a quién acudir y Marie había

venido hacía dos días a casa, por lo que le avisé y estuvo conmigo todo el rato. Se ha portado tan bien con nosotros... —A su madre se le quebró la voz y no era de extrañar, dadas las circunstancias y lo que había vivido en pocas horas.

Las lágrimas vencieron a su madre, que lloraba aterrorizada por lo que acababa de decir, pues lo hacía real. Aleksei la abrazó y dejó que se desahogara con él. Una vez se serenó, volvió a sacar el tema de Marie para que el dolor no fuese tan real.

—Mamá, déjalo estar —le pidió su hijo, bastante agotado.

—Aleksei, cielo, Marie se ha portado muy bien con nosotros. Yo creo que se dio cuenta de su error y desea enmendarlo. Vamos, cariño, todo el mundo se merece una oportunidad. —Los ojos heredados de su madre, en los que se veía cada vez que se miraban, se iluminaron con esperanza al pensar en ellos dos—. Algún día yo ya no estaré y, entonces, ¿qué harás tú?, ¿te quedarás solo?

Él quiso decirle que no estaría solo porque siempre lo acompañaría el baile, el amor a la danza: su verdadera pasión. También deseó decirle que Marie solo era un recuerdo de un amor loco que los había envuelto como una melodía de Beethoven, con sonoridad, marcando su vida de todas las texturas y los colores de sus sinfonías, que lamentablemente desapareció con la rapidez con que una sonata termina.

—Mamá, por favor... —La mujer entendió claramente el mensaje y dejó de presionarlo, aunque en su fuero interno esa preocupación no se iba de su cabeza, en especial en aquellos días.

—Hola. —Marie llegó junto a ellos. La belleza, que otrora le pareció de un encanto exquisito, hoy se había desvanecido por completo. Desde hacía ya un tiempo, era otra belleza la que inundaba su mente, poblándola de recuerdos, una belleza más interior que lo tenía anonadado, aunque un molesto pinchazo lo hizo removerse al pensar en Kat.

—Voy un momento al lavabo —contestó la madre, celestina, que se había fijado un reto y no pararía hasta conseguirlo.

—Si quieres, te acompaño —contestó con rapidez Aleksei, temiéndose en una encerrona, pero su madre negó con la cabeza y, tras darle un beso, se levantó. Pasó por al lado de Marie, a la que miró cómplice, y otorgó otro caluroso beso

en la mejilla.

Marie se quedó de pie, observando a su exnovio, que miraba el camino que su madre acababa de andar. Un paso tras otro fue acercándose hasta él y se sentó a su lado. Con poco valor depositó su mano sobre la suya. Dios santo, cuántas veces había añorado su calor, su cuerpo, que la incitaba a sentarse a horcajadas sobre él y a saborearlo como tantas veces había hecho en el pasado. Sin embargo, él ya no era aquella persona que había conocido en un concierto benéfico, lo que se les antojaba siglos atrás. Aleksei había cambiado, no era esa persona ciega que no había visto cómo ella se había ido alejando poco a poco hasta que se enredó en otros brazos.

—¿Cómo estás? —Apoyado con la cabeza en la pared, se mostraba cansado y muy perdido. Sus padres eran parte esencial en su vida, a pesar de la distancia que siempre los alejaba. Procuraba visitarlos con toda la frecuencia que su trabajo le permitía y, si no, las llamadas y los mensajes hacían de bálsamo. Habían aprendido, con el tiempo, a quererse en la distancia, a preocuparse y estar, aunque fuera muy lejos. Recibir la llamada de Marie, en la que lo informaba de la terrible escena, lo sobrecogió. Estaba hecho polvo. En su mente se mezclaban recuerdos con la chica de al lado; la presión de su madre para que volviese junto a un cascarón vacío para él; su padre, yacente, sin sonreírle como siempre; Kat, a miles de kilómetros, desviviéndose por un lesionado Franz... Chasqueó la lengua tapándose los ojos con las manos y negando con la cabeza.

Marie respetó su silencio y no insistió; se limitó a permanecer sentada a su lado, recogiendo las migajas de aquello que habían tenido y que aún flotaba en el denso aire. Ella se arrepentía mucho de haber mirado en dirección a Johannes, de haberse dejado llevar, de haberse dejado caer en la tentación. Pero, si se cae en ella, es que algo no funciona demasiado bien en tu actual relación, ¿no? Marie se decía eso a sí misma cada día; sin embargo, la culpa y los remordimientos no dejaron de perseguirla noche y día. Por eso, precisamente, su relación con su compañero músico se fue al traste, porque el fantasma de Aleksei estuvo entre ellos desde el minuto cero.

Lena, la madre del coreógrafo, regresó con la esperanza de verlos charlar animadamente o de al menos verlos mirarse, pero lo que se encontró no fue nada

alentador. Aleksei se levantó, al verla llegar, para cederle su asiento, y él se dirigió a la salida del hospital, donde se estaba asfixiando. Se apoyó sobre una pared con los brazos cruzados, exasperado por no aclararse y encontrarse más confundido que nunca. Quizá no era el mejor momento, pero actuó movido por el dolor que lo embargaba.

\*\*\*

—¿Alek? —Cerró los ojos con alivio, por un segundo, al escuchar su nombre en sus labios. Sonrió.

—Hola, *ballerina* —le respondió—. Creía que no me ibas a contestar.

—¿Por qué no iba a hacerlo?, ¿por el hecho de que desapareciste y no he vuelto a saber nada de mi novio? Porque sigues siéndolo, ¿o no? —Parecía insegura y nerviosa. Él resopló antes de contarle el motivo de su marcha.

—Desde la última vez que pensé en ti, o sea, hace un minuto, sí. Lo siento, Kat. —Ella se sintió algo asustada al oír el perdón en sus labios. ¿Qué había sucedido?—. Tuve que irme sin mirar atrás. Verás, a mi padre le dispararon ayer y...

Los malos pensamientos de Katerina, los celos infundados y el pánico por perderlo desaparecieron de golpe. De hecho, se sintió miserable por pensar que la había abandonado, que había sido una simple muesca más en su revolver de bailarín exitoso y seductor.

—Dios mío, Alek... —Y se derrumbó, con el teléfono pegado a su oreja, y lloró. Lloró mientras la voz de Kat intentaba reconfortarlo y hacerle sentir que estaba a su lado. Pero no lo estaba.

Se recompuso, enjugándose las lágrimas, que aún se derramaban de sus hinchados tristes ojos. Le explicó, algo más calmado, cómo la casualidad les había jodido la vida, haciendo que su padre pasase por aquel lugar a la maldita hora incorrecta. Le explicó que el proyectil entró por la parte posterior del cerebro y salió por la parte frontal. No había nada que hacer cuando llegaron los servicios de emergencia.

A Kat se le encogió el corazón. El silencio se instaló cómodamente entre ellos; a ella no le salían las palabras y él se había quedado sin ellas.

—*Alek, mi amor...*

Los sollozos iban subiendo de volumen hasta que un llanto sordo y desesperado estalló a través del aparato. Katerina aguantó estoicamente el dolor que consumía a Aleksei, el desconsuelo, que no tenía alivio en aquellos momentos. Él perdió la noción real del tiempo, un agudo dolor de garganta lo atravesaba mientras trataba de comprender por qué el destino había jugado las cartas de aquella manera, evitando que hubiera podido despedirse de su padre, haberle dicho una vez más cuánto lo quería, pues, aunque se dice aquello de «no hace falta decirlo, se sabe siempre», él lo necesitaba y ya no había nadie a quién decírselo.

—*Alek...* —Katerina se había encerrado en el baño después de decirle a Anastasia que debía contestar esa llamada, que distrajera a Sergey un rato. Ya habría momento para dar las explicaciones necesarias; en aquel momento el ballet era lo que menos importaba. Aquella revelación golpeó a la bailarina tan fuerte que se tambaleó. ¿Cómo la única cosa que siempre había amado carecía de importancia? ¿Cómo el amor la había transformado tanto? Solo quería estar en aquel frío hospital, abrazada al jersey de Aleksei, que olía a jabón y a hogar —. *Estoy aquí, te conecto, mi amor.*

Pero en esa circunstancia no podía corresponderla, no le salían las palabras «yo también», por más que las sintiera, que las llevara impregnadas en su piel. El dolor era tan intenso que no conseguía dejar de llorar. Sabía que su madre lo necesitaba en pie, de una pieza, robusto como el roble que siempre le decía que era. Aquella idea fue la que iluminó su mente y lo hizo levantarse del suelo del baño, donde se había tirado a llorar junto a Kat. Se limpió la cara con los dedos, inspirando hondo varias veces.

—Estaré incomunicado un tiempo, no me llames ni me mandes mensajes. Ahora no puedo, Kat. Yo... yo... no sé cómo andar. —Fue lo único que dijo Aleksei, con una voz irreconocible.

—*Claro que sabes, eres un hombre fuerte y valiente y, aunque estés muerto de miedo, siento decirte que debes ser aún más fuerte por tu madre, por él.* —El

nudo de la garganta la atragantaba, gemía apretando los labios, conteniendo las lágrimas—. Te conecto. —Alekssei colgó, sin darle tiempo a responder, a quejarse de aquella decisión que él había tomado sin consultarla. Se supone que las relaciones van en dos direcciones, que uno de los dos no toma decisiones sin consultar al otro, que no te aparta cuando más lo necesitas. Katerina se quedó pasmada mirando el móvil. Se le quebró la voz y se llevó la mano libre a la frente. Necesitaba tanto su abrazo, su sonrisa, su entereza.

A Alekssei, a pesar de todo, se le dibujó una sonrisa al recordar la mágica forma que tenía ella de decirle que lo quería. Y, aunque sonara muy empalagoso, no podía evitar sentir que, cada vez que pensaba que no podía haberle más amor en el pecho por aquella tímida jovencita, de nuevo ahí estaba, estallándole en la cara, recorriéndole el pecho con el calor de saberse amado por la mujer que había entrado en su vida para cambiarla.

Katerina se quedó pasmada mirando el móvil. Unos golpes en la puerta del baño la sacaron del ensimismamiento, y se levantó al escuchar la voz angustiada de Anastasia, que no podía posponer el ensayo por más tiempo. Su amiga, al verla pálida, se preocupó pensando que había estado vomitando, presa de los nervios. Kat le contó lo que había pasado y tampoco salía de su asombro, pero le rogó que se recompusiera; el espectáculo debía continuar y ella era parte vital del mismo.

El ensayo fue un desastre ese día. Acudieron a ver a Franz más tarde y, a pesar de que trataban de fingir que todo estaba bien, era imposible. Su *partenaire* se lo notó, pero en aquellos días no podía estar para ella; necesitaba tiempo para él, para su recuperación y nada más. A miles de kilómetros, Alekssei se aferraba a su madre mientras enterraba a su padre, deseando que el tiempo diera marcha atrás hasta el momento exacto en que ese atracador había entrado en el establecimiento. Habría deseado estar junto a su padre, entretenerlo para que no saliese del trabajo antes de tiempo, y así evitar el trágico final.

Katerina se había quedado a oscuras, no podía llamarlo ni mandarle ningún mensaje; respetaba sus deseos, aunque lo que más ansiaba era estar junto a él en esos duros momentos. Era ella quien debía estar sosteniendo su mano, tocando su hombro mientras la tierra caía sobre el ataúd de su padre, pero la vida sigue su

curso, el mundo continúa girando y las decisiones deben ser tomadas. Cada uno se encontraba en un punto del camino, lo que no sabían era que ese camino que se estaba trazando ante ellos se cimentaba sobre tierras movedizas, y quizá el amor no fuera lo suficiente. A veces no lo es.

Aleksei, Kat y ¿un futuro? Desde que había hablado con él el día anterior, su mente se había quedado en suspenso. La impactante noticia distaba mucho de lo que ella había imaginado. Tras acabar el ensayo, Anastasia le dijo que quería ir a ver a Franz, pero, entonces, no lo soportó más.

—¿Se puede saber qué pasa?

—¿Qué? —contestó su amiga, que se quedó helada con la chaqueta a medio poner.

—Llevas mirándome muy rara todo el ensayo, ¿qué es lo que pasa? No me he equivocado apenas y, que yo sepa, no tengo monos en la cara. —Su amiga se vio pillada in fraganti y, mordiéndose el labio, pensó a toda velocidad en una excusa que sonara plausible. Nada le vino con la rapidez que necesitaba—. Bueno, ¿vas a hablar o vamos a quedarnos aquí como dos idiotas?

—No es nada, de verdad. Vamos a ver a Franz, a ver si sigue tan inaguantable. —Pero Kat no se iba a dar por vencida: bloqueó la puerta mirándola con gesto serio.

—Va en serio, Nastia, ¿qué ha sucedido? —Y la presión pudo con ella.

—Vale, pesada. No quería decirte nada porque, al fin y al cabo, son chismes, pero tampoco quería que te enterases por otra persona y tuvieras que fingir que todo es paz y armonía. —Se giró para alcanzar el móvil, buscó en el historial de noticias y, con algo de miedo, le mostró la imagen. Aleksei aparecía abrazado a una mujer rubia que, según decía el portal de cotilleos, era su expareja. Aquella era Marie, la mujer que enamoró al que se suponía era su novio y con la que vivió un romance apasionado y de película, a juzgar por los titulares. Allí era donde había ido a parar, adonde había huido sin dejar siquiera una nota. El

corazón de Kat se rompió; de hecho, perdió el equilibrio un momento pensando que se iba a caer, por eso no respondía a sus llamadas ni a sus mensajes. Kat creyó, en un primer instante, que irse corriendo con Franz había despertado unos celos extraños en él, aunque era todo demasiado bizarro. ¡Por Dios, Franz era su hermano! Cuando Aleksei la llamó, se quedó petrificada. Por fin daba señales de vida, estaba dispuesta a guerrear, a pelearse con él y decirle de todo menos aquello de «te conecto». Al escuchar la versión de los hechos, se sintió miserable por desconfiar, pero es que sus actos no dejaban rastro de duda.

Y tras esa llamada, la inquietud se fue alejando, a pesar de saber que ella pululaba a su alrededor. Muchas veces fantaseaba con él, con una vida juntos, de gira, en la distancia, en la casa de su madre... Le preocupaba saber que se conocían poco, aunque la implicación emocional fuera bestial. Le daba, incluso, cierto pavor saber que ella no era ni sería su primera vez en muchas cosas que él ya había experimentado. No sería ese alguien especial de la primera vez, pero podría serlo de la última vez: la última a la que besaría, la última con la que se ilusionaría, la última con la que haría el amor, la última con la que estaría en la casa de Viena, frente a la chimenea, en un amasijo de piel y amor...

Pero el germen de la duda es tan poderoso que avanza poco a poco sin que uno se dé cuenta. Y Katerina no conseguía quitarse de la cabeza la imagen de aquella mujer, de Marie. En las fotos del artículo de aquel portal de cotilleos, la vio y, aunque para ella era esa mujer despiadada y sin sentimientos que había abandonado a Alek, se la veía con una mirada sincera, alta, rubia, con unos ojos enormes y dorados; la boca, pintada con aquel pintalabios rojo fuego con el que cualquier mujer se sentiría muy segura de sí misma. No soltaba a Aleksei en ningún momento, y aquello le partió el alma antes de saber lo ocurrido. Sintió que la había engañado, que había jugado con sus sentimientos y su inexperiencia. Y, aunque ya supiera que ella simplemente estaba allí para ¿apoyarlo?, no dejaba de pensar en ella como competencia. ¿Competir con alguien con el que has compartido los años más importantes de tu vida? Con todo lo que dieron de sí, con todas las cosas maravillosas que hicieron por primera vez, con la cantidad de recuerdos que almacenarían.... ¿cómo podía ella competir contra años de piel y verdad?

Hasta ese día no la había visto en ninguna fotografía, no se había molestado en ir a buscarla. Hasta ese día. Cuando llegó a casa, se lanzó al ordenador, tecleó el nombre de ella en el buscador y, de pronto, millones de páginas hablaban de su relación idílica, de la pareja perfecta, de la viva imagen del amor. Marie, con el pelo siempre cuidadosamente peinado, con el maquillaje exacto, incluso cuando los pillaban desprevenidos; con esos ojos dorados, ocultos a veces tras unas gafas de pasta; con ese cuerpo perfecto, con sus pechos grandes, a diferencia de ella; con una boca siempre de rojo, y con unas uñas perfectas que deslumbraban diferentes tonalidades. Katerina indagó en muchas páginas, y se hacía daño ella sola, sin necesidad de saber qué estaba ocurriendo realmente a kilómetros de su habitación. Odió a esa mujer, por ser lo que ella no podía ser debido a su profesión, por colgarse del brazo de Aleksei en esa foto, por haber recibido la sonrisa calurosa que ella misma había recibido de él, por haber intercambiado fluidos con el hombre que ella amaba: sencillamente por haber llegado antes que ella. Y sintió dolor, uno muy intenso, que la llamada de teléfono desde el hospital apaciguó, pero que no eliminó. Kat maldijo a esa mujer, maldijo la mala suerte que había corrido el padre de Aleksei y maldijo el momento en el que ella lo llamó para estar a su lado consolándolo y cuidándolo, porque esa tarea le correspondía únicamente a ella.

Después, llegó la impotencia y el desear estar alejada de la caótica gira que comenzaría en dos semanas. No pudo más y lloró, con dolor, con rabia, con pena, y se ahogó en su propio llanto. Encogió las rodillas y se abrazó a sí misma tras cerrar de golpe el portátil que le abría el agujero del pecho. Por fin había visto la cara a Marie; seguía ahí, al lado de él, más que nunca. Sollozó hecha un ovillo en la cama y se durmió con los hipidos de fondo hasta que no le quedó más por llorar, y finalmente el sueño la venció, aunque poblado de pesadillas en las que Aleksei ni siquiera la miraba al volver a encontrarse, en las que Marie sonreía triunfal, colgada del brazo de la persona que lo había ayudado a dar pasos adelante y a salir del cascarón en el que se estaba ocultando.

\*\*\*

Si algo animó esos días a Kat fue la buena evolución de Franz. Anastasia y ella pasaban a verlo siempre que los ensayos y las representaciones se lo permitían. La extenuación era el paraíso comparado a cómo se sentía cada noche al llegar a casa. Su padre la había dejado un poco en paz al ver el éxito de cada función. Los periódicos y las revistas con más repercusión no dejaban de hacer reportajes sobre el ballet y la magnífica actuación de la *prima ballerina*. Sin embargo, todo eso poco le importaba a ella; su corazón no estaba en la danza, a la que creía amaría por encima de todas las cosas. No dejaba de pensar en Aleksei ni en su sufrimiento, ni en los duros momentos que atravesaban. Su padre había fallecido. No hubo una despedida, una última sonrisa o un último beso. Preparándose para ensayar, tres días después de aquella primera llamada telefónica, tras su misteriosa desaparición, fue el momento en el que pensó que no podía haber nada peor que aquello. Como tantas veces en su vida, Kat se equivocaba.

Los días pasaron sin una sola llamada de Aleksei o tan siquiera un mensaje, como le había pedido. Lo cumplió, como le había dicho, y ella solo pudo saber de él a través de los medios de comunicación, que se hicieron eco de la triste noticia. Aleksei, saliendo del tanatorio con su madre; Aleksei, tras unos cristales oscuros; Aleksei, en el cementerio, sosteniéndose en Marie. Y así llegó el día en el que la gira comenzaba. El señor Ivanov no los acompañaba, lo que era un pequeño alivio para Katerina, que, durante unas semanas, se sentiría libre de nuevo: un minúsculo respiro.

—Kat, tienes que llamarlo, no puedes seguir así —le decía su amiga día tras día, llegando a agobiarla.

—Te he dicho cientos de veces que me dijo que necesitaba un tiempo y es lo que estoy haciendo, dárselo. —Y no entendía por qué, pero lo estaba cumpliendo. Una parte de su cerebro no comprendía la sumisión con la que había aceptado el ruego estúpido de una persona incapaz de pensar con lucidez en esos momentos. Muchas veces, el impulso de llamarlo la vencía, y se lanzaba al móvil, buscando en la agenda su nombre, hasta que recordaba las fotos con Marie. No era solo respeto hacia una decisión unilateral; era rabia, impotencia, incompreensión. Y era duda, esa que no la mataba, pero que tampoco la dejaba respirar.

Se despidieron de Franz, que seguía ingresado, pues la recuperación era lenta y soporífera para el pobre chico, que estaba harto de aquellas cuatro paredes blancas. Cogieron después el avión que los llevaría a la primera ciudad rusa de la gira internacional. Katerina iba sumida en sus pensamientos, los mismos que no dejaban de taladrar su mente cada segundo del día. En el vuelo, las azafatas los reconocieron y les pidieron fotos y autógrafos, que, aunque no le apetecían, con una sonrisa fingida aceptó. Al ir al baño, vio a un par de asistentes de vuelo charlando con una revista de la prensa rosa, donde se especulaba sobre la reconciliación del exitoso bailarín y la violinista. Sin saber bien cómo ni por qué, la relación que tenía, o había tenido, con Aleksei se estaba esfumando como si hubiera sido un paréntesis.

Y de golpe el avión se le hizo pequeño. Necesitaba escapar, huir, lanzarse en paracaídas, pero sentirse a salvo, segura. Se encerró en el baño y se llevó una mano al pecho, boqueando en busca del oxígeno, que no llegaba su cerebro ni a sus pulmones. Dio golpes en la puerta para que la ayudasen antes de encontrarla muerta por asfixia; para una nueva estrella rutilante no hubiera sido lo mejor. Una azafata la llamó, golpeando también la puerta y pidiéndole que la abriese. Desde el suelo, consiguió abrirla, pero seguía ahogándose. La azafata se arrodilló y le explicó que se trataba de un ataque de pánico; le rogó que se calmara, mientras le ofrecía una bolsa para respirar en ella. ¿Cómo podía pedirle que se calmara cuando el amor de su vida volvía a los brazos de la otra? ¿Cómo demonios se vencían los ataques de pánico cuando no estaba segura ni del aire que respiraba? Anastasia llegó hasta ella, al ver que tardaba en regresar y al oír a la azafata pedir calma a una chica.

El incidente del avión se ocultó a la prensa y, cuando llegaron a su destino y fueron recibidos por la prensa internacional, nadie dijo nada. El ataque de pánico jamás había existido y la sonrisa en la cara de Katerina regresó.

Después de aquel día, se hizo una experta en las falsas sonrisas; en ocultar, bajo capas de indiferencia, que no le afectaba el mundo exterior; en mostrarse invencible y feliz. Si Kat hubiese sabido que todas aquellas poses iban a ser vistas por la persona que las había desencadenado y que alimentaban la duda en él, jamás lo hubiera hecho. Los malentendidos, a veces, pasan factura y los suyos

acumulaban una importante suma en su cuenta.

**E**nterar en casa, una vez acabó toda la parafernalia del funeral, produjo a Aleksei la misma sensación que sentirse golpeado. Cada rincón de la casa olía a él; mirase donde mirase lo veía, con su amplia sonrisa y la esperanza en sus ojos puestos en él, siempre. El armario, con toda su ropa, sus libros sobre pintura; la vieja radio, donde escuchaba las noticias a diario, resistiéndose a comprarse una nueva porque «aquellos objetos tenían alma» y, al igual que nadie podía despojarse de la suya, él tampoco podía hacerlo.

—Cariño, échate un rato —le dijo su madre, tocándole la espalda. Si alguien debía acostarse, era ella, que tenía peor aspecto que un zombi. Se dio la vuelta y besó su frente arrugada. No quería abrazarse a ella o lloraría de nuevo. Lo curioso del llanto era la compuerta: una vez abierta no era sencillo volver a cerrarla. Finalmente la convenció y su madre se recostó en la cama con un batido de calmantes y pastillas que le ayudasen a conciliar el sueño, pues dormir se iba a convertir en un pasatiempo.

—Alek... —Marie llevaba una taza de café en la mano, que le ofreció a su expareja, a la que miraba como al principio de su relación: con la mirada repleta de ilusiones. El bailarín rechazó el café, había tenido bastante de eso por una temporada. Como estimulante había hecho su trabajo a la perfección, pero por un tiempo no pensaba volver a probarlo. Le recordaba a la muerte, al olor del tanatorio, al frío, a las miradas de pena y el dolor en estado puro. Marie se sentó en el sofá cerca de él, sin atreverse a arrimarse aún más por miedo a sentir el rechazo.

—Necesitas descanso. —De nuevo le decían qué debía hacer, cómo se debía sentir, y estaba empezando a hartarse. Se removió incómodo, echó la cabeza

hacia atrás y exhaló un suspiro. Ella entendió que no debía ir por ahí su conversación, así que se lanzó a la piscina sin saber que estaba vacía de agua—. Te echo de menos.

Aleksei se tapó la cara en un intento de evadirse de la realidad; quizá, al retirar las manos de la cara, ella ya no estaría allí y sería un simple delirio promovido por los últimos días. Marie tocó su muslo para hacerlo real; él se removió y se levantó del sofá, donde no soportaba estar.

—Para, Marie —le rogó. Ella se puso en pie y lo abrazó por detrás, pegando su mejilla a la ancha espalda del que creía el amor de su vida.

—Lo siento, Alek, lo siento tanto. No sé cómo me pudo pasar, estoy tan arrepentida. Mi amor, yo te quiero, nunca quise hacerte daño, lo juro. Tú eres toda mi vida. —Y la bofetada llegó, en forma de palabras que dolían y se clavaban en el alma como diminutos alfileres. Se ahogaba, con Marie pegada a él cual koala, con las palabras que hubiera deseado escuchar tiempo atrás, no entonces. Se despegó de ella y anduvo unos pasos por el salón hasta que pudo mirarla a los ojos, que brillaban con la emoción contenida, con el deseo de conseguir su sueño, con la incertidumbre y la esperanza en el fondo de ellos.

—Basta, Marie. No hablemos de esto, ya es inútil.

—No, no lo es —le respondió, corriendo hacia él. Lo cogió de las manos y a la desesperada siguió rogando—. Podemos solucionarlo. Yo puedo pedirme una excedencia en la orquesta y viajar contigo a donde tengas que ir. Mi carrera no importa, ese fue uno de mis mayores fallos.

—¿Y no lo fue él? —La saña se desprendía en cada una de sus palabras. Recordar todo aquello era absurdo, pero ella era la que había empezado. Marie se alejó unos pasos hacia atrás, con la vista fija en el suelo.

—Ya te he dicho que fue un error, lo sé. Te echo mucho de menos, tanto que no sé seguir sin ti. —Se mordió el labio, reteniendo las lágrimas, que estaban a punto de brotar. El nudo en la garganta le impidió continuar, necesitó unos segundos para serenarse antes de seguir suplicando algo que ya estaba roto—. Podemos empezar de cero, volver a ser Marie y Aleksei, la pareja de la que todo el mundo hablaba, la que todos admiraban

—¿Es eso lo que echas de menos?, ¿nuestra imagen pública? Porque en todo

ese discurso de ruego sinsentido no estoy escuchando ningún sentimiento verdadero al que pueda aferrarme para al menos replantearme algo. —Su mente era un hervidero en aquellos días, esa charla era lo que menos necesitaba.

—No, no, no, te lo estoy diciendo, Alek. ¡Te quiero! Estoy aquí, siempre he estado aquí. Somos humanos, cometemos errores, pero tú siempre has sabido perdonarlos. No me creo que ya no que quieras. —¿Quererla?, por supuesto que lo hacía; habían sido años de demasiadas cosas que vivieron juntos y que los hizo crecer. Pero ya no era la mujer que ocupaba su corazón, por mucho que ella se empeñara.

—Claro que te quiero, Marie. —Una llama de ilusión se encendió en los ojos dorados para desvanecerse al siguiente segundo—. Pero ya no deseo compartir mi vida contigo en ese sentido.

—Hay otra mujer —dijo ella, aunque sonó como si se lo dijera a sí misma para autoconvencerse de una realidad que iba a destrozarla viva.

—La hay. —De bruces, la realidad.

—¿Es mejor que yo? ¿También es música o es una de esas bailarinas espigadas anoréxicas? —La rabia flotó al verse rechazada.

—No voy a hablarte de ella, no tiene nada que ver contigo, déjala fuera de esto. La realidad que te empeñas en no ver es que tú me abandonaste por otra persona, te enamoraste de otro, no atendiste a mis ruegos cuando los hice, cometiste un grave error. No hay nada más miserable que arrastrarse por alguien que no te quiere igual que tú lo haces, y yo lo hice. —Marie estalló en llanto, ese que trataba de contener con la mano sobre la boca. Se tiró al suelo desolada, con ganas de dejarse allí, sin importarle tener que humillarse, pues se dio cuenta de que lo amaba, aunque ya era tarde. Aleksei se odió por haber provocado esa situación, pero ella necesitaba escuchar la verdad, esa que un día había caído sobre él y lo había destrozado por completo. Se agachó junto a ella y la abrazó. No era tan despiadado como para dejarla humillarse de esa forma. Lo que le dijo, que seguía queriéndola, era cierto, y verla así le dolía. Marie lloró en su pecho, sintiendo la pena más grande caer sobre ella. Mantenía la esperanza de volver a mirarse cómo lo hacían, de ser ella la que provocaba su risa, por la que daría la vida si fuera necesario. En el fondo, supo que su actitud había sido miserable con

él. Después de dejarlo, tuvo su lesión y no se preocupó por él; estaba sumida en la absurda nube del amor o del deseo, pues reconocer lo que tuvo con Johannes no era fácil.

—Y ahora, ¿eres feliz?—le preguntó, despegándose de su pecho, con los ojos clavados en él. Se distanció de su cercanía, que la estaba matando. Estar cerca de alguien a quien amas y no te corresponde era de las peores cosas que podían sentirse.

—No quiero hacerte daño, Marie, de veras.

—Necesito escucharlo para saber que es real y no un mal sueño.

—Si me vieras con ella, lo entenderías; si me vieras cómo soy al estar con ella... Mi risa, mi mirada, que la necesito a ella para ser... —Y aquello fue el remate final, el aguijón definitivo, la bofetada de realidad que lo hizo cierto. Con el poco orgullo que le quedaba, se levantó y, tras limpiarse el rostro, cogió el bolso.

—Quisiera decirte que te deseo lo mejor, pero no puedo —soltó sin mirarlo—. Y a pesar de todo, estaré aquí para apoyarte siempre. Perdí mi oportunidad, dejé escapar al hombre de mi vida, ahora lo sé. —Y tras la confesión que la perseguía desde hacía meses, Marie clavó sus tacones en el suelo, uno detrás de otro, camino a la salida. Aleksei por fin pudo despedirse de su historia con ella, en esa conversación de dejar el alma en carne viva, esa que nunca habían tenido. Rompió con ello, se despidió de la que una vez creyó el amor de su vida para empezar a perdonar y olvidar.

**K**at estaba cansada, no físicamente sino emocionalmente. Siempre se encontraba sin fuerzas, agotada mentalmente. La gira con el ballet era algo que debía ser su máxima ilusión, pero carecía de importancia desde la última llamada de Aleksei. Comprendía su dolor y que necesitara tiempo para recuperarse, pero ¿por qué la alejaba a ella? ¿Debía hacer caso a las revistas del corazón, que aseguraban que había vuelto con Marie? Katerina estaba en el limbo, sin saber a ciencia cierta qué sucedía con ellos. Aquella mañana soleada en Zúrich, no lo soporto más y pulsó «llamar». A los tres tonos, volvió a escuchar la voz que hacía semanas no le hacía saltar el corazón ni disparársele las pulsaciones.

—*Kat...* —Le costó reconocer la misma voz llena de vida tiempo atrás.

—Hola, Alek. Sé que me pediste tiempo, pero no aguantaba más sin escucharte —se excusó ella, con miedo a que le colgase y con la vergüenza, que le crecía en su pecho. Quizá él ya la habría olvidado, y estarían riéndose de la pequeña *ballerina*.

—*Está bien, ¿cómo va todo?*

—Bien, la gira está yendo muy bien. ¿Cómo estás tú? —Un silencio frío flotaba en el aire.

—*He estado mejor* —musitó.

—Claro...

—*Te echo de menos, Kat. ¿En qué ciudad estáis?*

—Ayer llegamos a Zúrich, donde vamos a estar tres semanas. —Alek hizo el cálculo mental de la distancia entre ellos. Era posible.

—*Seguro que estás brillando como siempre haces y deslumbras al público.* — La tristeza en su voz era más que patente, Kat la podía sentir a través del

auricular, y le encogía el corazón.

—Alek... —Quería decirle tantas cosas, pedirle que regresara con ella, que la abrazara muy fuerte y volvieran a la casa de su madre, en Viena, donde nada les afectaba y nadie podía romper lo que los unía. Deseaba mirarlo a los ojos para volver a encontrar el coraje que notaba que iba perdiendo.

—*Tengo que dejarte, mi vida. Voy a dar un paseo.* —Por fin una palabra cariñosa. Kat se llevó la mano al pecho, como si le acabaran de dar una buena noticia, pero nada más lejos de la realidad. Antes de poder seguir la conversación, él cortó la comunicación, y la dejó con la palabra en la boca.

—Te quiero...

Decía la emperatriz de Austria: «La voz de uno nunca debe estrangular los pensamientos propios ni ahuyentar los ajenos». La voz de Katerina la ahogaba; cada vez que pensaba en Marie compartiendo besos con Alek, cada día que pasaba sin tener noticias suyas, cada noticia que leía sobre el coreógrafo Aleksei Ivanov, de veintinueve años, que sobrellevaba la pérdida de su padre en la intimidad de su hogar junto a sus seres queridos. Kat no se separaba, esos días, del diario de su madre y de la biografía de la emperatriz Elizabeth de Austria, su heroína, con la que se sentía identificada en la forma de sentir, al igual que su madre lo había hecho antes.

—Hola, peque —la saludó Franz, con tono risueño.

—¿Cómo estás hoy? —Cinco semanas habían pasado desde su accidente y poco a poco iba recuperando las fuerzas y las ganas de salir adelante. Los médicos le habían dicho que, con mucha paciencia y rehabilitación, podría volver a bailar, aunque quizá no de manera profesional. Lo que no sabían era que el carácter del bailarín no le permitía ese tipo de pensamientos negativos.

—Bastante bien, hoy se ha incorporado una enfermera nueva y creo que ya la tengo en el bote. —El ligón empedernido de Franz le provocaba risas en aquellos aciagos días. Charlaron sobre la gira; Anastasia; su sustituto, del que se celaba por estar actuando en su lugar; el padre de Katerina, que parecía haberse relajado y no la atosigaba constantemente... hasta que llegaron al *quid* de la cuestión—. ¿Y qué sabes de él?

Kat no quería decirle a su mejor amigo que no sabía nada de él. Franz había

puesto el grito en el cielo al enterarse de su relación, pero confió en que él, al ser mayor que ella, la cuidaría y la trataría como se merecía. Cuando se enteró de la escasa relación que mantenían, maldijo entre dientes y la rabia se apoderó de él. Su dulce amiga no se merecía ese trato, la indiferencia, el dolor que le estaba causando, seguramente inconscientemente, pero que, aun así, dolía.

—Bueno, que está bien... —intentó engañarlo, pero si algo conocía a la perfección Franz eran todos los tonos con los que hablaba. Estaba el tono alegre, cuando algo la apasionaba, sobre todo la danza; el tono asustado, cuando debía enfrentarse a algo nuevo que la aterrorizaba; el tono meloso al hablar de las cualidades de Aleksei, y el tono *sotto voce*, el que estaba utilizando en aquel momento, cuando algo la superaba y le infligía tanto dolor que sus palabras morían antes de salir.

—Katerina, no tienes que inventar nada. Mira, peque, si él ha decidido que se ha terminado, debes aceptarlo, a pesar de no haber hablado, de no haber sido valiente y enfrentarse a ti. Pero, cariño, tienes que pasar página y seguir, no estás disfrutando del momento mágico que tienes la suerte de vivir. —Anastasia se había ido de la lengua y le había dicho seguramente cómo se encontraba.

—Franz, no seas injusto. Él ha perdido a su padre; yo perdí a mi madre y sé lo que es.

—No quieras excusarlo, eso es lo peor que puedes hacer. Sé libre de una vez por todas, libérate de tu padre, de los miedos que te atan a la pata de la cama, del mundo exterior. ¡Vive de una jodida vez, Katerina! —Una bofetada no habría dolido tanto.

—No te metas en mi vida, Franz.

—Tarde, llevo años haciéndolo y no voy a parar porque tú me lo digas. Te quiero demasiado, peque. —Kat se enfadó, a pesar de todo, con él, porque no quería ver la realidad ni sentirla tal cual era.

—Cuídate, ya hablaremos —le dijo antes de colgar. Llamaron a su puerta para avisarle de que el ensayo empezaría en breve. Resopló, mientras se ponía la mochila al hombro, agarró el pomo y dejó en la habitación la rabia y la pena que la estaban consumiendo.

\*\*\*

—Nastia, no vuelvas a hablar con Franz de mí —soltó de repente a su amiga, que iba dando saltos al saber que dos días libres las aguardaban después del ensayo al día siguiente. Se paró en seco y la miró con la culpa escrita en la cara.

—Él se preocupa por ti tanto como yo, no como A...

—¡Basta! No digas su nombre, no lo menciones, ¡dejadlo en paz! Ha perdido a su padre, por el amor de Dios. ¿Es que nadie tiene consideración? —Ese era el diálogo que mantenía consigo misma cada día. Se quería convencer de que el dolor le era tan intenso que no podía estar para nadie más que para su madre y para sí mismo. Marie revolotearía cerca de él, pero no la miraría, ni siquiera le prestaría atención.

Caminó deprisa hacia el hotel, y dejó atrás a su amiga, enojada con ella, con Franz, consigo misma por ser tan idiota, e incluso con Aleksei. Hacía tres semanas que no sabía nada de él, el trabajo la tenía absorbida por completo. Subió en el ascensor junto a una pareja que se comía con la mirada. ¿Por qué tenían que ser tan gráficos?; no hacía falta proclamar a los cuatro vientos que estaban embobados uno con el otro. ¡Maldita sea!, no se aguantaba ni ella misma.

—*Ballerina...* —Esa voz... no podía ser. Alzó la vista, a unos metros de su habitación, y se encontró con él, con un Aleksei diferente, más envejecido, sin luz, pero que le sonreía como siempre. Kat no lograba despertar del estado catatónico en el que se había sumido. Tuvo que ser él quien avanzase hacia ella; su voz grave seguía ahí, cálida como un día de verano—. Hola...

Kat abrió la boca para juntar sus labios a los de él, para recordarse y sentirse. La mochila cayó al suelo, y ella alzó los brazos para rodearle la espalda con ellos y acercarse lo máximo posible a su cuerpo. De puntillas, profundizó el beso, que se convirtió en una caricia húmeda y delicada. La lengua de Aleksei abrió los labios de ella, explorando, lengua con lengua, reconociéndose de nuevo. Mordió su labio para contener un gemido que lo ahogaba. Se besaron mucho, muy lento, muy bien, hasta que su cerebro se quedó sin oxígeno, y tuvieron que separarse.

Kat apoyó la frente en su pecho y él apoyó la cabeza en la de ella. Segundos, minutos, quién podría decir el tiempo exacto que permanecieron en esa postura. Kat subió la cabeza y lo miró; necesitaba asegurarse, con cada fibra de su ser, de que era real, de que estaba allí, con ella. Le sonrió y tiró de él hacia la habitación, donde empezarían a hablarse con la mirada de nuevo.

Tumbados frente a frente, se observaban, buscando algún cambio en su piel, en la forma de mirarse, pero todo seguía exactamente igual. Apenas parpadeaban, se estuvieron hablando con la mirada durante horas, hasta que un trueno acabó con ese silencio y Kat miró hacia el ventanal. Se levantó y fue hasta la pequeña terraza, abrió la puerta y salió a sentir la lluvia, que empezaba a caer. Las gotas caían sobre una Katerina que parecía estar descubriendo la lluvia por primera vez. Echaba la cabeza hacia atrás, y se empapaba con cada gota, con el ruido ensordecedor de los truenos de fondo.

Aleksei se asomó al quicio de la puerta y la observó relajada, expresiva, feliz. Ella se dio la vuelta al verlo allí; se mantuvieron la mirada unos instantes y, entonces tiró de su mano. Ambos se mojaban bajo la fina lluvia sin importarles demasiado el frío, que helaría sus huesos en breve. Se reían observando la lluvia, mirándose divertidos. Katerina se retiraba el pelo pegado de la cara cuando pilló a Aleksei, con la sonrisa curvada en sus labios, mirándola fijamente. Se fijaron en sus labios, que se llamaban a gritos, y se fueron acercando poco a poco, sin prisa. Primero se rozaron con la nariz, paseando la vista de los ojos a la boca y viceversa. Una leve cosquilla, dos, y los labios se encontraron en un beso breve, seguido de otro más largo, en el que se dijeron muchas cosas: que se habían echado de menos, que no querían separarse nunca más; se decían cuánto se necesitaban y el miedo atroz que aquello les causaba.

La habitación se iluminaba con cada rayo que precedía al trueno. Las manos de Kat habían perdido la vergüenza y se colaban bajo el jersey de Aleksei, peleando con la tela para dejarlo caer. Él se deshizo de la chaqueta de ella, casi arrancándosela de las ganas contenidas que resurgían sin permiso. El sujetador beige terminó de excitar al bailarín, que no se había sentido así en mucho tiempo. Dejó a la pequeña *ballerina* sobre el colchón mientras le quitaba las mallas con la ayuda de ella. Las bragas quedaron, entonces, al descubierto; paseó

un par de dedos sobre su monte de Venus y ella gimió.

Aleksei, apoyado sobre las rodillas, se lo quitó todo, mientras Katerina no dejaba de admirarlo. Se retorció humedeciendo los labios, más impaciente que nunca por volver a besarlo. Él deslizó las bragas por sus piernas hasta retirárselas del todo y lanzarlas a una esquina de la oscura habitación. Le quitó el sujetador, que le privaba de la vista de sus pechos pequeños, que avergonzaban a la bailarina, pero en aquel cuarto no había lugar para vergüenzas. Con la rodilla separó sus piernas, y sin palabras se entendieron a la perfección. De un empujón entró en ella, y se reconocieron, como si siempre hubiera estado allí. El cuerpo de Kat vibró y lo acogió en su interior contrayendo los músculos internos, que le sacaron un gemido a Aleksei de lo más hondo de su ser. Enroscó a su alrededor las piernas, con las que intentaba atraerlo hacia ella, aunque era imposible. Le lamía el cuello, bajando por la clavícula, donde mordió en un par de ocasiones. Katerina lo abrazaba por las espaldas y le clavaba las uñas, lo que provocaba que él entrase más adentro, con más fuerza. Alcanzó sus pezones, los frotó, lamió, tiró de ellos, besó y chupó hasta saciarse.

—Alek... —Él sabía que ella estaba a punto de llegar al orgasmo, de desbordarse en sus brazos. Con los suyos a ambos lados de su cabeza, empujó descontrolado, y se empaparon en un orgasmo húmedo que les puso la piel de gallina. Katerina gemía con los ojos cerrados, como queriendo retener el placer que la recorría entera; Alek, sin embargo, lo hizo mirándola con las ganas de retener esa imagen de ella debajo de él. Recuperaron la respiración lentamente, salió del interior de Kat y se tumbó a su lado, como un rato antes había hecho para mirarla a los ojos sin apenas rozarse.

—Te quiero, Kat. Somos mucho más, siempre. —Fue lo único que acertó a decir en un suave balbuceo. Con los labios hinchados, ella le sonrió, más confiada que nunca, y le devolvió la declaración

—Lo sé, ahora lo sé. —Aunque el amor que se respiraba estuviese en cada átomo de oxígeno de esa habitación, no duraría para siempre; al ser etéreo, volátil, se esfumaría por mucho que quisieran conservarlo.

Cuando Aleksei tenía veinte años, se enamoró por primera vez, de verdad. Antes de eso, había flirteado con algunas compañeras de clase sin llegar realmente a nada. Para ser hombre, según dictan los mandatos de la sociedad, era un tipo extraño: no andaba corriendo juergas, de una mujer a otra, sin importarles sus nombres. Aleksei siempre fue muy disciplinado en todos los aspectos de su vida; quizá haber entrado en una de las academias más prestigiosas del país lo hubiera influido. No era extraño que las chicas murmuraran a su paso y se sonrojaran con una mirada del bailarín; sin embargo, él estaba más preocupado en hacer bien el *grand jête*. No fue hasta la veintena que cayó en las redes del amor. La chica era una de las bailarinas de intercambio, que procedía de un país vecino; se había incorporado a su grupo para estar en su academia dos semanas. ¿Quién puede afirmar que se necesita un largo período de tiempo para enamorarse? ¿Acaso no puedes enamorarte en un intercambio de miradas, en un baile?

La joven bailarina era pelirroja, con pecas y ojos claros como los suyos, y por aquel entonces, más atrevida que el propio Aleksei. Fue ella quien se le acercó a invitarlo a bailar en una de las clases de baile contemporáneo y, desde ese momento, se hicieron inseparables, dentro y fuera de la academia. Los catorce días que estuvieron juntos fueron los más increíbles para él; con ella aprendió el significado de las miradas, los tibios roces, el amor en mayúsculas, el sexo... Pero al igual que llegó, en silencio y sosegado, se marchó. La chica debía regresar a su casa a continuar trabajando en su academia y, aunque Aleksei le había prometido amor eterno y seguir en contacto, fue todo en vano. Arabella, su primer amor, le pidió quedarse con el bonito momento que ambos habían

decidido compartir. Nada más.

Después de ella tuvo escarceos, romances fugaces y relaciones de piel, hasta que llegó Marie y se enamoró nuevamente. Con ella volvió a sentirse como aquella primera vez con Arabella, convencido de que era el amor de su vida, lo que se denomina alma gemela. Por eso, su traición con Johannes fue tan dura de asumir que lo abrió en canal y le dejó una marca. Su lesión tuvo lugar poco después y lo dejó bastante hundido. Por eso, trabajar como coreógrafo secundario, en una de las compañías de ballet más importantes del mundo, fue un soplo de aire fresco. Y Kat, su pequeña y dulce Kat, lo hechizó al primer roce y, desde que la mágica conexión los unió, nada fue igual. Las cosquillas en el estómago, su olor a avena, la sonoridad de su risa...: todo en ella le gustaba. Por eso, aquella forma de responderle a su «te quiero» lo frustró. Con ella debía tener pies de plomo, asegurarse de que pisaba tierra firme en cada paso. El tiempo que habían pasado separados había sembrado muchas dudas en ambos, pero Aleksei creía firmemente que todo volvería a su cauce estando juntos. Ahora, dudaba.

—¿Qué has querido decir con «ahora lo sé»? ¿Dudas de que te quiero, Kat? — Ella suspiró, asustada por esa conversación que tendría lugar en algún momento. Desnuda bajo las sábanas, se sentía vulnerable, así que se tapó con ella hasta la barbilla y se mordió el cachete por dentro—. Mírame.

—Las últimas semanas me lo han hecho dudar un poco, a decir verdad. Tú has estado tan distante... —Aleksei refunfuñó. Se levantó de la cama, se puso la ropa interior y el pantalón, y se sentó de nuevo en el borde de la cama.

—Mi padre murió, Kat. No he estado de paseo. —Ella se sintió mal por lo que le había dicho, pero tenía que sacarlo de dentro, le estaba haciendo demasiado daño.

—Lo sé. —Se sentó en la cama, también cubierta por la fina sábana, mientras una tormenta en toda regla seguía cayendo sobre Zúrich.

—No, no lo sabes, Katerina —explotó Aleksei, aferrándose a las sábanas con fuerza—. No sabes una puta mierda, porque cuando tu madre falleció eras una cría y no la viste morir —le espetó, mirándola con frialdad—. No viste a tu padre desgañitarse llorando, aferrado a tu madre, porque se iba el amor de su

existencia y todo por lo que vivía. No lo entiendes porque tú no has sentido cómo te cavaban un agujero profundo en el pecho y lo vaciaban de todos los sentimientos que te ligaban a ella. No puedes comprenderlo porque no has sentido que la vida se te iba con ella cuando la enterraban bajo tierra y ya nunca más verías su sonrisa, ni charlarías con ella ni disfrutarías viéndola simplemente andar. ¡Tú no sabes nada!

Aleksei se levantó de la cama, se puso el jersey y tiró de la chaqueta, que quedó abandonada en la butaca de la habitación. Salió dando un portazo y dejó a Kat sintiéndose una verdadera porquería. Se encogió agarrándose a las rodillas, pensó en la pesadilla por la que había atravesado, pero apenas la había dejado explicarse. No podía acusarla sin escucharla. Ella había estado para él, solo que él no había querido estar con ella.

De madrugada regresó, arrastrando los pies, lo que hizo creer a Kat que estaba borracho y debía lidiar nuevamente con una conversación para lo que no estaba preparada. Lo que vino fue peor.

—Lo siento —murmuró él, sin atreverse a mirarla a la cara tras su reacción. Katerina, enfundada en su pijama de invierno, seguía sentada en la cama, abrazada a las rodillas, mirando por la ventana. Aleksei estaba empapado, goteando agua a raudales, que creaba un charco en el suelo. Ella no lo miró; le había hablado de malas maneras, estaba pagando su dolor con ella. Entendió que estaba molesta y con motivos. Fue al baño a quitarse la ropa húmeda, se dio una ducha caliente, y salió de nuevo a la habitación hostil.

Al salir del baño, se encontró a Kat de pie, junto a la ventana. Había encendido una luz; ya no iluminaban la habitación, únicamente, los rayos, que no cesaban.

—Si no sé por lo que has pasado, es porque tú me has alejado; no fui yo la que tomé esa decisión. No me culpes de algo que ni siquiera fue elección mía —le echó en cara ella.

—Tienes razón. Necesitaba espacio, tiempo... no sé qué coño necesitaba. Y te juro que era lo que quería, pero al mismo tiempo esperaba que tú estuvieses ahí de alguna forma, que me mandases un mensaje, algo... ni una triste llamada. — Aquello le dolió a Kat.

—Perdona por no saltarme tus deseos. Creía que no querías que estuviera a tu

lado, te apoyara, que no querías saber nada de mí. —Su voz era dura y directa. Cruzada de brazos, le mantenía la mirada.

—Ese es tu puto problema, Katerina: que siempre piensas lo peor de ti misma, siempre crees que la gente te abandona; y esas son tus mierdas, Kat, no las mías. ¿Acaso no se te ocurrió consolar a tu novio, aunque no pudieras estar a su lado físicamente? No sé, Kat, ¡algo, joder! —Las lágrimas le escocían en los ojos, pero no iba a darle el gusto de ver cómo lloraba. Rebuscó en su móvil el arma de contraataque y se lo pasó, estampándoselo en la palma de la mano—. ¿Qué coño es esto?

—No parecía que te hiciera mucha falta. ¿Es eso verdad? ¿Has vuelto con ella? —Aleksi la miraba alucinado. ¿Cómo podía pensar que había vuelto con Marie después de haberse acostado con ella?

—Joder, ¿es en serio? ¿Crees que estoy jugando a dos bandas?, ¿que te estoy engañando? Por Dios, Kat, nos hemos acostado hace unas horas. ¿Es ese el concepto que tienes de mí? —Pero ella no sabía qué pensar. Las revistas aseguraban que se habían comprometido y que se casarían en los próximos meses.

—¿Y qué se supone que tenía que creer?! Me dijiste que te dejara un tiempo, Alek, que no podías..., pero bien que podías con ella, ¿no? Después de todo, es mucho mejor que yo; ella sí que puede entenderte, ¿verdad? ¿Te divertiste siendo el coreógrafo del que se enamoraba la estúpida de la insegura bailarina, huérfana de madre, a la que su padre odia? Y cuando te aburríste de ella, volviste a los brazos de la adúltera de tu exnovia. Felicidades, Aleksi, porque lo has hecho genial. —La miraba con fijeza, perplejo ante las barbaridades que le acababa de soltar, sin ningún filtro de por medio. Katerina no acertaba a saber de dónde demonios salía tanta rabia, pero ya no había marcha atrás; solo podía ir hacia delante, pasase lo que pasase.

—¿Esperas que te diga que tienes razón?, ¿qué tú solamente fuiste el bálsamo para recuperarme de lo que me hizo? ¿Quieres saber lo que ha pasado entre ella y yo este tiempo o prefieres creerte tu mierda de mentira? —El corazón de Kat se estaba rompiendo en pedazos; la saña con la que se estaban hablando no podría borrarse por mucho que quisieran.

—Yo solo hablo de lo que veo; está ahí, en las fotografías, en tu risa, en tu mano, que agarra la suya, en tus labios sobre su pelo... —Se le quebró la voz, cargada de lágrimas, a punto de deshacerse.

—No puedo creerlo, sencillamente es demasiado. —Hizo ademán de darse la vuelta, pero volvió a mirarla—. ¿Después de todo lo que hemos sentido, de lo que hemos vivido? ¿En serio, Kat? —La contemplaba con impotencia. Ella lo miraba altiva, muy segura de que su teoría era la correcta, y él había sido tan despreciable que la había engañado a la mínima. Si pensaba eso de él, quizá no merecía la pena seguir dándose contra un muro de inseguridad y miedos que no le pertenecían. Su indiferencia pudo con él; suspiró, sintiendo el dolor salir de su cuerpo lentamente, aunque de poco sirvió, pues permanecía allí. Se dirigió hacia la puerta, la abrió y se cerró. Katerina pudo escuchar los pasos de él al alejarse. Y, entonces, las lágrimas surcaron su rostro, sin compasión, con sollozos fuertes y gemidos que le provocaban una brecha en el alma. ¿Cómo demonios habían pasado de hacer el amor a acabar hablándose de esa manera tan sórdida?

Kat fue hasta la puerta, depositó ambas manos y se dejó caer contra ella. Sentía cómo le ardían los ojos, se odiaba por sentirse vulnerable e idiota, destrozada, decepcionada... Dejó que el llanto fluyera y que su cuerpo se convulsionara hasta que se tumbó en el suelo, en posición fetal. Trataba de taparse la boca para reprimir los violentos sollozos que no dejaban de escaparse, traicioneros. ¿Cómo podía haberse desencadenado la misma tormenta del exterior en aquella habitación?

Colin Thomas era un bailarín prolífico, con un talento innato para el baile. Nacido en los suburbios de Nueva York, hacía veintitrés años, había luchado por su sueño desde que era un niño. Sus padres, con muchísimo esfuerzo, se desvivieron tanto por él como por su hermana Lynn y estuvieron de acuerdo en casi todo siempre, a excepción de en su nombre. La madre quería llamarlo Thomas por el actor americano Tom Hanks, del que se había enamorado en la película *Philadelphia*; sin embargo, su padre era un irlandés de pura cepa que deseaba seguir con la estirpe familiar. Por eso, su primogénito debía llamarse Colin, como él mismo, su padre, el padre de su padre, etcétera.

No llegaron a un acuerdo, por lo que acabó teniendo dos nombres. En la escuela, fue diana de mofas en los difíciles años de la adolescencia, cuando lo llamaban por su nombre completo: Colin Thomas Cárthaigh Williams. Lo apodaron «el rey», y no en el buen sentido. Los matones del instituto decían que parecía un rey por tanta parafernalia en el nombre, pero, a pesar de ello, no tuvo una adolescencia complicada. Colin Thomas tenía un talento natural para conquistar a las personas, ya fueran hombres o mujeres. Se los llevaba de calle desde que era un crío, con esos ojos esmeralda, herencia de la tierra paterna, como decía su padre, orgulloso. Nunca se metió en una pelea ni tuvo dramas con las chicas; siempre supo lo que quería, desde un principio, y eso, para ser un mocoso que apenas levantaba un palmo del suelo, era de admirar.

Por eso sabía que su destino lo esperaba lejos de su hogar, de los suyos, de la trillada zona de confort. Y tras muchos viajes, pruebas decepcionantes, rechazos, uno tras otro, fue adquiriendo experiencia y se fue haciendo más duro. El día que hizo la prueba para ser el sustituto del príncipe Sígfrido en una compañía de

ballet internacional lo sup:, que todo había valido la pena, que los sueños merecían ser peleados porque al final, tarde o temprano, se hacían realidad.

—Buenos días, Odette —saludó con entusiasmo a Katerina, que, ojerosa y con la mirada triste, le dio los buenos días con un movimiento de cabeza. Algo no andaba bien allí. Desde que había conocido a la gran promesa del ballet, se había enamorado sin remedio, no de una manera física ni tangible, sino de su talento, de sus movimientos; estaba enamorado de su forma de bailar.

Comenzaron el ensayo con más errores que aciertos. Sergey regañó en muchas ocasiones a Kat, que no dejaba de caerse al suelo, perdía el equilibrio. No estaba concentrada en lo que tenía que hacer y se odiaba por ello, lo odiaba a él por haberse entrometido en su trabajo.

—Katerina, si vas a seguir actuando como una estudiante, mejor te vas al hotel.

La bailarina se levantó del suelo ayudada por la mano de Colin, que no dejaba de sonreírle, lo que insuflaba su ánimo, ese que ella tenía por los suelos. Acabado el ensayo general, se despidieron hasta dos días después, pues hacían un pequeño descanso.

—¿Qué te sucede? —Se acercó el amigo, en esta ocasión, a interesarse por ella.

—¿Me lo pregunta el coreógrafo o eres tú, Sergey? —le respondió con inquina. Él la ayudó a quitarse las zapatillas de lona en un gesto cariñoso, aunque aún seguía molesto por su actuación.

—No sé qué diantres te ha pasado hoy, Kat, pero esa no eres tú. Si puedo ayudarte, sabes que solo tienes que pedirlo. —Ella le agradeció sus palabras, pero el nudo de la garganta le impedía hablar. Se excusó diciéndole que estaba muy cansada, pues la gira estaba siendo agotadora. Recogió sus cosas y se marchó sola al hotel. Salió rápidamente, para no dar explicaciones a Anastasia ni al propio Sergey, que no dejaba de mirarla con el ceño fruncido.

Caminó por las calles de Zúrich sin rumbo. Conocía poco la ciudad, pero no quería encerrarse en el hotel durante dos días, en los que lloraría y odiaría a Aleksei por romperle el corazón. Nunca pensó en vivir el resentimiento, el rencor que albergaba su pecho desde que había sentido cómo la abofeteaban. Las dudas; Aleksei, que le pedía espacio a la vez que deseaba que estuviera cerca; las

noticias sobre su relación con Marie, esa tercera persona; los celos; las palabras que resonaban en su mente y le abrían la herida...

—Katerina... —Su voz grave caló entre la neblina de pensamientos que poblaban su atormentada mente. Ella giró la cabeza y lo vio de pie, a pocos metros de ella, que estaba sentada en un banco en uno de los puentes de la ciudad.

—¿Cómo me has encontrado?

—No lo he hecho, estaba caminando por la ciudad y te he visto aquí. Habrá sido el destino, ese que juega barajando las cartas y repartiendo a su antojo. —Kat volvió a mirar hacia el río y los edificios medievales que lo rodeaban. Le recordaba a su hogar en Viena y se sintió reconfortada, segura. Aleksei caminó hasta ella y se sentó a su lado, dejando un espacio entre ellos que profundizó un poco más la brecha.

—Kat —le dijo—, yo... lo siento.

—No pasa nada, han sido demasiadas cosas.

—Pero no debería haber estallado de esa manera, tendría que haberte dicho las cosas con calma y, sobre todo, con sinceridad. —Ella cerró los ojos, tratando de apartarse de la realidad que la comía. «Con sinceridad», ahí llegaba el fin. Ninguno de los dos se miraba, oteaban el horizonte como si la conversación fuera entre el río y ellos.

—Yo también dije cosas... hirientes, pero lo peor de todo es que yo no lo siento, Alek. —Giró el cuerpo y lo miró a los ojos con pena—. Yo quería decir todas y cada una de las cosas que te grité. ¿Y sabes por qué? Porque me dueles, Alek, mucho y tan fuerte que me da miedo quererte así. Porque me dolió que a mí me apartaras, cuando lo era todo para ti ,y la eligieras a ella. Tiraste por tierra todos y cada uno de los momentos que vivimos juntos, los arrugaste y les quitaste el brillo que los envolvía. Y a mí me has quitado ese brillo; ya no deslumbro, Alek, y eso es algo que no te puedo perdonar —le espetó, con más dolor que rabia. Él la miró asombrado, pues no se esperaba esa respuesta, que lo dejó descolocado, con la rabia, que le afloraba.

—¿Todo se reduce a ella, a unos celos absurdos? Joder, Kat, creía que eras más inteligente.

—No me insultes, basta ya, Alek. Tú eres el que abandonaste, el que quiso espacio y puso la distancia entre los dos. No sé si te habrás acostado con ella, si te vas a casar y a tener muchos hijos rubios y de ojos azules, pero lo que sí sé es que yo ya no estoy aquí para ti. Me ayudaste a crecer, a reafirmarme y luchar para ser quien soy. Siempre te estaré agradecida por ello, pero no es suficiente. No lo es...—insistió.

—¿No lo es? ¿Me estás diciendo que no me quieres? —El corazón de Alek volvía a fragmentarse de nuevo en un escaso intervalo de tiempo. No podía soportar más dolor.

—No es eso, Aleksei. Claro que te quiero, pero a veces no basta. Hacen falta más cosas, como la confianza, la sinceridad, y esas son cosas que ya no tengo por ti —apuntó, con la congoja en la voz.

—¿Esto es alguna clase de castigo porque me fui? Porque te recuerdo que me fui a ver morir a mi padre. No sé cómo cojones has dado la vuelta la tortilla dejándome a mí como el malo de la película. —La desesperación se estaba apoderando de él al ver cómo se le escurría de las manos lo que más amaba.

—En la ruptura de una relación, no hay malos ni buenos, Alek.

—¿Estás rompiendo conmigo? —se encaró a ella.

—Estoy confirmando algo que lleva roto hace tiempo. Todo fue demasiado deprisa e intenso —suspiró, antes de levantarse para marcharse.

—¿Hay otro?, ¿es eso? ¿Es ese tal Colin?

—Deja a Colin fuera de esto, solo es un amable compañero de trabajo —le dijo, de espaldas a él.

—Sí, sí, muy amable. Sergey me ha hablado de él y, al parecer, bebe los vientos por ti. —Kat se cubrió la cara con las manos, escondiendo la vergüenza ajena que le estaban dando las palabras de Aleksei. Nunca se había parado mucho a pensar en qué era el amor, pero de lo que estaba segura era de que, si te hacía sufrir, no debía de ser muy bueno. Cuando algo te hace sufrir, no está bien. La frase «quien bien te quiere te hará llorar» era lo peor que se le podía decir a alguien. Quien te quiere evitará todas tus lágrimas y te sujetará para que no caigas, te recogerá del suelo si lo haces, y se quedará contigo en cada momento difícil del camino. Y, en algún punto del camino, él lo hizo. El Aleksei que había

vuelto a su vida era un completo desconocido, que le hacía daño cada vez que abría la boca; y Kat tenía que concentrarse en su carrera, en ser alguien, en evolucionar. Si ese camino lo recorría de la mano de alguien, perfecto, pero, si le iba a restar más que sumar, no era aceptable.

—Será mejor que paremos esto antes de que nos arrolle —murmuró, mirándolo en ese momento con el brillo acuoso de unas lágrimas que necesitaban brotar para expulsar el dolor.

—¿Más?, porque a mí ya me has arrollado con cada palabra que has pronunciado. Mira, mi vida, podemos solucionarlo. Yo te quiero y tú me quieres, podremos superar el resto. —Pero ella no quería continuar sobre guijarros que se hundían bajo sus pies. Katerina quería pisar suelo firme, y con Alek no lo estaba haciendo; demasiadas dudas se habían interpuesto entre los dos. «Cuando dos personas han logrado quererse durante tanto tiempo y a pesar de todo, el amor se vuelve generoso», decía la emperatriz de Austria, con más razón que un santo.

Ella lo quería, pero no era su destino seguir juntos. Un día, había leído en la biografía de Isabel de Austria que a veces la gente pasaba por nuestra vida, por una estación, a enseñarnos una lección, a vivir algún momento con nosotros; sin embargo, otra se quedaba para siempre. Aleksei no era de las segundas; él estaba de pie a unos escasos pasos de ella, que podía sentir su aliento en la cara. Pero Kat ya no estaba allí. Acarició su mejilla con la mano, reteniendo cada rasgo de su rostro, de la luz que siempre desprendían sus ojos. No se dijeron más. Así pusieron el punto final a una historia que los había llevado a la cima, les había hecho encontrar la definición exacta del amor.

—No puedes alejarte del todo cuando una conexión tan fuerte nos une. —Ella dejó de tocarlo, entrecerrando los ojos, sin comprender nada. Entendía el momento que atravesaba ella, necesitaba afianzar su carrera, y todo lo que había pasado entre ellos la había desconcentrado, alejándola de cumplir su sueño.

»Hay una leyenda celta sobre las almas gemelas, y créeme cuando te digo que, antes de ti, nunca creí en ese tipo de cosas. Dice la leyenda que las almas que se desprenden sienten el dolor de desarraigo y la pena, pues esas almas nacieron juntas y aprendieron a amarse: sin embargo, esa pena no es en vano, ya que las diosas de la vida celta les enseñan así a superar los escollos a lo largo de la

historia en la tierra Cada alma separada aprende su camino por sí sola y dependerá de ella absorber las enseñanzas más tarde o más temprano. Pero también se cuenta que las almas gemelas, en cada vida que pasan por la tierra, se buscan para encontrarse y ver si aprendieron lo suficiente como para merecer vivir nuevamente juntas. A veces se encuentran en un instante de una vida; otras se quedan unidas definitivamente, el estado ideal para las almas, y en otras ocasiones pueden no encontrarse en una vida o en varias. Todo depende de lo que haya aprendido cada alma. Yo creo en algo más: yo creo que tú y yo hemos estado unidos por una mágica conexión, incluso antes de conocernos. Por eso nadie llegó a tu vida a hacerte soñar con cisnes que se convertían en princesas felices, ni ninguna de las mujeres que pasaron por mi vida llegó para quedarse, pues no llevaban esa conexión atada a mí, ni siquiera Marie. —Aleksi estaba confuso, no sabía si aquello era el fin o simplemente una pausa que necesitaban hacer. ¿Qué más daba? Quedaban tantas cosas por decirse que necesitaba decirle alguna más antes de dejarla ir, quizá por un tiempo, quizá para siempre.

—Basta, por favor... —le rogó ella, apartándose de Aleksi, que la agarró por los codos y la acercó a él.

—Estamos unidos por la conexión, por eso decir «te quiero» siempre fue insuficiente, y por eso sentías que «te conecto» lo definía como se merece. El hilo de la conexión está atado a tu meñique desde el primer día que bailamos juntos en la sala de ensayo, siendo unos completos desconocidos, y, si no crees en el destino, no importa, porque ataré ese hilo a tu dedo y no dejaré que se rompa. Nunca —le dijo antes de avasallar su boca con las manos, que enmarcaban el rostro perfecto de Kat; el restallido al chocar sus labios, un beso húmedo en el que impregnaron todos los sentimientos que los habían asolado y dejado a oscuras, sin brillo. Cuando las lenguas dejaron de despedirse, un beso corto y breve fue el último que unió sus bocas—. Nosotros somos mucho más, siempre. —Se separaron, y entonces sí fue el acto final de una historia corta, intensa, bucólica, de esas que una escritora de novela romántica se moriría por escribir para poder soñar con un amor como el que vivieron, fugaz, brillante, que dejó una marca en sus vidas para siempre.

## ACTO IV

## Un año después

Nueva York era la ciudad ideal. Katerina levantó la vista hacia el edificio Metropolitan Opera House y sonrió. Era primera bailarina de una de las compañías más importantes del mundo. No era la primera vez que confiaban en ella, pues un año antes había estrenado *El lago de los cisnes* con otra compañía internacional. Aquello había sido el trampolín para otras compañías; por eso, cuando la llamaron para ofrecerle aquella oportunidad, vio que sería un cambio de aires que daría un giro radical a su vida. Tras la amarga despedida en el puente de Zúrich, había regresado al hotel, donde se había pasado dos días llorando junto a Anastasia. Aleksei desapareció de su vida como si jamás hubiese pasado por ella. Su amiga la ayudó a expulsar el dolor y, en los momentos en los que se serenaba, analizaban su situación...

—Quizá sea lo mejor, Kat. —Ella la miraba con los ojos anegados en lágrimas, sin comprenderla—. Quiero decir... él acaba de pasar por un duro golpe y, después de todo, no ha sido una despedida definitiva, según me dijiste por el rollo ese del hilo y la conexión, ¿no?

Katerina no quería pensar, se sentía frustrada y dolida. Cuando llevas más de treinta horas llorando, es difícil volver a conectar con la realidad. Anastasia fue estricta con ella horas antes de volver al ensayo general.

—En pie, vas a ducharte, a vestirte, desayunaremos y volveremos al trabajo. La vida sigue su curso, Kat. Puede que te hayas enamorado por primera vez y sientas que el mundo se está derrumbando a tus pies, pero vendrán más que te harán sentir igual. —La bailarina sentía náuseas al pensar en otro hombre

besándola o abrazándola. Se enfadó con Nastia por valorar tan pobremente su historia con Alek. Ella le había contado detalle a detalle lo sucedido con él, lo que ambos sintieron.

—¡Tú no sabes nada! ¿Acaso te has enamorado alguna vez así? No, porque tú vas de bailarín en bailarín sin durar más de dos meses. No te aferras a nadie, no sientes —le espetó, con toda la rabia que le hervía en las venas. Su amiga, con paciencia, se sentó en la cama y le confesó lo que llevaba oculto hacía tiempo.

—No, ¿eh? Llevo años enamorada del mismo hombre con el que estudiaste en la academia; años viendo cómo se enrolla con una tras otra, así que ¿por qué iba a ser yo la santa devota, enamorada como una idiota, de Franz? Empecé a salir con unos y otros solo para llenar espacios físicos, pues el emocional solo pertenece a uno, a él. Lo único que puedes hacer es seguir, apartar de tu mente a Aleksei y seguir sobreviviendo. Espero que lo hagas con más dignidad que yo. Cada vez que lo veo con una chica colgada de su brazo, deseo morirme. Esto no mejora, Kat. Cuando llega esa persona y no estáis juntos, es una mierda. —Se quedó petrificada, pues jamás se había percatado de sus sentimientos. Se dejó caer en la cama junto a ella, y la acarició para que, si así lo deseaba, llorase con ella—. Es inútil, Kat, no me quedan lágrimas que derramar. Franz no me ha mirado así nunca y, aunque quisiera decirte que duele menos, no es verdad. Pero he llorado todo lo que debía. —Apoyó su mano sobre la de Anastasia y le besó el pelo por encima de la oreja.

Se abrazaron un rato antes de volver al trabajo. Katerina también derramó todas las lágrimas que le quedaban por él. Ese día el ensayo fue mejor, estaba un poco más concentrada y poco a poco fue mejorando. Siguieron con la gira, viajando sin parar, atendiendo a los medios de comunicación y andando un paso detrás de otro. Regresó a su casa semanas después y se encontró con su padre, que seguía pendiente de ella, pero la distancia le había dado más fuerza y ya no se sentía tan desvalida en su presencia.

Cuando la oferta de Nueva York llegó, su padre quiso hacer las maletas inmediatamente para seguirla en su ascenso triunfal. Aquel fue el momento en el que Kat rompió con él de una vez por todas.

—Papá, te quiero. Sé que no has sido el padre que me merezco, pero no te

culpo por ello, ya no. —Comenzó a soltar el lastre que llevaba años tirando de ella.

—¿De qué demonios hablas, Katerina? —preguntó, enojado.

—Me refiero a que, cuando mamá murió, todo se vino abajo. No eras el hombre sonriente que miraba con los ojos arrebolados de un amor puro, ni el que me llamaba Kat dulcemente. Durante años has sido el padre hosco, tirano y dictador que puso un muro entre su hija y él. Y ¿sabes qué?: yo no me lo merecía, papá, no tuve la culpa del accidente de mamá. Yo también perdí un pilar importante de mi vida, y la única persona que me quedaba en este mundo me trataba con frialdad, como si no le importase en absoluto.

—Yo... no sé de qué estás hablando. Mejor ve a hacer las maletas y deja de decir tonterías. —Su padre se puso a rebuscar en el cajón donde guardaba los pasaportes. Katerina se acercó a él, agarró su mano y negó con la cabeza.

—No, papá, ya no. Ahora me toca a mí vivir mi vida como yo decida, sin presiones ni miedos a engordar un gramo. Me toca por fin ser libre y disfrutar de mi carrera, que está despegando. Quiero ser simplemente Katerina, la niña que corría sonriendo por los campos vieneses mientras cogía flores, la que metía los pies en el arroyo de al lado de nuestra casa y chillaba de emoción. Quiero ser de nuevo esa chica, pero necesito hacerlo sola. Al menos por ahora, papá —le dijo al final, suavizando las palabras al ver el brillo en los ojos de su padre. Debía ser clara y directa, pero a la vez no quería hacerle daño, no el que él le había hecho a ella durante años. El señor Solokov se alejó unos pasos, se tocó el mentón y comprendió.

—Sé que no me he comportado como te mereces, pero solo mirarte era ver a tu madre. Me dejó cuando más la necesitaba, yo no entendía de niñas, lacitos ni tutús. No sabía cómo tratarte, cómo verte sin que me doliese el alma. —Se le quebró la voz sin que pudiera seguir hablando.

—Lo sé, papá, y por eso creíste que la indiferencia era lo mejor, pero fue lo peor. Yo no necesitaba a un profesor que me guiara, para eso ya tenía a los de la academia. Simplemente necesitaba una caricia, una frase a liento, a mi *padre*. —Las lágrimas se escaparon de los ojos de ambos y, contra todo pronóstico, se fundieron en un abrazo. Katerina lloró por todos los abrazos que él le había

negado durante años, por las risas que no inundaron su casa, por los besos que se quedaron suspendidos en el aire. Aún les quedaba un largo camino por recorrer, muchas conversaciones pendientes, reproches, gritos..., pero ahora era el momento de la bailarina.

Y, por fin, libre de lastres y de cargas, Katerina se marchó a Nueva York. Dejó atrás su primer ballet como *prima ballerina*, a Franz ya recuperado, pero tomó la vuelta a los escenarios con calma, a su mejor amiga, que cuidaba del hombre que amaba en silencio, y a su hogar en Viena. Se fue a la ciudad de los rascacielos junto a su compañero Colin, del que se había hecho inseparable desde la gira.

—¿Preparada, compañera? —La rodeó con el brazo antes de subirse al taxi que los llevaría al aeropuerto. Ella lo miró indecisa, suspirando. Su padre rozó su hombro y ella se giró antes de darle un caluroso abrazo con los ojos cerrados. Quiso retener en él todo lo bueno que había venido después de su sincera charla. El señor Solokov le habló mucho de su madre, de lo que la apasionaba la danza, de su eterna sonrisa y cuánto amaba a su hija. Fueron días de reconocerse nuevamente, de reencontrarse, abrazarse, quererse, besarse y apoyarse. Su padre entendió que no podía vender la casa de Viena, y de hecho le aseguró a su hija que iría a menudo para enfrentarse a los fantasmas que habían poblado su vida.

Tras separarse de él, fue hasta Franz y a Anastasia, que la miraban entre orgullosos y tristes. Los tres se abrazaron, diciéndose muchas cosas con el cuerpo. Katerina consiguió alejarse de ellos, pidiéndoles una promesa de ir a verla. Sus amigos asintieron y le dieron un beso en la mejilla cada uno. La bailarina caminó de espaldas, acercándose al taxi y reteniendo en su retina la imagen de sus mejores amigos, que se dieron la mano sin mirarse. Kat deseaba que aquello tuviera algún significado, pero prefirió no hacer ninguna señal a Anastasia; esta simplemente le sonrió, antes de lanzarle un beso con la sonrisa dibujada en el rostro. Se dio la vuelta, besó a su padre por última vez y entró en el taxi.

Y allí empezaba su nueva vida, en un apartamento de la Quinta Avenida, junto a la persona que menos esperaba. Colin era la viva imagen de la felicidad, siempre sonriente; por muy cansado que estuviese, nunca se le notaba. Cuando notaba que la nostalgia atacaba a su compañero de piso, hacía cualquier tontería

para hacerlo reír. Muchos pensaron que era pareja, incluida la prensa del corazón, pero, cuando les hacían ese tipo de preguntas, ellos se miraban cómplices y sonreían, lo que dejaba la duda en el aire. Sin embargo, una mañana de mayo, ni siquiera sus payasadas consiguieron animarla. Había salido a hacer *footing* y, al pasar por un quiosco, una imagen la detuvo. En ella aparecía el bailarín Aleksei Ivanov, de treinta años, en una rueda de prensa. Kat cogió el periódico con manos temblorosas, y sintió cómo el corazón se le paraba al verlo de nuevo. Anunciaba, según la publicación, su retirada definitiva de los escenarios: nada lo vincularía al mundo de la danza a partir de entonces. No pudo seguir leyendo por más tiempo; entre otras cosas, porque el quiosquero le exigió que pagase para seguir leyendo. Pero Kat no quería hacerlo; ver de nuevo a Alek le había afectado mucho, y la noticia le cayó como un jarro de agua helada. La danza era una de sus pasiones; cuando tuvo que dejar de bailar profesionalmente debido a la lesión, sufrió por ello. ¿Por qué diantres lo dejaría para siempre?

Caminó sin rumbo un par de horas, rememorando la sonrisa de Alek, las arrugas que se formaban en su cara cuando se concentraba, el tacto de sus manos, sus ojos rebosantes de esperanza en la casa de Viena, los abrazos en los que se fundían y se convertían en una sola persona, y sus «te quiero, *ballerina*». Horas más tarde, entró al apartamento cabizbaja y hecha polvo; había vuelto a llorar al recordarlo. La herida que pensaba curada simplemente estaba escondida. Kat había luchado por el bienestar, por el olvido, por sanar una herida que dolía más que ese mismo olvido; pero las heridas, a veces, se abrían de par en par sin previo aviso y, por mucho hilo que pusieras en la aguja, no se puede coser lo que un día la causó. El problema era que ella creía vivir con ella ya cosida, cuando apenas estaba remendada. Únicamente había encontrado un equilibrio entre su vida anterior y la nueva, un equilibrio que la hacía sentirse bien cada vez que respiraba, sin que el dolor bajo las costillas la atizara día tras día.

—¿Kat? —La voz de Colin fue el resorte que hizo estallar las emociones que llevaban enjauladas meses. La bailarina se dejó caer al suelo, de donde fue recogida por él, que la atrajo a su regazo y la consoló, calmándola con palabras amables. Le decía que todo estaría bien, que sacara todo lo que la ahogaba y que

él estaría ahí para ella siempre. Y Katerina lloró de nuevo, tras meses de no hacerlo, después de creer que se había arrancado del alma a Aleksei. Se aferró a la camisa de Colin desesperada, sintiendo cómo la herida se descosía puntada a puntada.

—Yo... lo siento. —Sorbió por la nariz, y se separó del pecho de Colin, que la apresaba en sus brazos. Él negó con la cabeza y volvió a tumbarla sobre él.

—No hay nada que sentir, aquí somos libres, Kat. Aquí se puede sentir todo sin pedir perdón —le respondió.

Su madre escribía frases de la emperatriz de Austria, a la que idolatraba tanto como su hija. Kat recordó, entonces, una de aquellas frases escritas, del puño y letra, de la gran Valèrie Solokov en ese diario, del que no se separaba. «Las verdaderas lágrimas no se pueden llorar. Y las que se vierten se vierten todas en vano».

Mientras la vida de Katerina despegaba y alcanzaba el éxito por el que llevaba años luchando, la vida seguía tal cual la había dejado en Rusia, o eso creía ella. Franz se recuperó; después de meses de rehabilitación, volvió a incorporarse al ballet tras los recientes cambios que había sufrido la compañía. Muchos de los bailarines de *El lago de los cisnes* se marcharon a otras compañías, pero tanto Anastasia como él siguieron trabajando en la misma. En cuanto a la mejor amiga de Kat, no atravesaba su mejor momento. Su amiga se había ido muy lejos y, aunque había otras amigas con las que compartir ratos y risas, con ninguna podía ser verdaderamente ella.

—¿Y Nikkita? —preguntó Anastasia a Franz, al verlo entrar en la sala de ensayo. Estaba estirando antes de comenzar con el ensayo de *El cascanueces*, que tenían que preparar para ponerlo en marcha en los siguientes meses.

—Deja de llamar a todas mis citas así; tienen nombre, ¿sabes? —se quejó él, mientras se quitaba la sudadera. Ella se rio, agarrada a la barra sobre las puntas, pero la visión de Franz, que se deshacía de la sudadera, la despistó un instante. Volvió a concentrarse en el reflejo, que le devolvía a la bailarina alzada sobre sus pies, moviendo el brazo con agilidad.

—Vamos, Franz, es una broma. Ya sabes que me gusta tomarte el pelo —contestó, sin detener el estiramiento. A su amigo le encantaba la serie de cómics que posteriormente tuvo serie y película, y le encantaba sacarlo de sus casillas llamando a sus ligues como a la heroína. Él gruñó mientras escudriñaba la imagen de su amiga, que se había desmejorado mucho en aquellos últimos meses. Estaba más delgada, muchos días llegaba al teatro con ojeras e incluso pálida. Hacía unas semanas la había visto tomarse unas pastillas que, según ella,

eran vitaminas de refuerzo, pues los ensayos eran agotadores, pero algo no andaba bien. La conocía hacía tiempo e intuía que, bajo esa fachada de bailarina «puedo con todo», se estaba gestando una catástrofe que terminaría explotando.

—Nasti —le dijo, muy despacio, acariciando su brazo. Ella bajó de las puntas y lo miró extrañada; había algo en su mirada que no había visto antes: ¿pena?—. ¿Qué son esas pastillas que te vi tomando hace unas semanas? No son vitaminas, ¿verdad?

—¿De qué hablas?

—Anastasia Lébedev, no me engañas. ¿Qué cojones está ocurriendo aquí? —Cruzado de brazos, por primera vez se puso realmente tenso con ella.

—¡Vamos, vamos, compañía! No tenemos todo el día. —Sergey entró en la sala de ensayo, donde ya estaban reuniéndose los bailarines en corrillos, comentando el día que les esperaba. «Salvada por la campana», pensó Anastasia, que dio la espalda a Franz y fue hasta su posición. Durante el día, le dio esquinazo a todo lo que pudo; al final de la jornada, se puso las deportivas y la sudadera, y salió corriendo para que no la parase.

—¿Llegas tarde a algún sitio? —Franz estaba en la puerta de salida, apoyado en la pared, esperándola. Ella maldijo por lo bajo y caminó a pasó rápido—. Anastasia... Anastasia, para. —Pero ella avanzaba mientras él la perseguía, hasta que ambos corrían por las calles de San Petersburgo como dos locos.

Para desgracia de la bailarina, él tiró de su brazo y la giró; se miraron cara a cara, con las respiraciones jadeantes por el esfuerzo. Ella se removía, tratando de zafarse de su mano, pero era un tipo corpulento y fuerte. La batalla estaba más que perdida.

—¡Que me sueltes, Franz! ¡Me estás haciendo daño, joder!

—Más que esa mierda de pastillas, no creo. —Anastasia se detuvo en seco, más por lo que le dijo que por el tono severo que estaba empleando con ella. Él era su único apoyo desde que Kat se había marchado, no podría soportar que la odiase por ser tan débil. Dejaron de forcejear, aunque permanecieron en la misma posición mientras recuperaban el aire.

—¿Qué quieres, Franz? Mira, te agradezco tu preocupación, pero tú sabes de qué va este trabajo ahora, que soy la primera bailarina de esta compañía y debo

estar al cien por cien. Tú no lo entiendes... —Se llevó la mano, nerviosa, a la nuca. Hacía una semana se le habían terminado las pastillas y estaba empezando a sentir los efectos de no tomarlas. Estaba más irritada, apenas dormía y estaba muy desconcentrada.

—Claro, porque soy un albañil. ¿Qué coño me estás contando? Yo vivo este trabajo como tú, día a día, y después de una lesión que casi me deja sin volver a bailar. ¡Joder, Nasti!, ¿qué coño te estás haciendo? ¿Te has mirado al espejo últimamente?, porque das pena.

—Vete a la mierda —le espetó, con el cuerpo rígido, mientras comenzaba a sufrir temblores. Franz ató cabos y se dio cuenta de lo que estaba tomando.

—No me puedo creer que estés tomando drogas. Joder, Anastasia, ¿en qué coño estabas pensando?

—¡Sí!, ¿vale? Son anfetaminas que me llevan ayudando meses a bailar mejor porque me reducen el apetito y me ayudan a rendir más. No soy tan perfecta como Kat o como Tanya; ellas tienen talento natural, un don, y por eso están en grandes compañías internacionales triunfando sin esta mierda. Pero yo no soy como ellas, siento no ser perfecta como Kat; es una lástima que te tuvieras que quedar con el premio de consolación. —El horror apareció en el rostro de Franz. No llegaba a entender cómo podía pensar así de ella misma, de él, que daría su vida por ella, del mismo modo que lo haría por Katerina. Se odió también a sí mismo por no haberle prestado la atención suficiente como para ver el abismo en el que estaba cayendo. Dio un paso al frente y la encerró en sus brazos, mientras ella luchaba por separarse de él y estallaba en un llanto que convulsionaba su cuerpo.

—Sshh, tranquila, Nasti. Cálmate. —Con la mandíbula tensa y el nudo en la garganta, no dejaba de abrazarla. Esa noche la acompañó a casa y se quedó con ella, asegurándose de que cenara y se diera un baño antes de meterse en la cama.

—Quédate conmigo un rato, aunque sea por pena —le pidió ella, tumbada de lado en el colchón. Franz negó con la cabeza, suspirando. Aquella chica sonriente y desenfadada había desaparecido, solo quedaban los añicos de su amiga, esa que conquistaba a la gente en un aleteo de pestañas y con una mueca parecida a una sonrisa.

Un estrépito despertó a Franz horas después. Palpó la cama, pero Anastasia no se encontraba allí. Se irguió de un salto, temiendo que se hubiera levantado medio dormida y se hubiera caído. Lo que vio fue algo tan espeluznante que le erizó la piel.

—Anastasia... —la llamó muy bajito.

Despeinada y desesperada, se agarraba el cabello, susurrando palabras inconexas. El autocontrol había desaparecido, se movía por el salón abriendo cajones que tiraba al suelo, removía libros y revistas de los estantes, que acababan estampados contra el suelo. No quedaba intacto ningún objeto de ese salón, que siempre mantenía en perfecto estado y ordenado. Caminaba sin rumbo, buscando alguna pastilla seguramente. Franz sentía que le flaqueaban las fuerzas, pero entonces hinchó el pecho y se dijo que ya era suficiente.

—Ya basta. ¿Qué ha pasado aquí?

—Déjame, vete a tu casa. Quiero estar sola —contestó ella, con la mirada perdida y sin dejar de moverse como un animalillo enjaulado. Se le marcaban las venas de las manos, que frotaba una contra otra sin control; la frente, perlada de sudor, y la cara, desencajada.

—Anastasia. —Se dejó caer en el suelo, apoyada sobre el sofá.

—Si no te vas a ir, entonces ayúdame. Necesito una, solo una, Franz... Creía que tenía alguna en casa, pero no hay nada. Ni en el baño ni en la cocina ni aquí. —No le hizo falta echar un vistazo a esas habitaciones para saber que las habría destrozado igualmente. Se acercó a ella, pero, antes de poder sentarse a su lado, ella se levantó de un salto—. Consígueme una, solo una, la necesito... —gemía, con voz gutural, suplicando.

—No puedo hacer eso, Nasti.

—¡Claro que puedes! Mira, llamo al chico que me las vende y... —Se aferraba al pecho de Franz como si fuera una tabla salvavidas.

—¡Suficiente! —La cara de Franz estaba desencajada por la furia. La agarró por los hombros y apoyó su frente sobre la de ella, y ambos se pegaron por el sudor—. No soy tu camello, Anastasia, y no deberías juntarte con ese tipo de gente. ¡Joder, te estás matando! —Ella estaba deshaciéndose ante los ojos de Franz, que contemplaba, con el corazón roto, cómo se desmoronaba.

—Por favor, por favor, por favor —seguía suplicándole, con lágrimas que empapaban su camiseta. Aquello era una auténtica tortura. La abrazó, estrechándola con fuerza, como si con el abrazo pudiera hacer desaparecer toda la angustia que la estaba consumiendo.

—Vamos a superar esto, juntos —susurró Franz, repitiéndoselo una y otra vez, mientras ella negaba con la cabeza. La alzó en brazos y fue sorteando objetos desperdigados por el suelo.

Llegaron al dormitorio, donde la tumbó en su lado de la cama, y sintió cómo el cuerpo cálido de Franz la abrazaba por detrás. Anastasia temblaba, presa del síndrome de abstinencia, y se convulsionaba mientras las lágrimas lo empapaban todo. Franz empezó, entonces, a cantarle al oído aquella canción que decía: «A pesar de ser una maldita noche fría, intentaba entender la vida. Yo estoy contigo, cogiendo tu mano, te llevaré a un lugar nuevo porque estoy contigo».

Tras más de cuatrocientos estrenos a sus espaldas, Katerina se disponía a subir al escenario del Metropolitan Opera House para representar su papel de Julieta. Pertenecía al American Ballet Theatre, una de las compañías destacadas del siglo veinte y la más importante de Estados Unidos. Vestida con una falda larga de tul con brillantes que, con sus movimientos, iluminaban el escenario y el maillot blanco, posó sus manos en la cintura, unos segundos antes de hacer un par de inspiraciones y expiraciones, sonriendo.

—Señorita Solokov, estamos listos. —Los nudillos en la puerta y la frase que le decían cada noche antes de comenzar el ballet formaban ya parte de su ritual. Ella asintió con la cabeza, se miró al espejo una vez más y se dio la vuelta para subir la escalera. Se encontró con Colin tras el telón, le apretó la mano con la suya y, tras guiñarle un ojo, se fue hasta su posición.

Los primeros acordes de la obra *Romeo y Julieta* sonaron. Cerró los ojos un segundo, recordó a su madre y se alegró de haber seguido su ejemplo, de haber luchado por sus sueños. El telón se abrió y comenzó el primer acto. Una plaza de Verona, a principios de siglo dieciséis, al amanecer. Romeo se encontraba con sus amigos, quienes trataban de rescatarlo de su melancólico estado de ánimo. Teobaldo vio que Romeo buscaba pelea con él, y así se renovaba el rencor entre las familias Montesco y Capuleto.

Colin estaba esplendoroso; al igual que Kat, se movía grácilmente, representando a la perfección al hombre enamorado que prefiere la muerte antes que vivir sin el amor de su vida. En el segundo acto, Katerina aparecía en la casa de los Capuleto, en plena preparación para un baile. Julieta jugaba con su nodriza, quien trataba de hacerle entender que ya no era una niña. La felicidad,

que pensaba solo experimentaría al bailar, quedó un día atrás cuando también consiguió serlo fuera del escenario, junto a Aleksei. La bailarina inspiró profundamente, alzó la vista hacia los focos, que la cegaban y le impedían ver al público asistente, y, tras dar el primer paso, la sensación de libertad inundó su cuerpo. Katerina Solokov brillaba.

—Has estado estupenda, como siempre.

—Tú también, querido Romeo —respondió Kat a Colin mientras se iba quitando las horquillas del pelo en su camerino. Él se había deshecho de su traje y se había desmaquillado. Se sentó tras ella, cansado, pues esa semana habían hecho más de dos representaciones, y el cansancio se iba acumulando.

—«Ojos, mirad por última vez. Brazos, dad vuestro último abrazo. Y labios, que sois puertas del aliento, sellad con un último beso». —Ella sonreía cada noche al escuchar a Colin recitar frases de *Romeo y Julieta* mientras se deshacía del espíritu de Julieta.

Cada tarde, llegaba al teatro junto a Colin, pero se separaban para prepararse. Cada uno tenía su propio ritual y sus propios tiempos: él releía fragmentos de la obra que representaba, hacía ejercicios de yoga, que destensaban sus músculos, y visualizaba cada paso que debía ejecutar; ella, por el contrario, se encerraba en su camerino a releer fragmentos del diario de su madre, lo que la hacía estar un poco más cerca de ella. Después, necesitaba conectar con Julieta; en ocasiones tardaba menos en hacerlo, pero, sin duda, conectar con el personaje llevaba su tiempo.

—Este Shakespeare era todo un mago de las palabras, cada vez me gusta más leerlo. —Llamaron a la puerta y Colin, de un salto, fue a abrir. Cogió las copas y la botella que un técnico le traía y, después de agradecerse, se giró hacia su amiga y compañera.

—¿Qué haces? —le preguntó, con las horquillas en la mano.

—Celebrar, como se merece, el éxito de esta noche y de todas las noches anteriores. Que te aplaudan más de treinta y cinco minutos significará algo, ¿no? —bromeó, mientras servía el champán en las copas. Le pasó la copa a Kat, que la recibió con una reverencia. Chocaron ambas y brindaron por la felicidad que sentían cada día, por la gran oportunidad que estaban viviendo y por poder

disfrutar de ello juntos.

Una hora más tarde, salían del teatro entre vítores y aplausos de los seguidores acérrimos del ballet, que esperaban en la puerta hasta que los bailarines salieran. Se hacían fotos, sonreían y agradecían las muestras de cariño. Colin y ella se metían en el taxi y se abrazaban, rendidos ante la magia que llenaba sus vidas.

\*\*\*

—Creo que esto no es buena idea —le dijo Kat a Colin, que no dejaba de aplaudir.

—¿Qué? —respondió distraído, emocionado por el espectáculo que estaban viendo. Estaban de camino a subirse a un crucero con cena por el río Hudson para poder ver los fuegos artificiales del cuatro de julio. De pronto, le pareció algo demasiado íntimo y romántico, lo último que sentía por Colin.

—¡Colin, atiéndeme! —Tiró de la manga de la camisa de su amigo y se encontró con su sonrisa. Amaba la música por sobre todas las cosas, ya fuera clásica, rock, pop, funky... Un grupo callejero estaba bailando *break dance* y él imitaba algunos movimientos, intercalándolo con aplausos.

—A ver, qué mosca te ha picado ahora. —Se cruzó de brazos, irritado por dejar de disfrutar del espectáculo. Ella se encogió de hombros, volvió a andar y dejó atrás a Colin—. Kat, espera. —Aceleró el paso y la agarró por la mano para girarla—. Perdona, no quería contestarte con ese tono, pero es que te conozco y con solo mirarte sé qué se cruza por tu mente. —Quizá él tuviera razón y ella se preocupaba en exceso por todo. A veces, deseaba ser como Colin y vivir el día a día sin más preocupaciones que la comida que iba a elegir.

—No sé, Colin, es que irnos de crucero para ver los fuegos artificiales del cuatro de julio se me antoja demasiado romántico, y nosotros no tenemos ese tipo de relación —recalcó el «ese», subiendo el tono de manera tan encantadora que Colin no pudo evitar reírse. La atrajo hacia él sin parar de sonreír y le creó una sensación incómoda, pues sentía que se estaba riendo a su costa

—Ay, Kat, qué cosas tienes. —Se removió, retenida bajo su abrazo, pues se

estaba empezando a enfadar—. Nosotros no conectamos a ese nivel, eso lo sabemos los dos. Besarte a ti sería como besar a mi hermana Lynn. Nosotros estamos más allá de eso. —Y con esa frase la dejó pensando durante toda la noche. Se subieron al barco y cenaron rodeados de parejas que cenaban haciendo manitas, comiendo del tenedor del otro y suspirando amor.

Los fuegos artificiales comenzaron rozando la medianoche. Iluminaron el cielo de millones de colores, y a Katerina se le olvidó que estaba rodeada de parejas amorosas que se cogían de la mano y se besaban sin descanso entre cohete y cohete. Cuando acabaron, regresaron al puerto y, tras desembarcar, Colin la rodeó con un brazo, dejó un beso por encima de su oreja y caminaron en esa postura tan cómoda.

—Has estado muy callada toda la noche. ¿Estás molesta por algo? —Siguieron en silencio de camino al apartamento. Colin interpretó esa inexistente respuesta como un *sí*, pues ya se sabe que «quien calla otorga».

Entraron en el apartamento acompañados del absoluto silencio. Katerina sacó el móvil del bolso y respondió a un mensaje de su padre, que se interesaba por ella y por cómo iban las cosas en el ballet. Sentada sobre una pierna en el sofá, mantuvo una breve conversación con él, mientras Colin se quitaba la camiseta para lanzarla sobre la butaca junto a la ventana.

—Kat... Katerina, ¿qué pasa? —Alzó la vista y vio su pecho desnudo, con los músculos, que se marcaban fácilmente. Entonces, la bailarina pensó en lo cómodo y sencillo que sería sentir algo por él, por su compañero de trabajo y la persona que más la había entendido en ese último año. Sobre eso había estado reflexionando toda la noche: sobre cómo hacer que la cabeza le enviara señales al corazón para que su vida estuviera completa.

—Nada.

—Por nada no te conviertes en muda. —Se acercó hasta ella y se sentó cerca. Nada, ni un mísero cortocircuito; no sentía nada por el chico que era atractivo y por el que todas las bailarinas de la compañía suspiraban.

—He estado pensando en nosotros

—¿Hay un *nosotros*? —preguntó, asombrado, echándose hacia atrás y ladeando la cabeza.

—En lo fácil que sería que nos enamorásemos; ya vivimos juntos y en el trabajo nos compenetramos a la perfección.

—¿Tú quieres intentar algo? —le dijo, sin saber cómo reaccionar.

—No, no es eso. Lo que digo es que sería fácil, natural, casi familiar, ¿no crees? —Colin se cruzó los brazos en el pecho y revisó todos los rasgos de su cara, intentando adivinar si se trataba de una broma pesada.

—Esto es por lo que te dije en la calle antes de subir al barco, ¿a que sí? ¿Pero tú te estás oyendo? «Algo casi familiar»: romanticismo en estado puro, ¿eh? —bromeó él, subiendo la piernas al sofá.

—Sería una solución... —comentó despacio.

—¿Una solución a qué? Porque, si lo que necesitas es acostarte con un tío, puedo ocuparme de buscarte alguno que te merezca; lo haría por ti, porque eres mi amiga gemela. —Ella lo miró frunciendo el ceño y elevando las manos en señal de pregunta—. Ya sabes, igual que hay alma gemela en los rollos de pareja, también los hay de amistad. Y tú eres la mía. Kat, por ti haría lo que fuese por que te encontrases bien, feliz y disfrutaras de la vida. Si tuviera que pelearme con tíos el doble de grandes que yo, lo haría, pero... joder, tocarte un solo pelo románticamente me produce náuseas.

—Vaya, gracias. —Ella le lanzó un cojín, ofendida, aunque sus comentarios le habían provocado una risotada que contagió a Colin.

—No es eso, estás muy buena y todo eso, pero no eres para mí ni yo soy para ti. Cierra los ojos e imagina que te beso, ¿qué sientes? —Ella lo hizo y, por la cara de desagrado que había puesto, se respondió a sí misma.

—Tienes razón, es solo que parece que encajamos. Te miro y sé lo que estás pensando, sé cuando estás triste o nostálgico, cuando te enfadas o si estás demasiado agotado. Solo nos falta la parte del amor —dijo, más para autoconvencerse que para contestarle.

—El amor no se puede tratar así, no es algo sencillo y cómodo. Son subidas y bajadas, es sentir un cosquilleo al ver a la otra persona, es desear besarlo y abrazarte a él como un osito panda, ¿no? —Katerina se rio por lo del oso y le tiró el otro cojín, asintiendo. Colin tenía razón, a veces, cuando hablaba, sentenciaba, y le daba un poco de miedo. Pero cada sentencia que pronunciaba era cierta. El

amor no era lo que sentía por él, el amor era lo que había llegado a sentir por Aleksei; era recordar los momentos que habían compartido y sentir asomar la sonrisa a sus labios; era imaginar que volvía a verlo y sentir las mariposas revolotear en su estómago; era rozarse los labios con los dedos, recordar sus besos y estremecerse con los ojos cerrados; era recordar sus últimas palabras y que una sensación agrídulce le recorriera el cuerpo. «Estamos unidos por la conexión, por eso decir *te quiero* siempre te fue insuficiente, y por eso sentías que *te conecto* lo definía como se merece. El hilo de la conexión está atado a tu meñique desde el primer día que bailamos juntos en la sala de ensayo, siendo unos completos desconocidos y, si no crees en el destino, no importa, porque ataré ese hilo a tu dedo y no dejaré que se rompa. Nunca». Pero, llegados a ese punto, ella ya no creía en el destino, en hilos ni en conexiones. No llegó a asimilar sus palabras, no entendía por qué le había dicho que no permitiría que dejase de creer en ellos cuando había desaparecido de su vida para no regresar jamás.

Su móvil sonó y dio un respingo sobresaltada. No podía ser su padre, había hablado con él hacía un rato. Al ver en la pantalla el nombre de Franz, se extrañó, dada la hora, pero le dio al botón de «aceptar», alegre.

—Kat, tienes que volver.

Seguramente el lector se preguntaría por qué le resultó tan fácil a Aleksei dejar ir, aquel día en el puente de Zúrich, a Katerina si era su amor verdadero. Él, que era esa persona que no tenía ninguna duda de sus sentimientos, tenía la certeza de querer pasar el resto de su vida junto a Kat, convencido de que, si algún día la vida o las malditas circunstancias los separaban, él seguiría queriéndola porque, cuando alguien pasa a formar parte de ti, es imposible dejar de hacerlo. ¿Acaso se podría vivir sin una parte de tu cuerpo o de tu alma? Porque, como tantas veces le decía a la pequeña *ballerina*, ellos eran mucho más. Eran más que piel, gemidos y sudor. Eran sueños, conexión mágica y destino. Sin embargo, ese mismo destino, a veces, jugaba al ratón y al gato con las vidas de gente como ellos que, a pesar de quererse tanto, no fue suficiente en aquel momento, aunque eso lo explicarían ellos más adelante. Antes teníamos a Kat pegada al teléfono en un avión de regreso a casa; pero no, no a su casa en San Petersburgo, sino a su verdadero hogar, a Viena. Franz la había llamado la noche anterior a las tantas de la madrugada y le rogó que volviese. Colin, al ver su cara desencajada, presintió que algo estaba muy mal y abrió el ordenador para buscar un avión con celeridad. Y, a pesar de que le había pedido ir con ella, Katerina se negó. Ya era bastante terrible que ella tuviera que asumir las consecuencias de un despido por abandonar la compañía como para cargar a sus espaldas con otra.

Por fortuna, fueron benévolos con ella, más por propio interés que por otra cosa, pues el talento de Kat era algo que no podían perder bajo ningún concepto. Le dieron unas vacaciones indefinidas hasta que pusiera en orden algunos asuntos. Colin la envolvió en sus brazos, en el aeropuerto, antes de darle varios besos que le aportaran la fuerza suficiente para afrontar lo que tuviera que pasar

en Viena.

Y, tras un vuelo transoceánico horroroso, con turbulencias incluidas, Kat llegó a casa. Max la recibió en la puerta con la mirada enternecedora de padre con la que siempre la miraba.

—*Mein liebes Mädchen.*<sup>[5]</sup> —Ella se lanzó a sus brazos con el brillo en sus ojos. No podía romperse, aún no. Necesitaba explicaciones, hablar con Franz largo y tendido y, después sí, después se encerraría a deshacerse en su habitación, a oscuras. Antes debía ser la persona fuerte que Aleksei siempre le había asegurado que era, más fuerte de lo que ella se creía.

Dejó las maletas y se llevó el coche de Max. Siguió las instrucciones de su amigo Franz y buscó el lugar donde la estaba esperando. Ese día, se dio cuenta de que apenas conocía el entorno del lugar que más amaba. A unos kilómetros, dio con el lugar donde su antiguo *partenaire* la esperaba. Aparcó el coche y subió andando una cuesta hacia el blanco edificio que aparecía ante ella. Unos jardines le dieron la bienvenida, una zona donde enfermeras paseaban con personas en silla de ruedas; otras estaban sentadas en bancos, charlando animadamente, e incluso le llegaba el eco de las risas.

Katerina inspiró, aún bastante en *shock*; no podía creerse la última conversación con Franz. Y ahí estaba él, frente a ella, con aspecto cansado; incluso se diría que parecía más envejecido. Kat corrió los metros que los separaban, que se le hicieron eternos, y se abrazó a él. Se escondió en su pecho, como tantas veces había hecho, y no pudo evitar que algunas lágrimas se deslizaran por sus mejillas. Él le acarició el pelo y le limpió las mejillas con los pulgares; la miró y, a pesar de todo, sonrió.

—Ven, sentémonos. —De la mano la llevó a uno de los bancos de las zonas ajardinadas. A pesar de ser otoño, el sol los calentaba, acompañado de una suave brisa—. ¿Qué tal el viaje?

—¿Quieres que empecemos por ahí? —preguntó, con el susto aún el cuerpo. Él se encogió de hombros y agarró su mano, esa que había echado tanto de menos y que tantísimas veces necesitó cuando todo se derrumbaba y sentía que no podía más.

—No sé si estás preparada para escucharlo todo —musitó, fijándose en sus

dedos entrelazados.

—Franz. —Agachó la cabeza para contactar con su mirada—. Si me has llamado, es porque es el momento, aunque deberías haberlo hecho antes. Yo también soy su amiga. —Él la miró, asintiendo, y empezó poco a poco.

—Lo sé, pero Anastasia se negaba a que lo hiciese y, en esos momentos de lucidez que tenía, no podía más que darle la razón. Tú tenías que estar concentrada en tu trabajo y esto te habría apartado de los escenarios a saber cuánto tiempo. No podías permitirte. Espero que ahora, que has venido, no te haya supuesto ningún problema y puedas regresar al ballet.

—Como si no puedo, eso da igual. La vida no es el trabajo, es otra cosa. Ve al grano, ¿qué hago ahora aquí? —Franz se soltó de su mano y las pasó por sus piernas; estaba más nervioso que nunca, le sudaban las manos, aunque a ella no parecía haberle molestado lo más mínimo.

—Anastasia ha estado enferma, muy enferma. —La llamada de teléfono la había puesto sobre alerta, aunque aún no sabía a qué tipo de enfermedad se refería y la incertidumbre la estaba matando—. Cuando te marchaste, todo se le juntó un poco. Se convirtió en la primera bailarina del ballet y tú, mejor que nadie, sabes los sacrificios y el nivel de estrés que eso supone. Ha comprendido que no está hecha para esa vida, aunque eso ya te lo contará ella. —Le latía el corazón tan deprisa que lo podía escuchar a la perfección en su oído.

—¿Qué pasó, Franz?

—Anfetaminas, eso pasó, Kat. —Se detuvo un instante mirando al frente, inclinó la cabeza con los ojos cerrados y se dejó bañar por la calidez de los rayos del sol. Un momento después, volvió a mirar a su amiga, que no daba crédito a lo que le estaba diciendo—. Las comenzó a tomar para rendir más en el trabajo, pero no recetadas por ningún médico. Estuvo así varios meses. Yo veía que de repente estaba pletórica, no había quien la sacara de casa; pero lo achaqué al ritmo de trabajo, fui un gilipollas.

—No digas eso. —Se aproximó a él y lo rodeó con un brazo, apoyando su cabeza en el hombro. Estuvieron así un buen rato, mientras ella procesaba el problema de su amiga. Dios, se odiaba tanto por no haber estado más pendiente de ella, por no haberle escrito más a menudo o haberle preguntado por el ballet.

Se centró en ella, en autoregodearse por la pérdida de Aleksei, en su nueva brillante vida. Era una egoísta. Franz apoyó su cabeza sobre la de ella un instante antes de separarse para levantarse. Le ofreció la mano y empezaron a caminar por el jardín cogidos del brazo.

—Un día noté que algo iba mal, jodidamente mal, y lo descubrí. Fui con ella a su casa y nos quedamos dormidos hasta que unos golpes me despertaron. Anastasia no estaba en la cama, me la encontré en el salón destrozándolo todo, buscando como una yonqui una pastilla para poder calmarse. El resto de la casa estaba igual de destrozada. No me podía creer que aquella fuera nuestra Nasti. —La voz se le quebró, y Kat cogió su otra mano, y se la apretó con fuerza. Franz le besó el cabello, que se movía con la brisa.

»Después, fuimos al médico y le contamos lo que pasaba. Me juró y perjuró que era capaz de dejarlo, así que me relajé un poco los siguientes días al ver que seguía siendo la bailarina sonriente y risueña que conocemos. Ese fue mi primer error: confiar en ella. A escondidas seguía tomando las pastillas. De nuevo se le acabaron y tuvo otra crisis, provocada por el síndrome de abstinencia. Y entonces todo se descontroló: dejó de venir a los ensayos, no comía, apenas se sostenía en pie. En la compañía no pude tamarla mucho tiempo más, y la despidieron. Me rogaba que le consiguiera pastillas, que era capaz de matarse si no las conseguía, pues ya había perdido todo lo que le importaba. Te juro, Kat, que en esos momentos deseaba morirme. —El brillo de los ojos de Franz poco tenía que ver con la alegría del reencuentro—. Verla en ese estado fue una maldita tortura. Con ayuda de su médico, la ingresamos en una clínica para que se desenganchara de las anfetaminas, pero la pesadilla no terminó. No seguía la terapia, se autolesionaba e intentó escaparse un par de veces. Cuando me llamaban para contarme lo ocurrido, me la encontraba peor que a una niña asustada: me pedía mil perdones y me rogaba que la sacara de allí. Joder, Katerina, no te haces una idea.

—Tuvo que ser horrible —murmuró ella, con el nudo de la garganta que la apretaba intensamente.

—No podrías imaginártelo aunque quisieras. Un día, el médico me hizo llamar para pedirme que no fuera a visitarla más, pues se quedaba peor al irme y,

aunque quise hacerle caso, le dije de todo e incluso me puse agresivo. No pensaba abandonarla, ya había sufrido bastantes pérdidas en su vida. —Y no era que sus padres muriesen en un accidente o de alguna enfermedad, sino que no se preocupaban de su hija. No les gustaba la idea de que fuera bailarina y jamás la apoyaron. Cuando se fue de casa a los diecinueve años, no trataron de convencerla con afecto o gestos cariñosos; se supone que los padres no quieren que sus hijos sufran, que es lo último que desean. Los padres de Anastasia jugaban en otra liga, y se comunicaban con ella no más que en un par de fechas señaladas en todo el año. Katerina y Franz se habían convertido en toda su familia, y una de esas personas también se había marchado de su lado.

—Dios, Franz, ¿cómo no me llamaste? —se lamentaba Kat, que se paró junto a un árbol y se agarró a él con la mano. Su amigo se cruzó de brazos, ignorando el comentario, y acabó la historia.

—Me despedí de ella cuando un par de celadores consiguieron reducirme. Una hora más tarde, tras mucha charla con el jodido matasanos, entendí que por un tiempo debía alejarme y la terapia debía seguir ese camino. Para lo que nadie me preparó fue para la reacción de Anastasia. Se aferraba a mis rodillas, en el suelo, rogándome que no la dejase, que sin mí no podía vivir; eso después de pegarme varias bofetadas y llamarme de todo. No he llorado más en mi vida, tuve que detener el coche de camino al hotel donde me alojaba porque no veía una puta mierda por el llanto. Joder, parezco un moñas, pero no sabes lo duro que fue, Kat. —Y, al recordarlo, no pudo hacer otra cosa más que derrumbarse. Arrodillado al lado del árbol, se cubría la cara con las manos, con los hombros, temblando. Katerina lo abrazó con todo su cuerpo, aunque era difícil cubrirlo por completo, dada la corpulencia de Franz. Él se desahogó todo lo que no había soltado en meses y ella lo sostuvo, consolándolo. Una vez que su respiración se hiciera algo más calmada, se apoyó en el árbol con ella—. Me marché de nuevo a trabajar con la compañía después de un descanso que había solicitado. Un mes después, me dijo el médico que la terapia iba resultando, aunque iba ser un proceso largo. Yo llamaba cada semana para preocuparme por ella; creo que habrían bloqueado mi teléfono de ser posible. Y así siguió todo hasta que me dieron luz verde para poder volver a verla. Pedí a la compañía una excedencia y,

a día de hoy, no sé si tendré mi plaza al volver, por mucho que Sergey me lo asegurara. Pero no importaba nada de eso, solo podía pensar en volver a verla. Y ese día te juro que conocí a una nueva Anastasia. Estaba en el patio del centro plantando unas flores en unas macetas y de nuevo volvía a tener la expresión dulce y risueña de siempre. Di un largo suspiro al encontrarme con ella, aunque estaba aterrado por si me seguía odiando.

—Tú hiciste lo que tenías que hacer, Franz. No creo...

—No sabes lo que te llega a pasar por la mente en esos momentos, peque. Hablamos mucho, después de abrazarnos por al menos diez minutos. Escuché a otros enfermos murmurar que alguno de los dos debía estar muy enfermo, pues no podíamos parar de llorar ni de abrazarnos. Y hasta ahí llega la historia. Le quedan pocos días de terapia para salir de aquí y volver a casa.

Katerina apretó los labios para contener los sollozos y le dijo a Franz que quería ir a verla. Él le había contado toda la historia porque así se lo había pedido Anastasia. Caminaron hacia el interior del edificio y, después, giraron a mano derecha hasta llegar al patio central, donde le encantaba estar, con sus plantas, en paz. Al verla, se paralizó; estaba más delgada que de costumbre, con el pelo recogido en un moño bajo y una trencita cruzaba su cabeza de un extremo a otro. Llevaba un sencillo vestido de gasa de flores y unas manolequinas beige. La miró un rato sin que ella fuera consciente. Observó a su mejor amiga charlar con una enfermera y con otra paciente que llevaba un camisón hospitalario. Sonreía, nada tenía que ver con la imagen que Franz le había relatado hacía un segundo.

—Os dejo solas —murmuró en su pelo antes de depositar un suave beso en él. Anastasia dejó unas flores en la mesa y, muy lentamente, alzó la vista hacia Kat. Su sonrisa se amplió y corrió hacia su amiga, a la que estrechó muy fuerte contra su pecho. Al separarse, Anastasia agarró la cara de su amiga con ambas manos y buscó el brillo en sus ojos, el brillo de la felicidad al verse, ese que le daba tanto miedo no ver. Después de todo lo que le había contado Franz, estaba aterrorizada por haber perdido el lustre a ojos de su mejor amiga; no sabría si podría convivir con su odio. Pero el brillo estaba ahí, más reluciente que nunca. Kat le devolvió la sonrisa y la agarró por los omóplatos con suavidad.

—Parece que ha pasado una vida entera. —Fue lo primero que Anastasia le dijo. Anduvieron hasta un par de sillas, alejadas del resto de las enfermeras, que ayudaban a algunos pacientes con las plantas.

De cerca, Anastasia tenía otro color de piel. No esta pálida, sino con un color diferente; ella, en general, lo era. Katerina sintió por un momento que no sabía cómo hablar con su amiga, cómo empezar a pedirle perdón por no haber estado cuando la necesitó, cómo decirle que había sido una tonta por dejarse caer en aquello, aunque eso no era, para nada, lo que debía hacer. Se calló antes de empezar a hablar, y fue Anastasia quien lo hizo.

—Puedes preguntarme lo que quieras o echarme en cara lo que sea; ahora ya puedo lidiar con ello, tranquila. —Al igual que Franz, la conocía muy bien, y vio en sus ojos la amalgama de emociones que la bombardeaban.

—No, Nasti, yo no soy quien para juzgarte, es solo que hubiera deseado estar a tu lado.

—De nada habría servido; ya ves, él lo estuvo y casi muere en el intento. Sé lo mal que lo ha pasado, aunque realmente no lo hemos hablado, y también sé que me queda un largo camino por delante, pero que no estaré sola. —Katerina asintió, suspirando resignada. No podía dar marcha atrás y estar junto a su amiga, pero sí podía estarlo ahora—. Aunque Franz te lo haya contado todo, quiero que vuelvas a verme, Kat. No podría vivir igual si no lo comprendieras. Lo jodí todo, perdí el norte, el sur, el este y el maldito oeste. La presión pudo conmigo y me vine abajo, pero, en vez de pedir ayuda o reconocer que no estaba hecha para ser la *prima ballerina* de una compañía, busqué la salida fácil

—No hables así, seguro que podrás serlo. —No quería ver cómo ella renunciaba a sus sueños.

—No, no me has entendido. Viví ese sueño que anhelamos durante años y descubrí que no me hacía feliz, no lo feliz que me hacía ser una simple bailarina. Bailar, Kat, simplemente bailar. —Escudriñaba el rostro de su amiga en señal de decepción, dolor o pena, pero no había ni rastro.

—Entonces, ¿no vas a volver a intentarlo? —Anastasia negaba con la cabeza con una media sonrisa.

—No, eso ya pasó; no estoy hecha para esa vida, no es para mí. La semana que

viene salgo de aquí y no creo que pueda volver a mi casa de San Petersburgo. Cuando Franz me ingresó aquí, lo hizo porque sabía que debía alejarme de lo que me hacía daño. Tú siempre nos hablabas de tu casa a las afueras de Viena, y le pedí que buscara una clínica cerca. Quería sentir por qué para ti era tan importante este lugar y, en parte, sentirte cerca. Ahora lo entiendo —le confesó, mirándola con seguridad plena.

—Lamento mucho no haber estado más pendiente; yo...

—Ah, no, eso sí que no te lo voy a permitir —le habló, entonces, con dureza—. Tú no sabías nada y así se lo pedí a Franz. Debías estar concentrada en lograr tu sueño y cumplir tus metas. Yo estaba bastante controlada aquí, aunque no fue nada fácil... ya sabes. —Se levantaron y dejaron el patio con el ajetreo típico de cada día en el taller de jardinería.

Franz las esperaba en la zona ajardinada donde había estado con Katerina. Parecía calmado, como si la conversación en la que se había abierto por completo no hubiese existido. Al verlas llegar, se le iluminaron los ojos, aunque Kat sintió que ese brillo tenía más que ver con la chica que caminaba a su lado que por ella. Simple intuición. Pasearon los tres como en los viejos tiempos, recordando anécdotas y escuchando con suma atención todo lo que Kat les contaba de su vida en Nueva York.

—Kat —susurró Franz mientras no dejaban de balancearse, impulsados por sus propios pies, en uno de los balancines del jardín—. La semana que viene podríamos ir al Palacio Leopoldskron; te gustaba ir allí con tu madre, ¿verdad? —Kat abrió la boca para coger aire. La última vez que había estado en ese mágico lugar había sido con Aleksei, y él ya no estaba en su vida. Tragó saliva para aplacar el nudo que no le permitía hablar ni pensar en él. Agarrada a cada mano de sus amigos, musitó un «vale» poco convincente, y cambió de tema para ahuyentar la imagen de él, el único al que podría querer y el único con el que soñaría el resto de su vida.

\*\*\*

Los días transcurrieron con tranquilidad. Katerina visitaba a Anastasia cada día, a veces sola, a veces con Franz. Disfrutaba de su vida en la casa materna, salía al bosque de al lado a caminar, a recoger edelweiss, se tiraba por la pradera como una niña pequeña, y recordaba, recordaba mucho, porque, cuando un lugar está impregnado de recuerdos, es imposible huir de ellos.

Anastasia, por su parte, acabó la terapia, se recuperó y, con el apoyo de sus mejores amigos, le esperaba una nueva vida. Franz ya había cedido bastante por ella, por su maldita adicción y por no saber cuidar de sí misma. Lo había arrastrado, sin darse cuenta, a estar cerca de ella, a alejarse de su sueño de ser bailarín principal. Y aunque él le prometía que aquello no importaba, no podía seguir consintiéndolo. Él tenía que regresar a San Petersburgo, a la compañía, a trabajar en algo que para ella ya no existía. Los meses en que lo dejó todo por ella significaron mucho para Anastasia, pero no se engañaba: él no estaba enamorado de ella, ahora menos que nunca podría amarla de la forma en que ella lo hacía. ¿Quién querría estar con una enferma de por vida?

Anastasia tenía muy claro que, aunque la terapia hubiese ido bien y ya no estuviera enganchada a las pastillas, sería una adicta para siempre; la tentación nunca dejaría de rondarla. Su vida había dado un giro de ciento ochenta grados, sus padres apenas se habían molestado en visitarla o en saber de ella. Nada la ataba a Rusia ya y le encantaba aquel lugar. En cuanto saliera, buscaría una casita acogedora y viviría allí sus días, rodeada de calma y tranquilidad.

Katerina llegó esa mañana para ayudarla a hacer la maleta mientras Franz la esperaba en el coche. No se atrevió a preguntarle por su relación con él, no quería empañar el día de su salida con aquello, que seguro la pondría triste. Se marcharon de la clínica a casa de Kat, donde estuvieron varios días poniéndose al día, haciendo excursiones por los alrededores, buscando la casa soñada por Anastasia... hasta que Franz le recordó la visita prometida al Palacio Leopoldskron. Katerina se armó de valor y condujeron sumidos en la música que elegía Franz y de la que se quejaba Anastasia; algunas cosas nunca cambiaban. Llegaron al lugar, hicieron la visita con Kat como guía, se subieron a las barcas y entraron a comer en la parte del hotel. Aquel día los recuerdos golpeaban con fuerza a la bailarina, que parecía a punto de romperse a cada paso que daban.

El comedor estaba lleno, pues debían haber reservado, cosa que a ninguno se le había ocurrido. Así que Franz pensó que sería buena idea pasar a la cafetería y tomarse, aunque fuese, un trozo de tarta Sacher entre los tres; ella accedió, aunque muy poco convencida. La cafetería estaba hasta arriba, como de costumbre. Se sentaron en una mesa cerca de la barra, con el piano a unos metros de ellos. Los primeros acordes del piano estremecieron a Kat, que no esperaba escuchar *Edelweiss*, la canción de su flor preferida, que le trajo recuerdos de aquella noche en la que Aleksei la había tocado para ella. Se llevó la taza de té a los labios, exhalando todo el aire que había contenido al escuchar las primeras notas.

—Dios mío —comentó Anastasia, emocionada por la música del piano, pues era una enamorada de aquel instrumento. Kat sonrió y, cuando miró hacia el piano, entendió a su amiga: era Aleksei quien estaba tocando.

**A**Katerina le afectó verlo más de lo que habría pensado. Se engañó un rato a sí misma pensando que era porque la había tomado por sorpresa, pero en realidad no era por eso. No era por eso por lo que sentía las palpitations de las venas a cada segundo, no era por eso por lo que el corazón estaba completamente desbocado y no era por eso por lo que sus ojos se iluminaron. Cuando Aleksei acabó de tocar, los clientes de la cafetería estallaron en aplausos y siguieron con sus conversaciones.

—Estaremos fuera —dijo Franz, llevándose a Anastasia con él, bastante reticente a dejar allí a Kat. Esta volvió su mirada hacia el piano, donde un cambiado Aleksei se levantó con una flor de edelweiss en la mano. Caminó hacia ella, al igual que Katerina se levantó como si aquel hilo mágico los estuviera atrayendo uno al otro. A dos escasos pasos se pararon, él le ofreció la flor y ella rozó un par de dedos con Aleksei. Kat apretó los labios dominando las lágrimas, no podía perder la compostura.

—Cada tarde toco en la cafetería y traigo una edelweiss conmigo, parece que se han convertido en mis flores preferidas. —Sonrió al explicarle el porqué de esa flor allí. Kat se la llevó a la nariz para aspirar su fragancia, cerrando los ojos un momento. Cuando los abrió de nuevo y se encontró con los ojos esmeralda de Aleksei, pensó que podía desfallecer al instante. Carraspeó y echó un paso atrás, tanta cercanía la estaba empezando a confundir. ¿Qué demonios hacía él allí? ¿Había dicho que tocaba en ese lugar cada tarde?

—Yo... gracias, aunque estoy algo confusa. —Fue lo único que acertó a decir. Aleksei le puso un mechón detrás de la oreja después de enroscarlo en su dedo un segundo. Kat sintió aquel gesto como algo íntimo que solían compartir en el

pasado.

—Es normal. ¿Tienes tiempo para mí? —La pregunta le pareció absurda, ella sabía que siempre tendría tiempo para él. Asintió, y salieron de aquel lugar donde las notas de una canción muy especial se quedaron impregnadas en el ambiente.

Se encaminaron hacia el embarcadero sin ser muy conscientes de sus pasos, a ese lugar que era especial para los dos, pero, en vez de subirse a una barca, anduvieron por el embarcadero. Uno al lado de otro, con los brazos a cada lado del cuerpo, sentían la necesidad de rozarse con los dedos, los acercaban para alejarse sin remedio. Kat lo miraba de soslayo, sin querer concentrarse demasiado en él. Pero tampoco hacía falta, porque ahí estaba su olor, el olor a amor del que llegaba tan adentro que te hacía avanzar hacia delante, ese olor de sentirte viva, el olor a recuerdos bonitos que se tatuaron en su mente como la clave de sol que llevaba en su muñeca y que se había hecho junto a Colin hacía unos meses. Sí era cierto que lo notaba cambiado, diferente, más delgado y con el pelo más corto que la última vez que se vieron, pero seguía siendo el hombre que se había colado en sus venas y se había quedado a vivir ahí para siempre.

Aleksei temblaba, como hacía tiempo no le ocurría. Por fin, el hilo había dejado de estirarse para volver a unirlos. Se mordía el labio inferior, nervioso, sabiendo que iba a provocar un cataclismo en su vida, pero había llegado la hora. La miraba de reojo y no podía estar más orgulloso de ella. A través de los medios de comunicación, estaba al día de sus logros. Se había convertido en una estrella, conquistaba al público. Pero, mientras caminaba junto a él, se dio cuenta de que estaba cambiada, era feliz, sin estar subida a unas puntas con la melodía de un compositor que hubiese muerto hace años. Allí estaba ella, su pequeña *ballerina*, la mujer que más había amado, a la que abandonó por amarla demasiado.

Katerina miraba al lago de vez en cuando para evitar el contacto con sus ojos, que de vez en cuando la buscaban. Aleksei se metió las manos en los bolillos para evitar la tentación de tocarla, pues ni siquiera sabía si él estaba preparado para ello.

—Estás muy guapa, ya no brillas solo en el escenario. —Se decidió a decir por fin, mirándola como solía hacerlo. El silencio se hizo más denso, ella no

entendía por qué jugaba con ella como lo había hecho un año antes, diciéndole que la quería y que su destino era estar juntos, justo antes de abandonarla.

Se miraron y el tiempo se detuvo, ellos dos se pararon sin dejar de observarse, como si quisieran reconocerse de nuevo. Aleksei agarró por la muñeca a Kat, notando el latir de sus venas en sus dedos, la deslizó por su mano y entrelazó los dedos de la bailarina a los de él, uniéndolos con firmeza. Y, como si necesitara dejar caer la losa que lleva a cuestas tanto tiempo, inspiró antes de hablar.

—Estoy enfermo, Kat. —No había en el mundo dos palabras que pudieran abrir el suelo a los pies de ella como aquellas dos: «estoy enfermo». Se quedó clavada en el sitio, mirando a los ojos a Aleksei mientras sentía cómo se ahogaba. Ni siquiera fue consciente de que estaba llorando hasta que él dio un paso más hacia ella y le limpió la humedad de la cara con los pulgares.

—¿Qué...? —musitó ella, balanceando la cabeza con el ceño fruncido. Él le sonrió dulcemente, afirmando en esa mirada llena de calma que no había nada que hacer, que, por mucho que pelease, el fin estaba cerca y que su vida se estaba apagando. Y, a pesar de todo, parecía estar tranquilo, en paz.

—Ven. —Tiró de ella y se sentaron sobre la hierba, apoyados en uno de los árboles centenarios del lugar. Aun en *shock*, Katerina necesitaba el contacto, y no dudó en lanzarse a sus brazos y refugiarse en su pecho, donde lloró aferrada a él, a Alek, al hombre que lo significó todo para ella y que se le estaba escurriendo de las manos. Él permaneció abrazado a ella, recorriéndole la espalda con delicadeza, dejándole ese tiempo que ella necesitaba. Aspiraba su olor y se sentía de nuevo en casa. Joder, aquello era una maldita tortura, volver a su vida para dejarla devastada, ella no se lo merecía. Pero se había encontrado con Franz un día por el pueblo y no puedo engañarlo, pues ese era uno de los días complicados. En un café, le confesó todo lo sucedido, aunque no preguntó por Kat. El amigo de la bailarina le contó la pesadilla de Anastasia y, en poco tiempo, se hicieron amigos, después de lo mucho que Franz lo había odiado en el pasado. Se pasaron los números de teléfono y le dijo que Katerina iba a volver a Viena para estar con Anastasia, alentando su esperanza de volver a verla. Pero lo de encontrarse en la cafetería del Palacio fue pura casualidad, al menos para ellos dos. Franz era otra historia.

—Cuéntamelo todo, Alek —le rogó Kat cuando pudo calmar un poco los sollozos. Se irguió para mirarlo a los ojos, pero unió sus manos a las de él, que necesitaba un segundo antes de empezar a contarle toda su historia, esa que empezó poco después de la muerte de su padre, el funeral, y en los días posteriores, antes de ir a buscarla a Zúrich.

Lena estaba podando unos matojos del jardín, ese que tendría que cuidar sola a partir de entonces. Cuando el padre de Aleksei estaba vivo, se pasaban las horas muertas plantando flores, cortando malas ramas..., disfrutando del jardín de la casa que habían construido con sus propias manos. Su hijo había empezado a continuar las tareas que solía realizar su padre; de alguna forma quería sustituirlo, y eso era imposible.

—Cariño, no hace falta que salgas aquí con el frío que hace —le regañó su madre dulcemente, mientras echaba el abono sobre la tierra fértil. Él sonrió y le acercó la pequeña pala—. ¿Aleksei? ¿Hijo? —El corazón de Lena palpitaba con fuerza atronadora. En milésimas de segundos, cayó al suelo, con el grito de su madre, que se lanzó a sostenerlo—. ¡Dios mío, no! —Su hijo se llevaba la mano al pecho y se removía intranquilo.

—Mamá..., no sé... —No entendía qué demonios le ocurría, había sentido un leve mareo y una fuerte opresión en el pecho que le impedía respirar.

—¡Tranquilo, cariño! Voy a llamar una ambulancia, tranquilo, sshh, sshh. —Lena corrió al interior de la casa, agarró el teléfono y volvió a salir al encuentro de su hijo, que yacía en el suelo. Quince minutos más tarde, era trasladado al hospital. La sala de espera traía recuerdos más que aciagos a Lena. Se paseaba de un lado a otro con el tic tac del reloj de la pared, que la perseguía. Marie, que llegó tan rápido como la llamó, permanecía, no obstante, sentada en una de las sillas, repiqueteando el suelo con su zapato de tacón. Pasó una hora, otra hora. Los nervios y la angustia consumían a las dos mujeres, que tenían en común el amor por el mismo hombre.

—¿Familiares del señor Ivanov? —Marie miró a Lena, a la que agarró de la

mano, y se encaminó hasta el doctor—. Acompañenme, por favor. —Siguieron al médico hasta su despacho, se sentaron frente a él y escucharon la terrible noticia que nadie esperaba—. El señor Ivanov ha sufrido un fuerte desvanecimiento, seguramente debido al estrés de los últimos días. Sin embargo, he preferido hablar aquí, pues hemos descubierto algo en los estudios que le hemos realizado. —Lena y Marie contuvieron la respiración, aferrándose tanto la una a la otra que los nudillos se emblanquecieron—. Hemos detectado anomalías en sus análisis, datos poco alentadores que nos llevan a creer que el señor Ivanov padece leucemia, aunque tenemos que confirmarlo.

El corazón se detuvo en el pecho de su madre; acababa de perder a su marido y ahora su hijo estaba enfermo de cáncer. No podía ser cierto, era una pesadilla. Los ojos se le inundaron de lágrimas y se tapó la cara, llorando fuertemente. Marie la abrazó y lloró al mismo tiempo, pero en unos segundos trataron de recomponerse para seguir escuchando al médico.

—Debemos hacerle varias pruebas, entre ellas una punción medular, para llegar al diagnóstico definitivo y barajar las distintas opciones de tratamiento. Ahora, si lo desean, pueden ir a verlo. —Lena se levantó como pudo, más empujada por Marie que por otra cosa. Entraron a su habitación cuando aún dormía; su madre se abrazó a él llorando, pues sentía que la posibilidad de perderlo no era algo tan descabellado. Media hora más tarde, algo más recompuestas, estuvieron presentes mientras el médico informaba a Aleksei sobre los nuevos hallazgos y la pauta que tendrían que seguir.

Los ojos se le humedecieron y, aunque quiso ser una roca delante de su madre, no pudo evitarlo. Lloró abrazado a ella, asustado, aterrorizado; acababa de perder a su padre y su futuro se desvanecía, la vida se le escapaba. Su madre sollozaba, aún sin poder dar crédito a la fatídica noticia, y Marie se acercó, por el otro lado, a su cama. Dudó en tocarlo; hizo ademán de rozar su pelo, una, dos veces, hasta que él tiró de su brazo y se fundieron en un abrazo de a tres.

Pasaron los días; días de analíticas, de pruebas; días de hospital y de angustia, a la espera de los resultados. Entonces, llegaron, y no fueron nada halagüeños. Los médicos les explicaron que Aleksei padecía una leucemia linfoblástica aguda. Debía someterse a quimioterapia para inducir a la remisión de la

enfermedad y, si era posible, recibir un trasplante alogénico de médula ósea. Cuando el médico salió de la habitación, Aleksei ya había tomado una decisión.

—Me marcho —dijo a su madre, que estaba a solas con él—. No me mires así, mamá, necesito hablar con Kat y pensar qué voy a hacer.

—¿Cómo que pensar qué vas a hacer? Está claro lo que hay que hacer, los médicos han sido muy claros, cariño. Tienes que cumplir a rajatabla el tratamiento que digan.

—Mamá, tengo que verla y necesito pensar con claridad, pero lejos de aquí, lejos de vuestra compasión, de vuestro dolor, de ese pensamiento en el que ya me habéis enterrado. Por favor... —le rogó a su madre con las mejillas húmedas. Ella apretó los dientes y, con la mandíbula tensa, le dijo que lo comprendía, pero que no la abandonase como había hecho su padre. Se abrazaron de nuevo llorando, preguntándose por qué ellos, por qué la vida era tan injusta y los trataba así.

Dos días después, Aleksei viajó hasta Zúrich.

Katerina escuchó atenta a Aleksei mientras le explicaba cómo se había enterado de su enfermedad, entretanto él no dejaba de tragar saliva aguantando las lágrimas. Dolor y extenuación eran los dos sentimientos que veía Kat en su mirada. Ella quería sonreírle, decirle que ella era fuerte y podía serlo por los dos, que lo sostenía; pero ¿a quién quería engañar?, estaba a punto de derrumbarse.

—El resto de la historia ya la conoces. —Una pequeña sonrisa asomó a sus ojos mientras observaba sus manos, unidas. El dolor de los recuerdos de Zúrich hizo daño a Kat, que desenlazó sus dedos. Se encogió sobre las rodillas y, sin mirarlo, le rebatió la frase.

—No, solo sé que fuiste a Zúrich a hacerme el amor y a dejarme creer que estabas con Marie. No mencionaste ninguna enfermedad y me dejaste. —Se levantó, enfadada más con la dichosa enfermedad que con él—. No se le dice a alguien que la quieres y que un día estaréis juntos porque es cosa del destino cuando se tiene una maldita enfermedad. —La rabia hablaba por boca de Kat. Una parte quería aovillarse en su regazo, como un instante antes, llorar de nuevo en su pecho, decirle que la vida sin él no era suficiente, que lo quería como el primer día, que la maldita conexión seguía ahí y quería rogarle que la llevase a la

casa donde se habían amado y conocido para no salir nunca más de allí.

Pero, en ese momento, la parte que estaba haciendo acto de presencia —y vaya acto— era la rabia y el dolor. Aleksei se puso de pie, fue paciente y esperó a que ella echase fuera todo lo que le hacía daño.

—Y, ahora, apareces de pronto, en el que es mi hogar, tocando el piano con una maldita flor y una canción, ¿y ya está? Me sueltas la bomba de tu enfermedad, me miras con esos ojos, me abrazas y eres... eres el Alek de siempre, y yo no puedo. ¡No puedo, joder! —Estaba furiosa; ella, que no solía decir nada peor que «maldita sea», estaba fuera de sí. Lloraba sin dejar de gritarle, odiándolo por haber aparecido de nuevo.

—Sshh, tranquila, estoy aquí —le dijo Aleksei, apretando su mano con suavidad. Se había acercado a ella sin reparar en él, pues la marea de pensamientos que cruzaba su mente no le dejó ver más allá. Ella alzó la vista y clavó los ojos en él, lo que le golpeó el corazón.

—Dios, Alek, tú no... —La estrechó en sus brazos mientras ella se tapaba la cara con ambas manos, llorando. Minutos después, volvió a mirarlo y le acarició la cara con sus manos. Entonces, se dio cuenta de que aún no se habían besado, pero, antes de hacerlo, él la separó para verle mejor la cara.

—Esa noche fui a decirte cuánto te quería, pero tú, en vez de escucharme, me acusaste de estar con otra, cuando me habían dado la peor noticia del mundo. Me dejé llevar por los celos absurdos por tu compañero Colin, y después me dijiste que no podías perdonarme, que los recuerdos que habíamos creado juntos ya no brillaban, ni tampoco tú. Y eso es algo que tampoco yo podía perdonarme. ¿Qué habría pasado si te lo hubiese dicho?: tú habrías abandonado tu carrera para cuidarme a mí, para pasarte horas enteras en una habitación de hospital, esperando pruebas, soportando los terribles efectos de la quimio, y entonces sí que todo se habría roto entre nosotros. —La voz se le quebró al recordar los meses infernales que había tenido que atravesar de la mano de su madre, a la que había quitado años de vida.

—Pero esa era mi decisión, Alek; no tenías derecho a decidir por los dos. Cuando imagino por lo que debiste de haber pasado, mi amor, yo... —Pero fue incapaz de seguir. Se puso de puntillas y le dio un beso dulce en los labios,

sujetándole el rostro para besarlo. Aunque aún latía la furia en su interior y temblaba, presa de la emoción, lo besó con dulzura. Aleksei la rodeó por la cintura y accedió a su beso, introduciendo la lengua en su boca, y volvió a sentirse en casa, sintiendo el gran amor que los unía y que, a pesar del año separados, no había mermado un ápice. Se separaron para respirar, pues las emociones eran demasiado intensas. Apoyó la frente en la cabeza de Kat, sintiendo su aliento caliente en su pecho. Cerraron los ojos y dejaron que las lágrimas resbalasen por su rostro una vez más.

—Lo peor ha pasado, mi vida. —Kat elevó la vista a los ojos de Aleksei, que derretían su corazón más que el cambio climático lo hacía con los polos, y esperó—. Tras los meses infernales de los ciclos de quimioterapia, alcancé la remisión completa de la enfermedad y, tras más pruebas y numerosos fármacos, mi médico me pautó un tratamiento de mantenimiento que debo completar, al menos, hasta alcanzar los dos años. En poco tiempo me espera una nueva revisión y, créeme, tengo más miedo de ese resultado que de la propia muerte. — Ella lo abrazó, tratando de alejar todo ese dolor por el que había tenido que atravesar, aunque aquello era prácticamente imposible.

Se calmaron, tras largo tiempo abrazados, y regresaron a la salida del palacio, donde sus amigos deberían estar. Katerina miró su móvil al llegar allí y vio un mensaje de Anastasia, que le decía que se marchaban al hotel donde se alojaba Franz, pero que esperaba noticias suyas pronto. Él condujo en su coche, camino a la casa de Kat, con ella apoyada sobre su brazo derecho. Al llegar al interior de la casa, Max y Magda les dieron una calurosa bienvenida antes de encerrarse en la habitación de Kat.

Aleksei besó a Kat y ella profundizó el beso separando los labios. El deseo que le provocaba Alek seguía latente en sus venas, pero esa vez sentía algo diferente, era algo más que desesperación.

—Sshh, Kat, cálmate. —Se aferraba a la nuca de Aleksei capturando sus labios.

—Bésame, Alek. —Él la besó sin contenerse. Katerina se subió a su regazo y se sentó a horcajadas sobre él. Temblaba de pura excitación mezclada con el miedo a perderlo para siempre; no era algo que siquiera pudiese plantearse. Él lo

notaba, pero no quería detenerse a hablarlo; ya habría más momentos para ello. Ahora se necesitaban uno al otro más que nunca, y poco tenían que ver encuentros pasados, pues era como si se estuvieran conociendo en ese preciso instante.

Katerina llevó las manos hasta el pantalón y él comenzó a desabotonar la camisa de ella. Ambos se sentían torpes, como si tuvieran manos de gelatina y actuaran descoordinados. Aleksei le dio la vuelta y la tumbó sobre la cama y, tras deshacerse de la blusa, se inclinó buscando su piel, utilizando los labios y la lengua. Ella, por su parte, consiguió desabrocharle el pantalón, pero él la retuvo. La necesitaba mucho, pero ansiaba besarla, recorrerla con los labios, antes de perderse dentro de ella. Kat tiró de él para acercarlo a su boca y mordió sus labios con pasión.

—Tranquila, *ballerina*. —Aleksei hundió el rostro en su cuello y bajó por la garganta, el abdomen y se deshizo del pantalón de ella. De rodillas en la cama, se quitó el jersey, y ambos quedaron en ropa interior. La piel de Kat le supo a magia, a paseos por el bosque, a compases de tres por cuarto, a sueños cumplidos, a edelweiss, a esperanza. Ella corcoveaba sumida en el placer que le aportaban los labios de Alek. Como pudo, se quitó el sujetador, y él hizo lo propio con la ropa interior que les quedaba por eliminar.

—Alek —pronunció, mientras sus respiraciones se mezclaban antes de entrar en ella.

Se besaron de nuevo, con él dentro de ella, fusionándose en una sola alma, restando importancia al resto del mundo, a los problemas que deberían enfrentar, al dolor, al miedo, a la angustia... Katerina se mordía el labio reprimiéndose para no gritar, queriendo retener y alargar ese momento. Tiró de su pelo para tener de nuevo acceso a sus labios, que le besaban el cuello y se lo lamían con delicia. Aleksei también sentía que estaba a punto de explotar dentro de ella, notando su calor, mientras no cesaba de acariciarle la espalda, los brazos, besándola cuando le exigía que sus labios se encontrasen.

—Mi vida... —Kat sentía que su corazón se podía romper cada vez que la llamaba así. Cada beso que le daba Alek, cada caricia la estremecían y, por mucho que no quisiera pensar en todo lo que él le había confesado, se adueñaba

de ella sin poder evitarlo. Comenzó a llorar convulsionándose; él se detuvo un momento y la miró. Le acarició la frente, le retiró un mechón de pelo y le limpió las lágrimas con delicadeza—. *Ballerina*. —Ella se volvió a estremecer, exhaló, acariciando los labios de Alek con su aliento, y de nuevo la besó. Sus cuerpos, uniéndose, fusionados en un solo corazón, le hicieron sentir que nada, ni siquiera la muerte, sería capaz de apartarlo de aquella mujer. Se aferró a ella, la abrazó como si quisiera borrar todo el dolor que sin querer le había infligido al hablarle del jodido cáncer, y en apenas dos segundos el orgasmo los derribó. Kat gemía en el oído de él mientras la piel se le tensaba y calentaba. Sintieron cómo volvía a ellos, después de haber cobrado vida propia y de haber actuado por su cuenta.

—Alek —le susurró tiempo después—, ¿cuándo sabrás los resultados de la próxima revisión? —Él, incómodo por tener que volver a hablar del tema, no le contestó—. Alek, aunque te hagas el dormido, sé que no lo estás. —Esperó un rato, disfrutando de tenerlo al lado, pero un pinchazo en la boca del estómago la atacó como un funesto vaticinio. Verlo con los ojos cerrados, tan plácidamente, la inquietaba—. ¿Quieres decir que te rendirás? Si el resultado de esa prueba no es bueno, ¿no lucharás más? —Aguardó de nuevo que el silencio le respondiera, pero esa vez lo hizo él.

—Kat... —contestó con voz lastimera.

—No, no me digas «Kat». Por favor, respóndeme. —Se irguió, sentándose sin dejar de observarlo. Él la miró y se preparó para romperle el corazón.

—Mis heridas se cierran al estar contigo; ya lo hicieron una vez y han vuelto a hacerlo. Nunca tendré tiempo suficiente para agradecerte que te abrieras a mí, que me dejaras entrar, que me permitieras ser el primero de muchas veces. Pero, mi vida, no quiero vivir en un hospital, siendo dependiente y arruinándote la vida a ti, entre otras personas. —Las lágrimas resbalaban por el rostro de Kat, que podía escuchar cómo se iba rompiendo su corazón poco a poco—. No llores. —Se irguió también, y un brazo la rodeó y la llevó a su torso, donde ella se hundió.

—No puedes rendirte, no puedes dejar de luchar, Alek; yo te necesito a mi lado para que me veas actuar en los escenarios, para que me cantes bajito en la cama, para que un día me veas andar camino al altar donde me estarás esperando, para

ver nacer a nuestros hijos... —Se detuvo un instante para coger aire y mirarlo en la oscuridad, donde apenas percibía sus gestos, pero los sentía con el corazón—. No creas que voy a dejar que te rindas; si esa prueba sale mal, lucharemos. No voy a consentir que hayas aparecido de nuevo en mi vida para destrozarla.

—Estoy cansado. —Ella sabía que no se refería a ese momento, sino a su batalla contra la enfermedad. Por el momento no iba a presionarlo más, esperaría al resultado de la prueba y, entonces, volvería a la carga.

—Te quiero, Alek.

—Lo sé, *ballerina*, lo sé.

«Quiero esconder la verdad, quiero protegerte, pero no hay ningún lugar en el que podamos escondernos. No te acerques tanto, dentro está oscuro. No quiero decepcionarte, pero estoy atado al infierno, aunque creo que todo esto es por ti, no quiero esconder la verdad. Cuando sientas mi calor, mira dentro de mis ojos, donde se esconden mis demonios. Yo digo que es cosa del destino, está tejido en mi alma, necesito dejarte ir. Tus ojos brillan tan fuerte, quiero salvar su luz; ahora no puedo escapar a esto, salvo que tú me digas cómo».

Aleksei estaba sentado en el piano en casa de Kat, donde tocaba, expulsando un poco el miedo y la angustia. Cada canción que tocaba o cantaba era triste; había perdido la luz del hombre que ella había conocido un año atrás, pero no se lo reprochaba. Después del año por el que había atravesado, lo comprendía, aunque le doliese el alma verlo así. *It's where my demons hide* era la canción que más se repetía en aquel salón con decoración al más puro estilo imperial. Katerina comprendía que aquello era algo así como una terapia para él. Se limitaba a sentarse cerca de él, a veces incluso tocaban y cantaban juntos, aunque la mayor parte del tiempo ella se limitaba a verlo tocar, y sentía un profundo orgullo y admiración. Ella lo miró un segundo, y su mundo se quedó reducido a los ojos esmeralda en los que, sin quererlo, se vio enredada. Apenas un instante en el que las notas de Mozart los transportaron a los salones vieneses, donde personajes como la emperatriz de Austria, a la que tanto admiraba, miraba perturbada al que se suponía era el amor de su vida. Pero no lo era, y el corazón se le fue fragmentando poco a poco cuando se dio cuenta de que lo perdía. Exactamente así se sentía Katerina.

Instantes, momentos, segundos... Se solía decir que pueden cambiar la vida

por completo. Un encuentro podía convertirse en aquello que marcaría un antes y un después, y Aleksei tuvo dos momentos que marcaron su vida. El primero fue el día que había visto a Katerina bailar en la sala de ensayo y las ganas irrefrenables de danzar junto a ella se habían apoderado de él. La conexión, esa de la que hacía gala, surgió ese día en su vida haciéndole distinguir lo que era un momento clave de aquello que no lo era. No llegó a captar la transcendencia de aquel frío día en Rusia ni vislumbró lo valioso que sería ese recuerdo, que atesoró en su mente en los días más amargos que vinieron después. Y el segundo fue algo más terrible, el aciago día en el que el médico le dijo que padecía leucemia. La vida, que le había dado golpes a lo largo de los años, se le quebró entonces; la armoniosa y absolutamente perfecta felicidad con Kat se esfumó. Comprendió que no podía arrastrarla a un sinfín de pruebas, de idas y venidas al hospital, de ingresos, de sufrimiento y lágrimas; a verlo vomitando y pálido, mareado y febril... Por ello decidió abandonarla en Zúrich aquella noche, con la promesa de regresar a por ella, y así lo hizo. Cuando los médicos le dieron el alta y le permitieron volver a su rutina, tomó una firme decisión. Amaba a su madre por encima de todo y, desde que su padre había fallecido, no quiso dejarla a su merced. Sin embargo, una noche, ella, que al fin y al cabo era una madre y ya se sabe que las madres son sabias, se sentó en el sofá junto a él y, agarrándole la mano, le pidió algo.

—Alek, ya basta, tienes que hacer tu vida. Yo hice la mía: dejé el que fue mi hogar para correr junto a tu padre las mayores aventuras que la vida nos tenía preparadas, y entre ellas, tú. —Él le sonrió, entendía la preocupación de su madre. Fueron meses de tantas cosas que habían tenido que atravesar, verlo tan agotado, tan rendido y, aun así, luchando contra viento y marea. Pero sabía que no era feliz en aquel pueblecito que lo había visto nacer; sabía que solo había una persona capaz de volver a hacerlo sonreír y soñar con un futuro—. Ve por ella, cielo, estoy segura de que te estará esperando.

Aquello le recordó a la última noche que se habían visto en Zúrich: los ojos de Kat, que brillaban con el llanto en ellos, las palabras susurradas junto al río... «El hilo de la conexión está atado a tu meñique desde el primer día que bailamos juntos en la sala de ensayo, siendo unos completos desconocidos y, si no crees en

el destino, no importa, porque ataré ese hilo a tu dedo y no dejaré que se rompa. Nunca».

Con aquellas palabras, cargadas de significado, había querido decirle muchas cosas: que entre Marie y él nada había sucedido, y jamás podría volver a suceder; que sentía celos porque ella irradiaba tanta luz, brillaba tanto que cegaba a todo el mundo. ¿Cómo no iba a enamorarse nadie de ella?; de ahí los celos por su nuevo compañero. Quiso decirle que no solo su padre había muerto, lo que asoló a su madre y a él mismo, sino que le acababan de diagnosticar una enfermedad. En un principio, pensó en decírselo, pero, cuando se dio cuenta de que ella lo abandonaría todo por estar a su lado, descartó la idea. Por eso esas palabras que ella no comprendió, pero que fueron el sello para su futuro mejor, ese que, sin duda, tendrían algún día.

La conversación con su madre se sintetizó en decirse ambos lo mucho que se querían, en aceptar que debían separarse para que Aleksei buscase su felicidad junto a Kat, en alcanzar la paz que volviese a equilibrar su vida, y entonces lo supo. Debía volver al lugar donde había sido feliz con ella. Por eso se marchó al pueblo de Viena, donde compartió los mejores días junto a Katerina. Se instaló en una casita con aire de cuento, pero más modesta que el hogar de la bailarina. Volvió a recorrer los lugares por los que había paseado con ella, tocó el piano sin descanso, rememoró los días en los que Kat admiraba y demostraba su fascinación por aquel instrumento en sus manos... Y, un día, por casualidad, al pasear por el pueblo, se encontró con Franz, que le contó el problema de Anastasia, la cual estaba ingresada en una clínica cercana. Charlaron sobre Katerina, sobre su nueva vida y él le confesó su enfermedad. Desde entonces, el *expartenaire* vio con otros ojos a Aleksei, al que siempre había tenido antipatía. Conoció al hombre que había sacrificado su propia felicidad por la de ella, al hombre enamorado de la *ballerina*, a la que dejó libre para triunfar y respirar la felicidad que llevaba años trabajando. Pero Franz sabía que ella seguía con la herida abierta, pues seguía enamorada de ese hombre con una taza de café entre sus manos. Se calló y no les dijo nada ni a ella ni a él; solo cuando llegó el momento adecuado, la llamó, la trajo de vuelta para hablar sobre Anastasia, sobre su nueva vida y propiciar el encuentro con Aleksei.

\*\*\*

Katerina entró a la biblioteca llevando cinco libros en sus manos, con los que hacía equilibrios para que no se cayeran. Esa sala era tan impresionante como el resto de la casa; era un lugar acogedor, con las paredes forradas de estanterías llenas de libros, de esos que tienen tapas de piel y letras doradas. Sus padres habían sido grandes amantes de la literatura, y en sus viajes compraban ejemplares de todos los rincones que visitaban; incluso compraban antigüedades, verdaderas joyas, primeras ediciones, que conservaban allí como el gran tesoro que eran.

Las ventanas eran altas y lo suficientemente grandes como para iluminar la estancia. A Kat le había fascinado desde pequeña aquel lugar; recordaba ir allí de la mano de su madre. Mientras ella se entretenía con sus libros de niña pequeña, mucho más accesibles, su madre se sentaba cerca de ella y de la chimenea, que en invierno crepitaba sin cesar, a leer los clásicos de la literatura romántica del siglo xviii. Y, además de en cientos de cosas más, en eso también había salido a su madre.

Dejó los libros en una mesa cercana a la ventana y buscó el ejemplar que llevaba días buscando: *La vida como obra de arte*, de Goethe, el autor alemán que ya había fascinado a su madre y del que se había enamorado perdidamente. Max lo había localizado y se lo dejó en esa mesa para que ella dispusiera de él. Inspiró satisfecha y se sentó en la butaca, como había hecho Valèrie muchas veces, cerca de la chimenea, con el libro de Goethe en sus manos.

Horas pasaron sin que se percatara del paso del tiempo. No fue hasta que Aleksei entró en la habitación y rozó su brazo para sacarla de su lectura que se fijó que la luz ya no traspasaba las ventanas. Al parecer, estaba lloviendo, pero ella ni siquiera se había fijado. Ambos giraron la cabeza cuando unas gotas fuertes impactaron en las ventanas y un relámpago iluminó la biblioteca, iluminada —a duras penas— por el fuego que se estaba apagando.

—Solo hay dos cosas capaces de abstraerte tanto de la vida: el ballet y la lectura. —Kat le mostró una dulce sonrisa mientras él tiraba de su mano para

levantarla. Caminaron de regreso al salón, y ella se sentó en el piano, donde hacía unas horas había estado sentada junto a Alek. Comenzó a tocar una melodía algo más alegre que lo que últimamente resonaba por la casa. Él se sentó en la butaca situada tras ella, donde Kat lo observaba sin parar, disfrutando de aquella visión. Una vez que terminó de tocar, giró el cuerpo y se quedó mirando al hombre por el que respiraba y que hacía arder su piel con un leve roce. Subieron al dormitorio tras cenar con Max y Magda, fingiendo que se habían reencontrado por azares del destino y que su vida marchaba perfectamente, sin ser ese etéreo momento el que pudiera destrozarlos en unos pocos días.

A Aleksei se le adormeció el brazo izquierdo, aunque poco importaba. No había dejado de observarla dormir, de sentir su respiración, pegada a él. Aquella noche se metieron en la cama y, sin hablar, se dieron lo que necesitaban: abrazos. Entre las sábanas, se embriagaron uno del otro, compartiendo miradas silenciosas, en las que se dijeron todo lo que se habían echado de menos, el amor tan fuerte que los unía, su conexión... Y él se dijo una vez más que no quería dejar de observarla dormir, deseaba pasar infinidad de noches así; algunas veces amándola, otras simplemente recreándose en su luz. Pero la enfermedad podía aparecer de nuevo; de hecho, una nueva consulta médica lo aguardaba y estaba asustado, quizá debía volver al duro tratamiento. Y, durante todos esos meses en los que no sabía si se recuperaría, ella no lo abandonó, por muy lejos que estuvieran uno del otro. Sabía que debía luchar por sí mismo, por sanarse él primero, por no hacer sufrir más a su madre y a Marie, que a su manera lo quería. Pero, sobre todo, luchó porque sabía que no tenía derecho a hacer sufrir a Katerina. El amor que los había unido les había marcado la piel y el alma, entretejiendo millones de recuerdos que anidaron en sus corazones y de los que bebió cada día para soportar la angustia, el miedo y el dolor.

Kat se quedó sin aire al día siguiente, cuando sintió el espacio vacío a su lado. Se puso la sudadera de Aleksei, con su olor impregnado, sintiéndolo de nuevo en la piel. Bajó a la cocina, donde Magda le dijo que el señor Ivanov estaba fuera desde temprano. Cogió una manta, por si acaso a él no se le hubiese ocurrido llevar una, y salió en su busca. Tardó poco en encontrarlo, sentado en el viejo

tronco, donde, lo que parecía hacía siglos, habían estado sentados juntos. Llegó hasta él y lo tapó con la manta, cubriendo a ambos; agarró sus manos, heladas, y trató de calentarlas con las suyas.

—No deberías salir sin nada de abrigo, podrías ponerte... —Pero se detuvo antes de pronunciar la palabra que parecía haberse convertido en tabú entre ellos. Él la miró y se acercó más a ella para que la intimidad compartida fuera tan íntima que no existiera ni un milímetro de aire entre ambos.

—Puedes decirlo, mi vida, no pasa nada —musitó, retorciendo sus manos en las de ella. Katerina aún tenía muchas preguntas sin respuesta, angustia que la iba devorando por dentro y que aún no había externalizado. La vio titubear y, tras depositar un beso en su cabeza, le guiñó un ojo y la alentó a hablar.

—Si me lo hubieses dicho, Alek, en ese momento, en el puente... yo... —Se mostró pequeña, encorvándose, luchando con las lágrimas.

—Tú hubieses venido conmigo, pero deseaba que por fin cumplieras tu sueño, después de lo valiente y fuerte que habías demostrado ser. No podía hacerte eso, solo te habría causado más dolor del que ya has padecido en tu corta vida.

—Yo no soy fuerte, simplemente lo era porque tú me dabas la fuerza. —Alekssei reaccionó cogiendo su cara entre las manos y estampándole un beso en la boca, uno de tantos, húmedo y cargado de las emociones que contenían. Respiró nervioso junto a esa boca, por no saber abrirle los ojos y verse tal cual era ella en realidad.

—Eso no es cierto, Katerina. Tú siempre has sido valiente, has sido fuerte, pero te has negado la evidencia creándote un complejo que te ha atado de por vida. Yo simplemente tiré de ese pedazo de cuerda que vi asomar un día, porque, si hay alguien que se merece ser feliz más que nadie, esa eres tú. —Ella sollozó, llevando sus manos a las de Alek, que sujetaban su cara, por donde caían las lágrimas. Él siseó con ternura, acallando el dolor que le partía el alma a los dos.

La rodeó con los brazos y permanecieron inmóviles escuchando el rumor del agua que llevaba el río y llegaba hasta allí. Por eso Kat adoraba ese preciso lugar: porque no se vislumbraba el bosque, ni siquiera se adivinaba, pero se podía sentir.

—Hubo días muy duros, realmente jodidos, agradezco que no estuvieras en

ellos. Cuando amas a alguien, deseas evitarle toda tristeza, dolor o angustia, e incluso anhelas verla feliz aunque no sea a tu lado —le aseguró, diciéndole nuevamente que la quería.

—«Ser amado por lo que uno es en realidad es la mayor de las dichas. La mayoría ama a los demás por lo que pueden aportar, aman la versión egoísta del ser querido, el cuerpo que ven ante sus ojos. Pero cuando sabes que no puedes amar así, cuando sientes que nunca has amado de esa forma antes y que nadie te amará de la misma forma cuando te evapores del mundo..., esa es la esencia del amor» —dijo Katerina, recordando las frases que su madre apuntaba en el diario y mirándolo a los ojos.

—«Un loco enamorado sería capaz de hacer fuegos artificiales con el sol, la luna y las estrellas para recuperar a su amada» —recitó Aleksei a Goethe con la sonrisa curvada en sus labios. Kat lo besó, aún con el sabor amargo del llanto en sus labios; él no pudo resistirse a su cuerpo, que vibraba en cada caricia, y la tomó en brazos y la llevó al interior de la casa para amarse sin medida, para sentir cómo la piel volvía a su sitio, al lugar donde debía estar, y grababa con tinta invisible, en sus cuerpos, las palabras que tanto significaban para ellos: *te conecto*.

La consulta del doctor que atendía a Aleksei era pequeña aunque luminosa. Quizá no era tan pequeña, pero a Kat le parecía que todo lo relacionado con la maldita enfermedad se merecía adjetivos que no le dieran lustre. Viajaron a la casa de él unos días antes y se instalaron en la casa de sus padres, junto a Lena. La mujer recibió a Kat con los brazos abiertos y el corazón en la mano; a ella le costó un poco aquel trato tan familiar, no estaba acostumbrada a esos gestos de cariño. Sin embargo, su madre poco tuvo que hacer; de hecho, ya le gustaba por haber tenido a un hijo tan maravilloso como Alek.

—Sé que no debería decirte esto, pues no necesito más que ver cómo lo miras —le dijo Lena un día que estaban las dos a solas en la cocina—. Aun así, soy madre, y es mi deber decirlo. —Kat dejó de remover la masa de galletas que estaba cocinando entre risas y recuerdos de la infancia de Aleksei—. Cuídalo como a tu propia vida, ayúdalo cuando las fuerzas lo abandonen y se rinda. Si de verdad lo quieres, quédate a su lado, sin importar lo que pase y, sobre todo, convéncete de que todo puede cambiar en un instante. —Las duras palabras de su madre le abrieron los ojos por completo y la probabilidad de que la enfermedad apareciese de nuevo surgió ante sus ojos. Katerina tragó el nudo que se le había formado en la garganta, que subía y bajaba sin dejarla respirar.

—Dicen que el amor es una potente medicina y, créame, nadie en este mundo ama a Alek como yo lo hago, salvo con una excepción —le confesó a su madre, que había empezado a temblar al pensar en que algo podía ir mal. El miedo atenazaba su vida desde que le habían comunicado la grave enfermedad de su pequeño, pero intentaba ser fuerte y positiva como él mismo le había rogado desde el primer día. Se fundieron en un abrazo y, desde entonces, entendieron

que la fuerza de sus corazones podía, al menos, insuflar el aliento que Aleksei necesitara de entonces en adelante.

El doctor se reunió con ellos y, tras la típica charla de cómo se encontraba, del tiempo —que estaba loco y cambiaba constantemente—, y preocuparse por su madre, a la que ya trataba familiarmente después del tiempo que habían pasado en el hospital, hablaron de cómo se encontraba él antes de realizarse la analítica para comprobar los porcentajes de grupos celulares. Inmediatamente después, se hizo el análisis y se fueron a disfrutar del resto del día antes de que la preocupación se cerniese sobre ellos.

—Desearía poder estar en tu bosque ahora mismo. —La sonrisa perenne de Aleksei había desaparecido. Eso fue lo primero que vio diferente en él; ya no era el hombre optimista que parecía llevar esa curva dibujada de modo natural. A veces, ella se lo quedaba mirando y, cuando él se daba cuenta, le enseñaba esa sonrisa que adoraba. Pero no lo hacía porque se sintiese bien, y eso la tenía bastante preocupada.

—¿Mi bosque? —Alzó la vista del libro que estaba leyendo en la silla del jardín, junto a él, y alargó la mano sobre la mesa para alcanzar la suya.

—Sabes a lo que me refiero. —El trino de los pájaros era lo único que rasgaba el silencio que se había acomodado de pronto.

—Alek, mi amor...

—Kat, tenemos que enfrentarnos a la realidad por muy poco que nos guste, ponernos en lo peor. —Clavó su mirada verde en ella con tanta seriedad que ella se asustó.

—¿La realidad?

—Sí, no sabemos qué va a salir en la analítica y puede que el cáncer reaparezca...

—No pienso ponerme en el peor de los casos hasta que un médico me lo diga. —Se levantó gritando, muy enojada.

—Pero mi vida... —Él se puso en pie y lentamente se acercó a ella, posó sus manos en los brazos de Kat, que temblaba, y se alejó de él como si la hubiese quemado con las yemas de los dedos.

—No me digas «mi vida». —Se dio la vuelta tan deprisa que perdió un poco el

equilibrio. Apuntándolo con el dedo y con el brillo acuoso en la mirada, explotó —. No puedes pensar así, estás aquí y estás bien. Yo... Yo no... —No le salían las palabras. Llevaba tanto tiempo mordiéndose la lengua para no llorar que se le estaban acabando las fuerzas. Dio varios pasos hacia atrás, negando con la cabeza cabizbaja, y corrió en dirección a la verja del jardín. Salió de la casa sin poder ver bien hacia dónde iba, pues las lágrimas le impedían ver el camino, brotaron con facilidad tras días de retenerlas. Deseaba gritar, maldecir al mundo por haberla llevado hasta él para luego arrebatárselo. Se detuvo en un banco cercano a la casa, donde se sentó y continuó deshaciéndose en llanto, abrazada a sí misma. Aleksei le permitió marcharse, no pudo retenerla, pues él estaba tan roto como ella. Por una vez, no pudo consolarla, mesar su pelo y decir que todo iba a estar bien, pues no estaba nada seguro de ello. Cuando había tenido horas bajas meses atrás, se aferraba a la imagen de Kat bailando y sonriendo, con ese brillo especial que podía iluminar un estadio a oscuras. Verla descompuesta, haberle hecho daño por su maldita enfermedad, era algo que no había deseado jamás, pero era inevitable.

Kat volvió a través de la misma verja por la que había salido cuando el llanto se hubo calmado, aunque en su rostro se veía claramente que había estado llorando. Caminó hasta Aleksei, que permanecía en la misma posición, con los brazos laxos a ambos lados del cuerpo y el semblante triste. Ella sabía que no podía anteponer sus propios miedos y su dolor; después de todo, no era ella la importante, no era ella la que llevaba meses enfrentándose a un cáncer. ¿Cómo iba a preocuparlo más de lo que ya estaba? Aunque le rompiese el alma pensar en la posibilidad de que la enfermedad reapareciese, debía ser fuerte por los dos, estar a su lado y apoyarlo pasara lo que pasara. Se situó enfrente de él; su nariz rozaba el mentón de Alek, con la barba de varios días.

—Perdóname, no debí haber reaccionado así. —Él le tomó el rostro con las manos y volvió a sonreírle.

—No es mi intención asustarte, quizá solo sea un modo de expresar en voz alta el miedo que me corroe desde hace tiempo. No quiero ser negativo ni pensar en que algo pueda ir mal, pero la posibilidad existe y es esa jodida posibilidad la que me está matando.

—Lo sé —le respondió, rodeándole la cintura con los brazos.

—Únicamente quiero que estés preparada si nos dicen que las cosas no van bien. —Ella asintió y se escondió en su pecho. Se dejó mecer por Aleksei, que depositaba tiernos besos en su cabeza, estrechándola con fuerza. Kat necesitaba alimentarse de esos abrazos tan curativos, de la paz que le aportaba en cada uno de ellos y, aunque el infierno pudiera desatarse en unos días, nada la iba a separar de él. No había nada más importante en su vida, en aquel momento, que estar con él, sintiendo la mágica conexión que un día los ató, y nada, ni siquiera la amenaza de la muerte, podría separarlos.

**E**l día de recibir los resultados del análisis llegó. Katerina y él borraron de su memoria que estaban aguardando ese día. Desde esa tarde en el jardín, donde expresaron en voz alta el miedo que los perseguía, habían decidido hacer como si no tuvieran la espada de Damocles sobre sus cabezas. Pasearon por el lugar de la infancia de él; cocinaron junto a su madre, que los miraba arrebolada por el amor que los unía; fueron al teatro, al cine... En definitiva, se comportaron como una pareja normal y enamorada.

Unos días antes, Anastasia llamó a su amiga para decirle que se había instalado en una casa cerca de la suya, en su hogar vienés. La voz de su amiga era jovial y llena de entusiasmo, como hacía mucho tiempo no se sentía.

—Me gustaría estar ahí contigo. Cojo un avión y me planto allí en un milisegundo —le dijo Anastasia, deseosa de confortarla.

—No, Nastia, tú tienes que estar bien y tranquila. ¿Franz sigue por allí o ha vuelto a la compañía?

—Aún está aquí, conmigo... —le reveló entre nerviosa e inquieta. Habían pasado muchas cosas en los últimos meses y no habían hablado de Franz.

—¿Y cómo... lo llevas? —No quería hacerla sentirse mal, le daba pavor crearle alguna inseguridad, algo que la hiciese recaer.

—Bien, Franz se ha portado conmigo de una manera increíble. Ha sido mi gran apoyo, mi amigo, mi sostén en esos días, y lo que le hice pasar fue un auténtico infierno, Kat. No sé si me lo podrá perdonar algún día y, a pesar de todo, duerme a mi lado cada noche, me acompaña durante todo el día y me hace sonreír a cada minuto.

—Nastia, no sé si es buena idea. Por tus palabras veo que sigues enamorada de

él, y no sé si eso te hace bien.

—No me has entendido. Hace un año, Franz podía dormir con nosotras y ni de lejos podía pensar que significara algo más. No lo entiendo, Kat, en serio, pero, a pesar del calvario que ha vivido, está enamorado —terminó por revelarles aquella verdad, que llevaba latente un tiempo y que, tras su salida de la clínica, le había confesado una noche. Anastasia no podía creerlo; el sueño de toda su vida, desde que lo conoció, aparecía...

—*Nunca te había visto de esa forma y no quiero que pienses cosas raras, como que te digo esto por pena o gilipolleces de esas. Tú siempre has estado a mi lado, con la lesión, compartiendo importantes momentos de mi vida y, aunque no quiero herirte, me has hecho sufrir mil vidas en una. —Ella, nerviosa, tragó saliva. Ni en todas las vidas juntas tendría tiempo suficiente para pedirle perdón —. Pero entonces pasó, todo cambió. No sé decirte qué momento fue o qué día, lo único que puedo decirte es que te quiero como jamás he querido a nadie. Contigo he aprendido que en el amor no todo es felicidad y buenos momentos. Vendrán días arduos, difíciles y los problemas nos acompañarán, pero no me pierdo ni uno solo de esos por nada del mundo. Anastasia, sé que siempre te querré y solo espero que tú desees pasar conmigo el resto de tu vida. —La emoción embargó a la chica, que no dejaba de llorar.*

—*Mi sueño hecho realidad... —dijo, conmovida, cuando Franz le dijo que la quería—. Yo no sé cómo empezar a pedirte perdón por todo lo que te he hecho sufrir y...*

—*No, nada de perdones ni arrepentimientos. En esta cama no cabe la amargura ni los reproches —la interrumpió.*

—*Ya no soy capaz de localizar el día en que me enamoré de ti y, aunque sé que no me merezco que me ames tanto... —Él fue a reprocharle su actitud de nuevo, pero ella le silenció los labios con el dedo—. Soy incapaz de alejarme de ti. Eres mi roca, mi bastón, mi fuerza, y yo solo anhelo pasar cada día de nuestras vidas haciéndote tan feliz como tú me haces a mí, olvidando el dolor que hemos atravesado con cada beso, cada palabra y cada caricia de la que solamente tú eres y serás el dueño. —Tumbados en la cama, acababan de confesarse un amor que había estado latente como el volcán dormido que espera su turno para*

*explotar. Suspiraron, exhalando un aire que llevaban tiempo conteniendo, y se besaron por primera vez, sin prisa, impacientes, ansiosos de empezar una nueva vida desde aquel instante.*

—¡Dios mío, Anastasia! ¡No sabes cuánto me alegro por los dos! Y claro que se entiende. Cariño, eres una persona maravillosa, aunque hayas pasado por lo que has pasado. Sigues siendo nuestra Nastia, te mereces toda la felicidad del mundo.

—Para, o me vas a hacer llorar —la interrumpió, con la emoción que le latía en el pecho—. Sabes que nos tendrás siempre, ¿verdad?

—Lo sé, en unos días hablamos —le dijo, dando por zanjada la conversación, que empezaba a agobiarla. La congoja estaba ahí, la tenía asustada por mucho que quisiera disimular, pero, cuando estás con gente que son tu familia, no puedes esconderla.

\*\*\*

Entraron en la consulta del médico agarrados de la mano. Esa mañana habían hecho el amor como si quisieran decirse cuánto se querían y cómo necesitaban de la respiración del otro para seguir adelante. Se sentaron frente al doctor, que les estrechó la mano con fuerza. Katerina quiso adivinar los resultados por el semblante del médico, pero era de aquellas personas capaces de esconder sus emociones perfectamente. Alzó la vista de los papeles y la fijó en el paciente.

—Puedes estar tranquilo, todo ha salido bien. —A Aleksei se le escapó un gemido en un suspiro, mientras se tocaba la frente interrogando al médico con los ojos. Este asintió, sonriéndole, y él sintió cómo Katerina le apretaba la mano, presa también de una mezcla de emociones. Se giró para mirarla, con una corriente de alivio que le recorría el cuerpo. Ella le devolvía la sonrisa con una risa nerviosa que vibraba en su pecho y, lentamente, titubeando hasta que hallaron el valor de hacerlo, se abrazaron. No supieron decir cuándo salió el doctor de su propia consulta para dejarles ese momento de intimidad que

necesitaban. A Aleksei se le escaparon las lágrimas que llevaba días ocultando para no desanimar a su madre ni a Kat. Aún le costaba entender cómo había sido posible vivir sin ella durante tanto tiempo, y ella no dejaba de pensar en cómo el brillo de su fulgurante mirada conseguía alejar cualquier temor que surgiese.

—Mi vida, ya pasó todo... —le dijo, con los ojos humedecidos tras la lenta agonía de no saber cómo iba a salir la analítica. Aún con los nervios a flor de piel, trató de consolarla. Kat temblaba en sus brazos por el incontenible llanto que le estaba empapando la camisa. Se separaron y se besaron entre risas y llanto, emocionados y aliviados. A los pocos minutos, el médico entró de nuevo, lo felicitó por los resultados y le recordó que debía seguir con el tratamiento, como habían acordado, por dos años más, y no saltarse ninguna revisión. Y, aunque la enfermedad podría volver de nuevo en algún momento, eso nadie le podía asegurar que no ocurriese, pero junto a Kat se sentía más fuerte y capaz de enfrentarlo todo. Quizá los días anteriores a una nueva analítica, se mostrase reservado y callado, pero ella estaría a su lado, comprendiéndolo y apoyándolo. Estrecharon la mano del médico y salieron de la consulta tan juntos como entraron.

Lena esperaba angustiada en la sala de espera y, cuando los vio salir llorando, se temió lo peor. Aleksei llegó corriendo hasta su madre, a la que abrazó y dijo que todo se había acabado. Una estupefacta Lena no entendía nada, hasta que le confirmó varias veces que estaba sano y libre del maldito cáncer. Su madre suspiró de puro alivio, sonriéndole y juntando sus lágrimas con las de su hijo. Cuando se levantó, fue hasta Katerina, que los miraba tapándose la boca para acallar los sollozos. Se abrazó también a ella, hasta que Aleksei las rodeó con sus grandes brazos y les susurró palabras de amor a las dos mujeres de su vida.

Una semana más tarde, regresaron al hogar de Kat. Quedaron con Anastasia y Franz y celebraron muchas cosas: que Aleksei estaba curado, que Anastasia había abandonado la clínica —aunque seguía yendo a terapia—, que los amigos de Kat no dejaban de verse en los ojos del otro; también celebraron el tremendo éxito de Kat en Nueva York... Celebraron, en definitiva, la vida y el amor. Franz decidió dejar la compañía, aunque Anastasia no lo aprobaba, pero respetó su decisión. A él no le hacía faltar saltar de escenario en escenario; en los meses

que Anastasia había estado ingresada, su perspectiva de la vida cambió. Era feliz junto a ella en aquel pequeño pueblecito de Viena, enseñando a pequeños en una academia de danza. En cuanto a Kat, regresó a Nueva York días después para reincorporarse a su trabajo. Colin se quedó pálido cuando le contó todo lo que había pasado mientras estaba lejos y conoció por fin, a fondo, a Aleksei, al hombre que había conquistado a la estrella del ballet, que brillaba con luz propia.

Una noche, tras la función de Kat, volvieron a casa paseando. Ya era primavera y la sensación era agradable. Colin se fue a celebrar el cumpleaños de un compañero de la compañía para dejarles intimidad en el apartamento. La bailarina estaba agotada y se abrazó a Aleksei, mientras caminaba con la sonrisa en su rostro. En ese momento, tenía todo lo que deseaba: el ballet y a él. Cuando regresaron a casa, no llegó al sofá, pues Alek la retuvo en sus brazos.

—Tengo una sorpresa para ti —le susurró cerca del oído. Ella se separó de su caliente pecho para mirarlo; él se alejó de ella y fue hasta la pared cercana al enorme ventanal que cada día llenaba de luz el apartamento. Kat no se había fijado en que había algo en la pared, cubierto con una tela. Aleksei le ofreció la mano y ella, dubitativa, caminó hasta ella y se la estrechó. Quitó aquel pedazo de tela, que tapaba un cuadro, y Katerina se quedó con la boca abierta—. «Desearía tener este paisaje cuando esté lejos de aquí. El río, los pájaros, la verde hierba...». ¿Recuerdas tus palabras? —Con los ojos vidriosos, miraba a una incrédula Kat—. Yo solo he añadido lo que termina por darle hermosura al paisaje. —Ella negaba con la cabeza, con un par de lágrimas que se deslizaban por sus mejillas. La imagen era una fotografía del bosque de Katerina; a un lado se vislumbraba la pradera en la que tantas veces había recogido flores y por la que se había tirado como una niña pequeña, junto a él. Al otro lado, en el cielo azul, se veían los pájaros, que le recordaban el dulce canto con el que cada mañana daban la bienvenida; el río azul, tan vivo que podía escucharse el rumor del agua, y ella, sentada en el medio.

—No sé cómo demonios lo haces; cada día creas un nuevo recuerdo que albergará mi corazón hasta el día que me muera —contestó ella en un leve susurro, emocionada. Aleksei tiró de ella y la abrazó junto a la fotografía de su hogar, que la acompañaría siempre que estuviese lejos de él.

—Nada comparable a todos los que nos quedan por crear. —Y aunque le sonara totalmente cursi, así se sentía cuando estaba junto a ella. Le sonrió antes de entreabrir los labios para buscar los de ella, que, de puntillas, trataba de llegar a su boca. Se mecieron en una leve caricia, como si algún viento pudiese moverlos, y una vez más se amaron hasta la extenuación.

\*\*\*

Kat pudo coger unos días de vacaciones, que aprovecharon para volver al hogar de Viena, donde pasaron los mejores días que pudieron recordar. El padre de Kat apareció para volver a ver a su hija y agradecerle a Aleksei cómo cuidaba de su pequeña. El bailarín, al principio, dudó de sus palabras, pero, al ver cómo se comportaba con su hija, comprendió que había cambiado. Se marchó a visitar a su familia en Rusia, y de nuevo se quedaron solos. Una mañana de primavera, salieron en dirección a ese bosque que tanto les había aportado, su lugar mágico y especial.

—Bendito Tchaikovski —murmuró Aleksei con Kat tumbada con la cabeza en sus piernas, mientras ella daba vueltas a una flor edelweiss que él mismo le había dado antes. Elevó los ojos y lo miró con el ceño fruncido—. Si no hubiese compuesto *El lago de los cisnes*, nunca me habrían contratado como coreógrafo y no te habría conocido. —Ella se rio de su comentario absurdo, antes de que él posara suavemente sus labios contra los de ella.

—Y pensar que no te soportaba antes de conocerte —musitó ella, recordando cómo su padre la había obligado a leerse la biografía del bailarín. Él se rio, encogiéndose de hombros, antes de darle un nuevo beso y otro, y otro, hasta que la alzó en su regazo y prolongó los besos, haciéndolos más largos e intensos.

—No sabes cómo me alegro de haberte encontrado, *ballerina*. No sé si fue cosa del destino o porque no podía ser de otra forma.

—«Lo que todas las personas tenemos en común no es el espíritu, sino el destino» —le recordó, emulando a la gran emperatriz de Austria, que amó y sufrió en la misma medida. Aleksei le sonrió pronunciando las palabras que eran

propias de ella.

—«Te conecto». —Ella agarró su cara con las manos y rozó su nariz con la de él—. Nosotros somos mucho más, siempre.

—Lo sé.

Y ya no hubo tiempo para dudas, preguntas, miedos o inseguridades. Eran Aleksei y Katerina, dos personas unidas por el hilo de la conexión mágica del ballet, que latía en sus venas desde el momento de su nacimiento. Siempre habían estado unidos, a pesar de la distancia, las peleas, los celos, las terceras personas, el dolor, los miedos... Esta vez empezarían de nuevo algo que había comenzado hacía años, antes de ser siquiera conscientes. Y, aunque a ella le costó un poco más creer en esa conexión que supuestamente los había unido, en lo que creía, sin ninguna duda, era en el amor que los unía cada día, en los momentos de intimidad compartidos cada noche, en los abrazos que recuperaban tras las largas semanas separados por sus respectivos trabajos, en los besos de la mañana, que duraban todo el día.

Y poco más quedaba ya por decir: se enamoraron, se quisieron, se pelearon, se reconocieron, crecieron, vivieron alejados, se desearon en la distancia, regresaron atados por el hilo... No se ponían de acuerdo en cuanto al momento en que se habían enamorado. Aleksei apostaba a que había sido aquella primera vez que elevó a Kat en alto en el ensayo, cuando la conexión se hizo patente para ambos y los unió para siempre. Katerina se reía medio avergonzada cuando proclamaba a los cuatro vientos aquella declaración tan ñoña, aunque en el fondo se derretía por su romanticismo. Y, aunque ella también sabía que había sido en ese momento, le gustaba llevarle la contraria y descolocarlo. Por eso le aseguraba que se habían enamorado mucho después, en su casa de Viena, en la barca que los había mecido una soleada mañana de invierno, en los recuerdos que habían creado juntos... Y así fue como una pequeña *ballerina* soñó muy alto y muy fuerte, y a pesar de las traiciones, las mentiras, el dolor... consiguió hacerlos realidad. Creció, se hizo fuerte y así seguiría, no por él sino con él; pues no se puede crecer por el otro, sino junto a él. Y Katerina volaría siempre muy alto, deslumbrando, pues sabía que, si caía, Alek siempre la recogería y volvería a elevarla en posición de *arabesque*, como aquella primera vez.

FIN

## AGRADECIMIENTOS

Poco se asemeja esta historia a la original, pues su argumento inicial no tiene nada que ver con el resultado final. Comencé a hilarla en un curso de novela romántica, pero hubo un momento de agobio en el que no sabía por dónde continuar o cómo encauzar la trama. Por suerte cuento con el apoyo de personas que saben cómo calmarme y me ayudaron a seguir con esta bonita historia de amor, que no podía quedarse a oscuras, olvidada en un cajón. Una de esas personas fue Alejandra Alameda, mi primera correctora y amiga, que me instó a darle un nuevo aire y así llegué a lo que esta *Ballerina* es hoy. Tampoco puedo olvidarme de Rocío Morales, que, aun sin leer la novela completa, fue leyendo los fragmentos que le enviaba y estuvo tendiéndome su mano para dejarla impecable, sin fallos. Gracias a las dos por la fe que tenéis en mí, la absoluta confianza y vuestro apoyo constante.

Gracias a mi amiga Patricia, que me aportó mucho en cuanto a documentación, por las charlas eternas sobre ballet y por contarme cada ínfimo detalle sobre su experiencia personal en ese bello mundo. A Laura y José, siempre, porque, junto a mi rubia favorita, hacen un tándem de confianza, seguridad y respaldo, sin el que no podría vivir.

A las compañeras del mundo de la romántica, que me enseñan a diario que las distancias no significan nada y que los abrazos, aunque virtuales, también se pueden sentir.

A Abril Camino, por sus consejos y por la paciencia.

A mi familia, y sobre todo a las tres piezas que complementan mi corazón: Paula, Sofía y Lucía. Siempre estaré eternamente agradecida a vuestros padres por traeros a mi vida y colmarla de felicidad al cuando me mostráis lo bonita que

es vivirla.

A mis chicas Butler, estéis donde estéis, gracias por enviarme vuestro cariño y apoyo, por hacer reales a los personajes y sentirlos como propios.

Y a ti, Víctor, gracias por hacer que la palabra *amor* cobre sentido. En este libro te he hallado muchas veces, pero, si he de quedarme con una frase, elijo esta: «Cada día creas un nuevo recuerdo que albergará mi corazón hasta el día que me muera».

GRACIAS.

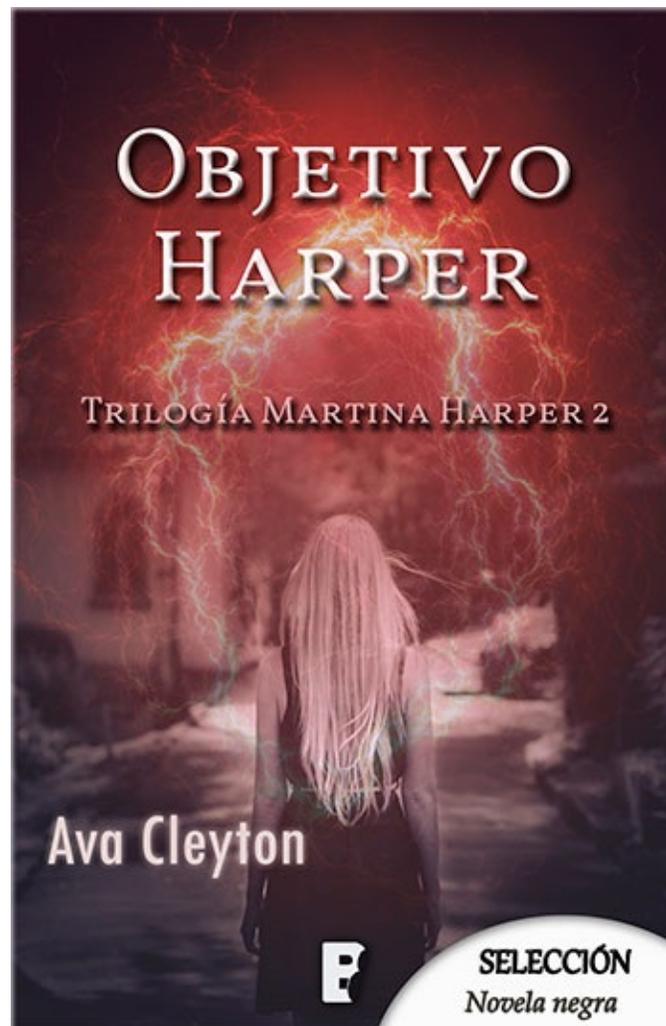
Si te ha gustado

# Ballerina

te recomendamos comenzar a leer

## Objetivo Harper

de *Ava Cleyton*



## PRÓLOGO

### *En el Palacio de las Siete Torres*

Entró con sigilo, mas Torturador la esperaba despierto, ansioso en realidad, dispuesto a soltarle una buena reprimenda. Tenía miedo, puesto que era consciente de que se había descuidado. El padre de la enemiga había sido una misión de suma importancia, desde que le fuera asignada, y no hubo entonces ni un solo día en el cual aquel frágil ser humano no viviera bajo el yugo de su dominación absoluta y del poder maléfico de la pereza. Bajo su sombra, Faustino Pérez de Castro seguiría el rumbo marcado por el gran Satán, olvidando en el camino el lazo consanguíneo que le unía a su única descendiente puramente humana. Sin embargo, fue incapaz de impedir que se escapara y que regresara a Toledo a verla. Incluso volvería a demostrarle su amor, incondicional y noble como el de cualquier padre. Para colmo de males, se tomó la libertad de intentar apartarle del influjo maléfico de Morderska una vez hubo perdido al amor de su vida, estando sola y debilitada por tan cruel destino. Contrató un viaje transoceánico en el cual estaría doblemente protegida tanto por la odiosa Catalina como por él.

Elisa solo encontraba en aquel hombre al padre que había de recuperar después de tantos días de hastío y soledad, y que en ese momento regresaba a su vida con una fuerza sobreprotectora, renovada y fresca, que impedía férreamente que ningún mal se entrometiera entre ambos. Pero Skandra poseía, entre muchos de sus peligrosos poderes, el del «adormecimiento atroz». Bajo su auspicio, un hombre podía caer en el letargo más absoluto sin tener otra opción que la que su capricho determinara. Faustino llevaba cerca de dos décadas cumpliendo con la condición de una vida marcada por la monotonía y la quietud, una vida a fin de cuentas tranquila, sin grandes aspavientos ni sobresaltos impredecibles, donde la rutina dominaba sus actos y de esta forma los sueños y aspiraciones se evaporaban bajo una neblina espesa. Alejandra, para él, tenía la imagen de la perfecta ama de casa, esposa impecable y empresaria dueña de una modesta

floristería, motivo por el que siempre olía todo su hogar como a hierba recién cortada. Le aportaba el falso equilibrio que él creía desear pero que, sin embargo, entrañaba un gran peligro, pues hacía que el hombre hibernara en una cueva helada de mediocridad a la que al final se acostumbró o simplemente no abandonó por pereza.

Y en ese momento, después de tantos años, su trabajo estaba siendo cuestionado ante todos aquellos bárbaros y criaturas sedientas de mal que, custodiados por Torturador, la observaban, gozando de su nerviosismo. El más poderoso representante del Diablo se sabía dominador omnipotente de sus acciones y, acompañado de su fiel Morderska, la que después de la inminencia de sus triunfos se erigía como la nueva y envidiada confidente de su amo, se sentía con pleno derecho a hacer que se sintiera como el ser más miserable de todo el firmamento. El hecho de que ella le influyera tanto, cosa que enfurecía terriblemente a las demás hadas y que, sin embargo, a Torturador no parecía importarle lo más mínimo, vencido como se encontraba por los sublimes encantos de la que desde entonces se convertiría en su dama predilecta, la enfurecía hasta la extenuación.

—¿Qué tienes pensado hacer con él? —inquirió Torturador utilizando un tono de voz que denotaba la crueldad de la amenaza—. ¿Has pensado en el peligro que supone el amor incondicional que profesa el padre a su única hija? Pues, aunque confío plenamente en mi adorada Morderska, esta vez no permitiré que nadie se interponga en nuestro camino.

Skandra atisbó de reojo a la flamante novia. Desprendía plenitud por todos los poros de una piel renovada y tersa. Su cuerpo se había convertido en un dechado de virtudes, entre las que se destacaba, por encima de todas, la perfección absoluta y el ansia de lujuria a todas horas. Se había convertido en la dueña y señora de aquel sórdido lugar, y Torturador, cegado como estaba por su impecable presencia, no tenía más miramientos que para ella. No obstante, Skandra sobrevivió durante largos años a los ataques de las demás competidoras. Torturador no debía olvidar que gracias a ella Faustino se mantuvo alejado de Elisa, lo que provocó que Morderska la poseyera casi sin esfuerzos, pues gracias a su labor constante de apartamiento, la muchacha se había convertido en una

persona débil cuyo único apoyo fue aquella vieja y esperpéntica loca que tenía como abuela.

—En fin, Torturador —respondió con resignación—, comprendo que puedas olvidar mis méritos. Te ciega una fuerza tan potente que eres incapaz de distinguir a una fiel servidora como la que en este instante se presenta ante ti.

—¿Cómo te atreves a hablarme así?! —gritó su amo tan fuerte que los muros del Palacio de las Siete Torres provocaron que el cielo tenebroso crujiese en un amago de tormenta—. ¡Tú, desagradecida, que has tenido la oportunidad de convertirte en mi gran compañera y la has desperdiciado! ¿Acaso no te estarás dejando llevar por los sentimientos de la humana en la que habitas, que día tras día crece dentro de ti y se vuelve más poderosa?

—¡Te equivocas! —exclamó ella en pleno incendio de odio. Sus ojos desorbitados eran la muestra real del ataque de soberbia que estaba experimentando—. Tan solo se trata de una mujer carnal, que desconoce mi influjo, y a la que Faustino adora como a una esposa dulce, fiel y buena madre de sus hijos. ¡No, ella no es la culpable de que Faustino haya resistido por primera vez al hechizo de adormecimiento en el que le tengo absorbido! Es más, tanto tú como yo sabemos quién ha sido la verdadera culpable de que haya reaccionado y se escape con la intención de salvar a su hija de las garras del Maligno.

—¿Catalina? —preguntó burlonamente Morderska—. Pero Skandra —añadió con total superioridad y aplomo—, la abuela no es tan peligrosa como crees. He de decirte, a ti y a todos los que nos escuchan —dijo dirigiéndose al público que había ido llegando alarmado por los gritos ensordecedores de Torturador y de Skandra—, que existe otra humana que por sagaz e incorruptible se postula como la más importante de las guardianas de Elisa. Ella es mi verdadero objetivo: Martina Harper, a la que he de destruir sin más remedio.

—¡Sí, Morderska, así me gusta! ¡Que no decaigas en tus objetivos, que crezcas con tus victorias: no te dejas vencer por la inseguridad y el aburrimiento! —exclamaba su amo—. ¡Tu poder está en alza, aprovéchalo! ¡Y tú, Skandra, deberías aprender de ella! —gritó a la otra.

Skandra, acompañada de Leviatana, hada de la Envidia, y de *Amone*, señora de

la Ira, lanzó un chillido atroz que dejó el auditorio en un silencio lúgubre. Todos, incluida Morderska, se quedaron sin aliento. Solo Torturador fue capaz de mantener la altivez en su mirada, de no temblar ante tal espectáculo que la dama poseedora de la Pereza les ofrecía. Esta se revolvía llevada por la impotencia y la humillación del momento. Sus uñas crecieron hasta convertirse en zarpas. El pelo largo que le caía por los hombros y le tapaba los senos hasta la cintura se volvió eléctrico hasta convertirse en una maraña putrefacta en el que los gusanos y las serpientes pacían a sus anchas mostrando el horror de sus entrañas. Su piel suave y seductora se llenó de escamas puntiagudas que amenazaban con lanzar llamaradas a quien osara tocarla. La bestia apareció dejando consternado al público, mientras divertía a su amo hasta el extremo de lo absurdo.

—¡Bien, bravo, demuestra que eres un ser monstruoso, Skandra, y regresa al mundo de los vivos a terminar lo que has empezado! —Aplaudió en un gesto victorioso—. ¡De ti depende que la misión llegue a buen puerto! No obstante, ahora que tu esencia abismal ha resurgido, ilústranos, Skandra, ¿cuál es el destino fatal que hemos de tejer para las criaturas mitad humanas-mitad espectro que engendraste junto a Faustino? ¿No hemos de aprovechar el gran potencial de poder que les has otorgado para volverlo en contra de su querida hermanastra? Recuerda, ella confía en Jacobo y en Elías. Ansía que sean algún día su familia.

—Ya lo había pensado —afirmó la tétrica voz que salía directamente de lo más recóndito de las entrañas de aquel ser inmundo—. Es más, ambos han comenzado a ser terroríficos. De esta forma su adolescencia se convertirá en un verdadero infierno para su progenitora humana. Se encargarán de atraer los vicios como la miel atrae a las moscas. Consumarán cualquier forma de degradación. Como personas serán destruidos, y en ellos emergerán los seres oscuros que habitan en sus almas desde el principio de los días. Ahora no lo saben, pero esperan impacientes a que llegue el gran momento de su revelación. Te puedo asegurar, Torturador, que junto a ellos seré de nuevo invencible. Entonces, solo entonces, volverás a estar orgulloso de tu sierva.

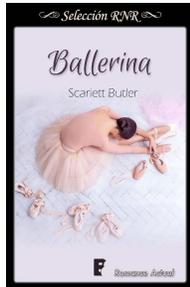
—¡Esperaremos a que la tengas en tu terreno! —sentenció henchido de ambición—. Ahora, ya puedes irte por donde has venido. Confío en que en tu próxima visita me ofrezcas el fruto de tu trabajo. De lo contrario...

Morderska rio escandalosamente y dijo:

—Compruebo con satisfacción que no soy la única que sufre los desaires de los dioses satánicos.

Skandra abandonó la sala cabizbaja, con rabia, tanta que de lo mucho que apretó los afilados dientes y colmillos se desgarró las encías y una especie de líquido verdoso parecido a la sangre humana comenzó a brotar por la comisura de los labios, quemando a su paso todo lo que tocaba. Tras ella, bajo la tutela infalible del gran señor de la Maldad, Amo del mundo de las tinieblas, las damas custodias de la Envidia y de la Ira la acompañaban hasta la puerta principal, donde los Caballeros Descastados las observaban muy de cerca. No se podía permitir una nueva derrota.

## **Adéntrate en una historia donde la música clásica se entrelaza con un amor inconmensurable que ni el destino puede romper**



Katerina Solokov es una joven que vive para la danza, donde busca lograr su sueño: convertirse en la primera bailarina de una compañía. A pesar del poco amor que siempre le han profesado en su entorno familiar, ha sabido rehacerse y seguir adelante con sus propósitos.

Aleksei Ivanov pensó que su carrera como bailarín terminó cuando una lesión se cebó con él. Pasado un tiempo, decide aceptar un puesto de trabajo como coreógrafo en una compañía de fama internacional y desarrollar su talento. Los mundos de ambos colisionarán de forma inesperada y la atracción instantánea que sienten se apoderará de todo lo que les rodea, amenazando con derrumbar los cimientos de aquello que han construido...

**Scarlett Butler** (Madrid, 1983) es profesora de idiomas. Su vocación ha sido siempre la escritura. Adicta a coleccionar postales de lugares que visita y tazas de diferentes temáticas. Es una enamorada de sus sobrinas, soñadora y una lectora incansable. Se considera una autora híbrida ya que cuenta con novelas autoeditadas como *Mi corazón te pertenece* o *Persiguiendo un imposible*, pero también ha publicado con diferentes editoriales libros como *Amanecer en África* y *El Jeque*.

Edición en formato digital: abril de 2018

© 2018, Scarlett Butler

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-999-7

Composición digital: Plataforma de conversión digital

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

## BALLERINA

### ACTO I

1

2

3

4

5

6

7

8

### ACTO II

9

10

11

12

13

14

15

16

### ACTO III

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

ACTO IV

27

28

29

30

31

32

33

34

35

AGRADECIMIENTOS

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE SCARLETT BUTLER

CRÉDITOS

NOTAS

[1] ¡Mantén tus olas en Viena, que te ama tanto! A donde quiera que vayas, ¡no encontrarás otro lugar como Viena! Aquí vierte de sus pulmones la magia de deseos felices y, fiel, extiende el sentimiento germánico sembrándolo a lo largo de sus aguas.

[2] Mi pequeña bailarina.

[3] Este es Aleksei.

[4] Abrázame fuerte, pequeña bailarina.

[5] Mi querida niña.